

41
2e1



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



**EL CORSO Y LOS CORSARIOS
ISABELINOS.**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
L I C E N C I A D O E N H I S T O R I A
P R E S E N T A:
L A U R A U G A R T E R E Y E S

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**
MÉXICO, D.F.

1997



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADEZCO A:

Mi Mamá, (a mi papá), a Graciela y a Ricardo lo consecuentes que fueron conmigo y su apoyo incondicional.

A Alicia y a Marisela por haberme escuchado y ayudado cuando más lo necesité, lo cual nunca olvidaré.

A AQUEL que me dió las fuerzas para continuar.

A todos los que me inspiraron y que hicieron posible la realización de esta tesis.

**A todos, muchas gracias.
Esta tesis es para ustedes.**

INTRODUCCIÓN.

La tesis que presentaré a continuación es la culminación de mis estudios de Licenciatura y el conducto por el cual, pretendo obtener el título de Licenciado en Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Por lo tanto, representa un gran logro personal. Le agradezco a toda mi familia su apoyo. También le agradezco a mi asesora, la Licenciada Ma. Estela Báez-Villaseñor Moreno, el tiempo que me brindó, y en sí, el comprometerse a ayudarme en la realización de esta tesis.

Para llegar a este punto, primero tuve que elegir un tema que me gustara y que tuviera repercusión histórica. Qué mejor pues, que un tema de piratas. Mi primer acercamiento hacia estos personajes fue a través de la Literatura Universal, la cual le ha brindado a la piratería un lugar importante dentro de su historia. Así que ante la interrogante de buscar un tema que me agradara e interesara, decidí hacer mi tesis sobre la piratería, pero al investigar descubrí que no sólo en la Literatura tenía una gran presencia sino también a nivel histórico, puesto que la piratería es casi tan antigua como el ser humano. La identificación del hombre con el mar y sus peligros, así como con sus beneficios, provocó que muchos marinos, desde la Antigüedad, se convirtieran en piratas, ayudados por la posición geográfica estratégica de sus lugares de origen que les brindaba fortalezas naturales. Los recovecos de islas y archipiélagos eran inmejorables para esta clase de vida. Así que se podrá ver qué tan difícil fue tratar de definir el momento histórico de la piratería mundial que debía tomar para iniciar la investigación. Debo confesar, que después de una semana pude llegar a una conclusión. Mi tesis la realizaré sobre la piratería inglesa del siglo XVI, ya que esta época representa en gran parte, lo que yo había leído, percibido y/o imaginado que era la piratería en los libros de Literatura. Después de todo, para ser pirata no existía mejor candidato que un inglés, por su tradición marinera y pirata. Si bien es cierto que los más famosos piratas retratados en los libros de aventuras son los bucaneros y filibusteros del siglo XVII que asolaban el Caribe, la época de Francis Drake y John Hawkins me atrajo más, porque no sólo se actuaba como piratas por cuestiones de lucro, sino que también los movía un sentimiento nacionalista, apoyados en gran forma en sus momentos de mayor gloria por su soberana, Isabel I. Esta reina tuvo una gran implicación en la actividad pirática de su país, en la segunda mitad del siglo XVI. Así,

de esta forma, decidí realizar mi tesis sobre este periodo específico de la piratería, tomando como límite temporal el que abarca la época isabelina (1558-1603), independientemente de los antecedentes históricos de la piratería inglesa y del periodo isabelino, que tomo como referencia para la realización del marco histórico, pues el título de mi tesis: El corso y los corsarios isabelinos así lo amerita. Su límite geográfico se encuentra en el Canal de la Mancha, el Mar del Norte, la Gran Bretaña y, por supuesto, el Atlántico, América y el Caribe, así como la península Ibérica, ya que este periodo de estudio de la piratería tiene sus mayores implicaciones en las posesiones españolas ultramarinas, ante el cierre de la ruta comercial hacia Oriente por los turcos. De ahí, que en este trabajo de investigación tenga mucho que ver las relaciones políticas y económicas con España y las incursiones de corsarios ingleses a América.

Encontrar asesor para un tema tal no era fácil, pero inmediatamente pensé en la Licenciada Ma. Estela Báez-Villaseñor, ya que había sido mi profesora en Historia de Estados Unidos. En esta clase, la Licenciada había dado todo un panorama de lo que fue la dinastía Tudor, haciendo mención por supuesto, de Isabel I y de sus corsarios. Al recordarlo y pedir opinión sobre lo que me proponía hacer, la coordinadora del Colegio de Historia, la Doctora Rosa del Carmen Martínez Ascóbereta, estuvo de acuerdo con lo que había pensado y de esta manera, la Licenciada Ma. Estela Báez-Villaseñor pudo aceptar sin reservas que era la persona adecuada para asesorarme. Para mi gusto personal, cuenta con los conocimientos necesarios para ayudarme en esta labor, más de lo que ella misma creía. Por eso aprecié sus sugerencias, su paciencia y tacto para señalarme mis aciertos, mis carencias y mis excesos.

Cabe señalar que este trabajo de investigación no pretende dar a conocer lo desconocido de la piratería y corso isabelino de la segunda mitad del siglo XVI, ya que de este tema han hablado diversos autores —aunque menos de lo que se cree—, pero lo que sí es significativo en esta tesis, es que presento como un todo la época de los corsarios isabelinos, sin estar inserto como se acostumbra, en un compendio de la historia de la piratería del siglo XVI o XVII, o de ambos siglos. Se pretende dar una visión más amplia de lo que fue el corso isabelino y de las grandes hazañas de sus corsarios, con sus respectivas puntualizaciones.

Este trabajo tiene en sí, la finalidad general de identificar cuál fue la utilidad práctica y conceptual que el corso y los corsarios tuvieron en la época isabelina, como parte del desarrollo económico y político de la Inglaterra de 1558-1603. En esta

época, el corsario recibió apoyo y libertad para desarrollar sus habilidades en ultramar, con el patrocinio de accionistas independientes y de la Corona. Se convirtieron incluso, en héroes nacionales, ya que no sólo contribuyeron a que la economía inglesa recuperara sus cimientos y se fortaleciera, sino que también combatieron a los enemigos políticos y religiosos de su país, al darles fuertes reveses marítimos. La piratería y el corso isabelino se dió principalmente, como un arma de tipo económico, ya que con los botines que obtenían de América a través del saqueo, encontraron una forma por la cual resolver los problemas económicos que aquejaban a Inglaterra; pero después de estallar la guerra declarada con España, el carácter político de los corsarios creció. Asimismo, cuando la paz se estableció en aras de un comercio desarrollado, la piratería y los corsarios isabelinos perdieron fuerza al retirárseles el apoyo real. Sus servicios, por el momento, habían dejado de ser requeridos y de tener valía nacional. Los piratas se dispersaron y se establecieron en ciertos puertos ingleses, el sur de Irlanda y la costa de Berbería.

Otro de los objetivos de esta tesis es demostrar que gracias al acercamiento que Isabel I tuvo con los burgueses y a un gran nacionalismo, se logró que hubiera una iniciativa económica en el país y que Inglaterra se armara navalmente. Con el establecimiento del anglicanismo y de una tregua religiosa, dicha soberana no sólo obtendría la simpatía de los burgueses para que la apoyaran económicamente, sino que también se convirtió en la protectora del Protestantismo. Ante esto, las relaciones con España se agravaron, ya que ésta era a su vez, la defensora del Catolicismo; habla de por medio, una rivalidad de tipo religioso, que fue producto de una envidia de tipo económico y del ansia por el poder político. Asimismo, los corsarios isabelinos que hicieron sus correrías en América y el Caribe, no sólo se les identificaría con el saqueo, sino también con el Protestantismo.

Asimismo, es importante puntualizar que Isabel I canalizó los problemas de desempleo, de efervescencia religiosa y de pobreza, hacia la piratería en América. También aprovechó esta situación para promover un robustecimiento de su Marina, proteger el contrabando y la piratería -posteriormente-, y fomentar el odio hacia los papistas, los cuales eran representados principalmente por los españoles.

La soberana inglesa y los capitalistas del país prefirieron aprovechar las ventajas que la piratería les ofrecía que luchar arduamente contra ella. Su "domesticación" por lo tanto, no sólo beneficiaría a los accionistas, incluyendo a la Corona, sino también a

los corsarios, ya que éstos recibirían una parte del botín, sin peligro de ser castigados o perseguidos por las autoridades correspondientes. La soberana inglesa apoyaba a los piratas bajo patente de corso en ultramar, no así, a los que obstruían la economía interna de Inglaterra y que operaban en el Canal de la Mancha.

Así pues, lo que favoreció la existencia de los corsopiratas ingleses en las posesiones españolas de América, antes de que estallara la guerra entre España e Inglaterra, fue la ambición, la necesidad y la envidia que la reina Isabel I, los nobles aburguesados y la burguesía en sí, sintieron por los extensos territorios que España poseía en ultramar y que le proporcionaba gran riqueza en metales, oro y plata. Inglaterra requería recursos similares para salir de la miseria interna que padecía, la cual había aumentado por las luchas religiosas. Por ello, este país trató de imitar la misma línea de enriquecimiento que había utilizado España y que por lo visto, le había dado tan buenos resultados, es decir, traer de América, pero en este caso, hacia Inglaterra, la mayor cantidad posible de oro y plata, para acumular dinero y afianzar la riqueza nacional. Para lograr dichos propósitos, se utilizó a aventureros y a piratas bajo patente de corso -o sin él- para obtener, de América, los metales ya mencionados, como lo habían hecho ya los franceses en la primera mitad del siglo XVI.

Uno de los factores que propició el éxito de las empresas de corso en América, fue la falta de defensas y fortalezas adecuadas en las posesiones españolas de dicho continente; en el Pacífico eran casi nulas. Si existían algunas defensas en las plazas importantes de las costas del Atlántico fue ante todo, por los ataques previos que estas plazas sufrieron por parte de los corsarios franceses en la primera mitad del siglo XVI, pero no eran ni suficientes ni eficaces. Otro factor de interés para el éxito de las empresas inglesas fue la modernización de la industria naval, respaldada por el capital de las empresas marítimas independientes, la cual hizo posible la creación de barcos ágiles y maniobrables, en comparación con los pesados buques españoles.

Cabe señalar, que si la ambiciosa política isabelina continuó su curso fue porque Isabel I supo aprovechar las circunstancias políticas del momento. Dicha soberana estaba consciente de que el rey español, Felipe II, no quería la guerra con Inglaterra, ya que deseaba evitar una enemistad que pudiera favorecer a Francia en sus propósitos de expansión. Isabel misma tampoco deseaba que estallara un conflicto armado, pues las arcas nacionales y su propio bolsillo se desfalcaban con este tipo de empresas. Por ello, prefirió seguir con su política extraoficialmente agresiva y permitir

que sus corsarios sigueran atacando las costas y aguas americanas. Sin embargo, cuando la situación se volvió más insoportable y las luchas internas en Francia más fuertes -la más grande rival política de España en Europa, le dejó el campo libre a Felipe II para que pudiera atacar de forma abierta a Inglaterra, sin temor a una intervención por parte de Francia-, el resultado fue que estalló la guerra declarada entre Inglaterra y España en 1587.

Inglaterra al derrotar navalmente a España le demostró a ésta, que era más fuerte de lo que creía, tanto por su maniobrabilidad naval, como por la habilidad de sus marinos -entre ellos una gran cantidad de corsarios de gran astucia- y por las defensas naturales de la isla y los vendavales. España perdió prestigio naval y marinos experimentados, lo cual fue un gran golpe al orgullo y al poderío español.

Por lo tanto, cuando la guerra entre España e Inglaterra se estancó, los accionistas de las empresas corsarias optaron por enviar a América flotas más pequeñas, de menor tonelaje y más económicas, porque las grandes expediciones corsarias ya no les redituaban las mismas riquezas de antes. Asimismo, volverían a contrabandear, sin dejar de piratear, con lo que se percibe, que el interés comercial y el querer abrir nuevos mercados cobraba nuevos bríos.

Al morir Isabel I en 1603, aún no se había consolidado la colonización inglesa en Norteamérica, pero sí se había logrado dejar las bases para una futura colonización, la cual se daría hasta 1607, con Jacobo I en el trono inglés. Se buscaron nuevas fuentes de enriquecimiento como las pecaderías, las materias primas y el comercio de pieles, al convencerse que estas tierras de Norteamérica no eran ricas ni en oro ni en plata. De esta manera, con el Tratado de Londres, se puso fin a la guerra entre España e Inglaterra (1604), y con ello, a la existencia de los corsarios isabelinos -además de que para 1603, Isabel I ya había muerto, último miembro de la dinastía Tudor. Para entonces ni España ni Inglaterra querían romper dicha paz, en pro de un desarrollo comercial. Posteriormente, con la colonización inglesa en Norteamérica, que empezó con Jamestown, en Virginia -después de muchos intentos-, se cortaron las alas de aquellos que hubieran deseado continuar con la piratería, como en tiempos de Isabel I. Además un nuevo sistema se abría paso, el sistema colonial. Con el transcurrir de los años, también existieron famosos piratas y/o filibusteros ingleses -en el siglo XVII- que asolaron el Caribe, pero esto es tema de otra investigación.

Esta tesis está conformada por cinco capítulos, cada uno comprende la historia y

análisis de la piratería y del corso en Inglaterra, en especial, del corso isabelino. El primer capítulo trata los antecedentes de la piratería inglesa, del ascenso y trascendencia de la dinastía Tudor y de las corrientes ideológicas y económicas que inundaron Europa y que influyeron en Inglaterra para su desarrollo económico y político. La adopción del anglicanismo y del mercantilismo en su primera fase. El capítulo segundo plantea el conflicto franco-español y la importancia estratégica de Inglaterra para las naciones en pugna. La forma en cómo Isabel I se aprovechó de la situación, y cómo se reafirmó en el poder; el establecimiento del contrabando en América con su principal exponente, John Hawkins, así como el cambio hacia la piratería, siguiendo los pasos piráticos franceses. El tercer capítulo plantea la diferencia entre pirata y corsario, y la definición de corsopirata. Los términos en los que se denomine a estos personajes en sí no es vital para este estudio, pero lo menciono porque es interesante ver cómo se desarrolló la piratería y el corso inglés en América, en el periodo específico en donde el principal enemigo de Inglaterra, España, se encontraba en paz con dicha nación, y en donde no existía razón de ser de los corsarios isabelinos y del ataque que éstos hicieron a las posesiones españolas de ultramar, ya que hasta 1587 se dió la guerra declarada entre Inglaterra y España. El cuarto capítulo plantea las correrías de los corsopiratas y los corsarios isabelinos en el Caribe y costas americanas. Sus momentos de mayor gloria con la presencia de Francis Drake -y otros aventureros- y la derrota de la Armada Invencible en 1588. En este apartado se dan puntualizaciones de los ataques de los corsarios isabelinos, más que nada, para dejar en claro cuáles fueron las plazas o ciudades mayormente atacadas en el Caribe y tierra firme, de acuerdo a las riquezas existentes, además de las rutas que seguían para abastecerse. El quinto capítulo deja ver la decadencia del periodo y de los corsarios isabelinos; así, como la búsqueda de "El Dorado". La muerte de Isabel I y la ascensión al trono inglés de Jacobo I. El tratado de paz con España y el ocaso del corso isabelino. La dispersión de los piratas ante el retiro del apoyo real y los nuevos bríos del desarrollo comercial, ante el agotamiento y estancamiento de la guerra entre España e Inglaterra.

Para recopilar información sobre este tema, empecé por buscar fuentes generales sobre la piratería, para luego buscar libros más especializados sobre el tema, tomando en cuenta la bibliografía de mis fuentes. Así que se puede decir, que para la clasificación de las mismas -que localicé en la Biblioteca Central, Nacional y en el

Instituto de Investigaciones Históricas de Ciudad Universitarias, así como de la Biblioteca "Samuel Ramos" de la Facultad de Filosofía y Letras de dicha Institución-, partí de lo general a lo particular. Los libros generales sobre piratería e Historia Universal me fueron de gran utilidad porque me ayudaron a definir mi tema y a darme un marco histórico sobre la piratería inglesa, tales como: El Filibusterismo, de J. y F. Gall; Los corsarios berberiscos. Los piratas del norte. (Historia de la piratería), de Philip Gosse; Piratas, corsarios y filibusteros, de Robert Leydi; La edad de oro de la piratería, de Hugh Rankin; la Historia del mundo moderno, de la Universidad de Cambridge; Los siglos XVI y XVII. El progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente, de Maurice Crouzet; y, el de Elena Zuberbühler de Hueyo, Una monarquía milenaria. Reyes de Inglaterra, entre otros. De ahí continué con la búsqueda de libros que hablaran sobre la piratería y el corso isabelino de manera más concisa, como: la Bibliografía del Caribe, de Germán Arciniegas; Un eslabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglo XVI y XVII, de Martha de Järmy Chapa; Historia de la piratería en América española, de Carlos Saiz Cidoncha; el valioso capítulo de Alicia Mayer González "América en las exploraciones inglesas del siglo XVI", en El descubrimiento de América y su impacto en la Historia, cuyo compilador es Leopoldo Zea; y por supuesto, dos libros que le dedican una especial atención a los corsarios isabelinos y a sus actividades en América, así como de su utilidad para la Corona inglesa. Unos estudios muy completos: Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, de Manuel Lucena Salmoral; y, el de Peter T. Bradley, Navegantes británicos.

Asimismo, encontré libros que tenían títulos sin ninguna conexión directa con esta tesis, y que sin embargo, contenían estudios de gran interés para esta investigación, como el de Domingo F. Mauza sobre Hispanoamérica-Angloamérica, y el de Pablo Pérez Millanía, en Historia de Iberoamérica. Historia moderna, así como el de Estudios de Historia Venezolana, de Ramón Ramos Pérez, en su capítulo XI, que contiene un estudio bien cuidado sobre Raleigh y sus incursiones en la Guayana en busca de "El Dorado"; entre otros tantos libros.

También hay que señalar, que cuando había preguntas que contestar, tenía que manejar la información de lo particular a lo general, así como cuando mi asesora me sugería que pusiera mayor atención al proceso económico de mi tema, así que me dediqué a buscar los libros que yo había descartado por creerlos demasiado generales, guiándome por sus títulos, y en los cuales hallé información valiosa para mí

investigación, tales como el libro de George Clark, La Europa moderna, 1450-1720: La Europa dividida, de J.H. Elliot; Europa en crisis, 1598-1648, de Geoffrey Parker y el de Walter Montenegro, Introducción a las doctrinas político-económicas; entre otros.

Las anteriores fuentes las menciona, para demostrar que no se cuenta con una gran cantidad de libros que estudien el curso isabelino como tema principal, ni como un todo. Así que se verá, que organizar y clasificar la información recibida de éstas y otras tantas fuentes, fue igual de difícil que buscarla.

No me resta más que el deseo de que todo aquél que lea esta tesis, pueda encontrar en ella un tema de interés como me pasó a mí al realizarla.

I. MARCO HISTÓRICO DE LA PIRATERÍA Y DE LA ÉPOCA ISABELINA.

1.1 Antecedentes generales de la piratería en el Mar del Norte y en el Canal de la Mancha.

La piratería ha sido una de las actividades más antiguas de la humanidad. Se desarrolló en un medio de gran familiaridad para el hombre, el agua. Un líquido no sólo vital para la existencia misma del ser humano, sino también ideal para el desarrollo de sus comunicaciones portuarias y, por consiguiente, de sus primeros contactos comerciales. En la época clásica, la piratería fue una "profesión reconocida y la palabra 'pirata' virtualmente era sinónimo de navegante". (1)

La actividad pirática estuvo, por lo general, condicionada por las circunstancias históricas y por la posición geográfica en donde se desarrolló. Esto favoreció el asentamiento de pequeños grupos piratas. En la Antigüedad, el archipiélago griego brindó a los piratas un escondite idóneo para refugiarse de sus perseguidores y un lugar propicio para acechar a sus presas. Este tipo de fortalezas naturales, ideales para la defensa, eran casi infranqueables, ya fuera por la cantidad de islas y recovecos que allí se encontraban o por los estrechos canales que hacían fatigosa la persecución de los piratas. Por ello utilizaban para sus correrías barcas ligeras y pequeñas de gran maniobrabilidad, las cuales les facilitaban la huida.

También hay que señalar, que lo que favoreció asimismo, la aparición de la piratería, fue "la existencia de un pueblo pobre vecino de un país de comercio desarrollado". (2) La envidia, la codicia y el deseo de poseer las riquezas del vecino, llevaron a muchos pueblos a tratar de apoderarse de los bienes y mercancías que los pueblos en ascenso comercial y económico transportaban a otros puertos —y viceversa. Con el paso del tiempo, los intereses de tipo económico se combinaron con los de tipo político, pues no sólo se deseó arrebatarse riquezas al vecino, sino también obstaculizar el creciente poderío de las ciudades o puertos de comercio desarrollado. Por esto mismo, los piratas entraron al servicio del mejor postor o patrocinador cuando las tensiones entre dos ciudades llegaban a su límite y estallaba la guerra, pues la piratería era promovida y utilizada por las ciudades en pugna. Tampoco hay que pasar por alto que en los periodos de paz que siguieron a los de la guerra, la piratería permaneció activa aún sin el apoyo de un gobierno en particular, puesto que la mira principal de los piratas era su propio bienestar y no la de un gobierno determinado. En

sí, los periodos de paz o tregua dejan inactivos y sin dinero a muchos marinos que habían tenido sus fuentes de ingreso en la piratería y en el corso apoyado por su propio gobierno. Al ser perseguidos por el gobierno que alguna vez les brindó su apoyo, los piratas tienen que dispersarse. Así se cumple el ciclo de la piratería.

La piratería como fenómeno histórico a nivel mundial ha estado compuesta por tres periodos cíclicos:

1) El de Concentración. En esta primera etapa, unos cuantos individuos de las poblaciones costeras más pobres y que poseen una o pocas embarcaciones se reúnen en grupos aislados, para atacar sólo a los mercaderes más débiles. Eran considerados bandidos y todo hombre sometido a la ley de determinado pueblo debía dar muerte a los piratas. (3)

2) El de Hegemonía u organización. Este periodo se da cuando los grandes piratas absorben a los pequeños o los desplazan. (4) Llegan a progresar a tal grado, que forman una asociación que logra atacar a los grandes barcos mercantes y/o armados. No hay seguridad para viajar, incluso las autoridades correspondientes resultan impotentes ante su organización. Se inventan reglas y una disciplina a seguir. Llegan a ser un auxiliar militar y político de gran importancia y no sólo a nivel económico. Surgen los grandes nombres de líderes o jefes piratas. Sus correrías no sólo les dió renombre personal, sino también fuerza a la piratería. Esto trae consigo que los gobiernos los utilicen para su propio provecho, para contar con un poder naval de peso. La participación de piratas en guerras marítimas pueden proporcionarles grandes victorias a sus patrocinadores. Pueden marcar la diferencia entre la victoria y la derrota.

3) Periodo de Dispersión. La asociación que en un momento dado llegó a su máximo esplendor declina, y la acción conjunta entre gobierno y piratas ya no surte el mismo efecto. Se producen derrotas y el mar inicia su periodo de limpieza. (5) Se obstaculiza la actividad pirática y se persiguen a los piratas con mayor ahínco. Esto se da para que el comercio siga su camino y abra nuevas rutas de comercio y navegación en los tiempos de paz, consecuencia a la vez, del desgaste de la guerra.

Estos periodos cíclicos de la piratería se han repetido desde la Antigüedad. Los intereses mutuos y las ventajas que la piratería brindaba en un principio a los gobiernos por su buena organización, cambian en aras de un comercio desarrollado. Los piratas se convierten en estorbos y la piratería en una actividad por eliminar, o

por lo menos, restarle fuerza y empuje hasta reducir a los piratas a pequeños grupos o esparcirlos por completo.

En el sur de Inglaterra existió una gran variedad de marinos y, por consiguiente, muchos de ellos se dedicaron a la piratería. Uno de los grupos piratas más antiguos y más importantes fueron los venetos de Britania, los cuales llegaron a ser una gran molestia para Julio César. Para reprimirlos, este emperador primero mandó someter a los britanos y luego a los piratas que obstaculizaban su comercio en el Canal. De tal modo, se inició la conquista de la Gran Bretaña en el año 55 a. J.C. por Julio César, la cual se completó hasta el año 43 d. J.C., cuando aquélla pasó a ser parte del Imperio Romano por más de trescientos años. Durante estos años la piratería no fue eliminada, al contrario, floreció, pero en el reinado de Maximiliano, en 286 d. J.C., se adoptaron medidas eficaces para dominar todo el Estrecho, el Canal de la Mancha. Para este propósito se envió a Marco Aurelio Caransio, quien desde su base de Boloña se dirigió hacia Inglaterra a través del Canal. La designación de Caransio tuvo un motivo especial, él era de origen escocés o belga. Había ingresado al ejército romano por su energía, por su gran talento en el pilotaje y por su habilidad como marino. (6) Se creyó entonces, que Caransio era el indicado para someter a los piratas, tanto por su supuesto conocimiento del lugar en donde aquéllos realizaban sus correrías como por su propio carácter, tan recio como el de los habitantes del norte. La eficacia de las tropas de Caransio fue tal, que dispersó hacia sus guaridas a los piratas nórdicos y francos que habían llegado poco a poco al Canal. Sin embargo, la falta de adecuadas recompensas a su valor en el combate, lo llevaron a ponerse de acuerdo con los piratas del lugar. Caransio aceptó protegerlos a cambio de una parte del botín. El gobernador imperial, al descubrir sus acuerdos secretos con los piratas, lo condenó a muerte, pero Caransio advertido de esto huyó hacia Britania. Allí se proclamó señor independiente y la región romana que guarnecía la isla se unió a él, así como muchos piratas francos. Durante siete años se mantuvo como si fuera el "rey corsario de Britania". (7) Formó y equipó una flota capaz de desbaratar a la flota romana enviada para capturarlo, y lo consiguió, gracias a que supo conjuntar la fuerza pirata hacia su favor. A pesar de ello, hacia 293, fue asesinado por el prefecto de su propia guardia.

Cuando el Imperio Romano se desmembró, Inglaterra quedó sin defensas contra las invasiones de los pictones y los escoceses del norte, así como de las hordas

piratas escandinavas que empezaban a llegar a la isla. Estos piratas, a la larga, utilizaron a Inglaterra como campo propicio para sus correrías, saqueos y para establecimientos graduales. (8)

Los marineros escandinavos fueron llamados vikingos, palabra que significaba "ladrón del mar" (9), o bien, "guerreros marinos o piratas". (10) Representaban a la joven aristocracia escandinava. Estaban organizados y poseían un código de leyes estricto. Por dichas leyes se repartía equitativamente el botín y se castigaba al desertor, al traidor y al ladrón, porque aunque lo hicieran con otros pueblos, entre ellos no era ilícito. Tenían sentido de gobierno. Su sentido de aventura era tan grande, que incluso lograron viajar al interior del Mediterráneo y quizás, hasta las costas de Norteamérica quinientos años antes de que Colón descubriera América. Con sus naves alargadas, de extremos puntiagudos, de poco calado e impulsadas por remos, los vikingos llegaron a las ciudades costeras de Inglaterra, las cuales saquearon para luego instalarse allí.

Los escandinavos, en especial daneses y noruegos, efectuaron incursiones anuales a lo largo de las costas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, desde el año 789. Al instalarse en estas tierras, se unían con las mujeres del país y establecían poblados. Los bordos de sus naves estaban cubiertos por escudos redondos pintados con los emblemas o timbres de sus dueños. (11) Ello hace constar que estas expediciones eran patrocinadas por los personajes más ilustres de su sociedad, además de que ellos mismos o sus representantes participaban de manera activa en las incursiones que se preparaban, de acuerdo a sus costumbres.

Uno de los más afamados invasores escandinavos fue un tal Turgesio que en 795 pudo apoderarse de la mitad de Irlanda. El resto de sus hombres invadieron Escocia. Desde entonces las correrías piratas hacia Inglaterra, Escocia e Irlanda fueron constantes, pero es importante apuntar que no sólo saqueaban los lugares en donde desembarcaban, sino que también se establecieron poco a poco en ellos. Dejaban bases para que pudieran aprovisionarse y, pudieran luego, conquistar territorios adyacentes. Cada vez que desembarcaban e instalaban bases, se mezclaban con la gente del lugar. De esta forma, se establecieron comunidades independientes que también se dedicaban a la piratería y al intercambio comercial. Al morir Turgesio en 845 -que había llegado a incursionar al interior de Irlanda-, ya se habían establecido las colonias de Dublín y Waterford. Para entonces, los piratas ya habían atacado la costa occidental de Escocia, pero no se poseyó un dominio profundo de la región.

Durante el reinado de Alfredo el Grande se intentó poner un remedio definitivo a los desmanes que ocasionaban los piratas escandinavos, pero éste sólo fue temporal. Su administración rígida dió una estabilidad relativa al país, pero fuerza suficiente para defenderlo. Con este rey, en el año de 897, se inició la creación de la primera Marina inglesa. Alfredo promulgó una ley en la que se estipulaba que todos los escandinavos serían tratados como piratas, sin compasión y sin excepción. Tampoco se darían permisos temporales por pago de tributo. Todas estas medidas tuvieron mayor repercusión durante el reinado de su nieto Athlestan, quien dirigió la flota inglesa contra una fuerza invasora de daneses que saqueaban Sandwich y la derrotó, lo que fue "la primera gran batalla naval de la historia de Inglaterra". (12) Con estos hechos se puede comprender porqué muchos piratas se aventuraron por los ríos Somme y Sena —en el continente—, en busca de nuevas tierras que saquear y bases de abastecimiento. Al aumentar su número, el conde Eudes, primer Capeto, les cedió la provincia de Normandía —frente a las costas del Canal de la Mancha— para que se asentaran allí, ya que no deseaba que los piratas se regaran por el territorio franco. Además, podía así controlarlos. Para 912, Normandía ya había sido ocupada por aquéllos.

Para 991, los daneses regresaron a Inglaterra. El rey era entonces Ethelred. Estos piratas asediaron la costa de Essex sin la menor resistencia y fue preciso comprar su retirada con diez mil libras de plata. A pesar de ello regresaron y para 1014 ya habían dominado gran parte del país, además de hacer huir al rey. Los nuevos conquistadores llevaron al país una gran flota, que por mucho tiempo, logró darle una seguridad aparente, no total, contra los ataques piratas. No permitirían que les arrebataran sus conquistas.

Durante el siglo IX, los puertos del norte de Europa fueron frecuentados por comerciantes. Mientras el continente experimentaba una regresión a la organización rural y se convertía en una región agrícola, en donde la condición del hombre se determinaba por sus relaciones con la tierra —feudalismo—, en el norte, en sus mares más importantes, el mar del Norte y el Báltico, se daba una actividad marítima y comercial. El feudalismo como fenómeno histórico también se dió en las regiones del norte, pero a diferencia del Mediterráneo, la actividad marítima siguió su curso. No se detuvo. Esta situación se mantuvo en las costas septentrionales europeas, desde mediados del siglo IX hasta fines del XI, en principio, porque los mares del norte eran más accesibles para la navegación que el Mediterráneo, por el avance del Islam. Desde

el siglo VIII, el avance de los musulmanes en su expansión no sólo religiosa sino también territorial, provocó que los pueblos cristianos se replugaran hacia el continente. Dejaron a la disposición de los musulmanes la parte oriental del Mediterráneo. El norte de África y ciertas islas mediterráneas estaban bajo su control. Las conquistas del Islam interrumpieron el comercio de la Europa occidental y sus mercaderes se vieron bloqueados por puestos avanzados o bases bajo el poder de los musulmanes. Como ya se ha mencionado, el norte de África y España no escaparon de la expansión del Islam. Sus principales bases fueron las islas Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia. El Imperio Bizantino apenas pudo repeler a los sarracenos con sus flotas de guerra. El mar Egeo, el Adriático y las costas meridionales de Italia quedaron despejadas de tal amenaza. No así el mar Tirreno, el cual cayó bajo el dominio de los sarracenos. Dada esta ocupación, la navegación, y como consecuencia, el comercio del Mediterráneo occidental decayó. Por ello, los hombres de tierra adentro tuvieron que refugiarse cada vez más en el trabajo agrícola. Los piratas sarracenos infestaron el golfo de León, el estrecho de Génova, costas de Toscana y Cataluña. También saquearon Pisa en el año 935 y en 1004, así como Barcelona en 985. (13)

Nápoles, Venecia y Bari eran puestos avanzados del Imperio Bizantino de Oriente, pero no se rehusaron a traficar con los árabes de Sicilia, norte de África y Asia Menor. Si bien es cierto que el Imperio Bizantino rechazó y pudo mantener al margen a los sarracenos en su expansión territorial, no permaneció hermético frente a éstos en cuanto a su comercio y cultura se refiere. El Imperio Bizantino continuó con el impulso de la navegación y el comercio. Venecia fue una de las ciudades más importantes de Italia y para el Imperio. Dada su posición geográfica, el comercio era la base de su economía, a diferencia de la Europa rural o agrícola. Venecia era una ciudad de marinos, artesanos y mercaderes. La fortuna era la que determinaba las diferencias sociales. A principios del siglo XI, los venecianos, gracias a su habilidad marítima, lograron eliminar del Adriático a los piratas dálmatas que lo infestaban. Con ello, los venecianos establecieron su hegemonía sobre dicho mar. Asimismo, también ayudaron a la Armada bizantina en la expulsión de los sarracenos de Bari en 1002. En sí, esto era lo que sucedía en el Mediterráneo, mientras en el norte, los piratas escandinavos llevaban a cabo sus correrías, sin el obstáculo con el que el Mediterráneo se enfrentaba, la expansión del Islam. Cuando los piratas escandinavos empezaron a hacer sus incursiones sobre el norte del continente europeo, el Imperio Carolingio

desprovisto de una flota de peso, no pudo defender el norte de sus dominios de la irrupción pirata. Los piratas se dieron cuenta de dicha debilidad y la aprovecharon al máximo. Saquearon el norte de Europa en forma metódica.

Los piratas escandinavos no eran sólo saqueadores. Su meta no era en sí la conquista, sino establecer en el continente europeo e islas británicas centros de población. Sus campamentos fortificados surgieron como bases en las que acumulaban el botín, para luego transportarlos a Dinamarca o Noruega, sus países de origen. Pasado el tiempo, se unían con las mujeres de los lugares en donde desembarcaban. Los daneses y noruegos fueron los piratas que asolaron el norte del Imperio Carolingio, Inglaterra, Escocia e Irlanda, pero la expansión escandinava no sólo se dió hacia occidente. Los suecos llegaron hasta Rusia. A mediados del siglo IX se establecieron a lo largo del río Dnieper y sus convergencias con campamentos atrincherados, tal y como lo hicieron los daneses y noruegos en el Sena y sus afluentes, desde donde extendían sus dominios y su explotación sobre los pueblos menos belicosos. Encarcelaban esclavos, almacenaban tributo, miel y pieles. De esta forma, pasaban a la práctica de una economía de intercambio. Los vikingos eran piratas, pero también hay que señalar que fueron comerciantes, puesto que la piratería formaba parte del comercio. Se oprimía al débil y se le arrebatában bienes al vecino, para luego participar de un intercambio comercial. Así pues, cuando estos piratas dejan de saquear, "se convierten en mercaderes". La línea de acción es tan tenue, que cualquier tentación los puede llevar de nueva cuenta a la práctica de la piratería. (14)

Los escandinavos de la cuenca del Dnieper pirateaban en la Rusia meridional, llegaban a tener contacto con el mar Negro y con el comercio de Constantinopla, incluso con el Califato de Bagdad. Traficaban con mercaderes judíos, árabes y bizantinos que frecuentaban estas rutas comerciales. Asimismo, exportaban hacia el norte toda clase de mercancías: especias, vinos, sedas, orfebrerías, etc., las cuales intercambiaban por miel, pieles y esclavos. Viajaban a través de ríos y confluencias; desde Rusia por el Volga o el Dnieper, luego hacia el Duna y los lagos que comunican con el golfo de Botnia. La corriente comercial del mar Caspio y mar Negro "se unían con el mar Báltico y proseguía por él". (15)

A fines del siglo X, Flandes mantenía relaciones comerciales con los navegantes escandinavos, los cuales actuaban como intermediarios en las regiones del mar del Norte y el Báltico. Su comercio era más activo con Inglaterra, dada su proximidad con

Flandes. Además, aquélla le proporcionaba a ésta lana de muy buena calidad. Los flamencos entre los extranjeros eran los que más ejercían el comercio con Londres, según las alcabalas de la ciudad de 991 y 1002. (16) La Europa medieval no tenía el carácter industrial que Flandes poseía con sus paños, cuya textura, color, flexibilidad y suavidad eran únicos. Por ser artículos suntuosos su precio era elevado. Su transportación también se facilitaba. Las especias tenían estas mismas características. Por ser de lujo eran caros, así que sólo unos cuantos podían comprarlos. Los productos pesados y baratos, por ser consumidos por el grueso de la población, hacían que el transporte fuera lento e insuficiente. Por lo tanto, las ganancias eran mínimas, incluso nulas. Por ello, los principales compradores de los artículos de lujo fueron los mercaderes italianos. De esta forma, los marinos escandinavos se vieron atraídos por la industria de paños de Flandes -también frecuentaban los puertos de Hamburgo, Brujas y Tiel-, asimismo, sus servicios se vieron requeridos, porque dicha ciudad al industrializarse perdió interés por el comercio. El vacío que ésto dejó, lo llenaron marinos extranjeros como los escandinavos y los hansateutónicos, en su etapa de mercaderes, los cuales surcaban los mares en pos de mercancías y mercados. Así, el trabajo de la lana en paños que había sido casero, se concentró en el siglo XII en aglomeraciones mercantiles. Flandes fue la más famosa, seguida por Brabante.

Cabe mencionar, que el Canal de la Mancha fue menos frecuentado que el mar del Norte por mercaderes, pero sí existió un intercambio regular entre la costa normanda y la inglesa por el río Roven y el estuario del Sena. De ahí se seguía el curso de los ríos hasta París y los límites de Champaña y Borgoña.

Durante la baja Edad Media Inglaterra mejoró su comercio, pero como consecuencia, también aumentó la piratería de las aguas adyacentes, en especial, en el Canal. Cuando unos hombres empiezan a tener bienes y a transportarlos, al igual que ciertas mercancías, surge casi, de forma paralela, la actividad de otros hombres que las interceptan para apoderarse ellos mismos de esos bienes. De esta forma, la piratería en el Canal adquirió fuerza, pues los recovecos del mismo, eran ideales para el resguardo de los piratas.

La piratería se extendió tanto en el mar del Norte, que se creó la Liga Hanseática. Institución de la Edad Media compuesta por comerciantes que querían defenderse de los piratas que habían obstaculizado su comercio. En 1241 las ciudades de Lübeck y Hamburgo se unieron para proteger sus barcos mercantes contra los piratas que los

acechaban en la entrada de los ríos alemanes que desembocaban en el mar del Norte y el Báltico. Fue tal la fuerza de la Liga, que luego se le unieron otras ciudades alemanas. Para contrarrestar a los piratas, la Liga empleó a marineros, pero en vez de solucionar el problema lo acrecentaron, pues ellos mismos se volvieron piratas, en gran parte, por la tentación que el botín les representaba. Al atacar a los piratas, estos marineros conocieron y aprendieron las argucias y habilidades de aquéllos, pero no sólo las pusieron en práctica para atacarlos, sino también para imitarlos. El "pago" que recibían como piratas era mucho mayor que como marineros al servicio de la Liga. Además, la Liga misma había estimulado la piratería, ya que empleaba a piratas —o hacía alianza con ellos— para que los ayudaran en sus guerras; tal es el caso de la que se entabló con Waldemar IV, rey de Dinamarca. (17) La Liga Hanseática necesitaba una fuerza combativa de gran talento para que su comercio se desarrollara, así que los servicios de los piratas era la mejor opción. Gozaban de experiencia y podían ayudar a la Liga a tener un mayor poderío. Sus habilidades en el robo marítimo y su conocida fiereza para el abordaje y el contraataque, eran ideales para ser utilizadas en contra de sus enemigos. Mientras la piratería comercial y política funcionó, la Liga la consecutiva, pero cuando el número de piratas creció sin control, la Liga Hanseática tuvo que reprimirlos y dispersarlos.

Durante el reinado de Enrique III de Inglaterra la piratería irlandesa, escocesa, galesa y francesa aumentó por la falta de un control sobre la misma, al grado de que los barcos que comerciaban entre Francia e Inglaterra, apenas se atrevían a salir de sus respectivos puertos. Esto trajo, por consiguiente, "la declinación del comercio y el alza de precios". (18) Sólo un aumento de las fuerzas navales y una política marítima de peso pondrían un remedio a los ataques piratas, pero mientras ésto no se lograra, la piratería seguiría su curso.

Con Eduardo I (1272-1307) se da uno de los primeros intentos en Inglaterra para establecer patentes de represalia. Este rey concedió "comisiones de represalia" a los armadores de mercantes que habían sido saqueados en el mar. Para recuperarse, podían saquear a su vez y con derecho, a cualquier mercante que pudieran atrapar y que fuera propiedad de sus agresores originales. Ésto se otorgó tanto en tiempos de paz como de guerra. (19) El ataque a comerciantes y barcos mercantes independientes se pagaba con la misma moneda. El apoyo de la Corona a este respecto radicó, en que a cambio de estas concesiones, los principales puertos de Inglaterra quedarían guarnecidos

por la vigilancia que los grupos comerciales pondrían en los mismos, a falta de una Marina inglesa organizada. Ambas partes resultaban beneficiadas. Con ésto queda claro, que todo acto de represalia no era más que una vertiente de la piratería, y de hecho, un círculo vicioso.

Eduardo I y Eduardo II intentaron frenar a la piratería, pero sus logros fueron temporales, al grado de que al morir este último rey en 1327, la flota real se descuidó. Incluso, algunos de los mejores barcos fueron vendidos a mercaderes particulares. (20) La Marina inglesa se desmembró y se debilitó, como ocurriría tiempo después en la época de Enrique VIII, el cual también trató de organizar una Marina nacional, pero al morir, sus sucesores la descuidaron, hasta que Isabel I la sacó a flote. (21)

La piratería se volvió insoportable para el creciente comercio inglés en la segunda mitad del siglo XIV, y por ello, los comerciantes de las ciudades costeras se vieron obligados a emplear sus propios recursos para evitar que su comercio se viera obstaculizado por los piratas. La piratería en el Canal de la Mancha y en el mar del Norte era un problema tan grande, que apenas se cree que los mercaderes de estas zonas sobrevivieran. "Acaso compensasen sus pérdidas sobrecargando los precios de sus mercancías y también pirateando un poco a hurtadillas, lo cual les permitía ganar por un lado lo que perdían por otro" (22), lo que también provocó que la piratería fuera una constante en estos mares. A fines de la Edad Media, tanto el comercio como la piratería habían crecido. En Inglaterra la débil y casi nula Marina Real era tan ineficaz que, como ya se ha mencionado, "las colectividades comerciales se vieron obligadas a protegerse en vez de buscar ayuda de la Corona". (23) Como lo habían hecho ya los comerciantes alemanes al formar la Liga Hanseática.

Por tales circunstancias, los comerciantes ingleses formaron la Liga de los Cinco Puertos. Su principal interés era proteger la costa sudoriental de Inglaterra de ataques piratas. Por ello, pusieron vigilancia en los mares vecinos para imponer el orden en el Canal de la Mancha. La Liga estaba compuesta por los puertos de Hastings, Romney, Hythe, Dover y Sandwich -luego se les unieron las ciudades de Winchelsea y Rye- y mientras su interés residió en acabar con la piratería en el Canal y mantener una vigilancia policíaca, todo salió bien. La Liga cumplía su cometido. A raíz de que la Corona inglesa les concedió el derecho de saquear los navíos mercantes extranjeros que surcaran las aguas cercanas a sus puertos, a cambio del servicio que ofrecían a la seguridad del país al controlar la piratería, todo cambió, pues como era de esperarse, esta prerrogativa tuvo toda clase de interpretaciones. Lo que se había dado como una



PRINCIPALES CONDADOS (SUBRAYADOS) DEL SUR DE INGLATERRA, ASÍ COMO LOS PUERTOS MAYORMENTE MENCIONADOS EN ESTE TRABAJO DE INVESTIGACIÓN.

forma de represalia, luego tomó otro carácter. La Liga no sólo atacó a las naves extranjeras, sino también las de los ingleses. De hecho, los funcionarios de los Cinco Puertos se dedicaron a ejercer la piratería contra todo barco que cruzaba sus aguas. De esta manera, el mar del Norte y el Canal de la Mancha se volvieron más peligrosos, "a causa de esta piratería autorizada". (24) Los altos funcionarios de las ciudades aprovecharon la situación para convertirse en los jefes de los piratas. Los habitantes de los otros puertos al ver el éxito de los bandoleros, también se convirtieron en piratas, ya que querían enriquecerse de forma rápida. Pronto los puertos de Cornualles hirvieron de piratas. Como el robo entre ciudades portuarias aumentó, las autoridades correspondientes se vieron asediadas por quejas y reclamaciones, pero esto no fue todo. Las ciudades costeras que no estaban en la Liga se resentieron por los privilegios que ésta poseía, y por ello, estallaron luchas entre los escuadrones de la Liga y las ciudades que no pertenecían a ella; pero por lo general, la Liga de los Cinco Puertos salía victoriosa. Su organización, su experiencia y la participación de los piratas hacia su favor, hacían de la Liga una rival muy fuerte. Durante doscientos años se sucedieron las recriminaciones y disputas sobre este respecto. Sus rivales más fuertes fueron Devon y Cornualles.

Hay que apuntar, que el hecho de que las Ligas, que en un momento dado se habían formado para acabar con la piratería, buscaran los servicios de los piratas, deja ver un interés por asimilar, no importa el medio, aquellas prácticas que recaudaran ganancias. Cuando éstas se agotaban era necesario buscar otras, se volvía incluso, a tratar de obstaculizar la piratería. El deseo de una expansión comercial trajo consigo la piratería comercial, pero cuando ésta se salió de control, se tuvo que restringir.

Con la afluencia de los piratas y del apogeo de la piratería, existieron mercaderes aventureros que combinaron el comercio y la piratería con éxito. Si tenían problemas por sus andanzas ante su propio gobierno, se las arreglaban para salir bien librados, para luego seguir con sus correrías y asuntos privados. Su regreso con sus presas, era un día festivo para los habitantes de la ciudad a donde llegaban, ya que la ciudad o puerto de que se tratara salía beneficiado con el botín, pues era vendido y comerciado en los mercados de los mismos y en otros puertos.

Los más importantes puertos de Inglaterra contaban con piratas de primer orden, los cuales, poco a poco se relacionaron con los magnates y señores de los Condados. Después de todo, los piratas ingleses "llevaban en sus venas sangre de los mejores

piratas del mundo -escandinavos, daneses, sajones, normandos-. (25) Sin olvidar que los britanos por sí mismos, antes de las invasiones, habían contado con sus propios piratas que en reputación traspasaban las fronteras nacionales. Tenían gran talento para la navegación. Cabe mencionar, que cuando las medidas contra la piratería se hicieron más fuertes, éstas se vieron obstaculizadas por la oposición de los terratenientes que se beneficiaban con ella. La gran mayoría de los hacendados de las costas intervenían en las "grandes" expediciones piratas. Por esto mismo podían burlar a las autoridades, pues como jueces de paz que eran, formaban parte de las Comisiones instituidas para investigar los casos de piratería que se reportaban. Era dudoso, por lo tanto, que apoyaran la subida a la horca de aquellos que trabajaban para ellos.

Durante el reinado de Enrique V, se concretó con Francia, España e Inglaterra un tratado de paz por el cual éstas naciones se comprometían a prescindir de los servicios de los piratas y a exterminarlos por medio de una acción conjunta. Tampoco debían zarpar de sus respectivos puertos barcos armados, salvo si obtenían licencia y un fuerte depósito en dinero, como garantía del buen comportamiento del capitán en turno. Enrique V dispuso medidas rigurosas para castigar el robo en el mar e implantó salvoconductos para el tráfico legal. Con esto se dió una ligera mejoría en el control de la piratería, pero a los veinte años del tratado, la Marina inglesa volvió a decaer y los piratas volvieron a desempeñar su oficio con gran efectividad, lo que provocó que los mercaderes se vieran obligados a desquitarse de sus pérdidas a la fuerza. El tratado fue ignorado por completo. La piratería era un escape para recuperar lo que otros les habían quitado. El problema fue que no se conformaron con ello, sino que incluso la practicaban para aumentar sus ganancias.

En tiempos de Enrique VII y Enrique VIII de Inglaterra la navegación comercial casi se hizo imposible por la increíble afluencia de piratas en puertos, costas y bahías inglesas. Estos piratas estaban, por lo general, bajo el servicio de los grandes grupos comerciales y de altos funcionarios que se beneficiaban con sus correrías. Por eso no se pudo formar una Marina inglesa de poder cuando se intentó. Además, estos reyes estaban ocupados en ordenar y sacar a flote a Inglaterra, durante su proceso de consolidación como nación moderna.

Cabe mencionar que durante el reinado de Enrique VII (primer Tudor) también se establecieron patentes de corso o represalia, que daba al portador el derecho a tomar

la ley por su propia mano para frenar a la piratería; aunque ellos mismos la practicaran. Si algún mercader sufría pérdidas por causa de la piratería de otra nacionalidad, tenía el derecho de pedir una patente de corso al gobierno para que le autorizara tomar mercancías del mismo valor, de cualquier otro barco que ondeara la bandera del agresor original. Como siempre, estas medidas recibieron las interpretaciones que cada quién quiso dar y encontrar en las mismas. Se llegaron a atacar barcos que pertenecían a países o ciudades que tenían alguna cercanía territorial o relaciones comerciales con su agresor primario, lo que era realmente atacar a todo barco que se les pusiera enfrente. Incluso, se llegaba a atacar a barcos ingleses, ya que entre los puertos y/o ciudades costeras de Inglaterra, existían pugnas constantes por los privilegios que unos tenían y otros no; lo que también dependía del poder comercial de los mismos.

Sin embargo, a pesar de que existía una ayuda mutua entre la Corona inglesa y los principales puertos comerciales, no se había creado todavía una Marina nacional. Cuando la monarquía nacional inglesa obtuvo mayor poder y una estabilidad religiosa, se cayó en la cuenta que para participar en el dominio del océano Atlántico -dado el descubrimiento de América por España-, se debía contar con una Marina nacional de peso. Esto se haría realidad en tiempos de Isabel I. La piratería era una actividad muy extendida en el Canal de la Mancha y el mar del Norte, por los constantes choques comerciales entre mercaderes y grupos comerciales -además de una tradición pirata-, y no iba ser nada fácil restringirla. Por ello era preferible controlarla que aniquilarla. Finalmente fue evidente que era mejor utilizarla para el provecho nacional.

1.2 La dinastía Tudor y su importancia en la consolidación de la monarquía nacional en Inglaterra. La Reforma religiosa.

El Renacimiento marca un periodo en el que el hombre vuelve a interesarse por el hombre en sí mismo y por lo que le rodea. Recrea el pasado remoto para proyectarlo a futuro.

La crisis y la transición entre lo que declina, lo que desaparece o se modifica y lo que emerge, lo que se impone y lo que abre camino tanto en lo económico, político, social y cultural cambia las condiciones materiales de existencia y los patrones de conducta, de pensar y vivir. El Renacimiento forma parte de todo esto (26), es un periodo de transición entre el feudalismo y la edad moderna. Se busca el progreso intelectual y la ruptura de las cadenas que inmovilizan el desarrollo del pensamiento moderno. Representa una actitud de renovación.

El empuje del Mediterráneo oriental y del comercio marítimo del Mar del Norte y del Báltico, presionaron al continente europeo. La actividad comercial y el afán de lucro de aquellas regiones se aclimataron poco a poco en el interior de Europa. Las relaciones de intercambio que se establecieron y las necesidades que se provocaron, prepararon el camino para un comercio desarrollado. Los venecianos tuvieron mucho que ver con ésto. Vivían del comercio y eran hábiles mercaderes, por ello se expandieron por el continente europeo. Los lugares que frecuentaban, con el paso del tiempo, adquirieron gusto por la práctica del comercio. Los judíos también eran mercaderes constantes, la mayoría provenía de los países musulmanes del Mediterráneo. Éstos pasaban por España al occidente y al norte de Europa, pero no sólo comerciaban, sino que también, gracias a sus viajes frecuentes llevaban consigo noticias de las regiones orientales, superficiales quizás, pero suficientes para mantener informados a sus clientes de lo que ocurría en el exterior. Las especias y telas preciosas que vendían todos estos mercaderes eran compradas, por lo general, por la gente rica de las regiones. Las iglesias les compraban incienso para los oficios y bellas telas para los altares. (27)

Las Cruzadas, que se llevaron a cabo de principios del siglo XI hasta fines del XIII, también tuvieron que ver en la demanda de los artículos ya mencionados con anterioridad. El contacto que se tuvo con los musulmanes atrajo la atención de los europeos hacia su cultura, su riqueza, su ostentación y sus condimentos. Se tenía odio

por el infiel pero también curiosidad por sus costumbres, la cual creció con el desarrollo de las Cruzadas. La opulencia de los sarracenos provocaba escándalo entre los cristianos, pero al mismo tiempo, envidia. Al entrar en contacto con una cultura diferente y llamativa, despertó el interés de los europeos. Los mercaderes venecianos que no se dejaron llevar por un arrebato fanático desde que inició la expansión del Islam, continuaron con su actividad mercantil, incluso con las bases sarracenas del Mediterráneo. Así que su participación en las Cruzadas fue -como la de las otras ciudades marítimas italianas- de gran importancia para los cruzados.

La navegación occidental en el Mediterráneo volvió a resurgir a partir de las Cruzadas. También se recuperaron las islas de Cerdeña, Córcega y Sicilia. La nueva ofensiva del Islam se extendió por tierra firme, porque los turcos no tenían una flota de peso, ya que eran expertos jinetes. Las caravanas que transportaban especias, marfil y telas finas provenientes de la China y la India, viajaban hacia las regiones sirias, para que los barcos italianos recogieran su mercancía. La participación comercial de los italianos también beneficiaba a los turcos, porque las caravanas de aquéllos abastecía comercialmente a estos últimos. Asimismo, la participación de los latinos en las Cruzadas también benefició a los cristianos. Las flotas italianas que habían seguido formadas a pesar del avance del Islam, fueron una fuerza naval de gran ayuda para los cruzados. Contribuyeron a abastecer a los ejércitos cristianos y a construir y organizar flotas, a petición de los cruzados. Sus ganancias aumentaron al ser proveedores de la guerra. Aparte de todo esto, las ciudades italianas, y en menor grado, las de Provenza y Cataluña, obtuvieron el dominio del Mediterráneo. Por ello se pudo monopolizar, para su provecho, el tráfico comercial desde el Bósforo y Siria hasta el estrecho de Gibraltar y desarrollar una actividad económica capitalista que luego debía comunicarse con las regiones al norte de los Alpes. A pesar de que los cruzados no pudieron recuperar los lugares santos, la supremacía del Islam en el Mediterráneo oriental decayó ante el empuje de las ciudades marítimas europeas, en especial, las italianas.

Los turcos no habían logrado conquistar el Imperio Bizantino porque este último los contuvo pero, asimismo, porque se prefirió mantener relaciones "diplomáticas" con éste por el desarrollo comercial. Por ello, las dos culturas entraron en mayor contacto. Para mediados del siglo XV, los turcos otomanos tomaron Constantinopla, capital del Imperio Bizantino, después de varios intentos. Dicho imperio fue incapaz de combatir

esta vez a los musulmanes. Las invasiones de los mongoles retrasó la ofensiva expansionista de los turcos otomanos, pero en 1453, el deseo de conquistar Constantinopla se hizo una realidad. Mohammed II no pudo resistir la tentación. Lo que finalmente ocurrió con ello fue que los eruditos del lugar huyeron hacia los países cristianos de occidente. Se llevaron consigo la cultura que tanto había caracterizado a Constantinopla en los últimos años. Esto a su vez, ayudó al despertar intelectual de Europa. Mohammed II no pudo conservar en Constantinopla, a pesar de sus esfuerzos, el comercio y la cultura que la habían hecho tan irresistible. El temor a lo que pudiera suceder en el futuro provocaron estas fugas. El baluarte que Constantinopla significaba para los cristianos, al encontrarse entre Europa y Asia, entre el Cristianismo y el Islam, era de mucho peso para la Europa occidental. Así, la noticia de su caída hizo presa de un terror supersticioso a los cristianos de tierra adentro. La expectativa era tan grande en Europa, que los turcos se conformaron, por el momento, en cerrar las rutas comerciales de acceso hacia Oriente, lo que para los cristianos representó un duro golpe en su intercambio comercial. La caída de Constantinopla marcó, en buena medida, el fin de la Edad Media y el inicio de la Moderna. (28) La Europa occidental de tierra adentro padeció más que otras zonas las consecuencias de estos hechos. Las corrientes de cambio se suscitaron unas a otras. El Imperio Bizantino, a pesar de ser cristiano, no rendía cuentas al Papa, a diferencia del Imperio Romano de occidente. No se admitía la supremacía del Papa de Roma. Su influencia se percibe en la Reforma protestante con las iglesias ortodoxas y nacionales, en donde el poder del Papa era prácticamente nulo.

Durante la Edad Media, la Iglesia fue un órgano de gran poder dentro del feudalismo al ser dueña de grandes extensiones de tierra. Aparte de funcionar como un señor feudal, también representó un obstáculo para el desarrollo comercial. La Iglesia prohibió, en primera instancia, prestar dinero con interés porque éste era considerado usura, y por consiguiente, un pecado. La iglesia enseñaba que lo que era bueno para el bolsillo del hombre, no lo era para el alma. Su bien espiritual era primero. Si se ganaba más de lo debido en cualquier transacción, eso era a expensas de otro y éste era un acto negativo. Tratar de hacer fortuna era caer en el pecado de avaricia. El trabajo se realizaba para que los hombres se mantuvieran en la condición en la que habían nacido, hasta que se pasara a una mejor vida, la vida eterna. Sólo la caridad de los ricos, bajo el ejemplo de los monasterios, podía mejorar la situación de los

pobres. Todo esto se debía hacer para evitar abusos contra los débiles, pero no se lograba, porque tanto la Iglesia, a pesar de su discurso, como los señores feudales se aprovechaban de su posición aventajada.

A pesar de que se reconocía lo útil del comercio, a los comerciantes se les negó el obtener más dinero de lo debido en sus transacciones; claro está, a nivel moralizante, ya que los comerciantes siempre vieron la forma de llevarlas a cabo con efectividad y provecho propio.

De hecho, la Iglesia denunció a los usureros, pero ella misma y los reyes utilizaban sus servicios. Los judíos que eran prestamistas menores y que cobraban grandes intereses fueron odiados y despreciados por ser usureros. Los banqueros italianos también prestaban dinero pero en mayores cantidades y con elevados intereses, pero no perdían por ello prestigio. Más aún, cuando el interés no era pagado, el Papa mismo lo cobraba a los deudores bajo amenaza de castigos espirituales.

Estas restricciones y contradicciones de la Iglesia misma, perjudicaban el estilo de trabajo de los crecientes grupos comerciales -que no eran tan poderosos como los banqueros-, porque éstos deseaban hacer negocios a lo grande por toda Europa. Querían que su forma de trabajo no fuera visto como inmoral y renegado por los preceptos religiosos. Las molestias que la doctrina religiosa ocasionaba al comercio por equiparar sus transacciones con la usura debían ser superadas.

La Iglesia era muy rica y poseía una gran extensión de tierra, su poder era tan dominante y privilegiado, que se rehusaba a pagar contribuciones al naciente gobierno nacional. Poseía un poder temporal centralizado y organizado, además de mantener un dominio espiritual de gran peso a través del dogma. Los reyes necesitaban dinero y vieron en la Iglesia de su país la solución a sus problemas. Sus contribuciones darían nuevos recursos. Sin embargo, la Iglesia se opuso y surgieron pugnas entre los dos grandes poderes del declinante feudalismo, el del soberano y el eclesiástico. Se tomó entonces, la decisión de ser estrictos con la Iglesia. Ésta estorbaba a los planes nacionales de las monarquías europeas, porque no quería ceder terreno. Con su poder temporal, juzgaba en cortes eclesiásticas los casos que se le presentaban. Fragmentaba el poder nacional. Además, los fallos eclesiásticos podían ir en contra de los deseos del rey. Las negociaciones equitativas entre estos dos poderes ya no tenían cabida, no había más salida que restarle fuerza y campo de acción a la Iglesia.

Las multas y cohechos representaban nuevos puntos para las querrelas, ya que el

dinero por las mismas iba a parar a las cortes que dieran el fallo. Asimismo, cuando una abadía se quedaba sin abad, los puestos eran designados por el Papa y no por el rey, lo que dejaba cargos de gran importancia y con buenos ingresos, en manos de los aliados del poder pontificio y no del gobierno nacional.

La Iglesia misma se concedía el derecho de intervenir en los asuntos internos de los países cristianos, lo que agravaba su pugna frente a la monarquía nacional. Era un rival político y un obstáculo para el desarrollo de las naciones. Además, sus riquezas eran estáticas y necesitaban circularse para que ayudaran al desarrollo económico nacional.

Los abusos y los excesos que la Iglesia cometía se hicieron del dominio público paulatinamente. Los primeros que pretendieron reformar estas cuestiones no tuvieron éxito y esto se debió a que quisieron reformar no sólo la forma en cómo se efectuaba el dogma, sino también su posición frente al señor. Los movimientos y revueltas campesinas fueron reprimidas porque amenazaban, simultáneamente, el poder y los privilegios de la nobleza. Tanto la Iglesia como los poderes seculares impidieron el éxito de las mismas. En sí, cuando el peligro es común, los grupos perjudicados se acercan y se unen en intereses; aunque ésto cambie al lograr sus propósitos. La fuerza de su mutuo adversario los hace aliarse y apoyarse. No iban, por lo tanto, a apoyar un movimiento que los perjudicara.

En cambio, al darse la Reforma de Lutero, ésta sí consiguió el favor de la clase dirigente. Predicaba una doctrina igualitaria pero no radical. Además, no hizo causa común con los oprimidos, ya que no pretendía derribar a los privilegiados. Más bien, apelaba a un espíritu nacionalista. La oposición religiosa contra Roma coincidió con los intereses del creciente Estado nacional. La Reforma reconocía el derecho del fiel a interpretar libremente la Biblia. Establecía que el sacerdote no tenía poder, era sólo guía; no reconocía la autoridad papal; se abolía el clero regular y el celibato. Las Sagradas Escrituras seguían, en una libre interpretación, como la guía espiritual básica.

La creciente clase media sintió que en su camino estaba el obsoleto sistema feudal. Su avance estaba bloqueado por la Iglesia Católica que era el baluarte de dicho sistema. La Iglesia defendía el orden feudal, porque poseía una tercera parte de las tierras como un señor feudal. Por lo tanto, para destruir por completo al feudalismo que estaba en su última etapa, se debía atacar la organización central del mismo, la Iglesia.

Al llegar el sistema feudal a su ocaso, entran en juego diversos factores: 1) El

Renacimiento. Un pujante y luminoso resurgimiento de la cultura clásica, que toma nuevas formas y adquiere matices propios. Se buscan las explicaciones de las cosas. El hombre quiere indagar la verdad por sí mismo. 2) Los descubrimientos geográficos. Éstos ensanchan el ámbito material del progreso. Se abren nuevas rutas de comercio y de expansión política y económica. También contribuyeron al intercambio de conocimientos y mercancías. Surge un nuevo interés por las exploraciones. Cabe recordar, que las exploraciones de Marco Polo habían levantado toda clase de expectativas sobre la credibilidad de las riquezas del Lejano Oriente, de las cuales había rendido testimonio este viajero. Después de asimilarlo y de que se bloquearon las rutas comerciales que daban acceso al Oriente por los turcos otomanos, se da lugar a nuevas exploraciones marítimas que culminaron con la llegada al continente americano y a nuevos mercados. Ésto presentó dos problemas: un mayor cuestionamiento religioso y conflictos entre países por la repartición del mismo, el cual monopolizó en su gran mayoría España. Todo ésto dió pie a otro factor que contribuyó a dar fin al ya de por sí declinante sistema feudal. 3) "La Reforma protestante quebranta la autoridad central de la Iglesia romana e induce al hombre a buscar las grandes verdades por sí mismo, en vez de acatar ciegamente el dogma". (29) El Protestantismo por otra parte, revoca la condenación de la Iglesia romana contra el comercio y abre las puertas del crédito. El hombre puede buscar su bienestar y su fortuna a través del trabajo. 4) La invención de la imprenta ayuda a desmoronar el monopolio que los monasterios ejercían sobre el pensamiento y el conocimiento, y lo pone al alcance de la población a través de libros; claro está, de los que pudieran adquirirlos. Se destruyen mitos y tabúes. Se dan todo tipo de interpretaciones.

De esta manera, la tierra cede a la fábrica y al comercio el primer puesto como fuente de recursos económicos. La riqueza de la tierra ligada a las prerrogativas de la aristocracia de sangre, es sustituido por el capital industrial comercial. La burguesía se adueña de los nuevos instrumentos de producción y se sobrepone a la aristocracia de sangre. El hombre de negocios le disputó así, poder al señor feudal.

El siglo XV marca la progresiva disolución de los vínculos feudales, la emergencia de los mercados, la generalización de los usos monetarios, la centralización y la consolidación del Estado nacional; la diversificación de la producción y del consumo, la modificación de la composición social en el ascenso de la burguesía. (30) Todo esto preparó el camino para que la Reforma rindiera frutos en Inglaterra.

Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XV, era una potencia de tercer orden. No poseía una unidad nacional ni características plenas de modernidad. En las postrimerías de dicho siglo, se dió un gran paso para la estructura nacional del país: el inglés fue declarado el idioma oficial en la Gran Bretaña, el cual era una mezcla de vocablos sajones y franceses. Con ello se dió de forma definitiva la unión de los sajones y de los normandos.

La monarquía nacional inglesa se formó "ante los ojos del rey y el día en que" sintió "gravitar harto pesadamente sobre sí el poder monárquico, por la unión de sus fuerzas se" encontró "en situación de imponerle su participación en el gobierno y de conseguir garantías". (31) A diferencia de Francia, el rey de Inglaterra sí poseyó un poder superior al de los señores feudales. Quizás en ocasiones se viera menguado, pero siempre conservó un poder intacto. Esto se remonta a la invasión normanda a Inglaterra en el siglo XI, pues Guillermo el Conquistador al distribuir los feudos entre sus caballeros y/o grandes vasallos, no les concedió ninguna autoridad financiera o judicial. De hecho, formaron parte del grueso del ejército de la Corona. Los derechos reales no se esparcieron entre la alta nobleza, porque "Guillermo, como duque de Normandía, sabía muy bien lo que le cuesta a un rey dejar que se establezcan en torno suyo principados territoriales". (32) No permitiría que lo que afectó al poder regio en Francia afectara sus nuevos dominios. Él mismo tomó las riendas del país que había conquistado. Cabe mencionar que cuando la invasión normanda se dió, la unificación con los sajones fue muy difícil. El proceso duró siglos. Incluso, hasta el siglo XV, cuando el inglés fue adoptado como lengua oficial, pues como ya se ha mencionado, posee una combinación de elementos tanto sajones como normandos -franceses. Ésto junto con la guerra de los Cien Años, en la que Inglaterra perdió sus posesiones continentales -con excepción de Calais- y la guerra de las Dos Rosas que diezmó a la nobleza, abrió las puertas para que el poder regio se consolidara bajo la forma de una monarquía nacional. En estos periodos de guerra se dieron las instituciones parlamentarias, el rey en turno cedió derechos al Parlamento a cambio de préstamos. El pueblo inglés cansado de los abusos a los que había sido sometido para pagar las guerras de los señores hace revueltas, pero las ya mencionadas instituciones parlamentarias apaciguaron sus ánimos.

Para el año de 1485, la guerra de las Dos Rosas había terminado por completo y se instauraba una nueva dinastía en el trono inglés, la de los Tudor. Esta guerra se caracterizó por las luchas que se dieron entre los Lancaster y los York, la cual duró

treinta años. En este tiempo, la Corona Inglesa osciló entre estas dos nobles casas. Ambas se disputaban el trono por ser descendientes de los Plantagenet. La casa de York (rosa Blanca) —en su escudo de armas— logró por unos años arrebatarle la Corona a los Lancaster (rosa Roja). Eduardo IV (1461-1483), de la casa de York, alentó a los tejedores flamencos para que radicaran en Inglaterra y tejieran allí la lana inglesa, para que ésta ya no tuviera que ser exportada a Flandes para que la manufacturaran. La nueva industria dió cierto renombre a las ciudades en las que se establecían y enriqueció a los mercaderes, quienes aumentaron el comercio con el continente. Al morir este rey, se suscitaron nuevas querrelas por la sucesión entre la propia casa de los York. El rey había dejado un hijo de doce años como heredero, pero el propio hermano menor del rey, el duque de Gloucester, pretendió apoderarse del trono. Asesinó en la Torre de Londres a su sobrino y liquidó a todo aquel que pudiera disputarle el trono. De esta forma, dicho duque se proclamó rey, en Ricardo III (1483-85). Sus crueldades lo habían llevado al poder, pero sólo lo conservó durante dos años porque los nobles se sublevaron en contra suya. En la batalla de Bosworth, un noble llamado Enrique Tudor —de la casa de los Lancaster— consiguió la victoria al dar muerte a Ricardo III. Ante la interrogante de que los Lancaster pudieran mantenerse en el poder y luchar de nueva cuenta contra los York y proseguir así con una guerra desgastante y agobiadora o establecer la paz, las casas de York y los Lancaster decidieron optar por esto último a través de acuerdos matrimoniales. Se convino en que Enrique Tudor se casara con Isabel de York, hija de Eduardo IV. La guerra de las Dos Rosas y los problemas de sucesión marcaron el fin de las luchas feudales en Inglaterra y el inicio de la modernidad.

En este proceso de luchas los nobles se aliaron a tal o cual casa para apoyarla y para fortalecerse a sí mismos, pero lo único que se consiguió con ello fue que la nobleza misma fuera diezmada. El acuerdo matrimonial entre Enrique Tudor e Isabel de York puso punto final a la guerra. El debilitamiento y agotamiento en los que había quedado la nobleza y ambas casas, hizo posible que la paz se estableciera. No existían recursos materiales ni humanos suficientes para entablar la guerra de nueva cuenta. De esta forma se abrió el camino para que el poder regio echara raíces. La nobleza estaba fuera de combate. La habilidad del rey debía mantenerla en este estado, atraerla para beneficio propio y convencerla de apoyar con mayor fervor a su soberano. Para esto también era importante entablar buenas relaciones con los comerciantes de

la creciente burguesía. A cambio de préstamos, el rey se comprometería a mejorar el trato hacia ellos y sus transacciones. Si el monarca obtenía un poder de peso, la nobleza dejaría de cobrarles impuestos a los mercaderes por pasar por sus tierras -alcabala-; incluso, les otorgarían más derechos y concesiones a los burgos y/o ciudades que poco a poco se habían extendido por Inglaterra. La ayuda mutua beneficiaría tanto al rey como a los mercaderes, quienes habían cobrado fuerza al ser proveedores de la guerra.

Con la llegada del primer Tudor al trono inglés, se establecieron nuevas formas del poder regio. Se deseaba con ésto que el rey tuviera más poder del que tenía. Con la ayuda de los comerciantes y de su dinero, se daría un gran paso para conseguirlo. Cabe señalar, sin embargo, que estas nuevas perspectivas no se dieron únicamente por la subida al trono inglés de los Tudor, sino a un proceso histórico que había dejado el terreno listo para que el rey ostentara el poder regio y para que los grandes señores se unieran bajo un sólo mandato. Ésto también se vió favorecido por el auge de la creciente burguesía la cual poseía el dinero y que necesitaba estar apoyada por el rey para desarrollar su comercio y transacciones con mayor libertad. Se necesitó de una larga preparación para que el monarca inglés pudiera consolidar para sí el poder regio, por encima de los señores feudales. El momento había llegado y sólo era cuestión de que echara raíces. Los Tudor fueron los que se enfrentaron a estos cambios y los que tuvieron el suficiente coraje, firmeza y visión para que la monarquía nacional se consolidara bajo su régimen. Supieron actuar conforme al momento histórico, además de rodearse de gente que también estaba consciente de la decadencia que el periodo feudal experimentaba y de las corrientes renacentistas que inundaban Europa con diferentes formas de actuar y de pensar ante lo establecido, hasta lo entonces creído por todos, una vuelta al pensamiento clásico. Los Tudor dejaron todo preparado para que Inglaterra, con sus posteriores dinastías, bajo un proceso histórico, lograra ser una de las grandes potencias mundiales, después de ser una isla de poca importancia.

El pueblo inglés estaba cansado de las guerras y de los desastres que éstas habían ocasionado. En la guerra de las Dos Rosas, las tierras de los señores habían servido como campo de batalla. Por esta razón, el cultivo y las labores del pueblo perdieron continuidad y efectividad. Obstaculizaban la economía interna y ésto, por consiguiente, repercutía en la economía de sus hogares. Por esto mismo, también deseaban la paz y presionaron en lo que pudieron para que ésta se diera. Enrique VII demostró en batalla

la creciente burguesía. A cambio de préstamos, el rey se comprometería a mejorar el trato hacia ellos y sus transacciones. Si el monarca obtenía un poder de peso, la nobleza dejaría de cobrarles impuestos a los mercaderes por pasar por sus tierras -alcabala-; incluso, les otorgarían más derechos y concesiones a los burgos y/o ciudades que poco a poco se habían extendido por Inglaterra. La ayuda mutua beneficiaría tanto al rey como a los mercaderes, quienes habían cobrado fuerza al ser proveedores de la guerra.

Con la llegada del primer Tudor al trono inglés, se establecieron nuevas formas del poder regio. Se deseaba con ésto que el rey tuviera más poder del que tenía. Con la ayuda de los comerciantes y de su dinero, se daría un gran paso para conseguirlo. Cabe señalar, sin embargo, que estas nuevas perspectivas no se dieron únicamente por la subida al trono inglés de los Tudor, sino a un proceso histórico que había dejado el terreno listo para que el rey ostentara el poder regio y para que los grandes señores se unieran bajo un sólo mandato. Ésto también se vió favorecido por el auge de la creciente burguesía la cual poseía el dinero y que necesitaba estar apoyada por el rey para desarrollar su comercio y transacciones con mayor libertad. Se necesitó de una larga preparación para que el monarca inglés pudiera consolidar para sí el poder regio, por encima de los señores feudales. El momento había llegado y sólo era cuestión de que echara raíces. Los Tudor fueron los que se enfrentaron a estos cambios y los que tuvieron el suficiente coraje, firmeza y visión para que la monarquía nacional se consolidara bajo su réglmen. Supieron actuar conforme al momento histórico, además de rodearse de gente que también estaba consciente de la decadencia que el periodo feudal experimentaba y de las corrientes renacentistas que inundaban Europa con diferentes formas de actuar y de pensar ante lo establecido, hasta lo entonces creído por todos, una vuelta al pensamiento clásico. Los Tudor dejaron todo preparado para que Inglaterra, con sus posteriores dinastías, bajo un proceso histórico, lograra ser una de las grandes potencias mundiales, después de ser una isla de poca importancia.

El pueblo inglés estaba cansado de las guerras y de los desastres que éstas habían ocasionado. En la guerra de las Dos Rosas, las tierras de los señores habían servido como campo de batalla. Por esta razón, el cultivo y las labores del pueblo perdieron continuidad y efectividad. Obstaculizaban la economía interna y ésto, por consiguiente, repercutía en la economía de sus hogares. Por esto mismo, también deseaban la paz y presionaron en lo que pudieron para que ésta se diera. Enrique VII demostró en batalla

que poseía las cualidades requeridas para gobernar y para restaurar la autoridad regia que tanto se necesitaba, así como darle estabilidad al país después del caos. Enrique VII poseía firmeza, flexibilidad para escuchar opiniones y nuevas ideas, así como constancia en sus miras.

Hay que señalar, que cuando Enrique VII subió al trono inglés, el reino que debía gobernar no comprendía la totalidad de las islas británicas. "Escocia, ruda y atrevida, constituía un Estado independiente, casi siempre hostil a su vecino. Irlanda, teóricamente conquistada desde el siglo XII, en realidad sólo estaba sometida en la banda costera situada al norte de Dublín: el Pale". (33) En Irlanda el rey estaba representado por un Lord Lugarteniente y un Lord-diputado que convocaba de vez en cuando un Parlamento. Inglaterra de hecho, todavía se encontraba organizada bajo una forma primitiva. Estaba dominada por señores locales. Lo que hasta entonces abarcaba el dominio del rey era el territorio de Inglaterra y el país de Gales. Las principales ciudades eran Londres y Bristol.

El principal instrumento de la política regia de Enrique VII fue el Consejo privado, y aunque su organización ha sido difusa, parece ser que carecía de estatutos, "el monarca designaba a su placer a sus miembros, que se repartían las tareas a tenor de las necesidades del momento". (34) El Consejo privado agrupaba a los principales dignatarios del reino: el Canciller, el Tesorero, el Guardián del sello privado, algunos grandes señores u hombres de iglesia y otros titulares de diversos cargos. El Consejo también juzgaba los casos que le eran sometidos por petición expresa. Podían llevar en secreto sus investigaciones y dar toda clase de sentencias, menos la pena de muerte.

Sin embargo, en los Condados en donde se concentraba la vida local, la autoridad regia no contaba con los medios suficientes para hacer cumplir sus órdenes. Los tenientes y subtenientes eran nobles y no permitirían que se les restara poder.

La vida local inglesa era descentralizada, pero en realidad ello no representaba un obstáculo para el poder regio, ya que se contaba con que el consenso popular apoyara este poder.

Los Tribunales que juzgaban los principios del derecho común, se encargaban de los asuntos civiles o pleitos comunes; para los asuntos criminales y los financieros enviaban comisiones itinerantes a todo el reino, pero los procedimientos eran tan lentos y costosos, que los litigantes apelaban de forma directa a la justicia real. Así surgió otra jurisdicción dependiente del Canciller, la cual juzgaba con mayor rapidez los casos

bajo principios de "equidad". (35) Era de esperarse que si una jurisdicción era más expedita en sus fallos que otra, atrajera para sí, a más litigantes. Ello brindó al rey mayor poder y mayor favor del pueblo, o por lo menos, de los grupos en ascenso.

Las finanzas fueron un pilar en el que Enrique VII trabajó mucho. El carácter ahorrativo y poco belicoso del rey, a consecuencia del debilitamiento de la gran nobleza y de las exigencias populares y comerciales del país, ayudaron a esta empresa. Enrique VII se esforzó en ceñir los gastos a las rentas ordinarias que comprendían ante todo, el producto del dominio y los derechos aduaneros, tasas sobre la exportación de lanas y cueros, los cuales le fueron otorgados al monarca bajo título vitalicio por el primer Parlamento que se reunió durante su reinado. Sin embargo, para obtener subsidios extraordinarios de los ingresos de los Condados y ciudades, el rey debía apelar de forma necesaria al Parlamento y no deseaba hacerlo, porque era como ceder parte del poder regio que pretendía ostentar. (36)

La administración financiera dependía de la Tesorería, pero sus procedimientos eran lentos y complicados. Enrique VII decidió entonces, desarrollar los servicios financieros de su casa, la Cámara del rey, a la cual transfirió las rentas del dominio con otras tantas. Hacia finales de su reinado, más de dos terceras partes de los fondos se hallaban en poder del tesorero de la Cámara.

Enrique VII también se preocupó por las relaciones que Inglaterra mantenía con otras casas reinantes. Por esto mismo, con gran astucia, concertó el matrimonio de su heredero Arturo con la princesa española Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos. Esto dió como resultado una relación armoniosa con España, cuya nación cobraba mayores bríos a nivel internacional por sus posesiones ultramarinas. Al morir el príncipe Arturo, Enrique VII hizo que su viuda Catalina de Aragón se quedara en Inglaterra y que desposara a Enrique, su hijo menor. A su hija Margarita, la casó con Jacobo IV —de la dinastía de los Estuardo—, rey de Escocia. Esta alianza matrimonial brindó a estos tradicionales enemigos, Inglaterra y Escocia, una posibilidad de paz y prosperidad.

Al morir Enrique VII le sucedió su hijo Enrique VIII (1509) y con él surgió un nuevo predicamento para Inglaterra. Después de veinte años de reinado en el que hubo una prolongación de la política precedente, éste rey decidió divorciarse de su esposa Catalina de Aragón. Como el proceso no pudo resolverse a su favor antes de que interviniera de forma directa el Papa, Enrique VIII condenó a muerte al encargado de

llevar este asunto, el cardenal Wolsey, uno de sus más cercanos colaboradores. Con este acto, el monarca mostró que más allá de poseer un poder regio, imponía su voluntad al precio que fuera, y el que no lo obedecía o no lograba buenos resultados para el rey, caía en desgracia. El Papa Clemente VII se rehusó a hacer válido el divorcio, porque no quiso contravenir al emperador Carlos V –Carlos I de España–, quien era sobrino de Catalina de Aragón y la figura más poderosa del mundo católico. Además, acceder a tales peticiones hechas por un rey no muy poderoso en Europa, le restaría poder y credibilidad.

Después de la muerte de Wolsey en 1529, el rey gobernó con nuevos colaboradores: Thomas Moro, Canciller –quien posteriormente fue decapitado por criticar a su rey por la reforma religiosa–; Thomas Cranmer, eclesiástico irregular (secular) y Thomas Cromwell de extracción pobre, pero muy ambicioso, que ascendería al cargo de Canciller de la Tesorería. Es evidente una apertura en los altos puestos del gobierno para aquellos que aportaran nuevas ideas, sin importar su origen.

El Parlamento compartía los sentimientos anticlericales de la mayoría de los consejeros reales. Esto aunado con el interés de romper lazos con el Papa, influyó en gran medida, para que Enrique VIII optara por divorciarse de una reina católica, y no sólo un mal de amores. Si ésto se lograba, ya no habría nada que impidiera que Inglaterra rompiera lazos con Roma. El que Catalina de Aragón fuera tía del emperador Carlos V, aliado del Papa y defensor del Catolicismo, complicaba las cosas. Sin embargo, éste no sólo era paladín de la Contrarreforma, sino que también mantenía guerra de poder con Francia. A cambio de que Enrique VIII apoyara al emperador contra dicha nación, Carlos V desviaría su atención de Inglaterra y de lo que ocurría en ella, y así se hizo.

Que este rompimiento fuera apoyado por el Consejo del rey y quizás hasta motivado, no quiere decir que Enrique VIII renunciara a la fe católica, ya que era creyente de corazón. Lo que ésto significó para él, fue dar una continuidad a las exigencias de su país y de los grupos sociales en ascenso. Además, Catalina de Aragón no le había dado un heredero varón. La única hija que había sobrevivido era María. El rey no creyó que una mujer fuera capaz de gobernar adecuadamente a Inglaterra. De ahí el interés del monarca por tener un hijo varón que fuera su heredero.

Para obtener el divorcio, Enrique VIII argumentaba que Catalina de Aragón había sido esposa de su hermano finado, y que por ello, su matrimonio con ella no era válido. Un supuesto cargo de conciencia lo hacía pedir dicha anulación. Por lo tanto,

cuando Clemente VII se negó a darle validez papal a este divorcio, el rey de Inglaterra optó por casarse en secreto con Ana Bolena, una de las damas de la reina y una Howard por el lado materno. Lo interesante de este caso, es que el padre de Ana Bolena procedía de una familia de prósperos comerciantes de Londres con gran riqueza (37), lo que permitió al rey casarse y emparentar con una noble familia, la de los Howard. La madre de Ana era hija del duque de Norfolk. Esto también puede demostrar no sólo que Enrique VIII quiso casarse con Ana Bolena por su belleza, sino también porque con su unión mantendría contentos tanto a las grandes familias de la época, como a la creciente burguesía, a la cual pedía préstamos cada vez que lo necesitaba. Cranmer los casó al ser nombrado arzobispo de Canterbury. Con esto se anuló el primer matrimonio de Enrique VIII y se dió validez al segundo, pero lo más importante, fue que se dejó de lado la autoridad papal. Al enterarse Clemente VII de ésto, excomulgó al monarca inglés y pronunció la validez de su primer matrimonio. Enrique VIII a su vez, votó la Acta de Supremacía, en la cual, la Iglesia de Inglaterra se separaba de la obediencia papal -noviembre de 1534-, se nombró a sí mismo, jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. Dió así, un nuevo paso para la consolidación de una monarquía nacional, pues ya no tenía que compartir el poder con la autoridad eclesiástica, cuya cabeza era el Papa. Ahora el rey dominaba todos los ámbitos. El Parlamento, al igual que con Enrique VII, se reunía de vez en cuando, y como en ésta ocasión, sólo lo hacía para votar a favor de las disposiciones del rey, las cuales a su vez eran, en su gran mayoría, aceptadas de buena gana por los miembros del Parlamento, quienes compartían las ideas del rey y sus consejales. Además, contradecir al rey merecía la pena de muerte. Por esto mismo, la resistencia católica fue reprimida sin muchos contratiempos. La gente de negocios y el rey, se habían dado cuenta de que se necesitaba ir con las corrientes de cambio para no estancarse en su desarrollo interno ni externo, siempre y cuando beneficiara a Inglaterra y a ellos mismos.

En tiempos de Enrique VII la ruptura con el Papa no era imaginable por el hecho de que en el mundo cristiano todavía pesaba mucho el apoyo del Papa y el poder espiritual de la Iglesia Católica, y porque la monarquía nacional en Inglaterra apenas estaba en vías de formación. No se disponía de poder suficiente para retar al Papado. Por ello, el primer Tudor mantuvo muy buenas relaciones con el Papa y con la principal defensora del Catolicismo, España. Con el paso del tiempo, las circunstancias cambiaron. La Reforma protestante que se había dado en Europa a través de un proceso

histórico repercutió en Inglaterra de tal forma, que la ruptura con el Papado no se hizo esperar.

El surgimiento de una monarquía nacional y el deseo de que el comercio y la industria se expandieran, produjeron una gran acogida de la Iglesia nacional. Los intereses del rey y de los grupos sociales en ascenso iban por el mismo camino. La doctrina que la Iglesia Anglicana —la Iglesia nacional inglesa— seguía era muy parecida a la Católica, ya que conservaba los mismos sacramentos y la misma jerarquía eclesiástica. Su diferencia radicaba en que era nacional y que obedecía a otro jefe, el rey. Las Órdenes religiosas tuvieron que desaparecer porque su autoridad suprema era el Papa. Además, la Iglesia Católica era propietaria feudal de una gran parte del suelo inglés y la distribución del mismo beneficiaría al rey. El que no estaba dispuesto a someterse a tales disposiciones era encarcelado o ajusticiado.

El divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón, la Reforma religiosa y la separación de Inglaterra de la autoridad papal, habían logrado lo que tanto se había anhelado entre los círculos de poder: poseer las tierras y riquezas de los conventos, monasterios y abadías. Asimismo, los recaudos que la Iglesia Anglicana obtuviera desde entonces de sus feligreses irían a parar a manos de su rey y no del Papa. Desde ese momento, las riquezas y frutos del trabajo diario de los ingleses no saldrían de Inglaterra salvo que fuera necesario. Esta nación sería dueña de su propio destino bajo la dirección de su soberano.

La supresión de los monasterios dejó a disposición del rey las tierras y bienes eclesiásticos. Enrique VIII las vendió a arrendatarios y a residentes urbanos especuladores, aunque no siempre por grandes cantidades. Los nuevos propietarios expulsaron a los antiguos campesinos tributarios hereditarios. Se abolió de forma tácita el derecho garantizado por ley de que los campesinos empobrecidos recibieran una parte de los diezmos eclesiásticos. Asimismo, estas tierras fueron objeto de donaciones a los rapaces favoritos del rey. (38) En 1536 se clausuraron más de trescientos conventos y en 1538 casi desaparecieron de Inglaterra, lo que provocó un gran desplazamiento humano de las zonas rurales a las ciudades. El desempleo, las enfermedades por las concentraciones de gente en lugares insalubres y un incremento en el vagabundeo, fue lo que el grueso de la población tuvo que padecer ante estos hechos. En primer lugar, porque los nuevos dueños de las tierras ya no les permitían trabajarlas pues tenían otros planes para el uso de las mismas, y en segundo, porque

al suprimirse los conventos y monasterios que también funcionaban, en ciertos casos, como hospicios y hospitales la gente pobre ya no tuvo a dónde recurrir. Las tierras eclesiásticas brindarían a sus nuevos propietarios no sólo lo suficiente para subsistir, sino también ganancias, y el pastoreo era ideal para ayudar al desarrollo de la industria textil, por las exportaciones de paño que Inglaterra realizaba.

La Reforma religiosa en Inglaterra y la confiscación de tierras y bienes eclesiásticos de monasterios y abadías tuvieron su origen en un interés de tipo económico, ya que sus ventas y aprovechamiento sólo enriqueció a los que la formularon y a los que la hicieron posible. Esta confiscación modificó las clases sociales. Aparecieron nuevos ricos, nuevos propietarios y dirigentes. Un efecto de la misma, fue el paso de terrenos carboníferos de "las manos conservadoras y poco expertas de los monjes a las manos innovadoras de los seculares, de lo cual derivó inmediatamente un destacado impulso de la industria minera de carbón". (39)

La supresión de los monasterios le dió al Tesoro real un millón y medio de libras esterlinas, a la par de que se enriquecieron gran parte de los servidores personales del rey. Muchos de ellos formaron la Gentry, gente nacida de buena cuna que no perdió tiempo en tomar parte en este reparto de tierras. En sí, sólo salieron beneficiadas con esta venta unas cuantas familias y ciertos hombres de negocios que se enriquecieron aún más de lo que ya eran.

Las regiones apartadas del norte se resistieron a acatar las disposiciones de Enrique VIII. Hubo revueltas y levantamientos para restablecer el Catolicismo, pero estos movimientos armados fueron reprimidos con fuerza y bajo coacción. Además, por lo general, eran débiles y no muy bien organizados. En Irlanda, por ejemplo, Enrique VIII se proclamó rey sin que hubiera sometido en realidad al país y sin que hubiera logrado que la Reforma fuera aceptada. Quiso ser reconocido como jefe legítimo de la Iglesia. Por tal razón, el que no lo aceptaba era ajusticiado. El Parlamento irlandés, obligado por Enrique VIII, tuvo que suprimir los monasterios. Los jefes locales también tuvieron que jurar lealtad al monarca sin mucho entusiasmo. Irlanda se sublevó ante estos abusos. La cabecilla del movimiento fue Thomas Kildare pero fue apresado y ejecutado. Enrique VIII también quiso que su sobrino Jacobo V, rey de Escocia, rompiera lazos con Roma, pero la esposa de éste se rehusó, ya que era una princesa francesa católica. Por ello, Enrique VIII le declaró la guerra a Escocia y la saqueó. De forma paulatina la Reforma religiosa entró en Escocia, pero la reina madre no permitió

que su hija María Estuardo se casara con el hijo de Enrique VIII, un príncipe protestante, ya que para 1542 aquélla había heredado el trono al morir su padre. Para castigar esta afrenta se hicieron una serie de incursiones hacia Escocia. Se destruyeron castillos y se robó ganado.

Aunque la unidad nacional de la Gran Bretaña se vió dificultada por las diferencias existentes entre escoceses, ingleses, galeses e irlandeses, el poder central de Inglaterra los mantuvo al margen.

Los grandes señores del norte, que aún conservaban una forma de vida semifeudal, no estaban dispuestos a ser absorbidos por las cambiantes formas de vida del centro y del sur. Las formas tradicionales de vida no eran fáciles de cambiar, la tierra lo era todo para ellos. Dejar que la Reforma religiosa se aplicara por toda la Gran Bretaña, daría un fuerte golpe a la forma de vida semifeudal, pues la organización religiosa y clerical que la sostenía desaparecería al caer bajo el dominio del rey. Aunque lucharan estaban destinados a perder, ya que al monarca inglés lo respaldaba la riqueza de la ascendente clase burguesa que estaba satisfecha con los cambios y reformas realizados.

Enrique VIII se distinguió por ser un rey que no aceptaba críticas a su gobierno ni que lo contradijeran. Se casó varias veces con tal de tener un heredero varón, el cual tuvo al casarse con Juana Seymour, el único en seis matrimonios. A pesar de sus escándalos personales fue un rey que le dió al país lo que éste le demandaba. Compartió intereses con los grupos de poder y de los de rápido ascenso, porque comprendió que sólo así, Inglaterra podría continuar con un desarrollo económico interno. Con la Reforma religiosa, las transacciones comerciales y financieras, así como los préstamos fueron realizados con mayor libertad y de forma más abierta, sin la mirada castigadora de la Iglesia papal que veía en estos trámites la usura y una fuente de deseos personales de enriquecimiento; aunque la Iglesia romana y los reyes las llevaran a cabo de antemano. Asimismo, se podía fomentar un crecimiento interno, ya que las riquezas de los monasterios entrarían en circulación. A pesar de que la mayoría de los ingleses aceptaron la Reforma religiosa, ya fuera a la fuerza o por gusto propio, no se dió una verdadera estabilidad religiosa como para que el comercio se expandiera.

Al morir Enrique VIII, Inglaterra se enfrentó a la sucesión. El rey había dejado tres hijos, dos mujeres: María e Isabel y un varón: Eduardo. Como era de esperarse y por disposición, este último subió al trono cuando contaba con sólo nueve años de edad.

La educación que Eduardo VI recibió se basó en preceptos protestantes, y por lo tanto, representaba una buena opción para aquellos a los que les interesaba que las cosas siguieran igual, y hasta mejor para ellos.

El Consejo privado controló la situación. Nombró como protector de Eduardo VI al tío materno de dicho soberano, Eduardo Seymour, al que se llamó duque de Somerset; dado que el rey era menor de edad. Por tal razón, este joven rey desde que subió al trono inglés, al morir su padre en 1547, hasta el momento de su muerte en 1553, fue un instrumento del poder para su Lord Protector en turno. Cabe mencionar, sin embargo, que Eduardo VI tenía una sólida formación protestante y por ello accedió a que se difundieran por todo el país los primeros libros de oraciones protestantes. Su protestantismo aunado a lo radical de sus protectores hizo posible que se diera un nuevo paso para la consolidación de la Iglesia nacional. Se estableció un nuevo libro de rezos de carácter protestante (1552) en el que desapareció gran parte de la liturgia católica -y huella del papismo, si bien el arzobispo aún creía en la existencia de una presencia espiritual en la Eucaristía. También se dictó el Acta de Uniformidad que castigaba con rigor la práctica de otra forma de culto y que hacía obligatoria la asistencia a los oficios de la Iglesia nacional. En 1553, el arzobispo Cranmer dió a conocer una obra de cuarenta y dos artículos de carácter protestante, que mantuvo compromisos con las prácticas anteriores. Se percibe una cautela en las innovaciones del arzobispado. (40) Una cosa era que el rey fuera la cabeza de la Iglesia y otra que se cambiara por completo los rituales religiosos, que por tanto tiempo, había practicado la población inglesa. Los servicios religiosos también se darían en el idioma del país, el inglés, para darles un matiz más nacionalista. Esto provocó que las persecuciones religiosas fueran mayores que en los tiempos de Enrique VIII, más que nada, porque los protectores del rey eran más radicales e intolerantes en su posición protestante. Además, los católicos estaban reacios a aceptarla y tomaban represalia en contra de aquellos que estaban a favor de las nuevas determinaciones. Inglaterra estaba en un caos religioso.

Mientras Eduardo VI aprendía las cuestiones de gobierno y se educaba más a fondo, sus protectores hacían lo que les venía en gana, dado su papel en la corte y por la minoría de edad del monarca inglés. Somerset por ejemplo, al convertirse en Lord Protector preparó una invasión al norte con el propósito de exigir el cumplimiento del convenio matrimonial entre su sobrino y María Estuardo, pero fracasó ante el

empuje de los que preferían que la reina de Escocia se casara con el Delfín, que se convertiría en Francisco II. La fuerza combativa y el fuerte carácter de Enrique VIII lo hacían un rey poderoso y temido, pero Somerset no tenía su coraje y no era rey, así que no logró sus propósitos. Este Lord Protector emprendió luchas que no eran de primer orden y en las que era derrotado, lo que hundió más su reputación. Cuando hubo sublevaciones de carácter religioso, las sometió con crueldad. Su desempeño en el poder le provocó muchos enemigos y disminuyó su popularidad, al grado, de que fue acusado de traidor y condenado a muerte sin que su sobrino lo impidiera. Ello también demuestra que este joven rey entendió que su tío se aprovechaba de su autoridad. No le molestó gran cosa el cambio de Lord Protector. Cuando la oposición aprisionó a Somerset y lo mandó decapitar por traición, el que ocupó su puesto fue el duque de Warwick, quien había aplastado las revueltas armadas de la resistencia católica de Cornualles. Se convirtió en el duque de Northumberland y continuó con una política protestante, el principal interés del reinado de Eduardo VI. (41)

Northumberland, al percatarse de que Eduardo VI se debilitaba cada vez más por la tuberculosis y que su muerte era próxima, planeó la forma de asegurar la descendencia real en un miembro de su propia familia. Pretendió proclamar reina de Inglaterra a su nuera lady Jane Grey. Antes de que Eduardo VI muriera, su Lord Protector hizo que aquél prometiera de forma escrita que nombraba a Jane Grey como su sucesora al trono. De esta forma legalizaría lo que podría llamarse un golpe de Estado, ya que Northumberland sabía que al morir el rey lo sucedería su media hermana María, una ferviente católica. Dicho duque se encontraba desesperado por impedir que una reina católica llegara al trono inglés, y por consiguiente, que restableciera el Catolicismo. La fuerte posición protestante de este Lord Protector y sus ansias por el poder, lo llevaron a planear este complot. Primero hizo que su hijo Guildford Dudley se casara con lady Jane Grey, bisnieta de Enrique VII e hija del duque de Suffolk, para que su plan surtiera efecto. María Tudor al percatarse de la conspiración en contra suya huyó. Al morir Eduardo VI en julio de 1553, Northumberland proclamó a su nuera reina, pero sus planes se vieron frustrados porque al igual que Somerset, había perdido popularidad por su intolerancia y radicalismo, pero principalmente, por querer conservar el poder para sí. El pueblo inglés sostuvo la candidatura de María Tudor como la legítima pretendiente de la Corona inglesa, y de este modo, ascendió al trono de Inglaterra en este mismo año. (42)

Jane Grey, que fue la reina de Inglaterra por nueve días, fue culpada de alta traición al igual que su marido y su suegro. El castigo por su osadía fue la decapitación. La muerte de Jane Grey le restó popularidad a María Tudor, porque aquélla hasta cierto punto había sido sólo un instrumento de poder para Northumberland. Sin embargo, considero que lo que en realidad molestaba al pueblo inglés era la conocida posición católica de María, lo cual sembraba la desconfianza entre los círculos de poder que se habían beneficiado con la Reforma religiosa. María Tudor, después de todo, había hecho lo que creyó conveniente para mantenerse en el trono inglés. La muerte de Jane Grey dejó claro que María Tudor no permitiría que nadie le disputara el trono. Además, este acto complació al príncipe Felipe de España, su principal pretendiente matrimonial, y por consiguiente, al padre de éste, al emperador Carlos V, el paladín de la Contrarreforma. El que María Tudor deseara casarse con un príncipe católico, levantó aún más las sospechas de los ingleses en un ambiente en el que el odio anti-español y anti-papista iba en aumento.

Cabe mencionar, que en 1553 también se iniciaron las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Moscovia, luego llamada Rusia, en donde reinaba Iván el Terrible. También se estableció el comercio entre estos dos países. Ello muestra que a pesar de los problemas de sucesión el interés y visión comercial de Inglaterra no decayó, sino que se mantuvo.

Al subir al trono inglés, María Tudor sospechó que su media hermana Isabel había podido estar implicada en la conspiración anterior a su coronación. Por ello, la mandó encerrar en la Torre de Londres. La falta de pruebas en contra suya y el temor a un levantamiento armado, hizo posible que Isabel fuera puesta en libertad pero bajo vigilancia.

María Tudor había sido educada bajo preceptos católicos e instruida por un letrado español. Se percibe la influencia de su madre Catalina de Aragón. Los hechos que marcaron el divorcio de sus padres y el hecho de que fuera repudiada por su padre, también influyeron en la personalidad de María y en su inclinación hacia el Catolicismo. Era obvio que la nueva doctrina religiosa había tenido mucho que ver con esta decisión de divorcio y repudio. Por eso, sólo pensaba en restituir el Catolicismo y su honor -a pesar de haber sido reconocida por su padre, Enrique VIII, antes de morir, como su hija, al igual que Isabel, y por supuesto, a Eduardo-, y eso se lograría si se conservaba en el poder.

Cuando María Tudor escogió como marido al príncipe Felipe, hijo del emperador Carlos V, por ser un reconocido católico romano, el pueblo inglés se disgustó. Se temió la intervención de dichos personajes en los asuntos internos de Inglaterra, para empezar, en los de tipo religioso. España era el principal baluarte de la Contrarreforma y la "perseguidora" oficial de herejes a través de la Inquisición. Se temía que este organismo entrara en función en Inglaterra. Por tal razón, se realizó un convenio matrimonial en donde se estipuló, que aunque el príncipe Felipe recibiera el título de rey, no tenía poder efectivo. Las leyes y costumbres inglesas tampoco podían tener modificación y si la reina moría sin dejar descendencia, el príncipe Felipe no tenía derecho a la sucesión y debía regresar a España sin ningún derecho a reinar en Inglaterra. Fue un convenio en el que los ingleses pusieron mucha atención. El hecho de que dicho matrimonio no hubiera podido tener descendencia, ahorró muchos problemas a Inglaterra, ya que muerta María Tudor, el futuro rey español, Felipe II, tendría que dejar Inglaterra sin esperanzas de restablecer, por el momento, la doctrina católica.

Este arreglo matrimonial beneficiaba tanto al emperador Carlos V como a María Tudor. Esta última recibiría el apoyo que necesitaba para realizar la obra más importante que tenía en mente, restablecer el Catolicismo. En cuanto a Carlos V se refiere, éste pretendía que el matrimonio de su hijo con María Tudor hiciera que Inglaterra volviera a ser Católica. Si había descendencia, se podrían reanudar relaciones con el Estado Pontificio.

A pesar de las garantías que el acuerdo matrimonial ofrecía a la monarquía nacional, la inquietud cundió entre los ingleses. Al implantarse de nueva cuenta el Catolicismo, las sublevaciones no se hicieron esperar, no obstante, que el Parlamento le había negado a la reina la posibilidad de reconocer el poder espiritual del Papa, devolver los bienes eclesiásticos confiscados y quitarle el título de jefe de la Iglesia al monarca inglés. (43) Era imposible que los magnates y nuevos propietarios de las tierras confiscadas se las devolvieran al clero. Para mantenerse en el trono inglés, María Tudor optó por aceptar tales condiciones.

La resistencia protestante fue firme y no cedió terreno. María fue transigente al principio pero luego se volvió intolerante, al ver que la resistencia protestante se hacía cada vez más fuerte y altanera. Las sublevaciones fueron sometidas de tal modo, que provocaron un mayor descontento. Brindó mártires de la causa protestante y un

creciente odio al papismo. María Tudor, por todo ésto, fue llamada: "María la Sanguinaria". Aparte de imponer la liturgia católica, prohibió el uso y la publicación de los libros de oraciones protestantes.

María también se empeñó en ayudar a Felipe II en sus contiendas como rey español —el emperador Carlos V había decidido retirarse y pasar el resto de sus días en un claustro—, aún en contra de lo estipulado en el contrato matrimonial, el cual también impedía que se arrastrara a Inglaterra en sus luchas contra Francia. Inglaterra perdió Calais, el único dominio que conservaba en el continente. Ello provocó un nuevo disgusto del pueblo contra su reina. María enferma y sin descendencia murió en 1558. La pretensión española de arraigar en Inglaterra no se consolidó.

Al morir María Tudor subió al trono Isabel I, hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Su preparación y educación se forjó bajo el pensamiento nacionalista de la época. No se encontraba inclinada hacia alguna doctrina en especial, de ahí, su flexibilidad y tolerancia religiosa. De lo que sí estaba segura, era de que la doctrina de la Iglesia Anglicana era el complemento ideal para una monarquía nacional. Una doctrina que no limitaba las iniciativas nacionales, de comercio, de industria. La unidad política y un fortalecimiento del poder monárquico se daría mediante una tregua religiosa, y tolerancia bajo una doctrina oficial. También se desarrollaría una economía eficaz, fuerte y nacional.

Isabel I manejó muy bien el nacionalismo inglés. Supo orientar a su país hacia donde quiso y hacia donde se lo pidió su pueblo. No permitió que el Parlamento se interpusiera en sus planes. Las pocas veces que éste se reunió, sólo lo hizo para votar a favor de las disposiciones de la reina. En cuestión religiosa, Isabel I fue tolerante, excepto cuando las conspiraciones en su contra provocaron que realizara persecuciones contra católicos, como la que se dió cuando se descubrió la conspiración que planeaba restablecer el Catolicismo, mediante el derrocamiento de Isabel I y el ascenso al trono inglés de María Estuardo. Lo único que se consiguió con ello, fue que se ejecutara a María, la más cercana y peligrosa rival al trono y el último baluarte católico. Ello minó las aspiraciones de los grupos católicos de restablecer el Catolicismo en Inglaterra. Fue, además, un fuerte golpe a las esperanzas de estos grupos y al orgullo español, ya que España también se vió involucrada. Asimismo, también se aplacaron los ánimos de aquellos grupos religiosos que buscaban una purificación de la Iglesia, pues su radicalismo tampoco convenía al desarrollo político nacional y económico del país.

Isabel I cimentó su fuerza y su poder al acercarse a las clases sociales en ascenso —la burguesía— y en canalizar la efervescencia religiosa en el odio contra los papistas y a retar en poder a España. Era una mira muy alta, pero el espíritu nacional que se estimuló en su reinado fue de gran valía. Dió una tregua religiosa y una estabilidad interna con disposiciones determinadas para acabar con el vagabundeo. Para sacar a flote al país, también se debía trabajar en su organización interna no sólo externa.

También estimuló a la Marina inglesa, ya que Isabel I se convenció de que en el mar se encontraba la respuesta y la solución a sus problemas económicos. Utilizó los barcos que se habían construido en tiempos de Enrique VIII para dar realce a su Marina, pero asimismo, se construyeron nuevas embarcaciones. Este estímulo dió empleo a muchos marinos y a la gente que trabajaba en los astilleros.

Isabel I se apoyó en los grupos de poder del país que pertenecían a una naciente y floreciente clase burguesa, y con ello, minó por completo el viejo sistema feudal que declinó desde finales del siglo XV por ser caduco para los planes políticos, económicos y sociales de los hombres de negocios y de los soberanos. Estos intereses iban de la mano con los cambios constantes del reino y del mundo. Sin embargo, las tierras del norte separadas del centro del poder, mantuvieron un modo de vida semifeudal, pero la transformación los alcanzaría finalmente. Isabel I así lo creyó y por ello no quiso apresurar los cambios, porque si lo hacía el país se hundiría en una guerra civil que no era propicia para sus planes futuros, además de que su estancia en el trono podía peligrar. Después de todo, el norte en su actual estado podía beneficiar al país, ya que lo abastecería de producción agrícola, pues sus tierras todavía se dedicaban al cultivo como principal fuente de recursos. Las ganancias que con ésto obtendrían, bien podían hacer que los señores del norte poco a poco cambiaran de parecer en cuanto a negarse a adoptar la doctrina oficial y a la Iglesia Anglicana. El comercio podía hacer que aceptaran las nuevas corrientes.

Como se puede percibir en lo señalado con anterioridad, la importancia de la dinastía Tudor en Inglaterra radicó en que sus miembros supieran manejar muy bien y con gran firmeza el concepto de soberanía nacional. La Reforma religiosa que se dió con Enrique VIII convirtió a Inglaterra en una nación que no reconoce mayor autoridad que la del Estado, sin compartirla con nadie, incluso con la Iglesia, de la cual ahora el rey era el jefe. Era la cabeza de una Iglesia nacional, la Iglesia Anglicana.

Esta Reforma no se hubiera podido dar, si no hubiera existido toda una serie de

acontecimientos que redondearan este cambio, como lo fueron las nuevas tendencias del Renacimiento y de la Reforma que se dió en el continente. El cambio a seguir ya se había marcado y sólo se necesitaba que en Inglaterra alguien tomara la iniciativa y tomara en cuenta la situación del país. Incluso el Parlamento se llenó de estas ideas y cuando Enrique VIII favoreció la Reforma religiosa aquél lo apoyó, ya que compartían las ideas renovadoras de los consejeros reales. Aunque por lo general era un instrumento para que votara a favor de lo dispuesto por el rey en turno, el Parlamento estuvo a favor de formar un Estado nacional.

El poder del rey dependía de sus finanzas y del dinero que fluía a sus arcas, pero éste llegaba sólo si el comercio y la industria prosperaban y por ello se procuró que hubiera un desarrollo de las mismas. Si se pensaba en términos nacionales, las excesivas regulaciones locales debían ser suprimidas y terminar con los celos entre ciudades a través de los gremios. Con el creciente poder regio, los reyes empezaron a destruir los monopolios locales para beneficio nacional, como parte de la unidad de la vida económica. Al principio esto causó revuelo entre los gremios comerciales locales. Sin embargo, poco a poco se dieron cuenta de que estas medidas eran necesarias para expandir su campo de acción, lo cual siempre habían anhelado y que las restricciones de sus gremios y/o monopolios lo habían impedido, pues limitaban la expansión del comercio y de la industria nacionales. Con esta destrucción se pudo tener una mayor actividad económica. En sí, fue un interés propio de la clase media en conjunto.

Esto conlleva a la dependencia cada vez mayor del monarca hacia la burguesía, ya que ésta al prosperar le prestó grandes cantidades de dinero, además de cooperar con aquél en sus planes políticos y económicos, tanto a nivel ideológico como práctico. Ello también provocó un desarrollo social, pues la clase media ascendió de forma muy rápida. Sus miembros llegaron a convertirse incluso, en magistrados, ministros y empleados civiles del rey, así como en consejeros del mismo.

En sí, cuando se puso punto final al poder local para dar fuerza al nacionalismo, comenzó la era de un soberano poderoso a la cabeza de un reino unido. (44) La monarquía regida por un sólo rey llegó a ser una autoridad aceptada por sus súbditos, más que nada, porque la necesitaban para consolidar su unidad nacional y para que su industria y su comercio florecieran.

Para concluir este apartado, cabe mencionar que "la etapa del gobierno de los

Tudor coincidió con el proceso de transición del Medievo al Renacimiento". (45) Esto acarrió lo que ello implicaba: aumento del poder real; adopción de ideas innovadoras del humanismo italiano; la formación de un Estado nacional; y, una apertura comercial. La gran contribución de los Tudor fue soltar las energías nativas en beneficio de los intereses nacionales, como las de las clases comerciales y marineras en ascenso. Lo que se consiguió con ello, fue un dominio de los mares y del comercio trasatlántico. (46)

1.3 El mercantilismo (1a. fase) como fuente de enriquecimiento. Modelo español.

Mientras Inglaterra, Francia y otros países desarrollaban el comercio y acumulaban fortuna con el mismo, España —que había logrado su unificación en 1492 al caer el último reducto de poder árabe en Granada y por estar bajo la égida de los Reyes Católicos, que a su vez, con su matrimonio, habían unido los reinos de Castilla y Aragón—, había encontrado una nueva fuente de riquezas que engrosaba su tesoro nacional, América.

Los navegantes y exploradores de Europa, patrocinados por las naciones y reinos más importantes del mismo, buscaron nuevas rutas de comercio para penetrar al Oriente, región que había levantado expectativas para los europeos, desde las Cruzadas y los viajes de Marco Polo. El Oriente poseía riquezas insospechadas y una gran variedad de especias y productos desconocidos, que en Occidente eran requeridos por su novedad, vistosidad, así como por los nuevos condimentos para los alimentos que eran del gusto europeo. Esta afluencia de artículos de lujo se interrumpió cuando Constantinopla fue tomada por los turcos otomanos —caída del Imperio Romano de Oriente, 1453—, se rompieron relaciones con el centro comercial que conectaba a Europa con Asia y que abastecía a las regiones de occidente, ya que los turcos monopolizaron dicho cruce.

Al cerrarse las rutas comerciales del Mediterráneo hacia el Oriente por los turcos, las exploraciones marítimas en busca de nuevas rutas comerciales hacia Oriente no se hicieron esperar. La aplicación de la brújula a la navegación estimuló en gran medida estas búsquedas, ya que ayudaron a los navegantes y/o marinos a lanzarse en las inmensidades del océano y no sólo en los litorales y mares interiores.

Las dos naciones pioneras en exploraciones marítimas fueron España y Portugal. Ambas buscaban nuevas rutas que las llevaran a la India. Navegantes experimentados planeaban viajes y proponían nuevas rutas de acceso al Oriente. Portugal optó por costear el litoral africano para luego continuar rumbo al este. Estas exploraciones requirieron varios años de navegación pero obtuvieron exitosos resultados, ya que fue estimulado por el oro y el marfil encontrado en Guinea. Estos años de exploración convirtieron a los portugueses en marinos experimentados de las rutas conocidas hasta entonces. Cristóbal Colón siguió el ejemplo portugués y decidió buscar por el oeste una

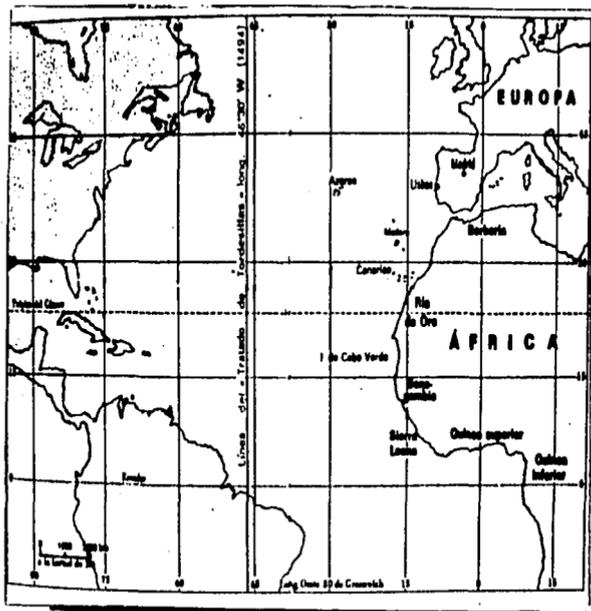
ruta hacia la India. Pidió apoyo a las diferentes casas reinantes de Europa, incluyendo a Inglaterra, pero éstas no compartieron el entusiasmo de Colón. Sólo los Reyes Católicos apoyaron su proyecto y lo patrocinaron -en especial, la reina Isabel de Castilla- para que viajara al oeste por el Atlántico. Se creyó que al cruzar el océano, Colón llegaría al otro extremo del mundo y a la India, pues este navegante pretendió hacer uso de la nueva concepción del mundo que decía que la tierra era redonda.

El descubrimiento geográfico de América por los europeos sólo contribuyó a poner en crisis las creencias y las supuestas verdades eternas, que desde antes se habían puesto en tela de juicio, sino también a tensar aún más las relaciones internacionales por el reparto del mundo. Dicho reparto y las bulas papales que se dieron por el descubrimiento de América a las dos naciones ibéricas, España y Portugal, produjeron grandes protestas por parte de Inglaterra, Francia y todo aquel país que hubiera deseado tomar parte de esta repartición. Estas quejas aumentaron en fuerza y constancia, cuando España recibió de México y Perú grandes cantidades en oro y plata.

El que el Papa Alejandro VI le otorgara a los Reyes Católicos a perpetuidad los dominios descubiertos en las expediciones colombinas -noticia que dicho Papa recibió en mayo de 1493- produjo críticas en contra del pontífice por su apoyo a España y por adjudicarse la potestad de otorgar dominios a perpetuidad, por derecho divino y humano, a través de las bulas papales.

Portugal también protestó por las bulas, pero el Papado le recordó que también a ella le había dado bulas por "sus" territorios en África, pero Juan II insistió en sus protestas y pidió la anulación de sus bulas, para que a su vez se anularan las de España. Entonces se abrió una vía de negociaciones auspiciadas por el Papa. Esta se celebró en Tordesillas, España, el 3 de julio de 1494 y concluyó con la firma del tratado en el que se dividió las aguas oceánicas del planeta, con sus tierras incluidas. A los españoles les tocó medio océano Atlántico, el que estaba más allá de un meridiano que pasaba a 370 leguas* oeste de las islas de Cabo Verde. Se supuso que llegaba hasta las costas de China y de la India. Los portugueses se quedaron con la otra mitad del océano, la que iba desde dicho meridiano hacia el Oriente. También se pensaba que llegaba a la India e islas de la Especiería. Los portugueses garantizaron el libre paso por "su" océano de las naves españolas que iban al "suyo". Al descubrirse que lo que había encontrado Colón había sido un nuevo continente, éste fue repartido

* La legua marítima equivale a 5.555 metros y 55 centímetros.



Reparto de tierras entre las coronas de España y Portugal, luego de la firma del Tratado de Tordesillas.

salomónicamente por el citado meridiano. Balboa descubrió el mar del Sur y tomó posesión de éste a nombre de su rey, como los portugueses lo habían hecho del Índico. Así, estos dos países se autoadjudicaron los océanos ante el desacuerdo de los otros, cuando se enteraron. Sus derechos de exclusividad los basaron en bulas papales. (47) El mundo se dividió entre dos potencias ibéricas.

De este modo, cuando se descubrió que las tierras encontradas por Colón en sus viajes no eran la India ni ningún otro lugar del Oriente, sino un continente diferente, y cuando se conquistaron México y Perú y se obtuvo de ellos oro, plata y piedras preciosas, América cobró un nuevo interés en Europa. España se convirtió en la nación más rica y poderosa de Europa, pero gastaba mucho dinero en guerras. No obstante el inmenso territorio que estaba bajo el dominio de Carlos V -Carlos I de España-, también poseyó extensos territorios al otro lado del Atlántico. Cuando las casas reinantes de Europa se preguntaron el porqué del poderío español, éstas llegaron a la conclusión de que esto se debía al "tesoro que aflúa a España de sus colonias de América. Oro y plata". (48)

Todo hacía parecer que así era. El oro y la plata hacían que el comercio y la industria tuvieran un desarrollo y una actividad más rápida; que los reyes organizaran ejércitos para combatir a sus enemigos; que se comprara madera para construir barcos y que se comprara maíz y paños de lana para satisfacer al pueblo en tiempos de hambruna. El oro y la plata hacían fuerte a un país y a un monarca. Lo hacían ganar guerras. "Entonces, la posesión de oro y plata, la cantidad de barras de los dos metales preciosos que hay en una nación, es el índice de su riqueza y poderío", es decir, que "mientras más oro y plata haya en un país, más rico es éste". (49)

Al seguir el modelo de riqueza español y del poderío de Carlos V, las demás naciones prohibieron que se sacaran estos metales de la nación correspondiente. En resumen, la escuela económica mercantilista de la época creyó descubrir que el secreto de la riqueza y el poderío de las naciones residía, en la acumulación de metales preciosos: oro y plata. Estos metales podían comprar todo: tierra, fábricas, colonias, materias primas, trabajadores y ejércitos. El concepto de riqueza estaba fundado en su atesoramiento bajo un carácter estático.

Las medidas que retenían dentro de un país el oro y la plata, hicieron posible que el mercantilismo en su primera fase se encargara de atraer más metales. Cuando

España sacó de sus colonias americanas oro y plata, como consecuencia de los yacimientos auríferos y argentíferos allí encontrados, sus existencias en metal aumentaron, lo que trajo de nueva cuenta el descontento y la envidia de las otras naciones. La riqueza, según los mercantilistas, la daba el dinero, la acumulación de oro y plata. Se quería participar de las riquezas de América, pero las bulas Alejandrinas y el monopolio que en ella había impuesto España -Portugal se había quedado con Brasil de acuerdo con el Tratado de Tordesillas-, hacía casi imposible que otros países europeos participaran del botín. Los mercantilistas de los otros países ofrecieron la opción de la "balanza favorable del comercio", en la que cualquier país aumentaría su abastecimiento de oro y plata con el comercio exterior, si tenía cuidado en vender a las otras naciones más de lo que les compraba. "La diferencia del valor de sus exportaciones y el valor de sus importaciones tendrían que pagárseles en metal". (50) Se exportarían mercancías o productos valiosos. Se importaría sólo lo que se necesitara y se recibiría la diferencia en efectivo. Con esto se estimularía la industria al máximo, ya que los productos industriales serían más valiosos que los de la agricultura, pues se venderían mejor en los mercados extranjeros. Se planeaba así, tener una industria nacional que fabricara los productos que el país necesitara y que pudiera exportar, por lo tanto, se le compraría lo menos posible a los extranjeros. Con esto se daría un equilibrio comercial a nivel mundial y se haría a los países autosuficientes, no se dependería de la industria de los demás. España no coincidió con estas ideas, porque sabía que los otros países ambicionaban sus tesoros y no deseaba compartirlos, al contrario, ordenó que no se exportara oro ni plata de su reino, ni que fueran "usados con finalidades comerciales". (51) Por lo tanto, no organizó un comercio sostenido, ni alentó la industria nacional, en cambio, prefirió invertir en guerras religiosas con la Contrarreforma y en defender el Imperio de sus enemigos, lo que junto con otras circunstancias, llevarían a España a la decadencia económica y, por consiguiente, política a nivel internacional.

Los mercantilistas también creyeron que en el tráfico, las pérdidas de un país significaban las ganancias de otro. Así, cada país intentó arrebatarse al otro terrenos y/o mercados comerciales. El fruto de la política mercantilista fue la guerra. La lucha por mercados y la competencia por el comercio, así como la pugna por las colonias, hundió a las potencias rivales en guerras constantes.

Inglaterra por su parte, al seguir el modelo español, también miró hacia América para aumentar sus riquezas maitrechas. Quiso participar de aquél rico botín que España había monopolizado -ya que se apoyó en su derecho de descubrimiento y en las bulas papales-, y como ya se mencionó, si España, en este caso, perdía riquezas, esto significaba que las ganancias irían a parar al país que provocara tal situación. Inglaterra quería ser la elegida, pero cómo podría participar de estas riquezas, la respuesta estaba en la piratería y en las bajas que podían causarle a los buques españoles estos ataques piratas. Después de todo, Inglaterra contaba con buenos marineros y una larga historia de piratería, que avalaba sus pretensiones de atacar los barcos hispanos que transportaban los metales de América a España. Además, con estos nuevos recursos, Inglaterra sí estaba dispuesta a consolidar una industria nacional y estabilizar su economía interna.

Durante los primeros Tudor, Enrique VII y Enrique VIII, la conformación de una Marina inglesa empezó a tomar forma. Este último rey mandó construir barcos para darle realce a su Armada naval. No se logró del todo, porque no hubo una continuidad ni intenciones inmediatas de atacar los buques españoles. En primer lugar, porque apenas se estaban dando a conocer las riquezas americanas y, en segundo, porque Inglaterra estaba sumida en conflictos religiosos a raíz del establecimiento de la Iglesia Anglicana y del rompimiento con el Papado. Asimismo, Eduardo VI y María Tudor con sus reformas religiosas, uno a favor de normas de mayor rigor protestante, y la otra, a favor del restablecimiento del Catolicismo, mantuvieron el caos religioso. Sólo hasta el ascenso de Isabel I, quien no promovía fanatismos religiosos, se estableció como doctrina oficial la impuesta por su padre y una tregua de tolerancia religiosa, lo que dió estabilidad al país. Con esto se pudo pensar en un desarrollo interno y en una expansión comercial inglesa. Cuando se llegó a este punto, la reina se dió cuenta de lo importante que era tener una Armada naval al servicio de Inglaterra, para participar de las exploraciones al otro lado del Atlántico y para tomar parte en el dominio de los mares; lo que daba expansión comercial y riqueza de mercados. Los primeros pasos para crear una Armada naval nacional ya se había dado con sus antecesores, sólo faltaba darle apoyo y un empuje sostenido. Se contaba, por lo menos, con buques que aunque deteriorados por la falta de mantenimiento, servirían para que Inglaterra se abriera paso entre las potencias navales del momento -si se recuerda que fueron

construidos en tiempos de Enrique VIII. Hay que tomar en cuenta además, que también se pudo disponer de los barcos que pertenecían a armadores independientes que éstos pusieron a disposición de su reina, porque compartían intereses. Esta unión de objetivos que se dió por el acercamiento que la reina tuvo con los grupos burgueses en ascenso brindó buenos resultados, porque se asociaron en empresas de lucro. Los recursos humanos para llevar a cabo dichas empresas, los encontraron entre los marinos desempleados y los piratas que trabajaban para comerciantes, o por cuenta propia, sus habilidades en la navegación eran necesarios para los planes de expansión marítima. Podrían conocer y aprender las rutas que llevaron a los navegantes por el Atlántico hacia América, pero para que esto se consiguiera, los ingleses se pusieron en contacto con marinos portugueses –incluso, desde la época de Enrique VII. Con ello sus conocimientos sobre las rutas marítimas comerciales se acrecentaron, pero para conocer las rutas con exactitud, no había más que contratar o capturar pilotos portugueses o españoles para que los llevaran por buen camino.

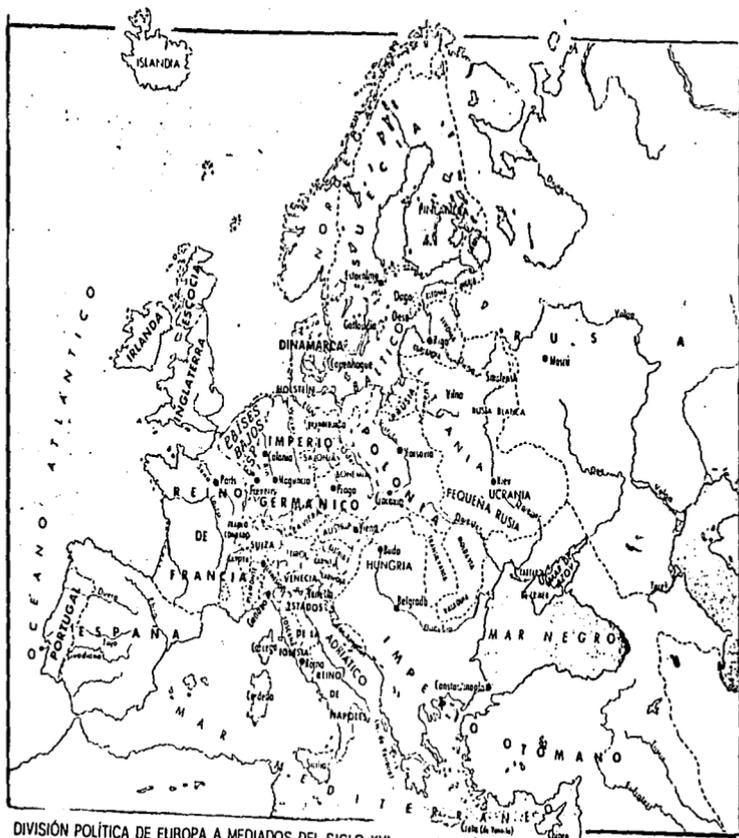
Los mercantilistas de la época también se fijaron en que el dinero le había otorgado a Carlos I de España el poder ser emperador del Imperio de Maximiliano, si bien es cierto que aquél era nieto de éste. La candidatura de Carlos I se vió favorecida por el dinero que invirtió en la compra de votos. Enrique VIII también se presentó al remate de votos, pero no pudo competir con sus otros dos rivales, Francisco I de Francia y Carlos I de España. No tenía nada que ofrecer, ni dinero, ni crédito, por lo que se puede observar que Inglaterra no tenía un poder de peso en Europa, o por lo menos, no tan grande como el de sus rivales. Ello se puede atribuir a la falta de atesoramiento de metales. Cabe mencionar, que la compra de votos ya la había iniciado Francisco I, dos años antes de morir Maximiliano. Cuando Carlos I llegó al mercado electoral, el propio Maximiliano hizo hasta lo imposible para que su nieto lo sustituyera. Asimismo, urgió a Carlos por dinero y manipuló todo arreglo hecho por Francisco I. Al morir el emperador, el pueblo alemán prefirió a Carlos I como su sucesor porque era de su sangre, pero los que dieron la última palabra fueron los miembros de la Liga de banqueros en los que el soberano español se apoyó. El oro de los Fugger y de los Welser quitaron del negocio a Francisco I. Por unanimidad se votó a favor de Carlos I y se le llamó Carlos V, quien quedó muy endeudado, pero logró ser emperador. (52)

Al revisar este hecho, los mercantilistas se dieron cuenta de que el triunfo de Carlos V, al margen de haber sido protegido por Maximiliano, había sido conseguido por la ayuda

financiera que había recibido de los banqueros, ya que sí tenía crédito que avalara la ayuda prestada. Al coronarse emperador, los dominios de Carlos V se extendieron aún más. Éstos abarcaban: España, los Países Bajos, el franco condado (Alta Boloña), Sicilia, Cerdeña, Nápoles y el Archiducado de Austria y el Santo Imperio Germánico, aparte de los territorios descubiertos al otro lado del Atlántico, los cuales seguían en exploración y de los que se extraían grandes riquezas. No sólo recibió los dominios de sus abuelos maternos, los Reyes Católicos, sino que también heredó los de los emperadores de Austria, quienes eran sus abuelos paternos, puesto que Carlos V fue hijo de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso y había nacido en Gante, Flandes, en 1500. De ahí, la preferencia que Carlos V tuvo entre los alemanes, al ser nombrado emperador. Por lo tanto, no parece extraño que las principales coronas de Europa cayeran en la cuenta, de que el poder de Carlos V radicaba en las riquezas que recibía de sus dominios. Las guerras constantes que entabló con Francia y como defensor del Catolicismo durante la Reforma y la Contrarreforma eran desgastantes. Sin embargo, su poder se mantuvo. Esto hizo ver a las otras naciones que la acumulación de metales que recibía de América hacían fuerte a Carlos V, por eso quisieron participar en esta explotación y minar de paso la fuente de riqueza de España y su poder en Europa.

Asimismo, hay que señalar que España no sólo se tenía como modelo de riqueza, sino también como ejemplo a seguir en cuestión de empresas marítimas. Después del descubrimiento de América, hecha bajo el patrocinio español, Enrique VII, quien no había aceptado hacerlo por considerar que el proyecto de Cristóbal Colón no daría frutos inmediatos, al ver la gloria de los Reyes Católicos aceptó patrocinar a Juan Caboto, en una expedición que éste iba a realizar para explorar las tierras del norte de América. Las noticias del éxito de las expediciones españolas al otro lado del Atlántico, dadas por el embajador hispano Pedro de Ayala ante Enrique VII, estimularon el deseo de las exploraciones por parte de Inglaterra. Aunque el descubrimiento de América y lo allí encontrado fueron un secreto para las otras naciones, hubo informes que se filtraron y que hicieron posible las navegaciones futuras hacia este continente.

Con estas expediciones se pretendió encontrar oro y otras riquezas, incluso, llegar a los lejanos reinos del Oriente como Cathay, del que tanto había hablado Marco Polo por su fastuosidad y riquezas. Por lo tanto, Enrique VII dió a Juan Caboto una patente, en 1497, para descubrir nuevas islas tal y como lo había hecho Colón. Esto demuestra que no sólo la preparación de la empresa de este navegante sino su éxito, estimularon



DIVISION POLÍTICA DE EUROPA A MEDIADOS DEL SIGLO XVI.

las exploraciones posteriores hacia América, y aún más, el descubrimiento del oro y minas de plata en este continente, pues eran los metales necesarios para la acumulación de riquezas. Es indudable que estas exploraciones se iban a dar por el interés que había de encontrar nuevas rutas comerciales, pero el descubrimiento de tierras ricas en metales y de nuevos mercados las aumentaron aún más. Se desvió así, de forma momentánea, el interés por encontrar rutas hacia Asia, aunque siempre estuvo latente.

Enrique VII quería incluir a su reino en la competencia de abrir una vía de acceso a Asia por el oeste. La información de rutas e islas del oeste provenían de fuentes portuguesas. Cuando Juan Caboto solicitó "patente con poderes para ocupar y gobernar tierras encontradas, e intercambiar con ellas a través del puerto de Bristol" (53), ante la corte de este rey, Enrique VII aceptó dársela. No era una expedición al vacío, ya existían antecedentes de éxito con Colón. Juan Caboto, "genovés de origen y veneciano de adopción", quiso competir con Colón en el descubrimiento de una nueva ruta hacia Asia, y Enrique VII con la Corona española, con respecto a las exploraciones y logros marítimos hispanos. La expedición se dió en 1497, y después de un mes de viaje y de fuertes tormentas, se divisaron los bancos que llamaron "Newfoundland" (Terranova) (54); desembarcaron:

... en tierra continental americana, a la altura de la actual Nueva Escocia (45°19') y Cabo Bretón (45°57') y dejaron allí una cruz, probablemente de piedra o madera, así como estandartes con la imagen del papa Alejandro VI, y del rey Enrique VII, en señal de la supremacía del cristianismo y de la soberanía inglesa sobre aquellos territorios. (55)

Era una conquista nacional sin negar el poder de la iglesia católica a través del reconocimiento del Papa en turno.

Al querer emular los éxitos expedicionarios de los españoles con el viaje de Caboto y al tener éxito este primer viaje, se creyó que las travesías al otro lado del Atlántico eran fáciles. Los comerciantes de Bristol quisieron invertir en las expediciones para que el puerto floreciera, pero el rey estaba escéptico sobre si éstas redituarían ganancias, por lo menos de lo que se esperaba encontrar, oro y plata. El entusiasmo decayó, sin embargo, cuando la tercera expedición de Caboto culminó con su desaparición y la de barco en el fondo del océano. El deseo por encontrar un paso hacia el Oriente quedó olvidada por el momento. Entre 1501 y 1508, portugueses e

ingleses, de forma conjunta, pretendieron explorar las tierras del oeste, Norteamérica -península de Labrador, sur de Groenlandia, Terranova y Maine-, donde se tuvieron los primeros contactos con tribus indias, pero los ingleses no las consideraron propicias para colonizar por ser tierras áridas e inhóspitas. Aunque sí era una zona de pesca extraordinaria, al haber grandes bancos de bacalao. Su idea de colonización consistía en la ocupación efectiva, la cual daba el derecho de soberanía sobre los territorios a aquellos países que la hiciera (56), pero esto no se dió, porque como ya se ha mencionado, no se creyó que estas tierras fueran propicias para la colonización, ni que poseyeran yacimientos auríferos y argentíferos. De cualquier manera, este pensamiento de ocupación efectiva, marcó las empresas exploradoras y colonizadoras del futuro.

Al deteriorarse las relaciones portuguesas-inglesas por el peso del Tratado de Tordesillas y porque Portugal se acercó más a España, el interés inglés por la expansión trasatlántica disminuyó, pues no se tenía medios suficientes para realizarla. No se podían sufragar los gastos de un viaje a Norteamérica si no era costeable. Ir más hacia el sur en las tierras ocupadas por España era retar a esta nación, e Inglaterra no estaba preparada para ello. El norte no brindaba las expectativas de Asia ni sus riquezas, además de que estaba ocupada por gente precivilizada, sólo tenía como fuente de explotación primaria los bancos pesqueros que eran muy codiciados en Europa. El bacalao formaba parte de su dieta, y también era muy apreciado en los días de cuaresma, pero no había muestras palpables de que esta zona tuviera oro o plata.

Hacia fines del reinado de Enrique VII, los patrocinadores se habían dado cuenta, de que Norteamérica -la parte explorada- era vasta, pero pobre en riquezas y en objetos de intercambio comercial. No era fácil convivir con los nativos, lo único que brindaba ganancias eran las pesquerías de Terranova, y sólo se encontraba explotada por unas cuantas manos. Por eso, el interés por explorar este territorio se perdió, pero encontró una nueva acogida con los españoles y los franceses, quienes contribuyeron a su exploración. (57)

Enrique VIII no puso mucho interés en los viajes trasatlánticos. En primer lugar, porque ya se había demostrado que no proporcionaban las riquezas que Inglaterra buscaba, y en segundo, porque casado con una española, no quiso competir con España en el dominio de las Indias. Inglaterra todavía giraba en la órbita imperial hispana y

papal. A pesar de que Sebastián Caboto, hijo de Juan Caboto, insistió en buscar un paso hacia Asia por Norteamérica, al no encontrar apoyo de los inversionistas ingleses en sus empresas, decidió pasar al servicio del emperador Carlos V. De esta forma, Inglaterra se quedó rezagada en la repartición de América. Cuando Sebastián Caboto regresó a Inglaterra en 1548, se dieron nuevos intentos por encontrar el tan deseado paso al Oriente por Norteamérica, ya que ésta por sí sola no tenía riquezas naturales muy llamativas. Sus intentos no tuvieron éxito, pero gracias a su afán, Inglaterra estableció relaciones comerciales con Rusia en 1553. Para estas fechas, ya se había dado la Reforma religiosa en Inglaterra como parte de "un acto político en el que el monarca unió su título al de autoridad máxima de la Iglesia de Inglaterra. La ruptura con Roma quitó a los ingleses la obligación de responder a los dictámenes papales. Las Bulas de la Santa Sede fueron ignoradas" y "se formularon doctrinas legales dentro del estado reformado que negaba las pretensiones monopólicas portuguesas y españolas". Asimismo, se sustentó la doctrina inglesa de la ocupación efectiva, "el derecho a un territorio era nulo a menos de que su descubridor" a parte de poner pie en él, hubiera tomado total posesión del mismo. (58) Esto ya se había pensado en tiempos de Enrique VII, con sus sucesores se volvió un baluarte oficial. Esto justificó la irrupción inglesa en el continente americano.

A pesar de que Enrique VIII trató de formar una flota inglesa para desarrollar una fuerza marítima que compitiera con las grandes potencias navales -para ello mandó construir grandes buques mercantes-, la inestabilidad religiosa del país, a raíz de la Reforma religiosa, lo impidió.

Durante los reinados de Eduardo VI (1547-1553) y de María Tudor (1553-1558) no se realizaron viajes de importancia, porque el caos religioso estaba de por medio. A pesar de que el primero mostró interés por el mar y América, murió tras un corto reinado. María en cambio, concentró todas sus energías en restablecer el Catolicismo, por lo que el rey español, Felipe II, su esposo, pudo estar seguro de que Inglaterra no amenazaría el monopolio español sobre América. No se fomentó la construcción de barcos, ni viajes expedicionarios. Sin embargo, el trabajo de las compañías maríneas prosiguió. Éstas operaban bajo el título de "mercaderes aventureros de Inglaterra para descubrir tierras desconocidas o no frecuentadas comúnmente", de la que Sebastián Caboto fue gobernador vitalicio hasta su muerte en 1557. (59) Sin lugar a dudas, la

existencia de esta agrupación fue de gran ayuda para Isabel I cuando ésta decidió impulsar a la Marina Real Inglesa, bajo los intereses conjuntos de la Corona y de los grupos comerciales en ascenso. Sus barcos, marinos y hasta piratas, le darían nuevos bríos a la Marina nacional, la cual estaba dirigida a dominar los mares y a conseguir metales en América, para robustecer la riqueza nacional.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

(Primer Capítulo).

- 1) Martha de Járrmy Chapa, Un eslabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglo XVI y XVII. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 1 y 2.
- 2) J. y F. Gall, El Filibusterismo. trad. Álvaro Custodio, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 14.
- 3) Philip Gosse, Los corsarios berberiscos. Los piratas del norte. (Historia de la piratería), trad. Lino Novás, 3a. ed., Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1958, p. 12.
- 4) Ibidem.
- 5) Gall, Op. cit., p. 16.
- 6) Gosse, Op. cit., p. 114.
- 7) Ibidem.
- 8) Ibidem., p. 115.
- 9) Ibidem., p. 107.
- 10) Hugh F. Rankin, La edad de oro de la piratería, trad. Manuel de la Escalera, Madrid, Doncel, 1972, p. 12.
- 11) Gosse, Op. cit., p. 108.
- 12) Ibidem., p. 115.
- 13) Henri Pirenne, Historia económica y social de la Edad Media, trad. Salvador Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 10.
- 14) Ibidem., p. 23.
- 15) Ibidem., p. 25.
- 16) Ibidem., p. 32.
- 17) Rankin, Op. cit., p. 13.
- 18) Gosse, Op. cit., p. 118.
- 19) Rankin, Op. cit., p. 14.
- 20) Gosse, Op. cit., p. 116.
- 21) Germán Arciniegas, Biografía del Caribe. 10a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1973, p. 123.
- 22) Gosse, Op. cit., p. 109.
- 23) Rankin, Op. cit., p. 13.

24) Gosse, Op. cit., p. 116.

25) Ibidem., p. 113.

26) Domingo F. Mauza Zavalía, Hispanoamérica-Angloamérica, Madrid, Mapfre, 1992, p. 37.

27) Pirenne, Op. cit., p. 15.

28) Los turcos siguieron su expansión por Europa con sus hábiles jinetes y flotas. Los sucesores de Mohammed II ocuparon Grecia, Bulgaria, Rumania, Servia y Hungría, así como otros lugares de Asia y África. Solimán el Magnífico (1520-66) extendió sus dominios a ambos lados del Bósforo. No pretendieron exterminar a los cristianos, por la tolerancia religiosa del Islam, incluso, dejaron en sus manos ciertos puestos públicos, pero les imponían impuestos especiales para mantenerlos débiles. En tiempos del emperador Carlos V, sus tropas y flotas de guerra mantuvieron al margen la expansión otomana en la Europa cristiana. Los otomanos tomaron bajo su servicio a Barbarroja, un pirata griego de gran habilidad, que le imprimió fuerza a sus flotas de guerra. La base pirata estaba en Túnez, por eso, el emperador Carlos V quiso dar un golpe a dicha base para acabar con los piratas de la región; así que sus flotas la ocuparon en 1535. Se liberaron a miles de cristianos cautivos y se repuso en el trono al sultán depuesto. En tiempos de Selim II, sucesor de Solimán el Magnífico, la flota turca sufrió una grave derrota en Lepanto, en 1571, a manos de la Liga Santa. Las naves de España, Venecia y la Santa Sede, al mando de Juan de Austria, hermano de Felipe II, rey de España, deshicieron la Armada turca y liberaron a unos doce mil cristianos cautivos. Sin embargo, para 1575, los turcos volvieron a conquistar Túnez, con lo que volvió a ser sede de piratas, los cuales desde aquí, asolaban el Mediterráneo. Atacaban barcos y saqueaban ciudades costeras cristianas. Las correrías de los piratas berberiscos no eran nada fáciles de restringir. Su posición geográfica les ofrecía muchos escondites naturales. De ahí, que cuando Jacobo I de Inglaterra dispersó a los piratas después del tratado de paz con España en 1604, muchos de ellos se hayan ido a la costa de Berbería para seguir pirateando.

29) Walter Montenegro, Introducción a las doctrinas político-económicas, 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 35.

30) Mauza, Op. cit., p. 34.

31) Henri Pirenne, Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI, trad. Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 186.

- 32) Ibidem.
- 33) Henri Lapeyre, Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales, trad. Manuel Cuenca, Barcelona, Labor, 1969, p. 18.
- 34) Ibidem., p. 20.
- 35) Ibidem., p. 21.
- 36) Ibidem., p. 22.
- 37) Hilaire Belloc, Isabel de Inglaterra, hija de las circunstancias, trad. Miguel de Hernani, 2a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 14.
- 38) Karl Marx, El Capital. Crítica de la economía política, vol. 3, edición a cargo de Pedro Scarón, 12a. ed., México, Siglo XXI, 1986, p. 901-902.
- 39) Amintore Fanfani, Catolicismo y Protestantismo en la génesis del Capitalismo, trad. José Luis Sureda, Madrid, Rialp, 1944, p. 255.
- 40) Historia del Mundo Moderno, tomo 3, trad. Ma. Casamar, Barcelona, Cambridge University Press/Ramón Sopena, 1980, p. 165-166.
- 41) Elena Zuberbühler, Una monarquía milenaria. Reyes de Inglaterra, Buenos Aires, Sudamericana, 1974, p. 58.
- 42) Ibidem., p. 60.
- 43) Ibidem., p. 64.
- 44) Leo Huberman, Los bienes terrenales del hombre. Historia de la riqueza de las naciones, 30a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1990, p. 100.
- 45) Alicia Mayer González, "América en las exploraciones inglesas del siglo XVI" en: Leopoldo Zea, El descubrimiento de América y su impacto en la Historia, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 164.
- 46) Ibidem.
- 47) Manuel Lucena Salmoral, Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, Madrid, Mapfre, 1992, p. 48.
- 48) Huberman, Op. cit., p. 149.
- 49) Ibidem., p. 149-150.
- 50) Ibidem., p. 151.
- 51) Ibidem., p. 150.
- 52) Arciniegas, Op. cit., p. 119.
- 53) Mayer, Op. cit., p. 169.

54) ibidem.

55) ibidem.

56) ibidem., p. 171.

57) ibidem., p. 173.

58) ibidem., p. 176.

59) ibidem., p. 178.

II. EL PERIODO DE AJUSTE DE LA ÉPOCA ISABELINA (1558-1568).

2.1 Política exterior e interior del reinado de Isabel I. Concepto de nación.

Al subir Isabel I al trono de Inglaterra en 1558, dicho país se encontraba en un caos religioso. Esta soberana representó para los protestantes la oportunidad de volver a una doctrina oficial que los beneficiara como en tiempos de Enrique VIII y Eduardo VI. Isabel I poseyó una gran ambición que le permitió lograr que Inglaterra dejara de ser un satélite de la Europa continental. Supo entender que para que esto se lograra, se debía dar una estabilidad religiosa. Por ello concertó una tregua. Era esencial desviar la lucha religiosa interna hacia un punto que llamara la atención de la población y la unificara. Isabel I canalizó esa efervescencia religiosa contra el poder de España, porque si pretendía engrandecer a su país debía debilitar el poderío hispano, ya que mientras esta nación siguiera ostentando poder y exclusividad en la explotación de América, Inglaterra no podría participar de esas riquezas ni expandir su campo comercial, lo que impedía el desarrollo económico interno de la misma. Si se atacaba las posesiones españolas, se podría tomar parte de lo que América brindaba en metales y minar de paso el poder español en dicho continente. Con una paz interior se podría pensar ya en una expansión comercial y en un enriquecimiento interno. La tregua religiosa lo consiguió. Isabel I no tenía intenciones de concentrar sus energías en establecer reformas protestantes, lo que quería era aprovechar las ya impuestas para beneficio propio y del país. Su principal meta era que Inglaterra surgiera como una gran nación a nivel internacional, y que su poder como soberana de la misma se mantuviera intacto.

Felipe II solicitó la mano de Isabel I para conservar la alianza con Inglaterra, la cual se había debilitado al morir María Tudor —su esposa—, y para extender así sus conquistas y la fe católica, pero la soberana inglesa de forma muy astuta sólo le dio largas al asunto. De esta forma mantendría al rey española la expectativa, y mientras esto ocurría, Isabel podría realizar toda clase de maniobras para defenderse de cualquier ataque, y estabilizar al país sin intromisiones. Además, necesitaba estar en paz con España para que la adopción de la doctrina anglicana no levantara tanto alboroto entre los países católicos. Debía actuar con cautela. Enrique II de Francia por

sú parte, ante la petición de matrimonio de Felipe II a Isabel I, apresuró el casamiento de su hijo el Delfín con la reina de Escocia, María Estuardo, quien era católica y podía aspirar a la Corona inglesa. Isabel I aprovechó la rivalidad que existía entre Francia y España para llevar a cabo sus planes. Mientras estas naciones buscaran aliarse con Inglaterra, Isabel I se mantendría, aparentemente, al margen de los conflictos, puesto que actuó de forma clandestina para debilitar a sus enemigos.

A pesar de que en abril de 1559 se entabló la paz de Cateau-Cambresis entre España y Francia, quienes desde la década que va de 1520 a 1530 habían sostenido guerras constantes, ambos países siguieron sospechando de sus acciones mutuas. Esta paz se dió por el agotamiento en que Francia y España habían quedado, después de largos años de lucha, y porque juntas harían "un frente común de las grandes potencias católicas contra la propagación de la herejía". (1) Para ambas naciones, este tratado fue más una tregua que una paz definitiva. Las disputas fronterizas con los Países Bajos fueron eludidas, por ello, tanto Francia como España se mostraron a la defensiva.

El emperador Carlos V había dividido su imperio en dos partes. A su hijo Felipe II le dejó España, la Italia española, el Franco Condado, los Países Bajos y el Nuevo Mundo. A Fernando I, su hermano, le cedió: Bohemia, el territorio Austríaco y el título de emperador. Con este acto, quiso dar un mejor manejo a todo este vasto territorio.

Francia, por lo tanto, se encontraba cercada por posesiones de Felipe II. Desde España pasando por las Baleares, Cerdeña, Sicilia, Nápoles, puertos Toscanos, Parma, Milán, Córcega, Génova y Saboya-Piamonte, enlazando al Franco Condado y a los Países Bajos. Lo único que impedía un cerco total era que hacia el norte se encontraba Inglaterra, la cual aún no se hallaba bajo dominación española. Por eso, tanto España como Francia harían hasta lo imposible por aliarse con ella, para tener un mayor control sobre la misma. Una guerra contra Inglaterra podría significar la oportunidad de la otra para conquistarla e imponer su dominio. Si España lograba aliarse con Inglaterra e imponerse, cercaría por completo a Francia y poseería un libre paso para ir hacia los Países Bajos, pero el casamiento del Delfín con la reina de Escocia cambiaba el panorama, pues por Escocia se podría no sólo tener acceso a Inglaterra, sino también la oportunidad de que María Estuardo le disputara el trono inglés a Isabel I bajo la tutela francesa. Además de que la ruta marítima a través del Canal y del estrecho de Dover quedarían cerrados para España y su comercio. Por ello, el establecer alianzas con Inglaterra era muy importante para Francia y España, de ahí, que aunque Isabel I

fuera más agresiva en su política posterior, se tomara con cautela la forma de contrarrestarla y no se atacara de forma abierta a Inglaterra.

Isabel I no se atrevió a aliarse con ninguna de estas potencias, porque de hacerlo, Inglaterra se convertiría en el satélite de alguna de ellas. Al contrario, prefirió seguir con una política de intriga para mantenerlas al margen. El hecho de que hubiera decidido permanecer soltera disgustó y desconcertó a muchos, incluso al Parlamento que la urgía para que se casara y asegurara una descendencia —en especial, cuando esta soberana enfermó de gravedad en 1562—, pero Isabel I permaneció firme en su decisión porque no quería compartir con nadie, ni con un rey consorte, el poder regio que quería ostentar. Aparte de Felipe II, también la pretendieron el Archiduque Carlos de Austria y los príncipes de Anjou y Alençon, pero en todos ellos se percibía la intromisión tanto del rey español como del francés. Así que Isabel I optó por no dar ventaja a ninguno de los dos. Ella se bastaba a sí misma para sacar a flote a Inglaterra de las rapaces manos de sus rivales.

Esta soberana sabía lo peligroso de su situación internacional, pero también sus "ventajas". Por eso sacó partido de los intereses que Francia y España tenían sobre su país y su Corona. Con una política ambigua e intrigante los mantuvo al margen de su política interior, mientras estas naciones trataban de aliarse con Inglaterra. Isabel I, por su parte, ayudó a los grupos protestantes de los Países Bajos y a los hugonotes de Francia a seguir con sus movimientos, para que causaran presión en el interior de los respectivos dominios de sus enemigos. Así los mantendría ocupados y no centrarían sus energías en Inglaterra. Asimismo, ayudó a que el Protestantismo se difundiera por Escocia. De esta manera, la influencia francesa perdería poder. Paulatinamente se convirtió en la defensora y protectora del Protestantismo.

Los primeros diez años del reinado de Isabel I se utilizaron para asegurar la soberanía de Inglaterra y para reforzar el Protestantismo en la Gran Bretaña. Asimismo, se fomentó el fortalecimiento de grupos protestantes en los dominios de sus rivales como grupos de presión, para que favorecieran las rebeliones. El duque de Alba se dirigió desde Génova hacia los Países Bajos para aplacar los ánimos de la rebelión protestante de 1566. Francia al darse cuenta de que el ejército español bajo el mando del duque de Alba marchaba a lo largo de su frontera oriental, reclutó a una fuerza para espiarlos. Los hugonotes a su vez, que ya tenían una fuerte presencia en Francia, tomaron las armas; el país se sumergió en una guerra civil (1567). Los focos de

conflicto de la Europa occidental se dirigieron a los Países Bajos y a Francia, por lo que sus respectivos monarcas se inclinaron más a controlar sus dominios, las sublevaciones y la expansión del Protestantismo, que entrometerse en los asuntos internos de Inglaterra.

En Escocia, John Knox, difundió el Calvinismo. La reina María Estuardo fue acusada de haber sido cómplice en el asesinato de su esposo, Lord Darnley —se mostraron las cartas que María había escrito a Bothwell (su posterior esposo y presunto asesino de Darnley), antes de la muerte de Lord Darnley—, y perdió su trono. En 1568, en Westminster, las cartas comprometedoras que María Estuardo había escrito a Bothwell, ayudaron a demostrar la culpabilidad de esta reina ante ingleses protestantes de gran calibre, como William Cecil y el conde de Sussex, puesto que María había huido de Escocia y pedido refugio a Isabel I. Las exigencias escocesas obligaron a la soberana inglesa a encarcelar en este mismo año a María Estuardo, porque no se sintió capaz de mandar matar a un pariente suyo por razones que de forma indirecta la beneficiaron. Además, no quería apresurar un conflicto a estas alturas con España al matar a una reina católica. De cualquier manera, ni Francia ni España pudieron evitar que ésto sucediera, ya que ambas naciones se encontraban ocupadas en aplacar las rebeliones y en cuidar sus fronteras. La reticencia de Isabel I por pronunciarse de forma oficial en contra de María Estuardo hizo pensar en la inocencia de María y que los grupos católicos de la Gran Bretaña tuvieran la esperanza de que con ella se restablecería el Catolicismo. En Escocia, por otro lado, la difusión del Calvinismo y la destitución de María Estuardo y el reconocimiento de su hijo, como Jacobo VI, minó por el momento las pretensiones francesas de arraigar en la Gran Bretaña, pues el matrimonio de María Estuardo con el Delfín no había dado descendencia, ya que éste murió pronto.

Isabel I, por su parte, tuvo que trabajar en su legitimización y en afianzarse en el trono inglés. Tuvo que acallar todas las dudas sobre su derecho al trono, en especial, las del Papado, ya que éste no había reconocido el matrimonio de su padre, Enrique VIII, con su madre, Ana Bolena. Por ello, la soberana no tomó en cuenta la autoridad papal y se apresuró a reunir al Parlamento en 1559, para que votara a favor del Acta de Supremacía y del Acta de Uniformidad, con formulaciones prudentes, que separaban a Inglaterra de Roma y del dictamen papal. De paso abrió la oportunidad de una tregua religiosa. Si bien es cierto que con María Tudor se mantuvo el que el soberano fuera la cabeza de la Iglesia, sí restableció relaciones con el Papa con miras a que el Estado

Pontificio tuviera mayor influencia en Inglaterra. Así que Isabel I se esmeró en romper estos lazos. Volvió a introducir el libro de rezos protestantes que se había publicado en 1552, en tiempos de Eduardo VI. Tanto el clero como los funcionarios se vieron obligados a jurar el Acta de Supremacía, ya que el no hacerlo los excluiría de las funciones públicas. Las renuencias y resistencias sobre este respecto fueron desarticuladas:

mediante el nombramiento de obispos fieles a la línea del gobierno monárquico; contra los destituidos se procedió con gran clemencia. Isabel pretendía fundar, sobre la base de un amplio consenso y sin sentencias de muerte, una política religiosa de tono moderado, que asumía muchas de las formas tradicionales de la jerarquía y la liturgia, y que recibió, en 1563, una cuidadosa fijación dogmática. (2)

Incluso en el norte, en donde se mantuvo una independencia semifeudal por parte de los señores y la pequeña nobleza —era una región agrícola— y que seguía fiel a sus viejas normas católicas, se evitó dar medidas extremas, porque Isabel I sabía que esta forma de vida se extingiría por sí sola. Por ejemplo, cuando los viejos clérigos papistas morían, al no haber sustitutos, eran remplazados por los anglicanos. Aunque sí existió una presión de la soberana en el norte no fue intolerable, ya que si lo hubiera sido, la reacción hubiera afectado la decadencia natural del sistema y provocado un mayor descontento con el régimen de Isabel I.

A pesar de que mucha gente en Inglaterra era fiel al Catolicismo, aquellos que movían los hilos de la política y de la economía nacional sí acataron las reformas que ellos mismos provocaron, y esto era un gran apoyo para Isabel I, además de que el bajo clero, en su mayoría, también las aceptó. La política conciliadora de esta soberana hizo creer a los diferentes grupos religiosos que se podía negociar un retorno a la ortodoxia, así como la adopción del Calvinismo como tal.

La restauración de la Iglesia Anglicana en 1563 pudo darse, porque Felipe II interesado en que Inglaterra se uniera a los Habsburgo, para facilitar la comunicación entre España y los Países Bajos, evitó que se excomulgara a Isabel I. Además, no se creyó que fuera una amenaza real para España, al contrario, se consideró que habría un nuevo acercamiento entre estas dos naciones. En 1570 el Papa Pío V excomulgó a Isabel I y declaró extinto su derecho al trono inglés. También prohibió a los súbditos de la Corona inglesa que le rindieran obediencia a Isabel. Este acto no fue acordado

con España, más bien, fue un acto personal del Papa el cual creyó, mal informado, que la rebelión católica del norte de Inglaterra de 1569 —producto de lo sucedido con María Estuardo en 1568— había triunfado. Al no ser ésto cierto, provocó que los grupos católicos en Inglaterra fueran reprimidos con mayor fuerza y debilitados en su organización, por la mano dura de Isabel I. (3)

Cabe destacar que si el anglicanismo sobrevivió fue porque no se opuso a las aspiraciones de la mayoría de los ingleses (4), especialmente de los grupos en ascenso. Estaba destinado a beneficiarles y a liberarlos de trabas de tipo religioso. La política de tolerancia de Isabel I provocó que durante los primeros años de su reinado se diera una estabilidad nacional que la favorecería en el futuro. Las ideas nacionalistas fueron de gran ayuda y se basaban en la hostilidad hacia Roma y hacia Francia y España, en especial a esta última, porque se "querían enseñorear del país". (5) Sin guerra civil y sin mártires durante la década de 1558-1568, el anglicanismo se afianzó en Inglaterra. Su fuerza estribó en el respeto a ciertos ritos católicos y por remontarse al movimiento original reformista inglés, así como a la defensa de una substancia católica de origen autoritario y de ámbito nacional. Después de todo, si Isabel I negaba el rito católico por completo, negaba asimismo, gran parte de su dinastía real; traicionaría la jerarquía de su propia realeza y desacreditaría su monarquía como forma de gobierno, y eso no lo permitiría. Quería ostentar un poder regio y no deseaba que le cuestionaran ni que le disputaran el trono. La política conciliadora de Isabel I entre los diferentes grupos religiosos la hicieron fuerte. El anglicanismo a su vez, adoptó elementos de los diferentes dogmas existentes bajo un carácter nacional.

La oposición católica no tenía una orientación definida, en vano esperó de Roma un estímulo que la pudiera guiar hacia la victoria. (6) Su confusión e incertidumbre llevaron a la derrota a las rebeliones católicas. Cuando el Papa excomulgó a Isabel I a raíz del movimiento católico de 1569 —que fue sometido—, ante el dilema del juramento de lealtad y de las persecuciones, se dió una emigración de católicos hacia el continente y una tendencia hacia la reconciliación con la soberana.

Isabel I gozó, desde que subió al trono inglés a los veinticinco años de edad, de la simpatía de una gran parte de sus súbditos, porque a diferencia de María Tudor era de sangre inglesa pura y porque poseyó una educación dirigida hacia la doctrina protestante. Era una persona recia, dominante y ambiciosa. Lo sucedido con sus antecesoras la preparó para el futuro; conoció bien la vida de la corte y la intriga.

Fue astuta y engañosa en sus negociaciones. Se rodeó de gente competente y joven como ella, de audacia y ambición. La nación fue inspirada en la visión de su propia grandeza.

Al principio del reinado de Isabel I, Inglaterra no estaba preparada para sostener ninguna guerra, ya que se encontraba en un periodo de ajuste. No poseía flotas de ataque ni ejércitos de poder y el tesoro real estaba exhausto. La reina nombró como ministro a William Cecil. Se ha dicho que Isabel cambiaba de opinión a cada momento, pero éste es el resultado de una Inglaterra cambiante que necesitaba decisiones adecuadas para cada situación, que aunque no siempre correctas, estaban destinadas a engrandecer a Inglaterra. Fomentó el comercio y reorganizó la administración pública para evitar gastos innecesarios. El Parlamento fue reunido muy pocas veces durante su reinado y sólo se limitó a votar a favor de sus disposiciones.

Isabel I hizo crecer un fuerte nacionalismo en el país, producto a su vez, de una necesidad de que las frustraciones del pueblo se volcaran hacia un mismo fin, fortalecer a la nación a través del debilitamiento de aquella potencia que dominaba los hilos del poder y comercio europeo, es decir, España. Esta nación representó para los ingleses un peligro constante por ser un país papista del que se temía, quisiera entrometerse en la política nacional inglesa. Se sintió la necesidad de luchar contra el poderío español que minaba las esperanzas inglesas de participar de las riquezas de América. Inglaterra necesitaba tomar parte del comercio que este continente pudiera brindarle, pues a causa de que los turcos dominaron el comercio que conectaba a Europa con Asia -cobraban fuertes sumas por el peaje-, el centro de comercio se trasladó del Mediterráneo al Atlántico, ya fuera a través del contrabando o por la búsqueda de rutas de acceso al Asia por dicho océano. Estas ansias por tomar parte de estas riquezas que ayudarían al desarrollo económico nacional, permitió dar "empleo a los aventureros navegantes de Inglaterra como miembros de una marina extraoficial pero reconocida y altamente capacitada" (7), si se toma en cuenta el estado de paz que existía entre ésta y España.

La piratería tenía que ser aprovechada. El país era pobre, las riquezas se concentraban en unas cuantas manos, el comercio nacional era escaso y el desempleo entre los marinos era muy grande, siendo Inglaterra una isla, esta actividad estaba muy arraigada en sus costas. Los marinos sin ocupación practicaron la piratería. El Canal de la Mancha era muy concurrido por el transporte y distribución de mercancías,

y por lo tanto, la actividad pirática en el mismo aumentó. Ésto perjudicaría, asimismo, el comercio interno de Inglaterra, pues el incremento de piratas en la zona entorpecería el intercambio comercial. La Corona no podía controlarlos.

Durante los primeros años del reinado de Isabel I "las protestas contra los actos de piratería constituían el motivo dominante de la rutina de las embajadas". (8) Isabel trató en lo posible de no precipitar ningún conflicto con España y se esforzó en terminar con la piratería. Propuso que las naves y tripulaciones destinadas a detenerla debían cobrar sus sueldos de lo que se les arrebatará a los piratas. Los que solicitaran el perdón debían ayudar a capturar a otros piratas, pero como era de esperarse las naves de la reina "cuyo cometido era reprimir la piratería, se dedicaban a ella". (9) La piratería estaba tan arraigada que no se pudo detener, puesto que esta representaba un buen negocio para los que invertían en ella. Los piratas solitarios que realizaban su actividad fuera de las grandes asociaciones piratas fueron perseguidos y hostilizados por el poder regio, por lo que se instalaron en el sur de Irlanda, en las islas de la costa occidental de Escocia y en la costa de Berbería. Los que trabajaban para los sindicatos estaban respaldados por altos funcionarios o hacendados, los cuales movían sus influencias para sacar de aprietos a sus piratas. El atacar esta actividad de forma abierta y sin cuartel significaría, asimismo, una enemistad entre la Corona y los hombres de negocios que manejaban estos sindicatos. Si la reina quería estabilidad, no debía provocar enemistades con aquellos grupos que dominaban el comercio costero, y si éstos querían seguir con sus negocios, también debían evitar un conflicto con la Corona.

Los hombres más importantes de la piratería fueron los Killigrew, de Cornualles. Era una familia distinguida de donde habían salido ministros, soldados y diplomáticos, pero también dominaron con maestría el negocio de la piratería. En tiempos de Isabel I, la cabeza de la familia era Sir John Killigrew:

vicealmirante de Cornualles y gobernador real hereditario de Pendennis Castle, que hacía de algo así como gerente de los negocios de la familia. Se hallaba estrechamente ligado por lazos de sangre con William Cecil, lord Burleigh, el primer ministro de la reina. (10)

Tanto su padre como su tío habían recorrido el mar de Irlanda como piratas, e incluso, su madre, la cual fue juzgada tiempo después -1582- por robar un barco español cerca de la costa en donde los Killigrew tenían su residencia, pero fue

perdonada por su alcurnia y su vejez. Sus secuaces, en cambio, fueron ejecutados por las exigencias de los nobles agredidos que recurrieron a Londres para que les hicieran justicia, ya que el presidente de comisarios de piratería de Cornualles no los había encontrado culpables, puesto que dicho presidente, también era hijo de la principal sospecha. Otro pariente de la familia y que trabajaba en el negocio de la misma fue John Wogan, vicealmirante del sur de Gales, que atendía los intereses de aquella en esta costa. También fue juzgado pero sin rigor. (11) Éstos y otros primos y amigos de la familia se encargaban de cuidar los negocios de la misma en las diferentes costas de Inglaterra y Gales. Todos se encontraban asociados. Además, gozaban de altos puestos en los lugares donde radicaban.

La familia de los Killigrew -así como otras menores- se encargaba del almacenaje y distribución del botín obtenido. El robo como tal, era obra de sus piratas, pero el pago por sus actos, por los gastos de reparación de navíos y por los sobornos era también asunto de la familia. El capitán pirata sólo recibía un cinco por ciento del valor del botín. Las presas que se obtenían no eran muy grandes, pero la regularidad con la que se desarrollaba esta actividad hacían de la piratería un negocio muy provechoso. El lugar preferido de ataque de este sindicato era el sur de Irlanda, aunque también lo hacían en puertos más grandes, a pesar de que los Killigrew tenían "su gran casa de Arwenack ... junto al mar, en una parte retirada del puerto de Falmouth", donde la piratería también estaba arraigada. (12)

Sólo cuando los agredidos eran gente de alcurnia, las investigaciones sobre ataques piratas se profundizaban y eran llevados a Londres para que las altas autoridades emitieran un veredicto. Si bien éste no siempre castigaba a los agresores, sí se daba un mayor peso a la justicia y se daban ciertos escarmientos, para quitarse de encima las quejas constantes que la Corona recibía por la piratería y para reducir su constancia en Inglaterra.

La piratería se practicó en las aguas del Canal y en sus alrededores, como una forma de aumentar la gran fortuna de las familias que manejaban la piratería en las costas. Eliminarla no iba a ser nada fácil, precisamente, por la gente que la manejaba y apoyaba. Lo cierto es, sin embargo, que cuando se vio la oportunidad de expandir el comercio y aumentar sus ganancias en ultramar, bajo el apoyo de la Corona, la soberana inglesa atrajo hacia sí a los grandes grupos comerciales y armadores, al hacer una identificación de intereses, así como a los marinos y piratas calificados que

también sintieron la oportunidad de obtener mayores ganancias a través de un mayor botín. Además, las altas autoridades empezaban a juzgar con mayor rigor la piratería que se practicaba en los alrededores de Inglaterra. Poco a poco los dirigentes de las asociaciones piratas fueron atraídas por el plan nacional de expansión comercial, aunque no descuidaron del todo su práctica anterior, pero de todas formas, las riquezas de América eran más atractivas para los hombres de negocios.

Para 1568, Inglaterra había cumplido su periodo de ajuste a nivel nacional e internacional. A fines de este mismo año, unos barcos que transportaban préstamos de los banqueros de Génova para pagar al ejército español en los Países Bajos, se refugiaron en puertos ingleses por las tormentas y por los piratas del Canal. La reina Isabel se apoderó del dinero y convenció a los banqueros de que se lo prestaran a ella, después de todo, el cargamento no había podido llegar a Amberes. Esto fue un duro golpe para el duque de Alba y para España, pues sin paga inmediata, no se podía tener un ejército cohesionado. Por tal razón, Felipe II se quejó con fuerza ante la corte inglesa pero sólo recibió como respuesta que lo acontecido había sido obra de la casualidad y de la naturaleza. El monarca español no insistió en sus demandas porque no quería provocar un conflicto con Isabel I. Todavía tenía puestas sus miras en una alianza política con Inglaterra.

Los ingleses, por su parte, estaban conscientes de que España representaba un peligro para su desarrollo interno y exterior, tanto por ser papista como porque su situación aventajada a nivel internacional la volvía soberbia ante las demás naciones. Inglaterra no permitiría que España obstaculizara su camino hacia su engrandecimiento y hacia su expansión comercial. Si era necesario había que debilitarla para fortalecerse a sí misma. Como se puede apreciar, el nacionalismo inglés se intensificó "poderosamente a causa del rápido crecimiento del odio protestante hacia Roma y del odio patriótico hacia los españoles". (13) Era como su deber. Los ingleses sintieron la necesidad de atacar a España en un punto débil, su fuente primaria de riqueza, América. Con ésto se lograría no sólo un enriquecimiento interno y una participación comercial de las Indias occidentales, sino también debilitar por un flanco importante el poder español, lo cual, traería consigo, el fortalecimiento de Inglaterra como nación.

2.2 John Hawkins y el contrabando como reto al monopolio español en América.

Durante los primeros años del reinado de Isabel I, ésta se dedicó a afianzar su poder y a dictar reformas que fueran aprobadas por los grupos más importantes del país. Sin embargo, no podía pasar por alto que Inglaterra estaba sumida en la pobreza. La riqueza se concentraba en unas cuantas manos. La nación necesitaba un mayor poderío económico, recursos. Por ello, tanto Isabel I como sus consejeros y los hombres de negocios vieron en América la fuente de ingresos que beneficiaría a Inglaterra. El primer paso que se dió, fue tratar de contrabandear en las Indias occidentales con la intención de que el comercio rindiera ganancias sin que se tuviera que gastar más de lo debido. Se quería obtener más de lo que se invertía en dichos viajes.

Desde tiempos de Enrique VIII se tomaron en cuenta los consejos en materia naval de William Hawkins, un hombre de negocios de Plymouth, que tuvo un comercio marítimo regular entre Inglaterra y las Canarias. Importaba vino y azúcar en barcos pequeños de un máximo de cincuenta toneladas, que invertían tres meses en los viajes de ida y vuelta. También traficó con esclavos en Guinea y Brasil. En África traficó con pimienta y marfil. Aunque sus viajes al Brasil no eran muy frecuentes, traía de allá el palo del Brasil del que se extraía un tinte apreciado por los fabricantes de telas. También buscó un interés por parte del rey en favor de sus viajes comerciales, para que intercediera por ellos en caso de que hubiera protestas portuguesas en contra de Hawkins, por su intromisión en sus tierras de ultramar. (14) A pesar de que no recibió un gran apoyo del soberano, continuó con sus viajes.

Como se puede apreciar, los ingleses entraron a la carrera de Indias a través del contrabando comercial y como traficantes de esclavos negros, dada la exclusividad que España y Portugal tenían sobre América. Su principal exponente fue John Hawkins, hijo de William.

Los viajes de John Hawkins demostraron que el contrabando era viable, porque la Metrópoli no abastecía la demanda de la América española. Además, "los impuestos reales subían grandemente los precios, empeorando la situación al instaurarse el sistema de flotas, ya que su mantenimiento debía ser sufragado mediante nuevos impuestos sobre las mercancías que transportaban" (15), a raíz del descubrimiento de yacimientos argentíferos y de la existencia de piratas franceses que seguramente acecharían tales cargamentos. Por esto mismo, las mercancías que se vendieron a través del

contrabando fueron más económicas. Además, se vieron apoyados por las autoridades locales, las cuales conscientes de las carencias y necesidades de sus poblaciones, aceptaron comerciar con extranjeros ya fuera por sobornos o porque concertaban un acuerdo entre sí, en donde los contrabandistas disparaban unos cuantos cañonazos como para atacar a tal o cual población, y se pudiera argumentar, que bajo el temor de una mayor represalia, accedían a comerciar con los contrabandistas, con lo que todos salían beneficiados. Por otro lado, la lejanía de las Indias de la Metrópoli hacía difícil controlar el tráfico comercial.

John Hawkins, hijo de William Hawkins, siguió los pasos de su padre y se dedicó al contrabando. La experiencia que su compañía y que él mismo había adquirido, ayudaron a perfeccionar el contrabando y a expandir sus miras hacia el Nuevo Mundo. La ventaja principal de todo esto, fue que al estar las Canarias abiertas al comercio británico, los ingleses podían hacer escala en las mismas y abastecerse de agua dulce y alimentos, antes de lanzarse por el Atlántico. John Hawkins provenía de una familia de armadores y de marinos. Por ello, conocía muy bien la rutina mercantilista, el negocio del contrabando y el de la piratería en el Canal. Al morir su padre en 1554, el negocio quedó en manos de sus hijos John y William, aunque el primero sobresalió más que el segundo.

En Tenerife, John Hawkins vendió paños y compró vino y azúcar, y en estas transacciones se hizo amigo de un personaje importante del lugar, Pedro Ponte. Éste le comentó a Hawkins que en las Indias occidentales el contrabando y el tráfico de esclavos negros era buen negocio por la demanda de trabajadores al ser diezmada la población nativa, y que además, abundaba la plata. Hawkins se interesó en ello y Ponte le recomendó al piloto gaditano Juan Martínez, para que lo guiara por el Atlántico y por el Caribe. En 1562, Hawkins llevó a cabo su primer viaje indiano partiendo de Plymouth. Su flota estuvo compuesta por tres barcos: el "Salomón" de 120 toneladas -Hawkins estaba al mando de éste-, el "Swallow" de 100 y el "Jonás" de 40. Había un centenar de tripulantes. Al llegar a Tenerife, el piloto Juan Martínez se incorporó a la tripulación. La flota luego se dirigió a Guinea, con escala en Cabo Verde. Más tarde, pasó por Sierra Leona y se capturó a trescientos esclavos negros de barcos negeros portugueses que se cruzaron en su camino. Cambiaron un barco por el "Jonás" y éste regresó a Inglaterra. Al cruzar el Atlántico, la flota de Hawkins puso rumbo a Santo Domingo (La Española), carenó en puerto Plata y se encaminó a cabo Isabela para

realizar sus primeros contactos para vender negros. (16) El pretexto que se utilizó fue que necesitaban provisiones y que pagarían con esclavos negros. Como se puede apreciar, su actividad contrabandista se mezcló íntimamente con la piratería, pues la mayor parte de lo que contrabandeaban era producto del saqueo o robo que realizaban de otros buques o ciudades costeras y de la coacción. Cuando el gobernador de Santo Domingo se enteró de la presencia de Hawkins y sus compinches envió a setenta hombres en contra suya. Se sorprendió a los ingleses y se capturó a dos centinelas de Hawkins. Más tarde, éste entabló negociaciones con el gobernador a través del piloto Juan Martínez, en la que se ofreció cambiar a los dos prisioneros por cien negros, cuando éste se aceptó se aprovechó para vender el resto del cargamento humano. Obtuvo grandes ganancias a pesar de que pagó impuestos de venta, pues a pesar de todo, quiso causar "buena impresión" en las colonias indianas y en Felipe II. En sí, era una forma de que el contrabando siguiera su curso, sin que las autoridades se vieran forzadas a detenerlo.

Como su primer viaje tuvo éxito, al regresar a Inglaterra planeó un segundo viaje pero más ambicioso. Colaboraron económicamente importantes comerciantes y figuras políticas. Se formó una alianza comercial con los que aportaron recursos financieros, ya fueran dueños de barcos o miembros de la Junta Naval como Benjamín Gonson, quien era suegro de Hawkins y tesorero de la Marina Real, así como su inspector William Winter. También participaron mercaderes y personalidades de la capital con gran influencia, como Sir Thomas Lodge, alcalde de Londres en 1563. Estas conexiones se llevaron a cabo, porque estos accionistas se dieron cuenta de que el contrabando bien llevado era buen negocio para los que lo patrocinaran –y para los marinos. Por ello, también participó en la empresa la reina Isabel I. Le proporcionó a Hawkins un galeón de la Armada naval, el "Jesus of Lubeck" –que Enrique VIII había adquirido de la Liga Hanseática– de 700 toneladas y 30 cañones. El resto de la flota era de Hawkins y estuvo conformada por el "Salomón", el "Swallow" y el "Tiger" de 50 toneladas. Su tripulación estaba conformada por ciento cincuenta hombres. Sus dotaciones eran reducidas para dejar lugar a los negros capturados durante la travesía. El embajador español Don Diego de Silva se enteró de los preparativos y efectuó una protesta oficial, a la que la reina, como respuesta, prometió no dejar zarpar a la flota, pero esto no se cumplió porque Hawkins zarpó en octubre de 1564, tras una audiencia con Isabel I. Luego hizo escala en Tenerife en donde fueron acogidos por Pedro Ponte, quien

seguramente también participaba del negocio. En Guinea capturaron cuatrocientos esclavos. Luego se dirigieron hacia la Dominicana, en donde se abastecieron de agua dulce. En la isla Margarita vendieron algunos negros, y posteriormente, se dirigieron hacia el puerto de Borburata, en la costa venezolana, en abril de 1565. En este lugar, Hawkins planteó un argumento que repetiría en el futuro una y otra vez. Éste era que navegaba por orden de su reina y que había llegado hasta allí por vientos contrarios y que deseaba reparar sus navíos. Pagaría el favor con esclavos y mercaderías, pues era lo único que tenía de valor. Se comprometía a pagar impuestos -no siempre lo hacía-; si no se le concedían tales peticiones se vería obligado a atacar la plaza y si alguien era responsable de ello, éste era el gobernador Don Alonso Bernádez -o el gobernador en turno. Como el gobernador no accedió ante sus amenazas, hizo lanzar un cañonazo sobre la plaza y se dió el desembarco. El gobernador al ver la plaza ocupada autorizó la venta de negros y paños, pues era la única forma de librarse de Hawkins y sus hombres, aunque se pagaron los derechos por la introducción de negros y por las mercancías. (17) Luego partió a Curazao. El alcalde Lázaro Bejarano se entrevistó con Hawkins al ver que no podía enfrentársele, pero como no pudo venderle los cueros que pedía fue apresado por los ingleses, los cuales exigieron un rescate consistente en pieles y carnes a falta del total de cueros pedidos. Posteriormente, la flota de Hawkins llegó a Río Hacha y ocurrió algo parecido a lo de Borburata. Luego fue a Santa Marta y a Cartagena de Indias, en donde consiguió vender esclavos negros bajo coacción. Cuando su cargamento humano se terminó, decidió atacar la flota de Indias en el Canal de la Bahama, pero no la encontró. Después prosiguió hacia Jamaica y Cuba y luego regresó a Inglaterra. Sus ganancias habían sido superiores a su viaje anterior. Llevó perlas, azúcar y cueros -entre otras cosas menores- y repartió el sesenta por ciento de lo obtenido entre los inversionistas.

La reina Isabel I como recompensa adicional ennobleció a Hawkins. Ésto provocó la protesta del embajador español Don Diego Guzmán de Silva, quien denunció el contrabando que Hawkins había realizado en las Indias bajo amenazas y las agresiones cometidas. La soberana lo protegió, pero Hawkins prefirió actuar con cautela y no participar de cuerpo presente en el próximo viaje al Caribe que tenía planeado.

Al mando de este nuevo viaje quedó John Lowell, colaborador y socio de Hawkins -quién se quedó en tierra-, que anteriormente había sido su agente comercial en Tenerife. Lowell zarpó de Plymouth, en noviembre de 1566, con las naves: "Powell" de

200 toneladas, la "Salomón" de 100 y la "Pasco" de 40. Hizo la habitual escala a Tenerife y luego atrapó negros en Guinea antes de cruzar el Atlántico. En sus escalas en la isla Margarita, Curazao y Borburata apresaron a tenientes de alcalde y a comerciantes españolas, para luego pedir rescate por ellos. En Río Hacha las autoridades se negaron a comerciar y cuando Lowell inició el cañoneo, los españoles lo contraatacaron de tal forma, que tuvo que retirarse y desembarcar un centenar de negros enfermos que fueron recogidos por los españoles. Los ingleses siguieron hasta La Española y saquearon el lugar. En este viaje también participó un joven marino, Francis Drake.

Hawkins preparó otra expedición pero de mayores proporciones. Utilizó dos galeones de la Royal Navy inglesa: el "Jesus of Lubeck" de 700 toneladas y el "Minion" de 300. Como navíos particulares iba el "William and John" de 150, el "Swallow" de 100, el "Judith" de 50 y el "Angel" de 40, todos bien artillados. Había un mayor número de tripulantes, pero los suficientes para manejar de forma adecuada los navíos. La gran mayoría eran aventureros. No sólo se trató de vender negros y mercancías, sino también de piratear y quizás poner alguna base inglesa en América, como lo había intentado Ribault, el hugonote francés en la Florida. Por ello, se le brindaron todas las facilidades a Hawkins para armar su flota. El embajador español protestó de nueva cuenta ante Isabel I, pero como otras veces, recibió respuestas engañosas.

La tercera expedición de Hawkins zarpó del puerto de Plymouth -que se convirtió en el puerto de partida favorito de las expediciones piráticas posteriores, tras las hazañas de Hawkins-, en octubre de 1567. En el "Jesus of Lubeck" navegaba Francis Drake. La flota se dirigió a Tenerife y luego a Guinea. Se capturaron naves portuguesas y una de ellas fue dada a Drake y rebautizada como "Grace of God". También se apresaron barcos negreros franceses. Luego ayudaron a un rey indígena en Sierra Leona en contra de otro, y como ganó el primero, éste les cedió a los ingleses los prisioneros enemigos que habían caído en su poder y que sumaban aproximadamente cerca de trescientos negros. Tenían ya en total, alrededor de quinientos esclavos y con ellos partieron rumbo al Caribe. Llegaron a la isla Margarita y Borburata y en ambas traficaron sin importarles los obstáculos. Lo mismo sucedió en Santa Marta y en Cartagena de Indias. En esta última, el gobernador se negó a acceder a las exigencias de comerciar con Hawkins. De esta forma empezó el ataque a la plaza, y a pesar de que no poseía buenas defensas, se hizo huir a la flota de Hawkins al mover con

habilidad las piezas de artillería que tenían. En la costa cubana fueron sorprendidos por un huracán, las naves se averiaron y buscaron un fondeadero*. Cerca de Yucatán apresaron un barco mercante que se dirigía a Santo Domingo y que había recalado en Veracruz. Los prisioneros les informaron que Veracruz esperaba la flota de ese año para embarcar plata, y que era un buen lugar para fondear**. Hawkins decidió robar la plata que pensó ya estaría en el puerto y de paso reparar las averías. En el camino apresó a otros dos barcos españoles pequeños, que le sirvieron para disimular el carácter real de la flota. Los vigías del castillo veracruzano de San Juan de Ulúa avistaron la flota de Hawkins en septiembre de 1568, pero la tomaron como la flota de Indias, en la que vendría el nuevo virrey de México, Don Martín Enríquez de Almansa. Enviaron un batel*** con oficiales para guiarlos y darle la bienvenida al virrey. Los ingleses los hicieron subir con engaños y los capturaron. Hawkins negoció con las autoridades como acostumbraba. Argumentó que había llegado al puerto por arribada forzosa y que como garantía exigía que los dejaran en paz y que les dieran posesión de la isla Gallega, situada frente a la ciudad, a cambio de los rehenes. La plata todavía no había llegado y Hawkins estaba dispuesto a esperarla. El proveedor del puerto, el capitán Antonio Delgadillo, logró alertar a las caravanas que traían la plata para que detuvieran su avance. También mandó un batel para que previniera a la flota de Indias apenas se vislumbrara y así lo hizo; de los trece barcos que conformaban la flota española, sólo uno era de guerra. Después de consultarlo entre el general de la flota Francisco Luján, el virrey Martín Enríquez y otros oficiales, se decidió enfrentar el problema y sacar el mejor provecho posible. Entraron al puerto y fondearon al otro extremo de donde se encontraban los contrabandistas. Hawkins le envió un mensaje al virrey en donde le comunicaba que tenía como rehén a la ciudad y que la destruiría si no aceptaba sus condiciones. (18) El virrey negoció con Hawkins y se convino un acuerdo que ambos pensaron traicionar. Aunque el virrey le hizo creer que acataba sus disposiciones, preparó el ataque por la noche. Cuando Hawkins se dio cuenta de ello inició el fuego. Al principio pareció que la victoria se inclinaba hacia los ingleses, pero los españoles ganaron terreno. Delgadillo tomó la isla Gallega, la batería y el castillo.

* Paraje situado en una costa o puerto con suficiente profundidad para fondear.

** Asegurar el barco por medio de anclas en el fondo de las aguas.

*** Bote o barca pequeña.

y enfiló los cañones contra los ingleses. El "Jesus of Lubeck" —que estaba averiado— fue tomado por los españoles, el "Angel", el "Swallow" y el navío francés que los ingleses habían capturado se hundieron. Los demás barcos fueron tomados por los hispanos, menos el "Minion" y el "Judith". Francis Drake en vez de reunirse con el "Minion" en el que se encontraba Hawkins, y el patache*, huyó en el "Judith" que estaba bajo su mando y regresó a Inglaterra, y claro está, se apropió del botín que su barco llevaba. Hawkins atracó el "Minion" y el patache —después de huir de Veracruz— en la isla de los Sacrificios para hacer reparaciones. Ante lo crítico de la situación, no tardó en darse un descontento masivo entre la tripulación. Ésta exigió ser desembarcada en tierra firme porque no creyó soportar la larga travesía de regreso a Inglaterra sin suficientes vituallas. Aunque cabe mencionar que la rebelión no se dió en el total de la tripulación. De tal forma, un grupo de ciento catorce hombres desembarcó en Tampico, pero fueron atacados por los indígenas del lugar. Los supervivientes fueron capturados por los españoles en octubre de 1568. El "Minion" pasó por la Florida y luego viró hacia Inglaterra; en el camino se hundió el patache. Es importante señalar que Hawkins aceptó tal desembarco porque sabía que eran muchos hombres para un sólo barco con pocas provisiones. Con la gente que le quedó regresó a Inglaterra. Durante la travesía muchos ingleses murieron por enfermedad y los que sobrevivieron sufrieron la falta de víveres, así que hicieron escala en el puerto español de Vigo, donde se abastecieron. El hecho de que no fueran detenidos en dicho puerto se debió a que todavía no habían llegado las noticias de sus fechorías en el Caribe a España. Por ello lograron llegar a salvo a Plymouth, aunque derrotados, en febrero de 1569.

Estas expediciones muestran una progresiva tendencia a mezclar el contrabando con la piratería, lo cual culminaría con el dominio final de la segunda sobre la primera, porque aquélla brindaba ganancias más abundantes y con mayor rapidez que el contrabando. La derrota de Hawkins y de sus hombres en este tercer viaje, en San Juan de Ulúa, no hizo más que acrecentar el odio que se sentía por España. Esto provocó que se dieran nuevos proyectos expedicionarios, bajo el apoyo de la Corona. Lo paradójico es, que los ingleses tomaron esta derrota como una afrenta que debían lavar y que debían pagársela con la misma moneda a España. Se había golpeado el orgullo inglés.

* Embarcación pequeña de dos palos que se usaba como aviso de guerra. Una nave menor al servicio de otra mayor.

Esta derrota fue producto, en parte, del huracán que averió los navíos de Hawkins al pasar por Cuba, y de que se dió el tiempo suficiente para que los españoles planearan un ataque durante las negociaciones. Se perdió el factor sorpresa y se confió demasiado en la pasividad española. La victoria hispana acrecentó el odio hacia la "soberbia" española, aliada papista. El contrabando como tal tuvo una gran importancia. Sirvió para inspeccionar el terreno y para que Inglaterra se diera cuenta de que las posesiones españolas en ultramar estaban sin protección y sin defensas adecuadas. No existía un control de dichos dominios y sus autoridades locales se veían obligadas a aceptar el contrabando por la coacción y por la necesidad. La Metrópoli estaba lejos y su interés principal era proteger sus dominios europeos de sus enemigos, así como mantener su poder en Europa.

Mientras Isabel mantuvo una política de asentamiento del anglicanismo a través del Acta de Supremacía y Uniformidad, durante los primeros diez años de su reinado, así como una política de intriga a nivel internacional, no pudo declararse como una adversaria de España. Sin embargo, Isabel I aprovechó la situación para robustecer la Marina nacional y proteger el contrabando en las Indias, para que ayudara a incrementar las riquezas de las arcas nacionales y a fomentar el odio papista y para preparar el camino para futuras empresas más agresivas.

2.3 La utilización del corso como arma económica y política en la época isabelina.
Seguimiento de las incursiones corsarias francesas de la primera mitad del siglo XVI.

El contrabando, la miseria y la efervescencia religiosa hicieron ver a Isabel I "que el triunfo económico y político de Inglaterra estaba en el mar, en la vocación de sus marinos capaces de traer a los puertos ingleses las mercancías que necesitase" (19), sin pagar por ello, o por lo menos, no más de lo debido para que las arcas nacionales inglesas se robustecieran.

El gran número de marinos desempleados y el interés por expandir el comercio inglés fueron un gran acicate para que la reina Isabel I se aliara con los intereses de los grupos comerciales de los puertos y con los grupos en ascenso del centro. Formaría así, una marina extraoficial formada por estos marinos desempleados y por piratas, los cuales conocían bien el arte de la navegación y, que a la larga, podrían fortalecer a la Marina nacional. La situación geográfica de Inglaterra favorecía la existencia de una gran cantidad de marinos y piratas, ya que en el mar se hallaba la forma de comunicación más accesible y barata con otros puertos y para el intercambio comercial.

A pesar de que Hawkins no poseía muchos conocimientos sobre el Caribe y sobre la reacción que tendría España sobre el contrabando, planeó sus viajes hacia las Indias occidentales con ayuda de pilotos calificados, de quienes empezó a conocer con mayor detalle las rutas de acceso al Caribe. Sus viajes también ayudaron a evaluar la reacción de autoridades y pobladores de las Indias sobre el contrabando, y "ver hasta qué punto España era capaz de defender su comercio". (20)

El interés de Hawkins por no rehuir al fisco español, en lo posible, durante sus transacciones comerciales y tráfico de esclavos negros, bien pudo radicar en que pretendió, de forma increíble, que Felipe II declarara legítimas sus futuras empresas y pudiera comerciar con libertad en la América española por su "honradez". Hawkins, aparte de tener un gran sentido de lo que era el comercio, poseía una poderosa capacidad militar con la que infundía el temor entre las poblaciones que visitaba para contrabandear y que podía equipararse con una actividad pirática, tal y como lo hicieron los españoles. No obstante, no consiguió que España declarara legítimas sus

transacciones. Al contrario, su atrevimiento levantó fuertes protestas por parte del embajador español en Inglaterra. Esto demostró por un lado, que Felipe II no tenía intenciones de aceptar que otras naciones comerciaran con sus dominios en ultramar, lo que también se encontraba relacionado de manera íntima con escrúpulos religiosos, contra la intromisión de herejes en sus dominios católicos. No quería que ningún "luterano" pisara sus territorios. Además, sus incursiones habían causado más daño del que se esperaba al orgullo español.

El contrabando dió a conocer la falta de defensas de la América española y que Felipe II no accedería a que se comerciara con sus colonias. Además, el ataque y la derrota de San Juan de Ulúa demostró que la actitud de Inglaterra frente a las posesiones españolas de ultramar debía ser más agresiva -aunque de forma no oficial-, después de la afrenta sufrida. La piratería sería un medio más directo por el que se atacaría la exclusividad española en ultramar y por el que se obtendrían mayores riquezas sin el "protocolo" del contrabando. Sería un arma de venganza contra España y una forma ideal de combatir el papismo. El contrabando que poco a poco se había inclinado más hacia el lado de la piratería, demostró que este último método era más eficaz para obtener lo que se quería. De esta manera, se siguieron los pasos de los corsarios franceses que atacaban las posesiones españolas en ultramar, con el interés principal de menguar el poder español a través de interceptar y atacar cargamentos de oro y plata que se dirigían a España; los cuales eran utilizados para financiar las guerras y el poderío que esta potencia continental desplegaba por toda Europa.

Hay que recordar que en tiempos de Francisco I, el recelo y la envidia que la preponderancia española le inspiraba a este rey lo llevaron a ser el principal rival de España, en especial, desde que Carlos V obtuvo para sí la Corona austriaca y el título de emperador. Francisco I no estuvo satisfecho con ello. En Inglaterra este recelo también se dió. Por ello, Enrique VIII empezó a formar una Marina nacional, pero no logró consolidarla por las circunstancias y los sucesos de la Reforma, la cual también dió las bases para no acatar las bulas papales que les daba derecho de perpetuidad a los reyes españoles sobre las tierras de ultramar. Francisco I y Carlos V entablaron cuatro guerras en donde se disputaron los dominios italianos y el poder hegemónico de Europa. Incluso, Francisco I le cuestionó al Papa y al emperador Carlos V el que España conservara la exclusividad sobre América. Al respecto exclamó: "¡El sol alumbrará para mí, lo mismo que para los demás: y yo quería ver la cláusula del testamento de Adán

que me prive de reclamar mi parte en el Nuevo Mundo!". (21) Con ésto dejó en claro que no respetaría la exclusividad que España tenía sobre los territorios de ultramar. Francia, al ser un país católico, se basó en ello para poder atacar la América española, pero sobre todo, en las guerras constantes que entabló con el emperador Carlos V. Por ello, Francia pudo utilizar a corsarios en la tarea de atacar a España y a sus posesiones en ultramar, el lugar de donde Carlos V había sacado el oro y la plata para pagar sus empresas en Europa y para pagar la deuda que contrajo al comprar los votos en su elección como emperador de Austria. Francisco I le demostraría al emperador Carlos V, aunque fuera a la fuerza, que España y Portugal no eran los únicos que podían disfrutar de las riquezas de América.

A diferencia de Inglaterra, Francia tenía la justificación de utilizar la piratería bajo patente de corso porque se encontraba en guerra con España, y aunque había breves periodos de paz, la guerra se reanudaba. Inglaterra, en cambio, utilizó la piratería en tiempos de paz, por eso sus acciones eran condenables para España durante el reinado de Felipe II, pero fueron tolerables, porque este rey todavía creía que podía hacer una alianza con Inglaterra, antes de que Francia se entrometiera en la misma.

Los piratas franceses provocaron desmanes en las costas americanas, porque éstas se encontraban prácticamente sin ninguna defensa. España no creyó que naciones extranjeras se atrevieran a atacar sus posesiones en ultramar, en especial, por la poca información que se tenía de ellas y de sus rutas. Francia, sin embargo, se las ingenió para lograr llegar a América y ser un azote para las poblaciones costeras de dicho continente. Uno de sus piratas más sobresalientes fue Juan Florín, cuyo acto más importante fue asaltar las naves que llevaban el tesoro de Moctezuma y que Cortés enviaba hacia España. Dió parte del botín a Francisco I, quien quedó muy sorprendido, porque este pirata era agresivo a tal grado, que incluso le había pedido dinero al soberano a cambio de no hundir sus navíos (22), pues si bien este rey facilitó la existencia del corso, no dió patentes de corso como tales.

Lo que este hecho ocasionó (1521), fue dar a conocer las riquezas que se hallaban en la América española y que se estimulara la partida de más piratas hacia este territorio. En ellas participaron armadores de primer orden, como Dean D'Ango -italiano- en Diepper, Normandía, quien contrató al pirata Juan Florín para que atacara a cuanto navío se le pusiera enfrente.

Un punto importante dentro de las guerras franco-españolas fue que tanto

Francisco I como Carlos V utilizaron el corso para atacarse mutuamente. Este último suspendió la prohibición de corso nacional que los Reyes Católicos habían impuesto, para pagarle con la misma moneda a Francisco I. Esto también deja ver que en tiempos del emperador Carlos V, la Marina española era considerada como un factor de gran peso para conservar su supremacía. Con Felipe II este brillo se perdió, en especial, cuando murieron los grandes estrategas navales, puesto que no se promovió la formación de grandes marinos, ya que a ese rey no le atraía mucho el mar. Si la Marina española sobresalía en ciertas ocasiones en este periodo, fue por la inercia del poderío naval que se tuvo en tiempos del emperador Carlos V.

Pedro Menéndez de Avilés fue un gran marino español que no sólo persiguió con éxito a los piratas franceses en tiempos de Carlos V, sino que también libró a la Florida de la amenaza hugonote. Con esto se limpió el paso de la flota de Indias que para arribar a España tenía que pasar por las Bahamas, cerca de la Florida, en donde los españoles establecieron una colonia, la de San Agustín, a mediados de la década de 1560. Cuando este hecho tuvo lugar, la piratería francesa fue reprimida con mayor fuerza, lo que permitió que los piratas ingleses tomaran su turno.

La piratería francesa fue protegida por Francisco I y Enrique II, pero hasta 1553 se dió una patente de corso como tal, ya que el corso como actividad de represalia era hasta cierto punto válida en caso de guerra, y de seguro no se creyó en la necesidad de otorgar patentes propiamente dichas durante el conflicto franco-español. Sin embargo, las patentes daban un mayor control de los actos de los corsarios. El corso francés se llevó a cabo en las Canarias y América, pero en este último tuvo mayor éxito por la falta de defensas, aunque era más difícil de sostener por las largas travesías. De ahí, el interés por establecer una base en dicho continente.

Para la década de 1550 ya existían en ultramar marinos hugonotes, quienes combinaban el afán de rapiña con el odio hacia España, nación defensora del Catolicismo y, por consiguiente, del papismo. A estos piratas los alentó y protegió en París el almirante Gaspar de Coligny, jefe del partido hugonote, quien recibía un décimo de lo robado que iba a parar a las arcas del partido. Francisco I y su sucesor permitieron que los hugonotes también practicaran la piratería en ultramar, porque aunque fueran protestantes, eran primero franceses, y sin importar el motivo de su interés por la piratería, ayudarían a saquear los dominios españoles. Además, era preferible tenerlos ocupados en las Indias occidentales que en Francia. Mantendrían

una posición de reto en América frente a España, sin que el gobierno oficial gastara más dinero de lo debido en dichas empresas, pues los armadores independientes contribuirían en las mismas con su propio dinero. El movimiento hugonote no significaba hasta el momento un peligro de peso para el rey. Por ello, ambas partes podían beneficiarse. Además, los hugonotes podían desahogar su eferescencia religiosa en ultramar. Al pasar el tiempo, la piratería francesa perdió fuerza porque no se logró tener un asentamiento y centro de operaciones en América. El intento hugonote de establecerse en la Florida se vino abajo cuando fueron atacados y vencidos por los españoles. Esto y los conflictos religiosos internos de Francia, así como un mayor empeño español por perseguir a corsarios franceses, debilitaron la constancia de las incursiones piráticas francesas en América.

Sin embargo, la presencia de los piratas franceses en el continente americano motivó la fortificación de sus costas atlánticas, pues América se encontraba desprotegida, pero cabe mencionar que el apostamiento defensivo español fue ineficaz ante los ataques piráticos ingleses de la segunda mitad del siglo XVI, principalmente, por la escasez de recursos humanos y económicos y por su deficiencia estratégica.

Inglaterra, por su parte, decidió seguir con el mismo método que Francia había desarrollado para menguar el poderío español y para tomar parte del "botín" que América representaba. La piratería era ideal para tales propósitos, además, de que por no estar en guerra con España, Inglaterra podía mandar a sus "corsarios" sin que sufrieran fuertes bajas por la misma y las ganancias no se verían entorpecidas por la guerra. La flota de Indias era una atracción difícil de pasar por alto.

Inglaterra quería emular e incluso exceder los felices resultados económico-políticos de sus vecinos españoles. Asimismo, buscaba anular el poder hispano y disputarle terreno en sus posesiones ultramarinas; impedir el comercio trasatlántico y el envío de plata americana a la Metrópoli española; y todo esto lo haría a través de la actividad de sus corsarios y/o piratas. (23)

El baluarte que Inglaterra tomó para atacar el poderío español en América fue la crítica a la crueldad española, la cual era producto, supuestamente, de su creciente soberbia. Las víctimas de su abuso habían sido los naturales de dicho continente y los que caían en poder de la Inquisición. Se atacaron los aspectos negativos, sombríos y crueldades de la conquista y la colonización española en América, tales como el

maltrato a los indígenas, la destrucción de testimonios culturales y la imposición católica a sangre y fuego, producto del fanatismo religioso español y de su codicia desmedida. (24) Todo esto fue ensalzado por la Europa resentida por el dominio español, en especial la protestante, para doblegar así el afán imperial de España, lo que formó parte de la "Leyenda Negra".

Los ingleses incluso se sentían -en especial aquellos que pretendían justificar su intención de participar de las riquezas americanas- los vengadores de las víctimas inocentes que habían caído durante la conquista y la colonización española en América. Asimismo, se consideraban los más indicados para enseñar la verdadera religión a los sobrevivientes de la masacre. Esto significaría asestar un fuerte golpe a España y al papismo.

Incluso la forma en como Hawkins llevó a cabo su contrabando en el Caribe, demuestra ya el manejo de este planteamiento sobre pagar con la misma moneda la opresión española. Si no se le concedía el derecho de contrabandear, Hawkins se vería obligado a realizar una acción armada totalmente válida, de la cual el único responsable sería el gobernador de la plaza en donde desembarcara. "Ni más ni menos que el principio de la guerra justa que los españoles aplicaban con los indios cuando les leían el Requerimiento" con relación a la aceptación de la presencia española en tierras indias, y si los naturales se oponían con "malicia", Dios ayudaría a los españoles a entrar y la culpa sólo sería de los indios y no de su Alteza española. (25) De paso, los ingleses ensalzaban el Protestantismo. De forma paradójica, fue un principio en el que los ingleses se basaron para demostrar lo cruel de las "hazañas" cometidas en América por los españoles papistas, quienes no permitían que se les contradijera.

Para atacar las posesiones españolas en ultramar a través de la piratería, los ingleses crearon un "estereotipo formidable del hombre español, que abarca casi todos los vicios y las insuficiencias que se conocen". (26) Los ingleses consideraban a los españoles como opresores sin misericordia y exterminadores de indígenas -como lo serían ellos en Norteamérica. Por ello, los ingleses, según Haring, decidieron que "vengar la sangre de esas víctimas y enseñar la verdadera religión a los sobrevivientes era glorificar la Iglesia militante y asestar un golpe al anticristo". (27) Asimismo, pensaban que cuando el español se encontraba en ventaja, su crueldad y soberbia, lo hacían insoportable. De ahí, el interés inglés de golpear al poder y orgullo españoles. Conscientes de su identidad nacional, los ingleses compararon sus virtudes con las

pérdidas de su enemigo, España. En sí, el sentimiento anti-español y anti-papista, fomentado por un fuerte nacionalismo, provocaron que el pueblo inglés en su gran mayoría, apoyara las incursiones piráticas como una forma de enriquecimiento nacional y como un medio de atacar a la España papista en su mayor fuente de riquezas, la América española. La pobreza inglesa estimuló estos sentimientos.

Inglaterra necesitaba metales -oro y plata- para robustecer la riqueza nacional. Este atesoramiento sólo podía aumentar si la Gran Bretaña participaba en la repartición de los metales que América poseía. Francia, como ya se ha visto, atacó las posesiones españolas de ultramar y demostró así que éstas albergaban grandes riquezas. Isabel I deseaba poseer parte de las mismas, pero debía buscar cómo hacerlo sin acarrear una guerra con España. Además, la situación interna de Inglaterra no estaba como para provocar un conflicto y por ello permitió que se diera el contrabando en América. Incluso participó en dicha actividad, cuando Hawkins regresó con éxito de su primer viaje, para que a través del contrabando se inspeccionara el terreno. A raíz de la derrota de Hawkins en San Juan de Ulúa y de un robustecimiento de la política interna y externa de Isabel I, la reina decidió incursionar con una mayor fuerza en América. El factor sorpresa debía ser de gran importancia, ya que las posesiones españolas ultramarinas se encontraban a la expectativa por el contrabando inglés, que aunque tomó matices de carácter pirata, no era del todo esto último. Ante un ataque pirático, con gente aventurera y llena de ansias por acechar un gran botín, el combate iba a ser más difícil de sostener para España, por la falta de fortificaciones. La meta principal inglesa era obtener metales y toda clase de ganancias, las cuales serían repartidas entre los piratas, los inversionistas y la Corona. De esta manera, la piratería inglesa entró de lleno en el Caribe y costas americanas, como un arma de tipo económico -en primer lugar- y político de Inglaterra, que poco a poco le dio a la misma, un poder marítimo de primer orden.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

(Segundo Capítulo).

- 1) H.G. Koenigsberger y George L. Mosse, Europa en el siglo XVI, trad. Juan García, Madrid, Aguilar, 1974, p. 254.
- 2) Heinrich Lutz, Reforma y Contrarreforma, trad. Antonio Sáez, Madrid, Alianza, 1992, p. 145.
- 3) Ibidem., p. 146.
- 4) André Corvisier, Historia moderna, trad. Fabián García, Barcelona, Labor, 1977, p. 160.
- 5) George Clark, La Europa moderna, 1450-1720, trad. Francisco González, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 124.
- 6) Golo Mann, et. al., De la Reforma a la revolución, tomo I, trad. Verlag Ullstein, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 126.
- 7) Philip Gosse, Los corsarios berberiscos. Los piratas del norte. (Historia de la piratería), trad. Lino Novás, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, p. 125.
- 8) Ibidem., p. 126.
- 9) Salvador de Madariaga, El auge y el ocaso del imperio español en América, 3a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1986, p. 119.
- 10) Gosse, Op. cit., p. 129.
- 11) Ibidem.
- 12) Ibidem., p. 130.
- 13) J.H. Elliott, La Europa dividida, 1559-1598, trad. Rafael Sánchez, 3a. ed., Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 310.
- 14) Martha de Jármey Chapa, Un estabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglo XVI y XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 71.
- 15) Carlos Saiz Cidoncha, Historia de la piratería en América española, Madrid, San Martín, 1985, p. 52.
- 16) Ibidem., p. 54.
- 17) Manuel Lucena Salmoral, Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, Madrid, Mapfre, 1992, p. 74. Apud, E. Arcila Farías, Economía colonial de Venezuela, Caracas, Italgáfica, 1973, p. 186.

- 18) Salz Cidoncha, Op. cit., p. 55-60.
- 19) Francisco Santiago Cruz, Los piratas del Golfo de México, México, Jus, 1962, p. 20.
- 20) Peter Bradley, Navegantes británicos, Madrid, Mapfre, 1992, p. 40.
- 21) Germán Arciniegas, Biografía del Caribe, 10a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1973, p. 139.
- 22) Lucena Salmoral, Op. cit., p. 55.
- 23) Martha de Jármay Chapa, La expansión española hacia América y el océano Pacífico, México, Fontamara, 1988, p. 400.
- 24) Domingo F. Mauza Zavala, Hispanoamérica-Angloamérica, Madrid, Mapfre, 1992, p. 127.
- 25) Lucena Salmoral, Op. cit., p. 73.
- 26) William Maltby, La leyenda negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660, trad. Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 12.
- 27) C.H. Haring, Los bucaneros de las Indias occidentales en el siglo XVII, trad. del boletín de la Cámara de Comercio de Caracas, 2a. ed., Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1939, p. 41.

III. DIFERENCIAS ENTRE PIRATAS Y CORSARIOS. LOS CORSOPIRATAS.

Una de las cualidades que los piratas proporcionaron a la Marina inglesa, aparte de ser hábiles marineros, fue su postura existencial. Para ellos, la vida era algo fugaz. Estaban decididos a vivir en el presente. Por ello eran tan fieros a la hora del combate. Aunque esto no quiere decir que buscaran la muerte. Al contrario, les gustaba la aventura y si veían el modo de huir, lo hacían.

Por esto mismo, cuando los piratas recibían su parte del botín, despilfarraban en tabernas de mala muerte o con mujeres lo que tanto trabajo les había costado conseguir a riesgo de su propia vida y la de otros. Lo gastaban en un abrir y cerrar de ojos. Cuando el botín consistía en mercancías, se vendía en puertos pequeños que luego pasaban por los grandes; se llevaba a cabo un intercambio comercial.

Para ser pirata hacía falta decisión y llevar al máximo su naturaleza salvaje, había que encontrar compinches con la misma inclinación. Incluso, si se enlistaban en un barco pirata, sus andanzas con la tripulación y con el jefe pirata los preparaba para continuar esta actividad por cuenta propia. Aún más, si su actitud era destacada en sus anteriores correrías.

La piratería era tan atractiva, que atenuaba el temor a la horca. Los que eran ajusticiados eran pocos en comparación a las cifras totales del botín, y si eran secundados por grupos comerciales, su actividad pirática se practicaba con mayores facilidades. La disciplina en buque mercante era cruel, el alimento escaso, el salario bajo y los viajes largos. La piratería en cambio, brindaba la posibilidad de ganar una fortuna a cambio de una vida sin tanta reglamentación, pues en un barco pirata, todos participaban en las labores y si el jefe pirata no los mantenía contentos con sus órdenes, simplemente lo destituían por otro, mediante una especie de motín a bordo, pero sin que se le persiguiera por ello. Cuando los desheredados y los desposeídos, e incluso, las grandes familias quisieron enriquecerse o aumentar su fortuna con la piratería, ésta perdió un poco su carácter original de anarquía y libertad, porque los piratas sirvieron a un grupo o dinastía comercial y no a sus propios intereses.

Conservaron, no obstante, su forma de vida pirata; pero los piratas que querían enriquecerse también perdieron sus características originales, porque al conseguir lo que se proponían, buscaron formar parte de los altos puestos gubernamentales o tener un status social.

Los grandes "surtidores" de piratas también lo fueron las tripulaciones de los barcos mercantes, de las Marinas reales y de los barcos de armadores en corso, ya que al caer bajo el poder de un buque pirata, pasaban a formar parte de esta tripulación, claro está por cuenta propia o persuasión. Los que no lo hacían se quedaban en los barcos saqueados, salvo si alguien ofreciera alguna ganancia para los piratas, ya fuera por sus habilidades para la navegación o porque representaba la personificación de un rescate cuantioso.

Asimismo, si no había presa no había paga. Cada miembro de la tripulación pirata era como un accionista de una compañía. Eran propietarios comunes y elegían a quiénes iban a obedecer. Incluso, en los viajes contrabandistas de Hawkins y los de carácter pirata, sus respectivas tripulaciones, en su gran mayoría, aportaban algo de dinero o mercancías -o víveres- para realizar dichas incursiones. Por ello recibían un porcentaje del botín de acuerdo a su inversión y a su labor y actitud durante los mismos como tripulación. El dinero que se aportaba para la realización de sus correrías era producto, la mayoría de las veces, de lo que obtenían del botín de viajes anteriores.

Los barcos piratas eran pequeños y rápidos. Por ello su carenado* era más fácil de hacer, pero cuando las expediciones aumentaron, los barcos fueron más grandes pero ágiles. La tripulación pirata compartía la misma ración de comida que su capitán, excepto, cuando éste era muy famoso y se distinguía por su temple y por sus fechorías, ya que ejercía un gran poder de mando por el terror que inspiraba. Imponía sus órdenes a la fuerza (1), pero era obedecido además, porque los piratas sabían que podía proporcionarles un gran botín. Así que esta clase de capitán gozaba de mayores privilegios. También diseñaban su propia bandera, pero cuando atacaban, primero izaban una enseña nacional para engañar a la víctima, pero luego al estar cerca de la misma, enseñaban su bandera pirata y sus intenciones, justo cuando el barco acechado ya no podía escapar.

* Reparar o limpiar el casco de la nave, en especial esto último.

Las crueldades piratas aumentaron cuando se les persiguió con rigor y cuando ahorcaban a sus compinches. Asimismo, aumentaron en número cuando la crisis económica, religiosa y social de un país determinado provocó miseria o persecuciones en tierra. Mucha gente encontró en el mar un medio de escape a las presiones que los consumían en tierra. El mar era símbolo de libertad, y unirse a la piratería, lo era de anarquía.

Al convertirse la piratería en una amenaza para los gobiernos, porque entorpecía el intercambio comercial, algunos decidieron eliminarla, mientras otros como el de Inglaterra, decidieron utilizarla en provecho propio. No sólo serían una fuerza de reto en la América española en tiempos de Isabel I, sino que también se decidió "lanzarnos al exterior para que vivieran a costa de los españoles y portugueses hurtándoles sus bienes" (2), además de que defenderían los principios religiosos de su nación.

La piratería bajo patente de corso brindó un escape a los marginados y una posibilidad de enriquecimiento. Este tipo de piratería unía intereses de riqueza y aventura, pero no sólo de los piratas, sino también de quienes les otorgaban patentes, o en todo caso, de los que los tenían bajo su servicio. Se buscó un ascenso social, que se repaldó con el dinero que habían acumulado en sus incursiones, principalmente, entre los que se distinguían por sus hazañas, ya que de esta forma conseguían la confianza real o de aquellos hombres de negocios a los que habían proporcionado grandes riquezas a través del corso. En tiempos de Isabel I de Inglaterra, los principales corsarios isabelinos llegaron a ser nobles o funcionarios, y a codearse con la alta clase social -además de poseer una fuerte posición protestante-, como ocurrió con Francis Drake. Para ingleses y franceses, la piratería bajo patente de corso fue una vía de ennoblecimiento y de enriquecimiento.

La diferencia que existe entre piratas y corsarios es muy ambigua. El pirata se mueve por afán de lucro; el desarrollo del comercio hizo posible su aparición, por las riquezas y mercancías que se transportaban. Atacaban cualquier pabellón nacional. Se enfrentaban a los poderes dominadores. No obedecían reglas, ni patente alguna y atacaban a cuanto barco se les pusiera enfrente. Ellos mismos habían perdido su nacionalidad. Eran delincuentes sin ley y sin patria, con la sola motivación de la riqueza mal adquirida y un instinto feroz. "La ley romana definía a la piratería como 'depredación cometida en alta mar para provecho personal' (causa lucri), con intención de hacer daño (animo furandi) o sea, cometida no de acuerdo con las

formalidades de la guerra". (3)

Los corsarios actuaban de forma muy parecida al pirata, pero se encontraban amparados por lo que se llamaba el derecho de represalia. La patente real que se les entregaba legalizaba su misión, por lo que su participación en la guerra no podía ser considerada como un caso de piratería propiamente dicha.

El corsario puede describirse como un marino mercante particular o un pirata que ofrece sus servicios y una embarcación a un monarca, que no tiene que ser precisamente el suyo, en tiempos de guerra -o a un comerciante que posee patente real de represalia-, para integrar con otros como ellos, una especie de marina auxiliar. El corsario acepta las leyes y usos de la guerra. Cuando hace pasar su barco como mercante, a la hora de atacar muestra su pabellón nacional.

La diferencia que existe entre piratas y corsarios radica en que si el pirata acepta servir a un soberano que ha declarado la guerra a otro, y atacar sólo las naves del enemigo, es en forma automática un corsario. Si el corsario no respeta el armisticio firmado por su soberano y sigue actuando en contra de su enemigo, se convierte en pirata. (4)

El corsario debe dar una parte del botín al monarca y a los inversionistas y someterse a ciertas reglas de conducta, aunque no sean numerosas. Esto convertía en cómplice y socio de las acciones corsarias al soberano, como por ejemplo el caso de Isabel I, quien entregó a sus corsarios algunos buques reales para aumentar la eficacia de sus ataques, y para incrementar sus ganancias.

El corso era una actividad subvencionada por el Estado, por lo que también fue apoyada de forma económica por burgueses y nobles. Por ello, el corsario al servir a su país se transformaba en héroe nacional. "Si el pirata era romántico, porque luchaba contra el sistema, el corsario era, en cambio, clásico, porque estaba integrado en el mismo e incluso lo sostenía". (5)

Tanto Inglaterra como Francia y Holanda emplearon durante el siglo XVI a corsarios que no encajaban en la tipología que se ha definido, pues atacaban las posesiones españolas en diferentes circunstancias. Francia se encontraba en guerra con España, pero no dió patentes hasta 1553; los periodos de paz no siempre eran respetados. Inglaterra atacó las posesiones españolas de ultramar mientras había paz de por medio; y, Holanda, a través de su facción protestante, atacaba las posesiones

ultramarinas de su propia Corona, la española, "habría así que arbitrar una fórmula intermedia entre corsario y pirata para este tipo de aventuras del mar que no eran ni lo uno, ni lo otro, y sí ambas cosas a la vez". (6)

Por ello considero, que el término de corsopiratas usado por Lucena Salmoral, es el más adecuado para definir estos actos piráticos que se realizaban en tiempos de paz, pero que se encontraban apoyados por la Corona o grupos de poder -al estilo de J. L. de Azcárraga y de Bustamante, que denominaba a estos personajes en tales circunstancias, corsarios-piratas. Se puede decir que el corsopirata es:

un corsario dotado de patente gubernamental, que actúa contra buques y puertos de otra nación a la que no se ha declarado oficialmente la guerra, pero a la que se considera enemiga... Los corsopiratas no atacan nunca buques de su propio país ... ni a los países amigos del suyo -en esto se distingue de los piratas- y actúan con todas las artes propias de la piratería contra bienes y propiedades de la nación tachada de enemiga. (7)

Después de todo, como lo menciona Azcárraga, en un sentido más genérico: "todos los corsarios son piratas ... y todos los piratas son o pretenden ser, por lo menos, corsarios". (8)

Por ello, se le puede denominar corsopiratas a los marinos ingleses que al actuar como piratas, en las posesiones españolas de ultramar en tiempos de paz con España, en la segunda mitad del siglo XVI, se hallaban patrocinados por la soberana inglesa, Isabel I, y por los principales grupos de poder y de ascenso en Inglaterra. Asimismo, a estos marinos se les denominará corsarios cuando Inglaterra entra en guerra abierta con España y aquélla hace uso de sus habilidades, para que actúen bajo el servicio de la Corona inglesa. De esta forma, se entra en el juego político y económico de la represalia.

Se dice que el corso se puede practicar en tiempos de paz o de guerra como medida de represalia, pero esto no tuvo cabida entre Inglaterra y España en tiempos de paz -con Isabel I y Felipe II respectivamente-, porque esta última no atacó a la primera. El hecho de que España le hubiera causado bajas a los ingleses en sus incursiones contrabandistas, no significa que tuvieran derecho al corso de la represalia. En primer lugar, porque entraron de forma ilegal en América, y en segundo, porque lo

que perdieron fue el producto de lo que tan mañosamente habían tomado a la fuerza o bajo transacciones oportunistas, de las poblaciones costeras del Caribe. Estas poblaciones estaban contra la espada y la pared. No podían comerciar con extranjeros y menos con "luteranos" porque estaba prohibido y porque podían ser juzgados en cortes españolas y ser excomulgados y castigados por la Inquisición por desobedecer. La falta de defensas, sin embargo, las hacían vulnerables a las amenazas y ataques de piratas y contrabandistas. No tenían, pues, más remedio que comerciar con ellos, independientemente de que se necesitaran las mercancías a falta de un abastecimiento completo —por parte de la Corona española—, que satisficiera la demanda.

La represalia sólo fue un pretexto para atacar las posesiones españolas de ultramar, tras darse cuenta de que se encontraban indefensas y poco preparadas para un ataque a mayor escala y bien planeado, bajo los auspicios de un ataque pirático inglés —sin olvidar el factor sorpresa—, que no tenía las miras comerciales de una acción contrabandista. Al contrario, se quiso mostrar el creciente poder de estas huestes, de la habilidad de los navegantes ingleses, de su soberana y de que no se temía a España. Las bajas que le pudieran ocasionar serían un triunfo para los corsopiratas ingleses y una derrota para los papistas, además de que enriquecerían, con su botín, las arcas nacionales de Inglaterra.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

(Tercer Capítulo).

- 1) Hugh Rankin, La edad de oro de la piratería, trad. Manuel de la Escalera, Madrid, Doncel, 1972, p. 38.
- 2) Manuel Lucena Salmoral, Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, Madrid, Mapfre, 1992, p. 27.
- 3) Martha de Járrmy Chapa, Un eslabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglo XVI y XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 16-17.
- 4) Lucena Salmoral, Op. cit., p. 36.
- 5) Ibidem., p. 37.
- 6) Ibidem., p. 38.
- 7) Ibidem.
- 8) Ibidem., Apud., J. L. de Azcárraga y de Bustamante, El corso marítimo, Ministerio de Marina, Madrid, 1950, p. 161.

IV. LA ACTIVIDAD CORSARIA INGLESA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

4.1 Relaciones político-religiosas entre España e Inglaterra hasta 1585. Los primeros actos corsopiratas dentro de este periodo.

Las relaciones político-religiosas entre España e Inglaterra llegaron a su máxima tensión durante los años que van de 1568 a 1585. Como ya se ha señalado, en la primera década del reinado de Isabel I, ésta se dedicó a consolidar al anglicanismo y a establecer una tregua religiosa, para favorecer el desarrollo interno y externo de Inglaterra. Asimismo, dicha soberana ayudó a los grupos protestantes de sus principales países enemigos, para que presionaran internamente a sus respectivos gobiernos. De esta forma y con el esfuerzo de la iniciativa privada marinera, Inglaterra pudo contar, de 1568 en adelante, con una Marina que año con año cobraba mayor fuerza y empuje.

En 1570, Isabel I fue excomulgada, pero siguió orgullosa en su trono, gracias a que Felipe II, continuó con su política de acercamiento hacia Inglaterra. Conforme avanzaba el tiempo, así como el aumento de incursiones corsopiratas inglesas en las costas americanas, las relaciones anglo-españolas terminaron por colapsarse. Mientras esto acontecía, Isabel I, consciente de su creciente poder y de su importancia estratégica, tanto para España como para Francia, continuó su apoyo a los ataques a las posesiones españolas de ultramar, a través de sus corsopiratas. Desde luego, estos ataques no tenían un carácter oficial; por lo que el reto inglés no era tan abierto. Sin embargo, a pesar de que Felipe II estaba empeñado en mantener relaciones amistosas con Isabel I por cuestiones políticas, no dejó de irritarse cuando las incursiones corsopiratas aumentaron en constancia e intensidad. Felipe II estaba más que listo para darle una lección a Isabel I, cuando el momento le fuera favorecedor.

La década de 1570 fue una época en la que las relaciones anglo-españolas se dificultaron. Mientras Felipe II siguiera con su política de tolerancia y acercamiento hacia Inglaterra, Isabel I continuaría su apoyo a los rebeldes de Países Bajos y a los hugonotes. Aprovecharla la situación existente. Asimismo, dicha soberana aprobó que las incursiones corsopiratas inglesas se volvieran más agresivas.

También es importante señalar que, en 1580, Felipe II tomó posesión del reino de Portugal, al ser uno de los pretendientes más cercanos. Hizo valer sus derechos y se

coronó rey de Portugal, lo que le dió un mayor poder político y un nuevo punto de conflicto, recelo y temor de los demás países europeos hacia su persona y hacia España, porque se creyó que podría aspirar a una monarquía universal. Asimismo, esta nueva adquisición le facilitó el acceso a las Indias y, por supuesto, al Brasil. Disfrutaría así, del dominio absoluto de América.

Francia, por otro lado, sumergida en una guerra civil, facilitó el hecho de que Felipe II estableciera relaciones con la Liga Católica, un partido francés, a mediados de la década de los ochenta. Todo esto aunado a los ataques corsopiratas que aumentaron en número, dió lugar a que el monarca español optara por planear desde 1585, la forma de atacar a Inglaterra. Se convenció de que Isabel I no quería un acercamiento con España y que su posición religiosa representaba un peligro, porque despertaba la simpatía de los grupos rebeldes protestantes de Europa. Por eso se empezó a creer que una invasión por parte de España sería un medio eficaz, para darle una lección a dicha reina y para recatolizar a Inglaterra y para dejar sin ayuda externa a los rebeldes protestantes europeos. Además, Francia estaba fuera de combate, la guerra civil y la alianza de la Liga Católica con España la mantendrían al margen de participar en el conflicto anglo-español.

Isabel I, por su parte, actuó en todo momento bajo una política prudente, aunque tenía propósitos ocultos. No cabe duda que usó mucho de la diplomacia para evitar riesgos que no pudiera afrontar. Su intención no era entablar la guerra con España, pero sí retar su poder en Europa mediante la ayuda que prestaba a grupos protestantes, y en América, con sus corsopiratas. La política exterior de Isabel I fue una combinación de dos concepciones que se manejaron entre los círculos de poder de Inglaterra, es decir, los partidarios de una política moderada y prudente que estaban a favor de ayudar a los grupos protestantes del continente; y, los partidarios de una política más agresiva y de la guerra, los cuales la exigían ya fuera por motivos religiosos o políticos, para "la asunción por parte de Inglaterra de un papel rector en las luchas del protestantismo europeo". (1) Isabel jugó al mismo tiempo con una política agresiva y otra discreta, según fuera el caso. Ayudaba a los protestantes de Países Bajos y de Francia, pero sin la intención de entablar una guerra o una lucha abierta con sus enemigos. Como se puede apreciar, esta política estaba más inclinada hacia la primera concepción que hacia la segunda, ya que la soberana inglesa por lo general actuaba con precaución. Sin embargo, la ayuda brindada a los protestantes era superior a lo

que dicha concepción pretendía, es más, era comprometedora a cada momento. De cualquier forma, siempre se procuró evitar la guerra. Es cierto que cuando los corsopiratas le traían a su soberana muchas riquezas ésta pecaba de efusiva, pero lograba esquivar el problema mediante una política de engaño y de intriga. A esto ayudaba la diplomacia, la cual mantuvo a Inglaterra libre de ataques tempranos por parte de España, aparte de las circunstancias exteriores -y muy importantes- que favorecieron tal política. Asimismo, esto hizo creer a Felipe II que Inglaterra no tenía los elementos necesarios para enfrentarse militarmente a España; se confió al respecto. Mientras esto acontecía se dió rienda suelta a la organización de incursiones corsopiratas.

Los ataques ingleses a las posesiones españolas de ultramar estuvieron apoyadas por la empresa mercantil, por la piratería y por el progreso náutico. John Hawkins había demostrado con sus viajes que el Caribe era una buena fuente de comercio y que América contaba con grandes riquezas, además de estar desprovista de defensas adecuadas para responder a un ataque sorpresa y de carácter pirático.

También se quiso asaltar la flota de Indias, pero los primeros corsopiratas así como los que vendrían después, se dieron cuenta de lo difícil que era atacar a los galeones españoles que transportaban la plata hacia España. Esto se debía al sistema de defensa de la flota. Por ello, los ataques depredatorios se concentraron en las ciudades costeras, que en comparación al acecho de los galeones, eran relativamente más fáciles de realizar. Tenían mayores miras de éxito porque las costas americanas estaban indefensas. Asimismo, se podrían atacar las poblaciones a donde llegaban las caravanas que transportaban la plata de las minas, para luego ser cargada a bordo de los galeones que la esperaban en los puertos.

Las incursiones inglesas tenían como meta principal el enriquecimiento nacional e individual, tanto de los accionistas como de los corsopiratas. Contaban además, con el apoyo de la Corona, por lo que muchas de éstas fueron empresas nacionales. Asimismo, una de sus metas era destruir el dominio exclusivista español en América y establecer centros estratégicos de operaciones para tener una mayor facilidad en la intercepción de riquezas. Los propios ingleses se sentían seguros de que Dios los había elegido para llevar a cabo grandes hazañas que ayudaran a aniquilar el orgullo español papista. La apertura de los mares era una señal de la elección providencial para expandir la "verdadera religión". Representaba ante todo, un nuevo horizonte económico y nuevos

mercados. Para este propósito era muy importante una marina experimentada. Los "lobos de mar" y piratas, que por lo general eran aventureros empedernidos, fueron y formaron grandes almirantes. A los corsopiratas y a los corsarios isabelinos que le dieron renombre a la Marina inglesa, se les ha designado los "perros del mar", porque eran fieles servidores de su reina y de su país, aunque desde luego, nunca dejaron de lado el enriquecimiento personal. El botín les daba fama y reputación en Inglaterra, la cual se encontraba empapada de un sentimiento anti-español y anti-papista. Así que "a medida que aumentó la hostilidad entre Inglaterra y España, Isabel cerró los ojos a las agresiones de piratas ingleses contra barcos españoles" (2), ya que ella también mantenía un interés financiero en dichas incursiones.

En 1573 Isabel I promulgó, con la sanción del Parlamento, la llamada "Ley del Trabajo" para luchar contra el desempleo, la vagancia, la mendicidad, la tradición gremial y la creciente preponderancia de la industria lanera en perjuicio de la agrícola cerealera. Se conciliarían los impulsos del capital privado con la orientación mercantilista hacia la reglamentación y planificación de la vida económica. La industria lanera, cría de ovinos en fincas cercanas, manufactura de tejidos y exportación, afectaba la organización campesina tradicional, lo que propiciaba la sustitución y el desplazamiento del campesinado dedicado al cultivo de cereales por el que se dedicaba a la cría de ovejas. Esto dejó sin ocupación a numerosos agricultores que se vieron obligados a emigrar a las ciudades para buscar otras oportunidades de trabajo, pero sólo engrosaron las filas de los desocupados y de la pobreza extrema, la vagancia o la mendicidad. Esta ley pretendía mantener a los campesinos en el campo y evitar el descalabro de la agricultura cerealera, fomentar la capacitación de jóvenes en artes y oficios, así como reducir la influencia de los gremios en la sociedad que estaba en vías de modernización, para un desarrollo y una expansión comercial de carácter nacional. El complemento de todo esto fue la Ley del pobre de 1597, que trató de impedir la proliferación de desocupados, vagos y mendigos, a través de sanciones judiciales o por medios de persuasión para conservar el empleo. Se prohibió el cierre de fábricas bajo estímulos financieros y se fomentó el aprendizaje manual. Además, se recurrió a la localización forzada de la población en sus lugares de origen, para evitar concentraciones en las ciudades y obstáculos para el desarrollo interno de Inglaterra. (3) Para 1601, la Ley de asistencia fue instituida para ayudar a huérfanos, pobres y desocupados, y por supuesto, para combatir al mismo tiempo el bandidaje, el cual

aumentó a partir del incremento de la pobreza y de que desaparecieron los monasterios, pues éstos también servían como centros de caridad, como hospitales y asilos. Isabel I creó en cada distrito un hospicio con un "supervisor de pobres" encargado de recaudar de los vecinos las contribuciones para su manutención, si se negaban les imponían sanciones. Los pobres eran recluidos ahí y se les obligaba a trabajar, el trato era inhumano pero ayudó a que se acabara de forma temporal con la desocupación, o por lo menos, que ésta fuera menor.

Estas medidas eran necesarias, porque si Isabel I quería que Inglaterra fuera una gran nación a nivel internacional, debía controlar lo que sucedía en su interior y hacerla producir a toda costa. Asimismo, el anglicanismo era la doctrina ideal para abrir el camino del desarrollo capitalista en Inglaterra, puesto que sería un país dirigido por las prácticas de los creyentes y no por las sacerdotales. El capitalismo es un sistema económico que está en constante movimiento, por eso, dicha nación necesitaba armonizar con dichos cambios. Cada individuo tenía que buscar su propia fortuna y su bienestar. El trabajo duro era recompensado por el Altísimo en la tierra, porque era aprobado por Él. Asimismo, este estímulo contribuiría al crecimiento económico nacional.

España transportaba en sus flotas plata y oro, además de azúcar; los retornos a América se hicieron rentables por el envío de manufacturas y ciertos productos españoles, como vino y aceite. El riesgo de estos viajes se vió agravado por las tormentas y por los ataques piratas, los cuales aumentaron en constancia al enterarse de la carga que transportaba la flota de Indias. Por ello, se pensó en defenderla reagrupando a los mercantes con objeto de auxiliarse unos a otros. Asimismo, se les proporcionó una escolta de buques de guerra para que los protegieran del enemigo. Las flotas surgieron a partir de 1543, y se organizaron totalmente en 1564, cuando los envíos de plata a España exigieron mayor protección. Se formaron dos flotas. La primera era la Armada de Nueva España, que abastecía a dicho territorio, Centroamérica y el Caribe, y que tenía como destino Veracruz, donde a su vez se embarcaba la plata mexicana. La segunda se conocía como la Flota de los Galeones, abastecía Sudamérica y Panamá, en Nombre de Dios se embarcaba la plata peruana. La Armada de Nueva España debía zarpar de España en abril y la Flota de los Galeones en agosto, pero no siempre eran exactas. El costo se gravaba a la mercancía que se transportaba por un impuesto (avería) sobre el valor de los productos. La travesía era lenta por la excesiva carga, lo que originaba a su vez, un aumento en el número de

viveres y de agua dulce para la tripulación y viajeros, ya que se tardaban como dos meses y medio en llegar a su destino. En un barco ligero el viaje duraba tres semanas, por lo que los ataques ingleses a las costas americanas y el Caribe eran exitosos y las travesías de menor duración, puesto que sus navíos no eran tan pesados como los españoles. El elevado costo de los viajes provocó que el comercio español con América se restringiera a mercancías costosas o de lujo, únicas que podrían sobrecargarse en precio. Ambas flotas debían regresar a La Habana y partir de ahí en abril, con objeto de cruzar juntas el Canal de la Bahama en época favorable. No debían zarpar después de agosto por las tormentas. Tenían que recalar en el puerto de Sevilla, el cual había impuesto y defendido su monopolio comercial con las Indias. (4)

Los ataques corsopiratas ingleses no podían ser evitados. Las autoridades españolas en el Nuevo Mundo "no tenían recursos humanos suficientes para proteger estas pequeñas villas y puertos, que eran los preferidos por las naciones extranjeras ya que no podían acercarse a los puertos importantes para no ser apresados, porque los soldados estaban ocupados en las guerras europeas y en las conquistas de tierra firme". (5) El gobierno español sólo envió como ayuda a las autoridades coloniales armadas de reconocimiento, pero cuando eran vistas por los comerciantes o corsopiratas ingleses, éstos se ocultaban en las ensenadas de las islas del Caribe, y como utilizaban naves ligeras, salían bien librados. De paso, ellos mismos reconocían el lugar para su propio gobierno.

La piratería inglesa se dió para probar si España tenía en realidad el "derecho a mantener el dominio adquirido y difundir su civilización y cultura sobre una mitad del globo". (6) Asimismo, la riqueza atesorada en los metales preciosos, que constituía un símbolo del poder español, también se vería afectada por estos ataques. Es cierto que rara vez se lograba atacar con éxito a la flota de Indias -es más, difícilmente se lograba acecharla-, pero los acometimientos sobre plazas americanas y del Caribe les daban buenos resultados. Desde la década de 1570, se buscó la forma de llegar al Mar del Sur, monopolizado por españoles.

Los corsopiratas ingleses también robaban a naves hispanas en el Canal de la Mancha y sobre las costas de la península Ibérica, mientras que en Gibraltar y en los puertos del norte se dedicaban a difundir las crueldades sufridas por la Inquisición, en su constante lucha contra el papismo y su aliado, España. Se trataba de desprestigiar en lo posible a esta última. El maltrato de América a manos de los españoles brindaba

un muy buen material para este respecto.

El contrabando pacífico o depredador no era suficiente para los que soñaban con las riquezas del Nuevo Mundo; querían tomar represalia a través del saqueo y el pillaje. Para ello, debían construir navíos altamente maniobrables ya que los altos castillos de proa y de popa eran poco apropiados para soportar tormentas y librar batallas en alta mar con destreza. Con el paso del tiempo, los navíos ingleses se hicieron más ligeros, y con ellos, se capturaron las riquezas españolas que a su vez habían sido extraídas del suelo americano a través de una explotación humana y material nativa inmisericorde. Los corsopiratas retaban así la "arrogancia" hispana. Aunque no pudieron atacar la flota de Indias, salvo galeones perdidos e indefensos, sí interrumpieron el transporte de oro y plata americanos a España. Isabel I "estaba determinada a debilitar la base financiera del imperio español y reforzar la suya", con esta misma fuente de riquezas, es decir, América. (7)

La piratería bajo patente de corso o de represalia en tiempos de paz, "fue en Inglaterra una industria nacional, en la cual lo mismo participaba la reina que el más desconocido grumete" (8), claro, siempre y cuando poseyeran recursos. Los propios marinos o corsopiratas podían invertir ya fuera con armas, pólvora o con parte de botines anteriores. La movilización de estas empresas hizo producir enormemente a los astilleros y creó empleos.

Con la actividad marítima también se fortaleció el espíritu y vigor de la gente, y la holgazanería y mendicidad se debilitaron, ya que se verían obligados a trabajar. A los jóvenes, incluso, se les podía guiar por el buen camino (9), el del trabajo y el de los ideales nacionalistas ingleses.

Inglaterra se sintió amenazada de invasión en la segunda mitad del siglo XVI. Por ello consideraba la lucha en el mar como prioritario y a sus corsopiratas como héroes nacionales. Ellos se adelantarían a dar el primer golpe en contra de sus enemigos, antes de que éstos lo hicieran.

Los ataques a las Indias y al Caribe lograron subsistir, como ya se ha mencionado, por la falta de defensas en las mismas y por el anhelo de riquezas en metales, oro y plata. Motivado a su vez, por la pobreza existente entre el grueso de la población inglesa y porque España, ocupada en sus empresas europeas, sólo desviaba fondos para aprestar una esporádica armada defensiva que no era suficiente para vigilar el extenso territorio americano. En tiempos de Felipe II de España, la Metrópoli no pudo

mantener su supremacía marítima, en especial, porque no puso mucha atención en ello, no la renovó. Cuando los grandes marinos españoles murieron, no hubo quiénes los sustituyeran. No porque no hubiera marinos, sino porque no eran experimentados, ni estaban capacitados para dirigir empresas de primer nivel. La enseñanza a sus marinos se descuidó, contrario a lo que había acontecido en la época del emperador Carlos V, en donde la armada naval representó un fuerte baluarte del poderío español, puesto que se estaba consciente de su importancia. En sí, la política naval se volvió netamente defensiva en las Indias y no ofensiva por falta de recursos, lo que propició el engrandecimiento marítimo inglés en el Atlántico.

España destinaba para las plazas costeras americanas un sistema defensivo de mínimo coste, ya que el carácter terrestre de la dominación española en el Nuevo Mundo le era más caro a Felipe II. Los españoles gozaban de una superioridad militar en tierra y los piratas en el mar. De ahí, que cuando los respectivos bandos se entrometían en el campo de acción del otro, pocas veces salían victoriosos. Es cierto que los corsopiratas asaltaban plazas o ciudades costeras, pero cuando se internaban en selvas o en lugares en donde la huida hacia el mar era más difícil y con mayores probabilidades de ser emboscados por indios y/o españoles, no siempre salían bien librados. Se veían debilitados por el conocimiento que estos últimos tenían sobre el lugar. De ahí también que no pudieran establecer un centro o base de operaciones en América durante los asaltos, en la segunda mitad del siglo XVI.

La corsopiratería estaba conformada por piratas no sólo de vocación sino también por necesidad. Muchos actuaban para satisfacer su espíritu aventurero, patriótico, religioso y hasta de independencia personal. En sí, la piratería estaba compuesta por individuos pobres, miserables, delincuentes, vagabundos, desertores o perseguidos por sus ideas. El aprendizaje de dicha actividad se daba únicamente por experiencia: al ser discípulo o al estar bajo las órdenes de un capitán pirata. El momento de mayor gloria para estos aventureros no era tanto la captura del botín, sino el regreso victorioso al puerto de la partida original, que marcaba el fin del viaje y el éxito de la empresa.

Para alcanzar el éxito, los corsopiratas utilizaban buques que estuvieran preparados tanto para el acecho como para el ataque. Estos eran de dos tipos: 1) de enorme tonelaje y con gran capacidad de fuego, que eran suministrados por el gobierno para reforzar el prestigio de sus corsarios; y, 2) las embarcaciones ligeras y de gran maniobrabilidad, construidas principalmente para el acoso marítimo. Había buques de

diferente tonelaje, para diferentes acciones. En sí, la existencia de la piratería isabelina dió como consecuencia una modernización de la industria naval inglesa, respaldada por el capital que se había invertido en las empresas marítimas. (10)

Entre los primeros corsopiratas de renombre se encontraron John Oxenham, y por supuesto, el más famoso de todos los corsarios isabelinos -antes y después de la guerra con España-, Francis Drake, del que se hablará más adelante.

Oxenham viajó con Drake en 1573 y desde entonces se interesó por piratear en el Mar del Sur. Éste pensó pasar a dicho mar por Panamá, ayudado por cimarrones -negros que escapaban de sus dueños- según la estrategia de Drake. Oxenham y su flota zarparon de Plymouth en 1576 rumbo al istmo de Panamá, llegaron a este lugar en tiempos de lluvia y por eso no pudieron avanzar hacia el interior. Pasaron el año escondidos con sus navíos, mientras exploraban la costa con sus pinazas*. Además, cultivaron la "amistad" de los cimarrones para que les sirvieran de guías. Sufrieron un fuerte revés cuando una fuerza marítima organizada por el presidente de la Audiencia de Panamá, don Gabriel de Loarte, localizó el escondite de Oxenham cerca del golfo de Ancla. La flotilla de dicho pirata estaba compuesta por un navío de 140 toneladas y otro más pequeño con dos pinazas en piezas y 57 hombres, pero logró huir (febrero de 1577). Fondeó en el archipiélago de las Perlas, y con ello logró ser el primer inglés que comandó una expedición hacia el Mar del Sur. Allí robó perlas, piedras preciosas, oro y plata. Asimismo, cuando asaltaban las plazas se burlaban de imágenes religiosas católicas, producto de la efervescencia religiosa protestante. Emboscaron a los barcos indefensos que transitaban por estas aguas, aunque en su mayoría transportaban comestibles, pero también apresaron navíos que llevaban pesos en oro y barras de plata. Loarte al enterarse de estos saqueos, aprestó dos escuadras para ir en busca de Oxenham y sus piratas. Al ser la primera incursión enemiga en el Pacífico, las costas de este océano estaban totalmente desprotegidas, pero Loarte se encargó de que sus escuadras persiguieran a la flotilla de Oxenham al cruzar el istmo. La primera escuadra consiguió recuperar parte del botín, la segunda apresó las pinazas inglesas y luego fueron tierra adentro para hallar cimarrones: quemaron aldeas y destruyeron cosechas. Sin víveres y sin negros que los ayudaran, Oxenham y treinta hombres tuvieron que huir. En febrero de 1578, la mayoría de los corsopiratas habían caído en poder de la

* Embarcación ligera y estrecha, de remo y vela, con la proa bastante alta.

armada enviada del Perú por el virrey don Francisco de Toledo; dieciocho fueron llevados a Panamá donde la mayoría fueron ahorcados. Otros cuatro, entre ellos Oxenham y Butler (su piloto e intérprete) fueron remitidos a Lima. Se le hizo abjurar de su herejía y la Inquisición lo condenó a galeras a perpetuidad, aunque también se ha registrado que fue ajusticiado en Panamá. De cualquier forma, el intento de Oxenham por piratear en el Mar del Sur tuvo un relativo fracaso, porque si bien terminó aprehendido por las autoridades españolas, demostró que piratear en el Mar del Sur dentro de una empresa mejor planeada, podría aportar buenos dividendos.

También existieron corsopiratas de menor talla que se hicieron a la mar con poca gente, barcos frágiles y mal armados para enfrentar al enemigo y para enriquecerse, pero que también contribuyeron a formar el prestigio de la Marina inglesa, aunque fuera extraoficial, y el temor, claro está, a la piratería inglesa.

John Garret, de Plymouth, con un navío propiedad de Hawkins llegó a puerto Faisán, istmo de Panamá, a principios de 1572, lo cual también deja ver la intervención de Hawkins en la organización o financiamiento de las incursiones piratas, aunque él no las llevara a cabo de cuerpo presente.

James Ransé se unió brevemente a las correrías de Drake, y también pirateó por cuenta propia, con barcos que le pertenecían a sir Edward Harsey, armador de experiencia de corso en el Canal.

John Noble quemó fragatas y barcos españoles en el verano de 1574, pero finalmente cayó en manos de sus enemigos. Como se acostumbraba, los que no abjuraban de su herejía, en este caso Noble y sus hombres fueron ajusticiados, pero los que sí lo hacían o pedían clemencia los mandaban a galeras a perpetuidad. Ambas opciones se caracterizaban por su crueldad, que no se diferenciaba mucho, de la de los piratas. En sí, los sufrimientos a los que sometían a sus enemigos, eran del mismo calibre por ambos lados —españoles y corsarios ingleses—; así como tampoco era extraño caer en manos de corsarios o españoles honorables.

Gilbert Horseley zarpó de Plymouth en noviembre de 1574, con un barco de 18 toneladas y 15 hombres. Apresó a un buque español en la costa de Berbería, y a pesar de que sus correrías no fueron muy sonadas, sí contribuyó en la hostilidad marítima inglesa a barcos o galeones hispanos.

Un mercader de Bristol, Andrew Baker, compartía el resentimiento nacional en contra de España. Quería vengarse de un agravio personal porque un barco suyo había

sido apresado en Canarias en 1575, pero un motín a bordo hizo que lo dejaran abandonado con sus hombres más allegados en una isla cerca de Honduras, pero los españoles los descubrieron y los mataron. William Coxe, el sublevado —por así decirlo—, se volcó con su fragata por una ráfaga en Cuba y se hundió. (11) Como se ve, no siempre se alcanzaba el éxito en las incursiones corsopiratas, pero sí se lograba perturbar lo suficiente a los españoles como para preocuparlos de los crecientes ataques piráticos ingleses recibidos, los cuales a su vez, hicieron entender a las autoridades coloniales que necesitaban mayores defensas.

4.2 Francis Drake. Sus primeras incursiones al Caribe y la importancia de su viaje de circunnavegación.

Francis Drake fue uno de los primeros corsopiratas que se hicieron a la mar para atacar a las Indias.

Hay duda del año exacto de su nacimiento, pero lo que sí se sabe es que fue entre 1540 y 1545 en Devonshire. Provenía de una familia numerosa. Su padre llamado Edmund Drake era marino y luego se convirtió en pastor protestante. Por la posición religiosa de su familia, ésta fue expulsada por católicos de Plymouth en 1549 durante las luchas religiosas en Inglaterra, o sea, cuando los ministros protestantes hicieron que en las iglesias se leyera la Biblia en inglés de acuerdo a los ordenamientos de Eduardo VI. Por ello, sacerdotes y campesinos disgustados por estas reformas, desquitaron sus frustraciones en contra de los seguidores de las mismas. Los Drake perdieron sus posesiones al huir. En la isla de San Nicolás se refugiaron los que huyeron; los que estaban a favor de las corrientes reformistas y del anglicanismo. Edmund pasó un buen tiempo en el mar con su barco, al igual que su hijo Francis, y fue entonces cuando se volvió predicador. Cuando Isabel I se afianzó en el trono inglés y consolidó al anglicanismo como culto oficial, los que habían huido, entre ellos Edmund, pasaron a tierra firme. Él mismo se convirtió en pastor de una iglesia, pero Francis mantuvo su gusto por el mar. Asimismo, heredó el odio hacia los papistas que los habían despojado de sus bienes. Su vida se desarrolló entre la guerra política y la religiosa, que se mezcló con la avaricia, el despojo y la búsqueda de oro. Cuando Francis Drake decidió permanecer en el agua, sus instintos aventureros no lo llevaron a ser contrabandista, sino marino "que quería piratear a la manera francesa e ir por el oro" americano "en contra de España". (12)

Isabel I se había encargado de mantener la paz con España porque lo creía más conveniente para su política de expansión, pero en ultramar su política era más agresiva, aunque de forma no oficial. Esto en parte, porque las bulas papales no habían sido aceptadas por los ingleses -y por otras naciones- a falta de un reparto equitativo, y por el ansia europeo por los metales americanos. Francis Drake no pensó en utilizar las tretas contrabandistas, sino en atacar de forma directa a los españoles papistas en ultramar. Sus viajes con Hawkins le sirvieron para conocer el Caribe, a movilizarse en dicho lugar, conocer sus defensas y centros de abastecimiento. Lo que quería hacer,

era:

lanzarse al asalto de los tesoros. No contentarse con la caza de negros, sino ir al oro de los galeones, a las perlas, a la plata de Potosí ... Tomar ciudades al asalto, ensangrentar el cuchillo, reducir a cenizas la soberbia española, ver correr azoradas a las mujeres, y hacer temblar a los curas del papa de Roma. Son estos los sueños de Francis Drake, que aprieta contra el pecho la Biblia protestante. A los veintiún años, ya se le conoce en el Caribe. Está reconociendo las costas y viendo dónde pueden esconderse las naves y cómo asaltarse los puertos. Es el mundo en donde vivirá para la fama hasta que esas propias aguas se traguen sus despojos. El mar Caribe es el mar de Francis Drake. (13)

También es importante señalar que Drake era sobrino de William Hawkins, hermano de John. Esto lo ayudó a entrar al servicio de estos armadores. En 1566 realizó su primer viaje a América bajo las órdenes de John Lowell, socio de John Hawkins. En 1567 regresó a Inglaterra y se volvió a embarcar pero ahora sí bajo las órdenes directas de Hawkins. En dicha empresa llegó a ser el capitán del "Judith" de 50 toneladas, gracias a sus habilidades sobresalientes. En San Juan de Ulúa apenas si combatió porque su buque no tenía capacidad ofensiva. Huyó en el desastre y regresó a Inglaterra. Quizás se le pueda criticar el haber abandonado a John Hawkins en una situación tan difícil y comprometedora, pero lo cierto es que tuvo que tomar una decisión, y a falta de una fuerza ofensiva de peso abordo de su navío, creyó que lo más conveniente era volver a Inglaterra con el botín de su nave, ya que si no podía ayudar a Hawkins, por lo menos podría salvar parte del botín –para su propio beneficio– y, por supuesto, la vida de su tripulación y la de él mismo.

Dicho desastre en San Juan de Ulúa marcó un punto muy importante dentro de las relaciones anglo-españolas. Los resentimientos que hasta ese momento habían sido de tipo popular, con ofensas cotidianas entre ambas, pero sin pasar a mayores, fueron a partir de la derrota en Veracruz (1568) diferentes. Ambos países estaban a la expectativa. John Hawkins no deseaba que las cosas empeoraran porque no le convenía, ya que deseaba que se realizara un contrabando "honrado" en un estado de paz, mientras se negociaba el libre comercio. Hawkins prefería una "guerra" comercial, pues era más beneficioso para sus intereses comerciales, pero las cosas no se dieron como esperaba, y finalmente tuvo que ayudar en las empresas corsopiratas como armador y financiador, para que sus negocios se mantuvieran a flote.

Lo interesante también, de la derrota de Hawkins en Veracruz, fue que a los ingleses capturados no se les juzgó por ser piratas o contrabandistas, sino por ser "luteranos". Aquí se ve una clara posición religiosa por parte de España con respecto a sus colonias ultramarinas. Asimismo, si los piratas ingleses capturados eran juzgados por ser luteranos bajo un interés más religioso que político, ésto reducía a su vez el riesgo de un conflicto político con Isabel I y más aún si aquéllos no eran reconocidos oficialmente por ésta. Además, pareciera que hasta este momento las diferencias religiosas entre Inglaterra y España no habían molestado al rey católico, pues le interesaba más tener un acercamiento político con Isabel que ajusticiarla por su herejía.

La efervescencia religiosa y el odio hacia los papistas atraían a un buen número de ingleses hacia la piratería, como a Drake. Sin embargo, éstas no fueron las únicas razones, sino también quebrantar la arrogancia española y su poder en América. De esta forma, los tesoros indios también serían compartidos con los ingleses. Por otro lado, a pesar del odio que Drake sentía por los papistas, en sus barcos siempre se contó con españoles que le sirvieron de guías, de pilotos, de intérpretes o como tripulantes, para sustituir a los que perdía en el camino. De ahí que no sea evidente que los españoles le resultaran a Drake intolerables, por lo menos no si le eran útiles. A pesar de sus resentimientos, reconocía el talento y habilidades de sus contrincantes. Su odio hacia los papistas se dejó ver, más bien, en la presencia de frailes o fanáticos católicos, aunque por lo general procuraba ser justo en sus acciones, conforme las circunstancias lo ameritaran. Si lo provocaban no dudaba en hacerse obedecer por medio de la violencia y los monjes eran los primeros en experimentar su furia, siempre y cuando ésta beneficiara a sus planes. Sin embargo, no era un fanático religioso. Su sentido de aventura y su gloria personal eran más fuertes que cualquier obsesión. Aparte de querer obtener la mayor riqueza posible en sus correrías, Drake deseaba ver humillado el orgullo español, el principal aliado papista.

Drake, al regresar a Inglaterra después del ataque a San Juan de Ulúa, quiso vengarse de la afrenta sufrida y pidió autorización al Lord del Tesoro -Cecil- para emprender una acción naval de castigo contra las Indias, pero no se la otorgaron. Por ello, lo llevó a cabo por cuenta propia (1570-1571). En esta etapa de su vida se le puede considerar pirata propiamente dicho, porque no gozó del apoyo gubernamental. Ésta, más que una incursión de represalia, resultó ser un viaje de reconocimiento, ya que durante los dos años que duró, con uno o dos barcos, asaltó uno que otro buque

español y ciertas plazas. Recorrió lo esencial del Caribe, plazas y rutas de acceso. En una de sus andanzas descubrió una bahía en la costa del Darién ideal para esconderse, y así lo hizo. En sus exploraciones descubrió que cerca de ahí se hallaba Nombre de Dios, un pueblo pequeño y de costas malsanas. Por el istmo de Panamá llegaban a dicho poblado las recuas de mulas con la plata de Potosí, del Perú; también traían papas y maíz. Con esta información Drake regresó a Inglaterra para prepararse y para atraer gente, así como ayuda financiera. Es cierto que no recibió apoyo de la reina, pero tampoco se le restringió en sus planes, es decir, que se le dejó actuar.

De su amistad con los franceses, Drake supo de la existencia de los cimarrones, esclavos negros fugitivos en la selva o montaña, que se habían alzado en contra de los españoles, y que lo podrían ayudar o dar información de los lugares estratégicos de los españoles, o bien, guiarlos a través de la selva. Así que se decidió a buscar su "amistad".

El 24 de mayo de 1572 Drake zarpó de Plymouth -que se convirtió en el puerto más importante de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI-, porque allí se encontraban armadores de la talla de Hawkins, los cuales lo ayudaron a aprestar sus navíos. La meta de este viaje era la plata peruana que llegaba a Nombre de Dios, pero tampoco desaprovechó la oportunidad de atacar barcos desprotegidos en las costas del Caribe. La flotilla de Drake estaba compuesta por dos buques: el "Parcha" de 70 toneladas -que se encontraba bajo su mando- y el "Swan" de 25, que capitaneaba su hermano John. Además llevaba tres pinazas desmanteladas, con las que pensaba lanzarse al asalto. Llevaba a 73 hombres. Sus tripulantes tenían alrededor de treinta años de edad. Era gente joven, aventurera y emprendedora como Drake, con ansias de riquezas.

Atravesó el Atlántico en veinticinco días como resultado de la ligereza de sus navíos. De esta forma también se disminuyó el gasto de víveres por la poca duración del viaje en el mar. Después podrían abastecerse durante los saqueos. Hicieron aguada -surtirse de agua dulce o potable- en la isla Guadalupe y luego fueron a puerto Faisán, en donde se les unió James Ransie con treinta hombres. Montaron las tres pinazas y se trasladaron a la isla de Pinos con setenta y tres hombres. Drake se acercó con sus piratas sólo con remos a Nombre de Dios; se apoderaron de una batería con seis cañones, pero un artillero de guardia dió la alerta. Los hombres de Drake con el redoblar de tambores y mucho ruido simularon que eran más de los que realmente

eran, lo cual ocasionó que ante la confusión los españoles les cedieran terreno. De esta forma, Drake pudo irrumpir por la fuerza en la Tesorería, en donde encontró barras de plata, pero no consiguió llevarse ninguna porque en el contraataque español le dispararon en una pierna y una hemorragia lo hizo desmayarse momentáneamente. Al volver en sí, con todo y el dolor, ordenó a sus hombres que llevaran a cabo el asalto:

pero ellos, que sabían que Drake era su capitán, su piloto, su guía, su pastor, que sin él no podrían buscar el rumbo en el mar, ni orientarse en los bosques del Darién, dijeron: "Primero está nuestro capitán". Y dejaron el asalto, le llevaron a las naves y se retiraron a la isleta de Bastimentos, donde acamparon hasta que el propio Drake, que era el médico de todos, se curó su pierna y echaron otra vez a la aventura. (14)

La necesidad de que su capitán viviera no sólo era por razones de mando, sino también por su liderazgo, el cual era tal, que contaba con el aprecio de su tripulación y un reconocimiento hacia sus cualidades y habilidades, producto de su inteligencia, de su astucia y de su experiencia a través de sus correrías. Se prefirió abandonar la posibilidad de un rico botín, que a su capitán, porque sabían que recuperado Drake podrían volver a intentarlo y de una manera menos comprometedora. Además, el factor sorpresa ya se había perdido y era preferible huir antes de recibir la acometida española, pues no estaban preparados para enfrentarla. A pesar de todo, aún pudieron capturar un barco que traía vinos de las Canarias. Ranse, por su parte, no quiso esperar para atacar de nueva cuenta a Nombre de Dios y tanto él como su gente desertaron y abandonaron a Drake.

Días después se hizo otra tentativa pero esta vez, contra Cartagena de Indias, en donde se logró capturar una nave más espaciosa que cambió por el "Swan", el cual se encontraba desgastado, así que lo hundió. Para el invierno de 1572, Drake estudió la forma de atacar la otra orilla del istmo de Panamá a través del Camino de las Cruces, en donde transitaba la recua de mulas que transportaba la plata de Potosí. Esperó hasta que la recua pasara por dicho camino. Fueron cinco meses de espera, en los cuales, no dejaron de dar asaltos menores y de reconocer las costas. En estos meses perdió a dos de sus hermanos: a John en una escaramuza con una patrulla española, y a Joseph de fiebre amarilla, la cual también segó la vida de muchos de sus hombres. Cuando se acercó la fecha en la que la recua pasaría por el Camino de las Cruces,



Principales plazas del Caribe asaltadas por piratas

Drake con unos veinte ingleses y treinta cimarrones se internaron en pantanos y selvas bajas. Los negros los condujeron a un lugar adecuado para preparar la emboscada. Caminaron por la selva ocho días y por un viajero supieron que una recua de ochenta mulas cargadas de barras de plata había salido de Lima para Nombre de Dios. En uno de esos días, fue cuando Drake se subió a un árbol alto y vio el océano Pacífico; fue el primer inglés en hacerlo. En "su fuero interno" debió "haber decidido disputárselo a los españoles" (15), para su gloria personal y la de Inglaterra.

En la noche del asalto esperaban escuchar el cascabeleo de las mulas -que utilizaban para que se reconocieran en la oscuridad- para caerles encima, pero uno de los piratas de Drake al estar ebrio, saltó al camino imprudentemente y frustró el ataque, pues los que guiaban la recua alertaron a los de atrás. Ante esto y por temor a perder a más hombres, Drake decidió huir con sus piratas y esperar otra oportunidad. Seis meses estuvieron en la costa sin obtener grandes riquezas. La fiebre amarilla siguió cobrando víctimas entre los piratas. Por ello, Drake se vio en la necesidad de incorporar cimarrones a su tripulación para sustituir a las pérdidas, al mismo tiempo que lo instruyó en su fe. (16) Drake, curiosamente, también era una especie de pastor entre su gente; abordó se leía la Biblia protestante. Por eso insistía en predicar a los que estuvieran bajo su servicio para mantener vigente el anglicanismo entre su tripulación y dejar fuera cualquier indicio del papismo. A pesar de todo, Drake estuvo a punto de desistir de sus planes y regresar a Inglaterra, pero fue entonces cuando llegó un navío hugonote mandado por La Testu. Este pirata francés animó a Drake a intentar juntos un nuevo ataque a la recua, ya que había otro cargamento. Idearon ir a Nombre de Dios y remontar el río que desembocaba en dicha plaza en pinazas, y así, alcanzar el Camino de las Cruces y sorprender a los españoles. Cuando cayeron sobre las primeras recuas, Drake ordenó recoger sólo algunas barras de plata y enterrar el resto para evitar el contraataque y que los capturaran, ya que llevar la plata hacia sus navíos los retrasaría. Járrmy Chapa menciona sobre este respecto, que un inglés se extravió y cayó en poder de los españoles, y Lucena Salmoral que un francés ebrio, pero el hecho fue que un pirata, sin importar su nacionalidad, al caer presó contó lo de la plata enterrada. Por eso fue que los españoles pudieron recuperar parte de lo robado. La Testu cayó en poder de los españoles cuando se intentó el asalto a la recua y fue ahorcado en la plaza como escarmiento.

Drake regresó con sus hombres al lugar en donde habían enterrado la plata y a

pesar de que los españoles se habían llevado una buena parte, todavía encontraron barras de plata y uno que otro lingote de oro. El botín fue de aproximadamente 150.000 ducados. Después de carenar sus navíos y de pasar por el estrecho de la Florida, Drake arribó a Plymouth el 9 de agosto de 1573, después de veintitrés días de travesía.

Con estas incursiones, Drake pudo hacerse de una riqueza personal con la que incluso llegó a ser dueño de barcos, independientemente de la familia Hawkins.

Con el Tratado de Bristol (1574) que estipulaba la indemnización mutua de las pérdidas sufridas por ambas partes, España e Inglaterra, los viajes de Drake se paralizaron temporalmente. Sin embargo, sus anteriores expediciones al Caribe habían comprobado, por el botín obtenido, que Drake era un buen marino y un peligroso corsopirata que daba fuertes dolores de cabeza a las autoridades españolas. También se demostró que la piratería era buen negocio.

En los siguientes años, para evitar cualquier problema por los Tratados de Bristol, Drake se fue a Irlanda a pelear en contra de los irlandeses católicos. Ello no impidió, sin embargo, que "otros navegantes menos conspicuos siguieran zarpando con destino a las Indias". (17)

Cabe señalar que Oxenham lo acompañó en el viaje anteriormente mencionado, y fue entonces, cuando se le ocurrió adelantarse a Drake en reconocer las costas del Pacífico e incursionar en ellas en 1575, sin tomar en cuenta ninguna tregua de paz, y como ya se ha mencionado, murió en el intento. Oxenham se proponía llegar al Pacífico a través del istmo de Panamá, pero Francis Drake quería hacerlo recorriendo el litoral pacífico americano por la ruta de Magallanes para hostilizar a los españoles y regresar, asimismo, por el estrecho de Magallanes a Inglaterra; aún sin saber lo que había hecho Oxenham. Drake quería volver a sus andanzas y correrías, así que presentó una petición. En respuesta, Burghley, Lord Tesorero, le dió un anteproyecto en el que se especificaba que Drake sólo debía recorrer la costa atlántica del Nuevo Mundo -no la del Pacífico-, si es que quería que el gobierno lo apoyara en caso de que hubiera quejas en contra suya por parte de las autoridades españolas. Asimismo, deseaba que estudiara perspectivas comerciales -por lo que se ve, no se habían olvidado de ellas del todo- y que luego regresara a Inglaterra. Drake aceptó esto porque en ultramar las cosas podrían cambiar y él tendría la última palabra; pero antes de partir, pues ya todo estaba preparado, Drake se entrevistó con Isabel I. No se sabe con certeza que salió de esta reunión, pero se puede creer que trabajó en el convencimiento de la

reina, para que ésta aprobara cambiar el plan y que le permitiera atacar las costas del Pacífico, aunque no la circunnavegación. También hay que tomar en cuenta, que Drake había demostrado en sus anteriores correrías que era un marino con grandes cualidades y habilidades, y que gozaba de una reconocida astucia. Además, había sobrepasado las hazañas de otros piratas, así que la soberana inglesa dejó en sus manos, ante su creciente prestigio, la tarea de atravesar el estrecho y reconocer las costas del Pacífico, así como traer todas las riquezas que pudiera. La reina creyó que ya era tiempo de apoyar una empresa que sacara el mayor provecho para ella y para la nación inglesa, en cuestión económica; ya habían pasado los años suficientes para respetar el Tratado de Bristol.

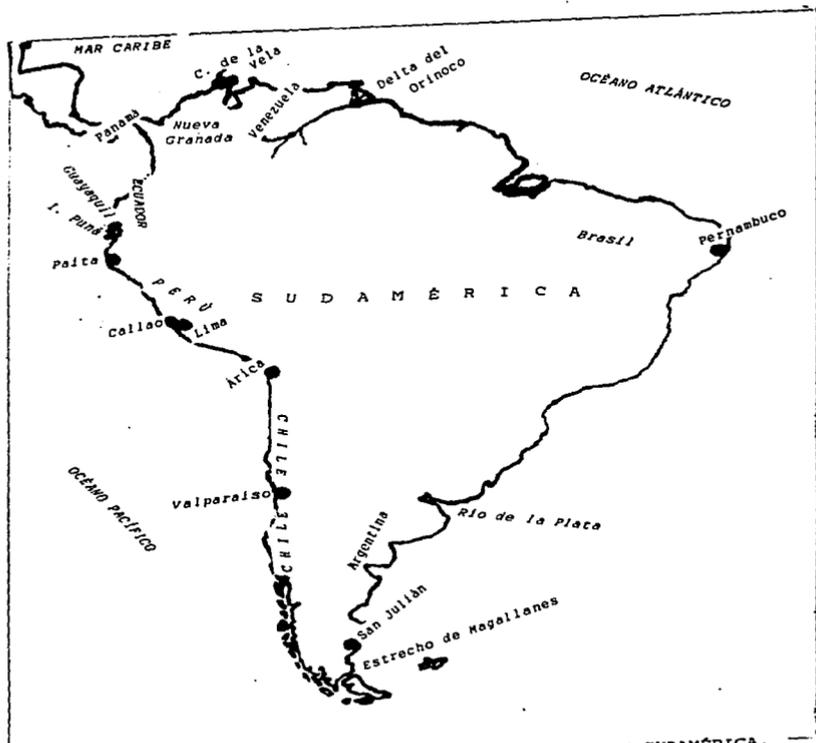
Drake, el más sobresaliente "perro del mar" isabelino, partió con el apoyo de su reina como un verdadero cóspirata, pues la paz con España aún seguía en pie. Con este apoyo extraoficial, zarpó de Plymouth el 13 de diciembre de 1577 con cuatro barcos y una pinaza. El mayor de todos era el "Pelikan" de 240 toneladas y que rebautizaría antes de cruzar el estrecho de Magallanes como "Golden Hind", el cual tenía catorce cañones. Otro barco era el "Elizabeth" de 80 toneladas, la "Marigold" de 30 y el buque almacén de 50, la pinaza era de 15, la cual cambió en el transcurso del viaje por un buque portugués que bautizó como "Christopher".

Esta expedición estuvo financiada tanto por los hombres de negocios como por la reina, la cual ofreció mil coronas a la causa, porque Drake se había encargado de persuadirlos y convencerlos de hacerlo.

En Cabo Verde, Drake capturó una nave portuguesa de vino. Su piloto, experto en la carrera de Indias, a pesar de no haber viajado al Pacífico, le fue útil a este aventurero al guiarlo al Brasil -después lo dejó en libertad-; luego, Drake y sus piratas continuaron su viaje por río de la Plata y San Julián. En este último, Drake enjuició, siendo a la vez fiscal y juez a Douhty, un noble caballero que decía que él compartía con Drake el comando de la expedición. Ello deja ver que los nobles de cuna deseaban, asimismo, tomar parte de dichas empresas para enriquecerse más o recuperar de alguna forma la riqueza perdida, o simplemente, por el gusto a la aventura y sus sentimientos anti-españoles y anti-papistas. Desde luego, esto no agradó a Drake, quien había soportado la altivez de de aquél más no que le disputara el mando, así que lo acusó de insubordinación. Douhty fue ahorcado como escarmiento, lo cual reafirmó el dominio

de Drake entre su tripulación como su capitán. Luego se dirigió al estrecho de Magallanes con el "Golden Hind", el "Elizabeth" y el "Marigold", pero se encontraron con un vendaval que hundió a este último, la "Elizabeth" desertó y regresó a Inglaterra. El "Golden Hind" -el resto de los barcos también se habían perdido- con Drake al mando logró llegar al Pacífico con noventa hombres, el buque subió por la costa chilena y sembró el pánico fácilmente, pues estas costas no tenían, prácticamente, ninguna defensa. Esta falta de fortificaciones se debió a que no se creyó que los extranjeros se atrevieran a llegar al Pacífico. El istmo de Panamá representaba un medio ideal para entrar a dicho océano, pero la importancia de Nombre de Dios hacía que estuviera resguardada por soldados españoles; la fiebre amarilla, producto de una costa malsana dificultaba la travesía por el istmo. El estrecho de Magallanes también era muy peligroso por los vendavales que hundían las embarcaciones o las hacían chocar contra las rocas. Por estas defensas naturales, no se creyó en la necesidad de resguardar con tropas las costas del Pacífico. Además, las incursiones piráticas se habían concentrado en las costas americanas del Atlántico, en especial, en el Caribe.

Al estar ya en el Pacífico, Drake y sus hombres se hicieron pasar por españoles sin mostrar ningún tipo de hostilidad, así cuando los tuvieran cerca y los hispanos descubrieran sus intenciones sería ya muy tarde para defenderse. Los ingleses atacarían de improviso. El factor sorpresa fue muy importante para el éxito de la empresa porque no esperaban su presencia. Lo más fácil de todo había sido cruzar el estrecho de Magallanes. En Valparaíso su barco fue confundido por un buque español -seguramente por un pabellón de esta misma nacionalidad, o porque el simple hecho de que apareciera un barco por las aguas del Pacífico era más que suficiente para creer que era español-, un barco mercante que estaba allí y la gente del lugar los recibieron con alegría, pero tarde comprendieron error. La ciudad fue saqueada, obtuvieron oro fino y joyas. Una de las mejores piezas del botín fue una cruz de esmeraldas. Ésta poseía una piedra preciosa de gran grosor, la cual fue regalada por este corsopirata a Isabel I cuando regresó a Inglaterra. El piloto del mercante, Juan Griego, fue obligado por Drake a guiarle por la costa chilena, para que sus hombres saquearan las poblaciones del lugar. También hay que tomar en cuenta que al creérselas libres de peligros piratas, los mercantes de la zona no iban armados. En Árica robó barras de plata. En el Callao anduvo junto a trece mercantes españoles (febrero de 1579), sin que se percataran que el barco era inglés, pero un oficial de aduana lo descubrió. Se



PRINCIPALES PLAZAS DE ATAQUE Y DESEMBARCO PIRATA EN SUDAMÉRICA.

dió la alarma y el virrey de Lima envió a 500 hombres para perseguirlo, pero Drake huyó. En las costas de Ecuador este corsopirata capturó un buque que se dirigía a Panamá y que llevaba plata peruana, ciertos lingotes de oro y joyas de un valor aproximado a los 360.000 ducados. Prosiguió hacia la Nueva España y apresó un buque de vino y de mercaderías en el camino, que iba de Panamá a Nicaragua. En Costa Rica apresó al mercante "Nuestra Señora de la Concepción" que transportaba de Acapulco a Panamá un cargamento procedente de Filipinas. Esta captura fue importante, porque no sólo llevaba sedas, platos chinos, un halcón de oro y una esmeralda que portaba un pasajero —que también pudo ser la que le regalaría a la reina—, sino también dos pilotos del Galeón de Manila, Sánchez Colchero y Martín Aguirre, con un buen conjunto de cartas de navegación para las travesías por el Pacífico, las primeras que tuvieron los ingleses.

Drake era todo un aventurero, por eso decidió utilizar las cartas y los pilotos para continuar su viaje y dar la vuelta al mundo, ya que regresar con todo el botín obtenido por el estrecho de Magallanes era una empresa muy peligrosa porque podría perderlo todo, incluso su libertad, pues ante sus correrías seguramente lo estarían aguardando en dicho lugar por donde tendría que pasar de nueva cuenta si quería regresar a Inglaterra. Por ello de forma muy astuta y con gran riesgo, decidió buscar otra ruta que los llevara a su patria.

En México, Drake saqueó el pequeño puerto de Huatulco, Oaxaca, pero Acapulco no, porque sí tenía defensas y enterados de su presencia, los españoles se prepararon para enfrentarlo. Drake se cuidó de atacar cuando no creía prudente hacerlo. De esta manera prosiguió su viaje hacia el norte hasta California. Recalaron en una ensenada que llamó Nueva Albión, en donde dejó una placa de bronce como símbolo de su presencia en dicho lugar. Por la descripción que da del mismo se creyó que era Vancouver, pero la placa se encontró cerca de San Francisco. Allí se reparó la nave y se preparó la navegación transpacífica. Partió el 23 de julio de 1579. Cruzó el Pacífico hasta las islas de las Marianas y luego se dirigió hacia las Filipinas, las Molucas, la costa de la India y África. Llegó finalmente a Plymouth el 28 de septiembre de 1580, casi tres años después de haber zarpado de ahí. (18)

El resultado de la empresa fue un botín de unos dos millones de ducados, pero en realidad no se supo cuál fue su cifra exacta. Sólo Drake lo sabía, pero no la divulgó, porque en caso de una reclamación por parte de España, Inglaterra se viera amparada

bajo la supuesta ignorancia del costo total. Fueron grandes riquezas las que se obtuvieron. Llegaron a ser superiores a los ingresos anuales de la hacienda real y suficientes para pagar la deuda externa, así como para invertir en otras expediciones. Incluso sirvió -por el dinero y por las cartas de navegación- para motivar la fundación de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, en 1600, después de que los asaltos a plazas y a buques españoles por parte de los corsarios ingleses ya no resultaron tan fructíferos en oro y plata. Esta empresa le dio a Drake una aureola de héroe nacional y se convirtió en el primer inglés en dar la vuelta al mundo. Muchos ingleses, entre ellos la reina y el propio Drake, se hicieron a la idea de que él había sido el primero en realizar dicha hazaña. Olvidaron que anteriormente Juan Sebastián Elcano había sido el primer navegante en dar la vuelta al mundo. El anhelo de superar las glorias españolas los hizo pasar por alto sus hazañas. Cuando la reina ennoblecó a Drake, el escudo que éste escogió tenía la divisa: "*Primus Circumdediste Me*".

Al enterarse del éxito de la empresa de Drake, Isabel I se hizo llevar en un barco hasta el "Golden Hind" para "honrar" a su corsopirata. En este mismo barco lo nombró Sir Francis Drake. Éste escogió como escudo de armas, un buque asentado sobre una esfera terráquea. La enseña parecía un dragón de agua, si se toma en cuenta que su primer barco se llamó "Dragón"; además, este nombre se asemejaba a su propio apellido. La soberana inglesa alabó sin el menor recato las hazañas de Drake. El 10. de enero de 1581, en la fiesta del año nuevo, la reina lució la enorme esmeralda que Drake le había regalado, a pesar de que sabía cómo había sido obtenida. Este corsopirata, por su parte, "se convirtió en un hombre honorable. Compró la abadía de Buckland por 3.400 libras en 1581, fue nombrado alcalde de Plymouth y hasta representó a una villa de Cornualles en el Parlamento". (19) Como se puede observar, las hazañas exitosas de los corsopiratas le eran muy gratas a su soberana, por ello ennoblecía a los capitanes de las empresas. Mientras la favorecieran y logran victorias frente a sus enemigos, los corsopiratas y corsarios gozarían del favor de la reina. Tuvieron una vida holgada y altos puestos gubernamentales, así como un ascenso social. Drake, incluso, se casó con una noble, la hija y heredera de Sir George Sydenham, Elizabeth Sydenham. (20) Los caballeros ingleses que se distinguían por su honorabilidad despreciaban la osadía de Drake, los gentileshombres de la corte denominaban a estas prácticas como deshonorosas para el país, pero lo cierto es, que

los ricos resultados hicieron cambiar de opinión a sus detractores. Incluso se llegó a pensar que una noble hazaña era obtener cuantiosas riquezas, porque las pequeñas sí se consideraban piraterías. Isabel I esquivó las protestas de todos aquellos que estuvieran en contra de estos actos, propios y extraños, como la del embajador español Don Bernardino de Mendoza. Además, Felipe II no deseaba empeorar las relaciones con Isabel I. Esto también habla de que a pesar de lo molesto que eran los ataques de los corsopiratas ingleses a las Indias, las riquezas americanas que eran llevadas a España aún eran superiores a lo robado por aquéllos. Esta condescendencia del rey español fue aprovechada por Isabel I para continuar con la protección a sus aventureros.

A partir de este acontecimiento entraron más buques piratas en busca del Pacífico. Asimismo, el prestigio y la fama de Drake hicieron que todas las miradas se volvieran hacia su persona, especialmente, la de los inversionistas que estaban listos para participar en futuras empresas suyas en el Caribe o en cualquier otro lugar de América. Las riquezas que llevó a Inglaterra eran un gran incentivo y aliciente para seguir con el financiamiento de esta clase de incursiones. Las joyas, el oro y la plata eran muy atractivas.

La reina Isabel simuló ignorar por mucho tiempo, ante el embajador español en Londres, lo referente a las acciones piratas inglesas en las Indias para no romper relaciones diplomáticas con Felipe II, pero cuando la política entre ambas naciones se complicó, decidió protegerlas plenamente, en especial, a finales de la década de 1570 y en la de 1580. Esta soberana desde entonces dejó en manos de Drake el desarrollo de las empresas nacionales en América. Había que aprovechar que estaba en la cima de su gloria. Asimismo, la presencia de "un marino excepcional que además de valiente fuera popular" atraería el apoyo de los hombres de negocios. (21) Con la confianza de la reina y de la iniciativa privada, este corsopirata encabezaría nuevas incursiones hacia el Caribe.

4.3 Los fracasos colonizadores de Gilbert y Raleigh.

En todas las incursiones corsopiratas siempre estuvo presente la iniciativa privada, apoyada por la Corona. Las tentativas de colonización no fueron la excepción ya que hombres de ingenio presentaron ante la soberana inglesa sus proyectos sobre la exploración de territorios vírgenes en el Nuevo Mundo, libres del dominio español. Los más importantes expositores de proyectos expedicionarios fueron Richard Grenville, Martin Frobisher, Humphrey Gilbert y Walter Raleigh.

Grenville presentó, en marzo de 1574, una petición para buscar territorios y mercados en el sudoeste de América. Incluso William Hawkins participó en dicha petición para descubrir y comerciar con las tierras del sur de la línea equinoccial que no pertenecieran, ni fueran dominadas en ese momento por ningún monarca cristiano. Pensaba buscar nuevos mercados para la manufactura inglesa, para expandir su fe y encontrar una ocupación para desempleados. Grenville quería convencer a Isabel I de que su proyecto no perjudicaría a los españoles, ya que ésta no quería empeorar las relaciones con Felipe II, puesto que en este año Inglaterra y España habían entrado en negociaciones para estabilizar sus relaciones a través del Tratado de Bristol, y una empresa de este tipo en estas circunstancias era temerario.

Se quería explorar y tomar posesión de la costa del cono sur de Sudamérica, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, bajo el supuesto de que a falta de un dominio efectivo español, se podía tomar posesión del territorio. Sólo faltaba el consentimiento de la reina y lo consiguió, pues después de todo, Isabel I deseaba poseer una colonia en América para que los ingleses tuvieran una presencia y disfrute efectivo en dicho continente. Sin embargo, la patente le fue revocada a Grenville por la propia reina, cuando ésta se enteró -por informantes suyos- que más allá del istmo de Panamá y del estrecho de Magallanes había población española.

En 1578, Grenville presentó otra petición a Sir William Cecil, Lord Burghley, en donde volvió a defender la idea de una expansión inglesa hacia el sur. Para Grenville era necesario realizar un viaje a lo largo del litoral occidental americano para luego pasar al Pacífico por el estrecho de Magallanes y establecer de esta forma una colonia. Así se evitaría el intenso frío y los bancos de hielo del norte hacia donde se habían dirigido los intentos expedicionarios en tiempos de Caboto. Sin embargo, su petición

fue rechazada. Los proyectos de Grenville de 1574 y 1576, muestran una visión de expansión marítima para controlar el acceso al Pacífico.

Frobisher, a su vez, pensó en encontrar un paso por el noroeste hacia el Asia, de acuerdo a las ideas de Gilbert, el cual había hecho renacer la idea de un paso por el noroeste. En los planteamientos geográficos de Gilbert de 1576, éste describía una Norteamérica muy estrecha, cuyas costas norteñas estaban bañadas por un océano abierto y no obstruido por el hielo, en el cual se podía penetrar a través de varias rutas marítimas entre Groenlandia, el Labrador y la tierra firme hacia el sur. La salida hacia el Pacífico se podría efectuar por el estrecho de Aníán, que se creía separaba Asia y América. Desde ahí se podría llegar con una travesía corta hasta el Japón, China y las Molucas. Frobisher decidió poner a prueba las teorías de Gilbert.

En junio de 1576 inició su viaje con dos barcos de unas 25 toneladas cada uno, el "Gabriel" y el "Michael" y una pinaza de 10 toneladas. Llevaba 32 hombres a bordo. Borealieron la costa oriental de Inglaterra hasta las islas Shetland. Perdieron la pinaza y viraron al oeste hasta llegar a la punta meridional de Groenlandia -en el mes de julio-, pero las masas flotantes intimidaron a los tripulantes del "Michael", así que desertó. De esta forma, el "Gabriel" se dirigió al oeste y llegó a la tierra de Baffin. Luego entraron en un golfo profundo y ancho que pensaron era el que dividía América y Asia. Posteriormente vislumbraron la salida al océano, el cual seguía siendo el Atlántico. Al lugar encontrado se le llamó bahía Frobisher. Asimismo, dicho expedicionario tomó posesión de las tierras descubiertas en nombre de su reina.

La segunda expedición de Frobisher en 1577 llegó hasta lo que sería Lokstand a la entrada de la bahía encontrada. Tomaron posesión de dicha tierra en la creencia de que era un promontorio de la costa de Asia, pero no lo verificaron. Las expediciones que llevaron a cabo, terminaron con encuentros hostiles con los esquimales. La actividad minera en la isla Kodlunarn produjo 200 toneladas de roca negra y regresaron con ella a Inglaterra. Esto estimuló a los inversionistas, y para 1578, muchos de ellos querían participar en otra expedición sin que se supiera todavía el valor de la roca, así que Frobisher partió hacia otro viaje. Zarpó del Támesis en mayo de 1578, con órdenes de explorar el estrecho descubierto y desembarcar cien hombres bajo el mando de Edward Fenton, para construir un fuerte y quedarse ahí hasta el próximo año. En julio y agosto tuvieron que navegar sin desembarcar, porque por la

niebla y masas flotantes de hielo, no pudieron entrar en la bahía. Por una corriente se vieron obligados a penetrar en un segundo estrecho, confundido con el original, que no era otro que el estrecho de Hudson, el cual sería bautizado con dicho nombre tiempo después. Para fines de julio lograron entrar a la bahía de Frobisher y en agosto a la isla Kodlunarn. Ahí se pusieron a extraer la roca presuntamente aurífera. Partieron de allí a fines de agosto, pero por el clima y las tormentas los barcos llegaron dispersos a Inglaterra a fines de septiembre y principios de octubre de 1578. A pesar de estos esfuerzos, los ensayadores de Bristol y Londres no lograron extraer oro de la roca traída de la segunda expedición, así que los intentos de extracción por encontrar este metal de la roca traída de la tercera ya no fueron tan alentadores. La roca no era aurífera como se pensó y el interés por patrocinar nuevos viajes expedicionarios decayó. (22)

Gilbert, por su parte, solicitó en 1577 una patente para descubrir y colonizar algún lugar desconocido, no ocupado por españoles en Norteamérica. Para conseguir fondos buscó la forma de participar en los viajes hacia el Caribe, para luego saquear también a los barcos extranjeros que pasaran por Terranova y volver así a Inglaterra con un gran cargamento de bacalao, para cubrir los gastos de la expedición.

Isabel I le otorgó a Gilbert una patente en junio de 1578, en donde le autorizó poblar tierras no ocupadas por cristianos y ser gobernador de ellas. La única aportación de la Corona sobre dicha expedición fue la concesión de la patente, así que Gilbert y sus socios, entre ellos William Hawkins -con lo que se percibe la participación constante de la familia Hawkins en todo tipo de empresas-, financiaron el proyecto. Las anteriores correrías de Gilbert le sirvieron para invertir dinero en este nuevo proyecto, además de que no perdería la ocasión de piratear si era necesario. Su flota estaba compuesta por diez barcos -con una buena cantidad de cañones- y por 670 hombres. Se tenía en mente una gran expedición, pero no hubo mucha coordinación porque la atracción que ejercía la piratería a través del saqueo era mucho más fuerte para los hombres de Gilbert -y para la época-, que explorar y colonizar. Era relativamente más fácil atacar lugares ya explorados y con riquezas seguras, que ir a tierras sobre territorios desconocidos. Muchos de los barcos de su flota se dispersaron para acechar presas en las costas de Francia y España. De esta forma, Gilbert no tuvo más remedio que refugiarse con los hombres que le restaban en puertos irlandeses. Después de este fracaso, volvieron a Inglaterra.

Esto demuestra que el interés por colonizar Norteamérica no era el principal propósito de los aventureros. Gilbert sabía que debía establecer una colonia antes de seis años, conforme lo estipulaba la patente de 1578, porque de lo contrario, perdería sus derechos y privilegios por su "incumplimiento", en cuanto al establecimiento de una colonia inglesa en Norteamérica. La gran expedición planeada no resultó como se pensó, y por ello, se apresuró a formar una segunda, pero debía buscar fondos. Los que lo habían ayudado en el primer viaje ya no estaban seguros de que fuera una buena inversión, así que tuvo que vender tierras suyas para reunir el dinero y recurrir a amigos y parientes, como es el caso de Walter Raleigh, quien era su hermanastro y que contribuyó con un navío que tenía un valor de dos mil libras. Aún así, Gilbert sólo pudo aprestar una flota modesta. Su abastecimiento tampoco bastaba para fundar y mantener una colonia.

En junio de 1583, Gilbert y sus hombres (260) zarparon de Plymouth con cuatro barcos, también llevaban una pinaza. Uno de los barcos se llamaba "Raleigh" y era de 200 toneladas. Sin embargo, ya fuera por falta de alimentos o porque su tripulación estaba enferma, éste barco abandonó a los demás. El 30 de julio vislumbraron Terranova después de siete semanas de viaje. Llevaban dos de retraso por las tormentas y vientos contrarios que dificultaron la travesía hacia el oeste. Como se puede apreciar, este proyecto tuvo desde el principio muchos contratiempos. Primero, la larga espera para realizarlo a falta de dinero y patrocinadores, y luego, por los elementos naturales que lo entorpecieron. Asimismo, cuando desembarcaron en la costa de Terranova, Gilbert buscó la forma de concretar su colonia. Distribuyó terrenos entre sus hombres y buscó metales, pero la gran mayoría de los "colonos" ingleses, antes de que Gilbert partiera de allí, huyeron en las flotas pesqueras que se encontraban en el lugar, pues Gilbert, a pesar de haberlas visto, dispuso una columna de madera que llevaba el escudo de su reina y reclamó dicho territorio para la misma. Los ingleses que quedaban mostraron su interés porque no los dejaron en este lugar tan desolado, y sin oro, además, estaban enfermos; así que los embarcaron de nueva cuenta. De cualquier manera, como ya se había confirmado a principios del siglo XVI, Terranova era una rica fuente de pesca, pero no de oro ni plata. Este viaje corroboró lo que expediciones anteriores habían informado. Se quería colonizar pero el ansia por encontrar oro desviaba la atención de los expedicionarios, los cuales al no hallar estos metales se desalentaron sin poner la menor atención hacia la colonización.

Gilbert y sus hombres se dirigieron a tierra firme, pero en el camino perdieron otro barco y ochenta hombres se ahogaron. Este aventurero se trasladó a la pinaza para costear la zona, pero su tripulación se encontraba ya descontenta por los infortunios, desilusionada y enferma. Sus hombres querían regresar a Inglaterra y como ya había comenzado el invierno, Gilbert decidió regresar a su patria, pero murió cuando la pinaza en donde iba se hundió al norte de las Azores, en septiembre de 1583. Sólo una nave regresó a Inglaterra. (23)

En sí, Gilbert no pudo controlar a su tripulación, ni convencerlos de sus ideales. Los hombres de Gilbert querían oro y no colonizar, a pesar de ser éste el objetivo de la empresa. Este nuevo fracaso colonizador volvió a confirmar que era más productivo seguir con la piratería y el corso, que buscar colonizar tierras poco o nada ricas en metales. Cabe mencionar, sin embargo, que no se desechó del todo la creación de colonias inglesas en América, en especial, en Norteamérica, ya que a pesar de que prevaleció la idea del enriquecimiento a expensas de los españoles en el Caribe y tierra firme, se siguieron dando intentos colonizadores. .

Raleigh nació en Devonshire —cuna de los más grandes corsarios isabelinos— en 1552. Era hijo de un hidalgo provinciano, el cual en uno de sus tres matrimonios se casó con la madre de Gilbert, por lo que éste resultó ser hermanastro de Raleigh y viceversa. En Oxford, Raleigh estudió leyes. A los diecisiete años se enroló como voluntario en Francia para luchar al lado de los hugonotes en contra de los católicos. También intervino en acciones piratas en el Canal de la Mancha junto con Gilbert. En 1580 se trasladó a Londres y con el apoyo de los condes de Leicester y Oxford logró obtener el mando de una compañía de infantería y partió hacia Irlanda, en donde debía ayudar a los rebeldes anti-papistas en su lucha. Al regresar a Londres, se presentó en la corte con ayuda de sus relaciones y poco tiempos después, se convirtió en uno de los favoritos de la reina. Fue cortesano, poeta, pirata e historiador. Intervino en los proyectos de Gilbert y compartió el ideal de colonizar las tierras que Caboto había descubierto en Norteamérica para Inglaterra. Según los ingleses, ellos tenían el "derecho" de conquistarlas. (24)

Aunque Raleigh participó más como inversionista en las empresas colonizadoras de Gilbert que como expedicionario, es evidente que la idea de establecer una colonia inglesa en América le entusiasmó. En marzo de 1584 volvió a insistir en la colonización, organizó para ello, una nueva expedición dirigida por los capitanes Arthur Barlowe y

Philip Amadas. Ambos zarparon de Plymouth con dos barcos de menos de cincuenta toneladas cada uno, con una patente.

Con esta expedición de reconocimiento se recorrió la costa de Norteamérica hasta llegar a las costas de la actual Virginia. Tuvieron contacto con ciertos indios que no mostraron signos de hostilidad. Luego regresaron a Inglaterra a relatar maravillas del lugar y soñando con la colonización. Raleigh, entusiasmado, envió otros siete barcos capitaneados por Richard Grenville y Rudolf Lane, con un centenar de "colonos", aunque claro está, primero piratearon un rato en las Canarias como era costumbre y luego cruzaron el Atlántico. Posteriormente, establecieron la primera colonia inglesa en América, en la isla de Roanoke. Los barcos exploradores llegaron por el norte hasta la bahía de Chesapeake, en donde encontraron indios hostiles. Al volver a la colonia, sus habitantes exigieron regresar a Inglaterra, ya que por la hostilidad de los naturales y por lo inhóspito del lugar temían ser atacados, pero el capitán se negó.

Raleigh por su parte, bautizó el lugar colonizado como Virginia en honor de la reina, pero como siempre, desde lejos. Al halagar a Isabel I, conservaría su posición en la corte. En recompensa, la soberana lo nombró Sir. Este hecho representó mucho para Raleigh y para los patrocinadores, porque la colonia sería un sitio cómodo por el cual se podría asaltar la flota de Indias que pasaba por el Canal de la Bahama, con mayor facilidad. Con esto se puede decir, que el ideal de una colonia estaba todavía más ligada a una base de operaciones que les facilitara el saqueo de riquezas de los buques españoles, que el proyecto de hacerla funcionar como una comunidad y explotar sus recursos naturales ante la ausencia de oro y plata. La falta de víveres, por la inconsistencia del abastecimiento tanto de armas como de alimentos y hombres, en un lugar inhóspito, con indios hostiles y con un sinnúmero de calamidades, provocaron que la colonia inglesa no fructificara. Los sobrevivientes fueron ayudados por Drake en uno de sus viajes, pero ante la insistencia de que los llevara con él por la falta de suministros, Drake accedió y regresó con ellos a Inglaterra. Este intento colonizador dió a conocer el tabaco y las patatas en Inglaterra, los cuales fueron del gusto inglés.

En 1587, Raleigh volvió a mandar un nuevo grupo de colonos con John White a la cabeza. Se levantaron viviendas, pero decidieron regresar a Inglaterra por falta de sustento y defensas.

Raleigh se casó, tiempo después, con Elizabeth Thock Morton, una dama de honor

de Isabel I, pero ésta disgustada por ello, lo mandó encerrar en la Torre de Londres. El prisionero compró su libertad con el único medio por el que la reina le concedería el perdón: le regaló el botín adquirido de una nave portuguesa; por el momento, ya no contaría con el mismo favor de su soberana. (25) Por ello sus proyectos tardaron en surtir efecto en el ánimo de la reina, y por consiguiente, en el de los inversionistas.

Si la colonización inglesa no se consolidó en el siglo XVI, a pesar de los intentos hechos en la costa atlántica de Norteamérica, fue porque se tenía un fuerte deseo por encontrar oro. Esto desviaba su atención de la colonización como tal. Inglaterra quería atesorar riquezas en metales como parte del mercantilismo de la época y que tan buenos resultados le había dado a España. El norte de América, por lo menos, lo explorado, no contaba con las riquezas esperadas y requeridas. No iban a gastar dinero en un lugar que no remuneraba ganancias. Había un desconocimiento geográfico y de las condiciones climáticas de la zona. La incapacidad de los colonos ingleses de mantenerse en un lugar desconocido, así como su impaciencia y la falta de recursos defensivos y de viveres, aunado a la hostilidad de los indios, impidió que se establecieran en Roanoke. A pesar de ello, los ingleses no desistieron en sus intentos colonizadores, pero sin una organización y ayuda sistematizada a estas empresas, la colonización no iba a funcionar. El hecho de que un desembarco de ingleses simbolizara la presencia de Inglaterra en Norteamérica, no era suficiente para participar del dominio de la misma. Tenía que haber un control para tener un asentamiento efectivo y hacer valer su presencia en América, pero mientras la piratería y el corso reeditaran mayores beneficios y ganancias, la colonización podía esperar. Además, en cada ataque, siempre surgía la posibilidad de establecer una base de operaciones en las Indias.

A pesar de que la reina concedió patentes de colonización, se necesitaba un mayor apoyo económico por parte de la Corona y que se estimulara a los inversionistas independientes a participar en dichas empresas. Si la Corona apoyaba el proyecto de colonización con fuerza, los inversionistas también lo harían. Sin embargo, el elevado costo de las mismas y sus fracasos provocaron que pocos hombres de negocios quisieran participar o invertir en las empresas colonizadoras, como había pasado ya en tiempos de Caboto.

Con Roanoke, los ingleses pretendieron emular los éxitos colonizadores de los españoles. Querían evangelizar a los fieles bajo la Biblia anglicana, expandir el

comercio y tener una base marítima estratégica, pero definitivamente resultó más fácil desearlo que hacerlo. Pocos se atrevían a dar fuertes sumas de dinero por una empresa poco lucrativa, así que los organizadores tenían que hacer maniobras administrativas para sostener el proyecto colonizador, el cual no era muy atrayente. Había que tener un interés real por la colonización, así como un suministro económico efectivo para que ésta se sostuviera.

Los intentos colonizadores isabelinos tenían su base económica en el pillaje. Por ejemplo, la ruta que se seguía para llegar a Roanoke era partir de Plymouth para luego dirigirse a las Canarias y abastecerse allí de aquello que faltara a bordo. Posteriormente ponían rumbo a la Dominicana, Puerto Rico y finalmente a Virginia -la costa comprendida entre la Florida española hasta la isla Bretón. Esta ruta como se puede apreciar, tenía la ventaja -y por ello la seguían- de que podían aprovisionarse de agua dulce, víveres, traficar y "asaltar buques españoles y descansar antes de continuar hacia su destino", (26) pero por esto mismo la Metrópoli descuidaba la manutención de la colonia. Sin embargo, los colonos no se la podían pasar pirateando para sostenerla y si lo hacían, la colonización inglesa en Norteamérica no iba a fructificar. Más que una colonia sería una base pirata que por estar en un lugar inhóspito tenía pocas posibilidades de prosperar. De esta manera, a falta de un apoyo económico por parte de la Corona y de los inversionistas que no consideraban un negocio seguro las empresas colonizadoras, estas expediciones tuvieron que aguardar su turno en el tiempo. Mientras la piratería de corso redituara mayores y mejores beneficios que la colonización a los accionistas de las incursiones a las Indias, esta actividad seguiría su curso. Los fracasos colonizadores y los éxitos de los corsarios isabelinos, no hicieron más que estimular la inversión hacia las empresas de estos últimos.

4.4 Drake y la toma de Santo Domingo y Cartagena de Indias.

Como ya se ha señalado, el viaje de circunnavegación de Drake y en especial, su llegada al Mar del Sur, confirmó no sólo que las costas atlánticas de América no estaban resguardadas adecuadamente, sino también que las costas del Pacífico de dicho continente estaban totalmente desprotegidas. Esto último fue la consecuencia directa de que las autoridades españolas consideraron que la lejanía de estas costas de Europa sería su mejor defensa, de acuerdo a la creencia de que los extranjeros no se atreverían a cruzar el estrecho de Magallanes por ser poco conocido y por sus vendavales. Sin embargo, la presencia de Drake en el Mar del Sur despertó, lógicamente, la preocupación del Virreinato del Perú. El virrey de Toledo prestó, de esta forma, mayor atención en crear defensas marítimas y terrestres en las costas del Pacífico. Además, consideró prudente vigilar el paso hacia dichas costas por el estrecho de Magallanes. En octubre de 1579 envió a Pedro Sarmiento de Gamboa "a explorar los canales del sur de Chile y del estrecho, trazar mapas y tomar posesión de lugares propicios para ser fortificados y poblados" (27), pero hay que apuntar que toda una serie de calamidades impidieron que dichas cuestiones se llevaran a cabo con éxito. Los establecimientos que se fundaron se vinieron abajo porque las condiciones climáticas del lugar obstaculizaron el buen desarrollo de las cosechas. Al no fructificar, el hambre cundió. Muchos de los pobladores huyeron hacia el norte y otros tantos murieron. De esta forma, se dió el abandono de estos pueblos.

Asimismo, los triunfos de Drake en las costas americanas del Pacífico motivaron a otros aventureros a probar suerte en dichas costas. Por consiguiente, el número de piratas aumentó en el continente americano y aunque la gran mayoría no pudo llegar al Mar del Sur, decidieron cubrir pérdidas en el Caribe. De cualquier forma, el haber alcanzado dicho mar brindaba dos opciones de "trabajo" para los marineros ingleses: aprovechar los beneficios de la expansión marítima en las costas americanas del Pacífico, o bien, aventurarse hacia los ricos mercados de las Indias orientales. De ahí también, que no se prestara un interés primordial por colonizar.

Un corsopirata llamado Edward Fenton fue uno de los primeros que quiso emular los éxitos de Drake y pasar al Mar del Sur. A los inversionistas les interesaba

aprovechar los contactos que Drake había hecho en el Oriente para explotar el comercio de mercaderías y de esclavos, pero para ello querían que Fenton fuera directo al cabo de Buena Esperanza sin cruzar el estrecho de Magallanes, tanto de ida como de vuelta. Los armadores de esta empresa fueron el conde de Leicester que aportó 2.200 libras y el propio Drake con 600, así como hombres de gran influencia en la corte, tales como Burghley, Hatton, Walsingham y Lincoln. Otros mercaderes invirtieron entre 200 y 300 libras. La expedición quedó compuesta por cuatro buques. El más grande era de 400 toneladas y el menor de cuarenta, con un total de 241 hombres. Bordearon la costa africana y después de ciertos incidentes, Fenton prefirió dirigirse al Mar del Sur por el estrecho de Magallanes, contrario al plan original; en el camino capturó un barco cargado de arroz y marfil.

Al ir rumbo a la nueva ruta, Fenton capturó otra presa en la que sus tripulantes le informaron que la flota de Don Flores de Valdés y la de Don Sarmiento de Gamboa se dirigían hacia el estrecho de Magallanes. Esto lo hizo pensar dos veces en seguir esta ruta, pues se exponía a un enfrentamiento que no deseaba tener. Además, los víveres escaseaban. Así se presentó una nueva discusión sobre la ruta a seguir, si volver a la de cabo de Buena Esperanza o seguir por el estrecho. Se dió una disparidad de opiniones y con ello el fracaso de la empresa. La pérdida de tiempo y víveres por la indecisión de la ruta a seguir fue fatal para la misma. Ante la falta de vituallas, la flota de Fenton se tuvo que dirigir a São Vicente para aprovisionarse. Allí, Fenton quiso sin lograrlo, proclamarse gobernador del lugar -tal y como lo pretendió hacer con anterioridad en las costas africanas-; estos caprichos también entorpecieron el desarrollo de la expedición. Los portugueses no quisieron intercambiar bastimentos por manufactura inglesa, porque no querían provocar la ira del rey español (enero de 1583) que desde 1580 también era su soberano. Mientras estas cuestiones se daban, en el horizonte aparecieron las velas de tres naves españolas. Una de ellas fue hundida por el bombardeo inglés, pero por ello Fenton no pudo abastecerse de lo necesario para un largo viaje; un buque inglés se hundió por los vendavales. Después de un fallido intento por dirigirse a Terranova, Fenton regresó a Plymouth en el único barco que le quedaba. En sí, fue una empresa en donde la discordia, las disputas, las indecisiones y los contrastes de pareceres, la condenaron a la ruina. Los constantes cambios de planes por parte de Fenton, difícilmente pudieron inspirar confianza y obediencia entre su tripulación. Vieron con desagrado que su capitán actuaba sin seguir el plan original y

guiado sólo por sus caprichos personales que no beneficiaban a nadie. Sus imprudencias los ponía en peligro. Estos fracasos, desde luego, no siempre eran sobrellevados por los inversionistas, los cuales se volvían más cuidadosos o más generosos a la hora de financiar una empresa o incursión al tomar en cuenta los precedentes. Los navegantes menos dotados como Fenton, ya no serían ampliamente financiados. Sin embargo, nunca se rechazó la participación de esta clase de piratas en incursiones menores, ya que de todas formas, ayudaban a hostilizar a las colonias españolas de ultramar.

Francis Drake era la otra cara de la moneda. Su fama y su gloria personal, adquirida por sus hazañas anteriores, lo hicieron merecedor de encabezar una nueva e importante incursión al Caribe. Drake gustaba de tener bajo su mando grandes escuadras. "Más que corsario sentíase un gran almirante" (28), y por consiguiente, en ningún momento se sintió pirata. Éste era un término que no aceptaba hacia su persona. Al contrario, se sentía agredido y ofendido en su integridad cuando se le denominaba así. Él servía a su país y a su reina, aunque desde luego, como un buen corsopirata nunca descuidó el enriquecimiento personal, lo cual le permitió alcanzar un ascenso social y puestos gubernamentales.

El ingenio de Drake lo llevó a proyectar una nueva aventura: la toma de Santo Domingo y la de Cartagena de Indias. En un principio, la reina inglesa se mostró reacia a apoyar dicha empresa por las consecuencias que pudiera acarrear, pero finalmente votó a su favor. Decidió que era conveniente que las posesiones españolas de ultramar sintieran con mayor fuerza el vigor de sus corsopiratas. De esta forma, le demostraría a Felipe II que no se dejaba amedrentar por él y que Inglaterra estaba capacitada no sólo para la defensa, sino también para la ofensiva y el contraataque, puesto que para 1585, ya se corría el rumor de que el monarca español planeaba la invasión de la Gran Bretaña. La empresa de Drake tomó un carácter nacional desde que la Corona inglesa la apoyó, pero también porque estaba destinada a retar, de una forma más agresiva, el poder español en América, independientemente de su interés económico en el Caribe.

Cabe señalar, que esta empresa no pudo ser cubierta con fondos públicos por la falta de recursos, así que se puede decir, que fue una empresa particular organizada como sociedad anónima que gozó del apoyo real. La Corona misma era una accionista. También participaron comerciantes aventureros, terratenientes costesanos y gente de alcurnia; Raleigh mismo colaboró. La reputación de Drake hizo posible que recibiera la ayuda financiera que necesitaba. Los inversionistas estaban ansiosos de obtener

riquezas y de que se diera una lección a los españoles en sus dominios ultramarinos. Como otros tantos, Isabel I sabía que Francis Drake era el indicado para llevar a cabo esta empresa. Por ello, le entregó a este corsopirata dos buques reales, el "Bonaventure" de 660 toneladas y el "Arot" de 200. La aportación que la reina dió a la causa demostraba que estaba totalmente consciente de lo que la flota de Drake iba a hacer en el Caribe. El resto de la flota estaba compuesta por otros diecinueve barcos fletados por comerciantes. La mayoría eran buques mercantes, uno de los cuales estaba al mando de Richard Hawkins, hijo de John. Con esto se puede valorar la magnitud y la importancia de la empresa. Asimismo, se embarcaron 2.300 soldados. Como se puede apreciar, Drake era comandante en jefe de una gran fuerza naval y de una misión que estaba destinada a reafirmar el creciente poder marítimo de Inglaterra.

A Isabel I le preocupaba el hecho de que el monarca español cobrara mayor influencia en Europa, al ser también rey de Portugal y al haber logrado mantener buenas relaciones con la Liga Católica de Francia, uno de los partidos franceses más importantes, del momento, en este país. Por esto mismo, dicha reina apoyó la empresa de Drake, pero éste a su vez, sabía que Isabel podía cambiar de opinión fácilmente, así que se apresuró a zarpar.

La flota de Drake zarpó de Plymouth en septiembre de 1585 y se dirigió hacia la ruta acostumbrada para tratar de asaltar la flota de Indias que tenía como destino España, pero ésta no apareció porque ya había logrado llegar a salvo a dicho país. Además, Drake se había retrasado al hacer una parada en el puerto de Vigo en donde mandó embarcar agua dulce y víveres, y por ello no la pudo alcanzar. Posteriormente se dirigió a las Canarias para conquistar Santa Cruz de la Palma, pero fracasó en el intento. También asoleó la ciudad de Santiago en Cabo Verde -posesión portuguesa y de la Corona española desde 1580. Muchos de sus hombres murieron de una fiebre virulenta y otros tantos se debilitaron. Drake llevaba mucho material humano porque su empresa era de carácter militar, además, porque sabía que muchos morían en la travesía y claro está en el ataque. Asimismo, este apiñamiento facilitó la propagación de enfermedades y la escasez de víveres. Luego de saquear y abastecerse cruzó el océano Atlántico. Llegó a Santo Domingo en enero de 1586. Ésta era una ciudad importante para los españoles, principalmente, por su simbolismo, su tradición y su fama, ya que en realidad no estaba muy poblada, ni poseía grandes riquezas. Estaba custodiada por arcabuceros, pero no tenían muchas municiones y los caballeros

españoles portaban armas blancas. Drake desembarcó seiscientos hombres a diez millas* de la ciudad para que remontaran un río. Iban guiados por un piloto griego que había sido capturado para asaltar por tierra a Santo Domingo. Otros tantos por mar controlarían los puertos y puntos estratégicos del lugar. Al enterarse de lo sucedido, los habitantes de la ciudad huyeron. Las huestes de Drake la arrollaron y la tomaron. Asimismo, saquearon iglesias e incendiaron imágenes de santos, lo cual demuestra cómo se desbocaba la efervescencia religiosa cuando la situación lo propiciaba. Drake pidió un millón de ducados al gobernador de Santo Domingo a cambio de no quemar la ciudad, pero como no se pudo pagar esta cantidad, este corsopirata la mandó quemar poco a poco, una manzana por día. También se ahorcó a dos dominicos como parte de una acción protestante y por venganza, ya que un oficial español había matado a un joven negro que le servía a Drake como portavoz.

Drake se dió cuenta de que perdía tiempo al quedarse en Santo Domingo, ciudad que no tenía ni oro ni plata, ni siquiera el dinero pedido, así que antes de abandonarla decidió rebajar la suma a medio millón y, finalmente, a veinticinco mil ducados, los cuales sí le fueron pagados. En la plaza permaneció treinta días. Se llevó lo robado y la artillería de la ciudad y luego la abandonó. Antes de partir, cambió sus naves averiadas y se abasteció de hombres —franceses y negros— para sustituir a los que había perdido en el camino.

Finiquitada la incursión a Santo Domingo Drake decidió atacar tierra firme, concretamente a Cartagena de Indias, ya que la consideró una ciudad rica. Aunque, asimismo, estaba mejor defendida. En febrero de 1586 inició el ataque a la ciudad. Drake hizo uso de su osadía y temeridad al ordenar izar una bandera negra en todas las naves, sin engañar al enemigo. Él mismo vestía de este color. La plaza fue alertada y se desalojó a niños y mujeres. También se puso a salvo objetos de valor e imágenes de los templos. Drake tomó la ciudad sin mucha resistencia. Las trincheras todavía no estaban listas cuando llegó. Supo de antemano en dónde se encontraban las principales defensas de la ciudad, porque capturó a dos negros —que iban en un bote no muy lejos de tierra firme— que le informaron de la situación. Por lo tanto, Drake pudo hallar la manera de atacar y entrar estratégicamente a Cartagena por Boca Grande. Como lo había hecho en Santo Domingo, atacó por mar y por tierra. Cabe mencionar, que el

* Medida itineraria inglesa, por tierra = 1 609 m.

temor y el terror que Drake y sus huestes inspiraban entre la población era tal, que ante su presencia los españoles se desbandaron, y por ello, este corsopirata pudo entrar con mayor facilidad y pedir un tributo de quema por medio millón de ducados. El obispo de la ciudad le dijo a Drake que el precio que imponía era muy alto, pero las negociaciones fueron inútiles. El gobernador Don Pedro Fernández del Busto también regateó el precio hasta cien mil, pues los habitantes y vecinos sólo pudieron reunir ciento siete mil ducados. Drake se conformó con ello, porque sabía que no había para más. Además, si retrasaba más su estancia en este lugar, los refuerzos españoles podrían llegar y su idea no era quedarse allí, sino saquearla. Con dicho dinero y con los rescates personales que reunió, obtuvo un total de cuatrocientos mil ducados. El botín también estaba constituido por joyas y esclavos, ochenta piezas de artillería y las campanas de la iglesia. En abril de 1586 Drake abandonó la ciudad después de dos meses de sitio. Dos días después regresó a Cartagena, lo que causó la histeria de los habitantes de la misma. Sin embargo, sólo volvió para realizar reparaciones de último momento. Es importante señalar que Drake quería dejar una tropa de tierra en Cartagena —ya que por eso llevaba soldados— como presencia inglesa en dicho lugar, pero las fiebres y los rumores de la existencia del vómito negro, así como el temor a las represalias impidió que ésto se llevara a efecto. Por lo tanto, Drake no tuvo más remedio que embarcar de nueva cuenta a los amedrentados soldados. Es realmente curioso que durante todo el tiempo en que los ingleses permanecieron en Cartagena, éstos no hubieran tenido que enfrentarse a ningún contraataque español. Esto se debió a que como era la plaza costera mejor defendida de tierra firme, los refuerzos tardaron en reunirse. La sorpresa de la toma de Cartagena y lo tardío de la noticia descontroló a los españoles. Los vecinos tardaron en agruparse y organizarse. Por esto mismo era lógico que los ingleses pensaran que el contraataque español iba a ser feroz si la toma de Cartagena continuaba. Además, ya no se contaría con la presencia de Drake. Asimismo, ésta era una ciudad lo suficientemente importante para los hispanos como para dejarla a merced de los ingleses. A diferencia de estos últimos, los primeros podían contar con refuerzos para el contraataque. Se dudaba, por lo tanto, que los refuerzos ingleses llegaran a tiempo por la falta de información oportuna a Inglaterra.

Después de dejar el Caribe, Drake se dirigió a Virginia para visitar la colonia establecida por Raleigh y ver cómo iban las cosas en el lugar. Antes de llegar, se detuvo cerca de La Habana con la esperanza de acechar a la flota de Indias, pero este

año ésta no había salido de Veracruz, precisamente, por las noticias de su presencia. A fines de mayo estuvo a punto de atacar a la capital cubana, pero ante los preparativos de la defensa de la isla, Drake consideró conveniente pasar de largo e ir por camino seguro. En Matanzas hizo aguada. Después pasó al Canal de la Bahama, para luego dirigirse a la Florida, en donde tomó el fuerte de San Juan de Pinos e incendió la colonia española de San Agustín, ya que la consideraba una amenaza para la colonia inglesa. La toma de San Agustín fue fácil, porque los españoles del lugar al enterarse de la llegada de Drake la abandonaron. Posteriormente, dicho corsopirata y sus hombres se dirigieron a Roanoke, a donde llegaron a principios de junio. Ahí Drake les ofreció provisiones a los colonos y ayuda al gobierno de Ralph Lane, el cual se había quedado a cargo de la colonia, pero éste le pidió a Drake que los embarcara a todos y los regresara a Inglaterra. De esta forma, este corsopirata, sus hombres y los colonos de Roanoke que no querían permanecer más en este lugar por falta de víveres, municiones y refuerzos, y por temor a los indios, regresaron a Plymouth el 28 de julio de 1586.

Esta empresa no fue tan beneficiosa como se esperaba a nivel económico. Apenas cubrió los gastos originales. Las naves que regresaron estaban averiadas. Muchos de los hombres de Drake murieron. A pesar de ello, estas incursiones lograron obtener victorias importantes a nivel moral frente al enemigo en Santo Domingo y Cartagena de Indias, así como en San Agustín, puntos estratégicos del poder español en las Indias occidentales.

Santo Domingo, "la más antigua ciudad fundada por Colón" (30) era un centro intelectual y no de armas como era antes. En esta ciudad se había fundado el Colegio de los dominicos en 1510, el cual después de unos años fue convertido en Universidad (1538), por el Papa Paulo III. Como se puede apreciar, en esta ciudad existía una fuerte presencia de la orden dominica, así como una ardua labor cultural de su parte. (31) El hecho de que Drake hubiera mandado ahorcar a dos dominicos en Santo Domingo atentó más contra el honor y el orgullo de los españoles, que contra las riquezas de esta ciudad que eran menores. Santo Domingo era un centro cultural y religioso de tradición, el cimiento de la conquista y la colonización española en América. Era la ciudad de origen europeo más antigua del continente y la cabeza de la primera Audiencia de las Indias.

La toma de iglesias y la quema de imágenes religiosas por parte de los corsopiratas

tuvo dos causas principales: la primera, que a falta de botín, las iglesias contenían los únicos objetos de valor, de oro y plata; y la segunda, como un escape al resentimiento que sentían los ingleses hacia los papistas.

Asimismo, el ataque a Cartagena también fue un duro golpe para los españoles porque ésta era, supuestamente, la ciudad mejor defendida de tierra firme. Se dice que Drake tuvo entonces la oportunidad de tomar posesión de la misma a nombre de su reina, "pero ella quería oro y Drake también" (32), así que prefirió seguir con su plan de ataque para obtener toda la riqueza posible. Drake no era comerciante como Hawkins ni deseaba ser colonizador y conquistador como Raleigh, él era más bien un marino nato que estaba al servicio de la Corona inglesa para proporcionarle todo el oro que pudiera obtener a través del asalto y del saqueo; prefería la aventura y la acción. Como ya se ha mencionado, él mismo se consideraba más un almirante corsario que un pirata. Además, en este caso particular, Drake obedeció las órdenes de su soberana y dejó un destacamento en tierra que él debía dejar para luego dirigirse a Virginia y brindarle ayuda a los colonos, pero los soldados prefirieron regresar con su capitán a Inglaterra. Además, hay que tomar en cuenta que los ingleses no eran una fuerza de primer orden combatiendo en tierra, puesto que no conocían los recovecos de tierra adentro ni moverse en las selvas y no poseían la entereza para mantenerse en un lugar que no tenía ni oro ni plata —porque sus habitantes habían huído con los objetos de valor a las selvas y/o montañas—, ni ningún incentivo para permanecer en estas tierras. Más bien, les esperaba la aniquilación ya fuera por las enfermedades o por el contraataque español, el cual tendría dos riesgos: la muerte durante la lucha o durante la tortura después de ser capturados.

De cualquier forma, la presencia de soldados en la empresa de Drake le dió un carácter más oficial a sus ataques, a pesar de que no se pudo tomar Cartagena. Después de todo, lo importante no sólo era establecerse allí, sino también mantenerse y ésto fue lo que no se planeó con cuidado por parte de la Corona inglesa. Al ser, Santo Domingo y Cartagena, ciudades tan importantes a nivel simbólico para España en el Caribe y tierra firme, difícilmente se iba a permitir, sin luchar, que los ingleses le disputaran a los españoles su dominio sobre estos territorios, el cual creían gozar por derecho de descubrimiento, conquista y colonización. A pesar de que los corsopiratas actuaron con temeridad, también se dejó ver un cierto respeto hacia sus enemigos, en el sentido que sabían que si los españoles se organizaban podían vencerlos.

De cualquier forma, con las piezas de artillería que Drake se llevó consigo de las plazas que atacó, éstas quedaron aún más desprotegidas. Aunque también hay que mencionar que por la escasez de defensas, la sustitución de la artillería perdida no era tan difícil. A pesar de que esta empresa no fue totalmente exitosa a nivel económico, sus victorias ayudaron a desprestigiar internacionalmente a España, pues ésta no era capaz de invertir en las defensas de sus dominios ni distribuirlas estratégicamente. Se dejó ver claramente la debilidad defensiva de las Indias occidentales y que su ofensiva era casi nula. Esto también fue aprovechado por las potencias europeas para cuestionar no sólo el supuesto derecho de explotación exclusivo que España pretendía tener sobre América, sino también su capacidad para proteger estos territorios. En sí, Drake demostró de nueva cuenta la vulnerabilidad de las Antillas y el Caribe.

4.5 Rompimiento total de la paz entre España e Inglaterra. La Armada Invencible.

Ante el aumento de las incursiones corsopiratas y de su agresividad, la disputa por el monopolio del continente americano y por el dominio del Atlántico se acrecentó. Asimismo, la tensión internacional entre España e Inglaterra llegó a su límite.

Felipe II mantuvo, al igual que Isabel I, una política conciliadora, pero a la vez de intriga frente a su enemigo, porque las circunstancias del momento así lo exigían. Desde luego, ésto no quiere decir que el soberano español no dejara de darse cuenta del aumento e intensidad de los ataques piráticos ingleses en sus posesiones de ultramar, y de que Isabel iba cada vez más lejos con el apoyo brindado a sus corsopiratas, a pesar del estado de paz que existía entre sus respectivas naciones. Cuando la situación internacional cambió, la tolerancia disminuyó. Felipe II se hizo proclamar rey de Portugal y estableció alianza con un partido de peso en Francia, la Liga Católica. A partir de entonces, se convenció de que había llegado el momento de ajustar cuentas con Inglaterra y con su engañosa reina. También es importante señalar que Felipe II, a pesar de estar consciente de las bajas que los corsopiratas ingleses ocasionaban a las Indias occidentales, no creyó realmente que Inglaterra estuviera preparada para soportar y defenderse de un ataque español a gran escala. Una cosa era que atacaran con eficacia las costas americanas y otra enfrentarse a las fuerzas españolas. Felipe II no creyó o no quiso creer que las ideas renovadoras que Inglaterra había adoptado la habían ayudado a sobresalir, dada su apertura de pensamiento y que los hombres de poder y de negocios apoyaban a su reina porque compartían intereses. No tomó en cuenta que la Armada naval inglesa había mejorado enormemente, gracias a que contaba con navegantes experimentados que habían salido de las filas de los corsopiratas. El soberano español estaba seguro que con una gran ofensiva naval y luego secundada por una terrestre sometería a Inglaterra, pues después de todo, España contaba con recursos militares suficientes para obtener la victoria.

Mucho se ha dicho que la guerra entre España e Inglaterra empezó en 1585, pero lo cierto es, que para entonces el conflicto todavía no estaba declarado. Fue, sin embargo, el año en que la política entre ambas naciones se hizo más acalorada. Se disputaban el dominio de los mares. El establecimiento de la primera colonia inglesa en

Norteamérica, con Roanoke, también ocasionó el disgusto de Felipe II. En mayo de 1585, este soberano mandó apresar los barcos ingleses que se encontraran en los puertos de la península Ibérica para debilitar el impulso comercial inglés, lo que a su vez provocó una respuesta violenta por parte de los mercaderes ingleses que comerciaban con la península. Por ello pidieron y recibieron de la Corona inglesa el derecho a desquitarse a través de la represalia. Felipe II, como se puede observar ya no fue tan complaciente como antes al dar esta orden de embargo, a pesar de que sabía lo que ésto podía ocasionar. Los comerciantes ingleses, por consiguiente, se unieron para asaltar y saquear las costas ibéricas. En septiembre, Isabel I autorizó asimismo, la partida de un nuevo viaje de Drake. El propósito teórico de la empresa era liberar a los comerciantes embargados, pero la mayoría ya habían sido liberados. Su objetivo real era interceptar la flota de Indias e incursionar en el Caribe –los ya mencionados ataques a Santo Domingo y Cartagena–, lo cual también pudo tomarse como un acto de represalia.

Isabel I, a pesar de haber hecho uso de una política agresiva, de forma extraoficial, no deseaba que estallara la guerra con España. Si bien ella misma había apoyado el viaje de Drake, el de 1585, temía haber llegado demasiado lejos, porque "una cosa era autorizar a Drake para que llevase a cabo una expedición que pudiera ser considerada sólo como una legítima represalia, y otra, incitar y buscar un enfrentamiento abierto con el Estado más poderoso del mundo". (33) Además, Inglaterra se había visto afectada económicamente por su política de intriga, ya que sus intromisiones en los Países Bajos con Leicester –y la ayuda anteriormente brindada–, así como los subsidios facilitados a Enrique de Navarra en Francia, habían afectado al erario (Tesoro Público). Los recursos financieros del país no estaban como para sostener una guerra de gran magnitud contra España. De ahí, que por todo ello, a Isabel I se le juzgue duramente por sus constantes cambios de opinión, pero ésto se debió como ya se ha mencionado, a que se dejaba llevar por el arrebató de la situación, por su soberbia y ambición, pero luego reflexionaba sus pros y sus contras y se inclinaba por un ataque conservador. Es por ello, que sus conspiratas zarpaban inmediatamente después de que su viaje fuera aprobado por la reina, antes de que ésta se arrepintiera y les impidiera la travesía o cambiara el curso original del proyecto. Así que llevara por el arrebató, lo único que le restaba era utilizar todos sus recursos para afrontar las consecuencias del mismo, pero quien realmente lo hizo fue la iniciativa privada que también tenía que defender sus intereses.

Felipe II no podía pasar por alto la intromisión de Isabel I en su reconquista de los Países Bajos y que el apoyo de ésta a los hugonotes había impedido que España pudiera tener una mayor influencia en Francia. Además, era evidente que los corsarios isabelinos ponían en peligro, a cada instante, a las Indias occidentales, así como el dominio español en las costas de este continente y el paso de las flotas de Indias a través de las rutas trasatlánticas. Entre la comunidad mercantil española se empezó a creer que la mejor forma de proteger su comercio en el Atlántico era atacar directamente a Inglaterra, en su propio terreno, ya que con "Enrique III neutralizado por los Guisa pro-españoles, el peligro de una intervención francesa en apoyo de Isabel parecía que, finalmente, había pasado". (34)

Desde finales de 1585, Felipe II pensó en dicha invasión, pero necesitaba un pretexto legal y moral para llevar a cabo una acción de guerra, y éste se lo dió María Estuardo. Esta reina había pasado diecinueve años en prisión, en Inglaterra, desde que fue destituida del trono escocés por sus súbditos y por encontrársele culpable de asociación en la muerte de su segundo esposo, un miembro de una noble casa escocesa.

Las conspiraciones que se dieron en contra de Isabel I, por parte de grupos católicos, tenían el objetivo de que dicha soberana dejara el trono inglés a su rival católica, que además era una descendiente directa y legítima de la Corona inglesa, es decir, María Estuardo. El ministro y los hombres de confianza de Isabel I estuvieron al pendiente y descubrieron a tiempo el complot. Los conspiradores fueron acusados sin ninguna consideración y condenados a muerte por su insolencia y traición hacia la soberana de Inglaterra. Sir Francis Walsingham fue el que descubrió dicha conspiración, y con ello, pudo conseguir que la persecución hacia los católicos se hiciera justificable y quitar de en medio a su aspirante al trono. Este personaje sabía que si María Estuardo estuviera en libertad de pedir auxilio recurriría a algún enemigo de Isabel I. Así que permitió que tuviera cierta libertad. De esta forma, María vió la oportunidad de escribir una carta, justo como lo esperaba Walsingham, a Don Bernardino de Mendoza, el embajador español en París, la cual llegó a manos de este último, en mayo de 1586. En ella, María se declaraba dispuesta a transferir los derechos de sucesión al trono inglés de su hijo Jacobo a Felipe II de España. A cambio éste tendría que protegerla y vengarla por las injurias recibidas. La respuesta del monarca español fue favorable, pero asimismo, se pensó que los intereses de ambos se verían mayormente beneficiados

si Isabel moría, lo que tampoco quiere decir que María Estuardo estuviera al tanto de la conspiración que pretendía dar muerte a aquélla. España, por lo pronto, quiso tomar ventaja de la conspiración que Anthony Babington tramaba en Inglaterra para derrocar a Isabel I, por ello, el embajador español, Bernardino de Mendoza, entró en pláticas con Babington para ver la posibilidad de que España participara en los levantamientos católicos que este último planeaba liderear, pero antes de que dicho país pudiera intervenir, Walsingham fue informado de la conspiración de Babington y los movimientos armados quedaron sometidos antes de que empezaran, apresó a los conspiradores y los ejecutó. Walsingham, el principal secretario de la reina, se había adelantado a los movimientos de los enemigos de Isabel I, y por ello, resultó vencedor.

En Escocia, en la segunda mitad de 1585, el partido francés creado por Esmé Estuardo, duque de Lennox (muerto en 1583), fue derrocado. Jacobo VI firmó el Tratado de Berwick, en julio de 1586, en el que Inglaterra y Escocia se comprometían a ayudarse mutuamente en caso de invasión extranjera y en el que también se le ofrecía un subsidio de 4.000 libras a Jacobo. Desde entonces, el rey escocés trabajó la idea de agradar en sus acciones a Isabel I para llegar a ser heredero del trono inglés, consciente de que no había un descendiente directo de dicha soberana. Asimismo, los obstáculos que impedían la muerte de María Estuardo por cuestiones políticas disminuían. En los últimos meses de 1586, la comisión que se nombró para procesar a María la encontró culpable del acto de complicidad en la conspiración que pretendía dar muerte a la reina de Inglaterra. Isabel I estaba renuente a mandar matar a una reina que tenía parentesco con ella y por las consecuencias que ésto implicaba. La clemencia que para su madre pidió Jacobo VI la hicieron fuerte frente a su Consejo y ante ciertos sectores de la población que exigían la muerte de María. Pero al mismo tiempo, Jacobo no tenía intenciones de anular el Tratado de Berwick y romper relaciones con Inglaterra para salvarla, así que Isabel I tuvo que tomar una decisión y finalmente ordenó la ejecución de María. Esta reina subió al patíbulo en Fotheringay, el 18 de febrero de 1587. (35)

La muerte de María Estuardo era necesaria desde el punto de vista político, porque aunque los rebeldes católicos disminuían y sus movimientos carecían de fuerza -Escocia era básicamente presbiteriana-, Isabel siempre estaría a la expectativa sobre si España se aprovecharía de la clemencia concedida a María para fortalecer la resistencia católica en Inglaterra. Además, con esta muerte desaparecería la principal rival de

Isabel I. La legitimización de Isabel estaba basada en su dinastía y María la ponía en entredicho al no reconocer el matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena, la madre de aquélla. Así, con la muerte de María, Isabel no sólo aseguraba su Corona, sino también su legitimidad en el trono. Por supuesto, esta acción desconcertó a los grupos católicos del país, pero asimismo, fortaleció la confianza de su Consejo, de los hombres de negocios y de gran parte de la población hacia su persona, ya que estaban sumergidos en la fiebre anti-española y anti-papista, y María Estuardo representaba vivamente estos sentimientos, por su supuesta alianza con Felipe II y por ser católica.

Aunque España estaba dispuesta a apoyar a los conspiradores en Inglaterra y Escocia, cuando sus maniobras fueron descubiertas y se condenó a María Estuardo, Felipe II no hizo nada por impedirlo ya que muerta esta reina católica por una protestante, brindaba el pretexto ideal para atacar abiertamente a Inglaterra. El plan original había cambiado para beneficio de España. La ejecución de una reina católica mostró la supremacía que el anglicanismo tenía sobre los cada vez más débiles grupos católicos de Inglaterra, y el triunfo de la reina "hereje". Si esta nación era conquistada y se lograba someter a Isabel I, al haber muerto María por orden de aquélla, Felipe II podría disponer con libertad de Inglaterra, sin que se despertaran posibles intervenciones francesas por apoyar a María por parte de sus parientes los Guisa. Ante la muerte de María Estuardo se presentaría la oportunidad deseada, las fuerzas españolas vengarían a una reina mártir, serían los defensores de la legitimidad y los paladines de la causa católica contra los gobernantes herejes, Isabel I y Jacobo VI; sería una misión protegida por Dios, por lo menos, así lo consideró Felipe II. Por lo tanto, no sólo se requería de la bendición del Papa, sino también su apoyo financiero. El pontífice no estaba totalmente convencido de querer que el monarca español obtuviera la victoria, porque si se restauraba la fe romana, España tendría bajo control un nuevo territorio. Sixto V para evitar este dominio de Felipe II pidió que al caer Isabel, la Corona inglesa no recayera en la persona del rey, sino en un príncipe que restaurara la fe católica.

El éxito de Felipe significaría la derrota del protestantismo y la posibilidad de restaurar su autoridad en los Países Bajos, así como el fortalecimiento de la hegemonía española en Europa. Cesaría el apoyo inglés a los rebeldes de los Países Bajos y la ayuda a los hugonotes. Había que aprovechar el momento. Isabel misma había brindado el pretexto que se necesitaba para invadir Inglaterra al ejecutar a una reina católica. Así, si se lograba el triunfo, las incursiones de los piratas ingleses hacia América

dejarían de darse. Este continente quedaría libre de esta amenaza, así como las rutas trasatlánticas. De esta manera, se puede apreciar claramente la importancia que el éxito de la invasión tenía para España. "Si el triunfo coronaba su empresa, el resto de las provincias rebeldes de los Países Bajos serían fácilmente reconquistadas, la preponderancia española en Europa occidental no sería desafiada y la religión católica quedaría restaurada en los centros mismos de la herejía". (36) Aunque Isabel I rechazó la Corona que le ofrecían los rebeldes de los Países Bajos, en junio de 1585 –por temor a lo que ésto pudiera ocasionar–, Felipe II sintió amenazados sus dominios, porque dicha reina aumentó la ayuda –y con mayor esmero– a estos rebeldes. Esto aunado a las hazañas de Drake en el Caribe, colmaron la paciencia del rey español. "La única forma de terminar con las agresiones británicas era destruir la naciente marina inglesa, dominar absolutamente el mar y si era necesario, atacar la isla". (37) Después de analizar la situación y ver que la tirantez entre España e Inglaterra no disminuía sino que aumentaba, Felipe II decidió invadir a esta última. Desde 1585 este pensamiento tomó forma, pero en 1586 se empezó a preparar la flota, lo cual no pasó desapercibido por los ingleses. El Papa Sixto V aportó un millón de ducados como apoyo al proyecto de invasión española. Asimismo, la muerte de María Estuardo acabó por acelerar los preparativos. Mientras se daban los últimos arreglos, Francis Drake, después de regresar de sus incursiones al Caribe, se presentó con una flota en aguas españolas por orden real, para averiguar lo que pasaba en sus astilleros; pero Drake no se limitó a ésto sino que atacó Cádiz por sorpresa. Cabe mencionar, que la escuadra de Drake estaba compuesta por treinta buques, los cuales bastaron para quemar cuantas naves pudieron y robar depósitos. Atacar Cádiz y luego Lisboa fue parte de un plan estratégico que tenía como meta destruir el mayor número de navíos hispanos, ya que en estos puertos se hallaba la mayor concentración de naves españolas. Drake y sus hombres también se aprestaron a atacar a la flota de Indias, pero ésta se retrasó en las Antillas, así que cuando los ingleses llegaron a las Azores en lugar de la flota se toparon con un galeón portugués que llegaba de las Indias orientales con un rico cargamento, especias, sedas, monedas y negros. Entre los papeles del capitán se hallaron cartas del comercio portugués con el Oriente, lo cual también ayudó, en el futuro, a organizar la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Las actividades de Drake en Cádiz obstaculizaron la preparación de la Armada española y obligaron al almirante Santa Cruz a zarpar a las Azores para defender a la flota de Indias. Después de los

enfrentamientos, Santa Cruz y sus hombres se encontraron en tan mal estado al regresar a Lisboa, al igual que su Armada, que la expedición en contra de Inglaterra tuvo que posponerse. Las reparaciones y preparativos concluyeron hasta 1588, pero para entonces Santa Cruz había muerto, supuestamente, "de la sorpresa y del disgusto que este ataque le causó porque, frente a Lisboa, Drake también" había atacado "las naves del marqués ahí concentradas (1587)". (38) De esta manera murió el almirante que estaba destinado a comandar a la Armada española.

El ataque de Drake a Cádiz fue un gran acierto para Inglaterra. Gracias a este hecho, el operativo a la isla programada para 1587 se demoró hasta el año siguiente, ya que hubo la necesidad de construir otros barcos y resarcirse de las pérdidas sufridas. Además, la muerte del almirante de la flota fue un duro golpe para España. Esto le brindó el tiempo suficiente a Inglaterra para prepararse para lo que veniera. De esta forma, la tensión entre ambas naciones llegó a su límite y la guerra estalló, lo cual fue un mero formalismo para una pugna que se venía desarrollando desde tiempo atrás. Con el pretexto de la muerte de María Estuardo el conflicto se hizo de forma abierta y declarada. La preparación de una gran flota española de ataque y el acometimiento de Drake a Cádiz dejó en claro, que las agresiones entre España e Inglaterra iban en serio.

De esta manera, después de una ardua actividad en los astilleros españoles, la Armada Invencible, llamada así por la magnitud de su número y fuerza, zarpó en junio de 1588. El duque de Medina Sidonia fue el encargado de dirigirla, pero no era el más indicado. No sabía gran cosa de navegación, ni de barcos, porque era general, pero se vio obligado a aceptar tal cargo por la insistencia de Felipe II. No tenía la experiencia naval requerida para una empresa de tal dimensión. La experiencia en Granada y Lepanto habían demostrado que sólo un príncipe o gran señor serían obedecidos en el campo de batalla para conseguir la victoria. De ahí, que Felipe II -que tampoco era hombre de mar- nombrara a Medina Sidonia a cargo de la misión. Contó con asesores técnicos, pero ésto no era ninguna garantía porque también estaban sujetos a las decisiones de Felipe II, el cual ideó asimismo, el plan de ataque. Este consistía en buscar la unión de la Armada con las flotas de desembarco y las tropas terrestres de Flandes, al mando de Alejandro Farnesio, para que ayudaran a la Armada en su invasión sobre Inglaterra. La flota peninsular debía escoltar al ejército de Farnesio a través del Canal de la Mancha, para luego atacar e invadir Inglaterra. Este plan no era

brillante, pero así lo impuso el soberano español.

Entre los jefes de la Armada Invencible se encontraban los más ilustres marinos españoles, pero el que los dirigía no lo era. Dicha Armada estaba compuesta por treinta y tres barcos de guerra de primera clase, cuarenta mercantes bien armados, treinta y cuatro naves exploradoras ligeras y veintitrés con víveres.

Las naves más grandes estaban construidas con mucha elevación sobre el nivel del agua, con castillos muy altos y voluminosos a popa y a proa, pero fuertes y con gran capacidad. Todas tenían poca capacidad de maniobra. La táctica española buscaba acercarse a los barcos enemigos para atacarlos con cañones pesados muy destructores y de corto alcance. (39)

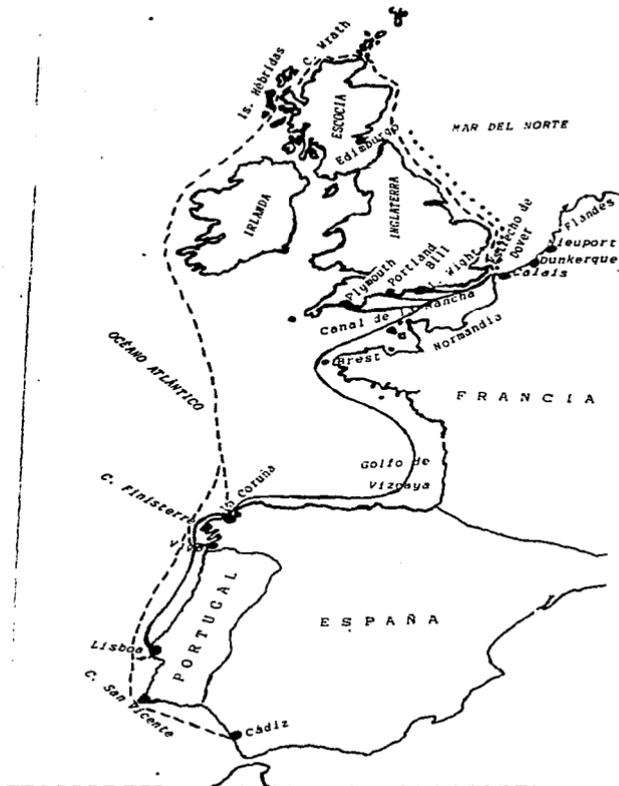
Al doblar el cabo Finisterre, la Armada se topó con una tempestad que la obligó a refugiarse en La Coruña. A fines de julio de 1588 se avistaron las costas inglesas, pero no las abordaron porque Felipe II había ordenado evitarlo. Primero debían proteger el desembarco de las tropas de Farnesio (duque de Parma y comandante en jefe de las fuerzas españolas en los Países Bajos). Algunos jefes pidieron en vano atacar la flota inglesa resguardada en Plymouth, pero Medina Sidonia no quiso desobedecer lo que había ordenado su rey. La consecuencia de esto fue que a diferencia de los españoles, los ingleses tomaron la iniciativa, y no dejaron pasar la oportunidad. Salieron de su refugio y persiguieron a la Armada Invencible, mientras ésta se dirigía al encuentro de las fuerzas de Farnesio. Con la ligereza de los buques ingleses se pudo hostilizar a la Armada y esquivar la distancia de los cañones españoles que eran de corto alcance.

La Armada fue interceptada al suroeste de Plymouth por la escuadra inglesa, la cual estaba compuesta por ciento cinco barcos, de los que diecinueve eran propiedad de la reina, setenta eran mercantes y el resto eran naves pequeñas. La escuadra estaba bajo el mando absoluto del almirante Lord Howard. Como vicealmirante iba Francis Drake y como subalmirante John Hawkins. (40) El hecho de que el almirante hubiera sido un miembro de la Royal Navy y no un corsopirata pudo haberse debido a que se quería dar oficialidad al ataque, pero no que se quisiera prescindir en lo absoluto de la experiencia y habilidad de los corsarios. De ahí, el nombramiento oficial de Drake.

No cabe duda que para defender las costas inglesas, los puertos y sus negocios, los grupos comerciales y por supuesto, los hombres de negocios, debían ayudar a

proteger a su nación, puesto que la reina no estaba dispuesta a sufragar el gasto total de las defensas, en parte, para propiciar el apoyo de la iniciativa privada, y en otra, porque el erario estaba desfalcado por la ayuda económica que había dado a los rebeldes de los Países Bajos y a los hugonotes. En sí, ésta fue una empresa financiada, en gran parte, por los hombres de negocios que tenían la "misión" de defenderse de sus enemigos, que eran también enemigos de la nación. Era una empresa nacional destinada a proteger la soberanía de Inglaterra y los intereses de los financiadores. Gran parte de los buques eran propiedad de los burgueses de Plymouth y de Londres. Al igual como se había manejado la organización de las incursiones piráticas, asimismo, la defensa de Inglaterra fue una empresa nacional donde todo mundo –por así decirlo– intervino.

Después de una semana de cruentos y rápidos combates en Plymouth, Portland Bill y la isla de Wight, la Escuadra inglesa sólo había perdido tres navés. En la noche del 7 al 8 de agosto, los ingleses llevaron a cabo otra eficaz táctica de guerra. Lanzaron brototes (barcos incendiados) en contra de los galeones españoles que aún aguardaban cerca de Calais a las barcazas de Farnesio. Pero este último no se atrevió a mandarlas por falta de protección y por temor a tener un enfrentamiento temprano con la Escuadra inglesa, así como por los barcos holandeses que patrullaban los bajíos de Dunkerque y Nieupart. Por esto mismo, la Armada tampoco pudo acercarse lo suficiente para unirse a las fuerzas del duque. Al recibir los ataques de los brototes la Armada española se desorganizó y dispersó. No cabe duda que fue una estrategia bien concebida y de gran utilidad para el ataque inglés. A pesar de la falta de víveres y municiones, los británicos continuaron con la ofensiva, con la ayuda de rápidos y maniobrables navíos. Entonces sobrevino una gran tormenta que desbandó a la flota española –que no estaba preparada para ello– y la arrastró hasta las costas escocesas y las islas Hébridas. Aunque ambas flotas fueron llevadas por el viento al mar del Norte, los ingleses abandonaron la persecución a la altura de Escocia. La Armada regresó a España por las costas oeste de Escocia e Irlanda, con casi la mitad de su fuerza original, con gran número de bajas y heridos. Se perdieron ochenta y una navés, catorce mil hombres perecieron y dos mil cayeron prisioneros, a España regresaron, paulatinamente, cincuenta y tres navés con menos de diez mil hombres. Ésto fue un intento costosísimo para los españoles, porque sus mejores oficiales y marinos murieron, los hombres de mar y tripulaciones expertas prácticamente ya no existían y ello debilitó en gran manera a la Marina española.



----- RUTA QUE LA ARMADA INVENCIBLE TOMÓ PARA ATACAR A INGLATERRA Y LOS PUERTOS INGLESES EN DONDE SE CONCENTRÓ LA LUCHA NAVAL ENTRE LA ARMADA INVENCIBLE Y LA ESCUADRA INGLESA.

----- RUTA DE ESCAPE DE LA ARMADA INVENCIBLE.

..... RUTA QUE LA ESCUADRA INGLESA TOMÓ PARA PERSEGUIR A LA ARMADA INVENCIBLE.

Cabe mencionar que gran parte de la victoria se debió a las tormentas y a la eficacia de los buques ingleses, además de que la Armada Invencible no tuvo cobijo de un puerto profundo y le faltaron municiones. El cierre de los puertos de los Países Bajos por los rebeldes holandeses impidió que la Armada se resguardara y se protegiera de los vendavales. Aunque también hay que señalar que no eran tan profundos para albergar una flota de tal dimensión. Asimismo, lo que se le debe reconocer a la Escuadra Inglesa y a sus líderes es su valentía a la hora de actuar, pues tuvieron capacidad de decisión y una buena estrategia. Estuvieron en la ofensiva y no a la defensiva. Además, los buques ingleses, a diferencia de los españoles, eran "menos pesados en la parte superior, los castillos más bajos y por lo tanto más maniobrables". La eslora (longitud) era mayor que la manga (ancho) de los buques. "Ello permitía que navegaran más de acuerdo con el viento". (41)

El inglés más destacado de esta empresa fue Francis Drake. En la lucha aprehendió a Don Pedro Valdés, uno de los mejores marineros españoles, pero lo tuvo en su casa con grandes gentilezas. Incluso, Don Pedro en correspondencia a este trató de pintar un retrato. Cuando llegó la noticia de la victoria, en las iglesias de Inglaterra no se perdió la oportunidad de celebrar el triunfo inglés sobre la Invencible. "En San Pablo cuelgan del techo, por años, banderas y trofeos: los mejores son los que ha tomado la mano vivaz de Drake". (42) Todo esto ayudó a acrecentar el ya de por sí enorme prestigio de Drake como marino de primer orden y como el mejor corsario de la reina. Declarada la guerra entre España e Inglaterra, éste término, corsario, es el más apropiado para denominar a Drake.

La idea de acabar con el "nido central" de la piratería no resultó después de tanta planeación. La derrota y las considerables bajas que la Armada Invencible sufrió fueron ocasionadas, precisamente, por los hábiles piratas y corsarios que se pretendía someter. Ellos fueron los responsables de que la fuerza española se mermara.

La Inglaterra protestante, con la ayuda de la iniciativa privada, de sus marineros y piratas a través de una acción conjunta, había logrado mejorar su propia Marina nacional. La modernidad de los navíos ingleses, la habilidad, astucia y experiencia de sus navegantes, en su gran mayoría piratas que habían probado suerte y con éxito en las Indias, lograron, con la ayuda de los vendavales, triunfar sobre la Armada Invencible y sobre la hasta entonces primera potencia marítima europea de la época. A pesar de que la Escuadra Inglesa era menor en proporción a la Armada española, sus

barcos eran más marineros. Además, "tenían su punto de apoyo en sus propias costas, sin larga navegación". (43) Los vendavales fueron los culpables de que dicha Armada marchara sin orden de combate y que se diezmará. De ahí que Felipe II mencionara al respecto: "No he mandado mi escuadra a luchar contra los elementos" (44), porque si bien es cierto que los ingleses lucharon con valor y astucia, el hecho de que la batalla se desarrollara en un medio que conocían y con fondeaderos seguros, los guarneció de las tempestades. Sus navíos, ágiles y maniobrables, facilitaron su movilización en aguas violentas. Los alardes españoles no sirvieron de nada ante la organización inglesa. Asimismo, los corsarios isabelinos procuraron dirigir la ofensiva de tal forma que pudieran obtener la victoria en pocos días, porque de prolongarse, la lucha naval no hubiera podido costearse y entonces habría que preguntarse si el éxito los hubiera favorecido igualmente a la larga.

Sin embargo, lo que también ocasionó la derrota de la Armada Invencible fue la mala estrategia planeada por Felipe II, producto a su vez de su sobrada confianza en la superioridad militar de sus fuerzas. Creyó que ante el poderío de las tropas terrestres de Farnesio, los ingleses no tenían nada que hacer por su falta de habilidad. En realidad ésta no fue una conclusión errónea, pero el hecho de que el rey español ordenara que no se atacara antes de unirse con dichas tropas, entorpeció el desempeño de la Armada porque exigía una coordinación muy complicada. Es obvio que sí consideró el hecho de que Farnesio tendría problemas en salir de Flandes por los piratas holandeses que rondaban el lugar, ya que por eso mandó a la Armada a su encuentro, pero aparentemente, lo valoró más de lo debido. Tal parece que Felipe II consideró más la importancia de la invasión terrestre que la naval, lo que demuestra una vez más que este rey no le dió el suficiente valor a esta fuerza combativa. En sí, consideró que llegar a la isla iba a ser el menor de los problemas -al subestimar a la Marina inglesa- y que la lucha verdadera se iba a desarrollar en tierra. Esto se percibe claramente, en que el número de soldados de la Armada fuera superior que el de los marinos, sin contar con los refuerzos de Farnesio. Felipe II conocía las implicaciones de la política externa de Isabel I, más no cómo había evolucionado su política interna. El anglicanismo había despertado un nacionalismo que había llevado a Inglaterra al anti-papismo y al anti-hispanismo -por lo que casi era nula la influencia española en dicha nación- y a un despegue de las iniciativas privadas. Los intereses de los hombres de negocios y de los grupos comerciales convergieron con los de la Corona. Al darse esta unión de

intereses y fuerzas, surgió la estabilidad interna y se dió, precisamente, un impulso a la iniciativa privada, la cual fue la responsable de que la Marina nacional inglesa mejorara y se modernizara, al igual que el comercio y la industria. Felipe II cerró los ojos a estas verdades y al confiarse demasiado, lo único que ocasionó fue que la Escuadra inglesa al mando de los corsarios isabelinos le dieran un fuerte revés naval. Quizás los ingleses no fueran, en tierra, buenos contendientes, pero en el mar las cosas eran distintas, pues era el medio ideal para ellos. Si ésto lo hubiera considerado Felipe II, su derrota no hubiera sido tan apabullante. En pocas palabras, el soberano español no supo distinguir la diferencia entre un combate militar terrestre y uno naval. Además, dió la pauta a seguir en una batalla que sólo un marino experimentado debió planear, bajo el consentimiento del rey, no a la inversa. Al contrario de Isabel I, este rey no soltó las riendas a favor de aquellos que sí sabían cómo llevar a cabo una empresa de este tipo. Todo lo quiso tener bajo su control. Le impuso a Medina Sidonia un plan de campaña del que no podía apartarse, pero del que tampoco podía salir nada bueno. Ésto aunado a la falta de decisión personal por parte de este almirante, que no estaba capacitado para el cargo de misión, provocó que los planes y proyectos españoles se vinieran abajo. La modernidad naval inglesa, la experiencia de los corsarios isabelinos, y los elementos, le dieron a Inglaterra una victoria de gran valor para su causa, así como un enorme golpe moral para España.

La derrota de la Armada Invencible, aparte de haber sido el combate más importante de esta guerra, marcó el descenso del poder marítimo español y el ascenso del poderío naval inglés. Asimismo, favoreció la presencia y el desarrollo de las naciones protestantes, porque esta derrota fue una forma simbólica en la que el Protestantismo, representado por su máximo exponente, Inglaterra, le había ganado la partida al Catholicismo, quien tenía en España a su principal defensor a través de la Contrarreforma. La providencia, supuestamente, había decidido quién debía obtener la victoria. El Protestantismo era el representante de la modernidad, el progreso, la libertad de conciencia y de comercio, era la fuerza de acción de las clases en ascenso, de la burguesía. Este triunfo le dió a Inglaterra la oportunidad de luchar por el dominio de las rutas comerciales -de forma más abierta- y de los mares, pues se había demostrado que esta nación tenía los recursos para llevarlo a efecto. En sí, la victoria sobre la Armada Invencible permitió a los ingleses recuperar la iniciativa en el Atlántico y continuar con sus correrías, con mayor vivacidad y constancia, en América y el Caribe.

4.6 El inicio de la guerra de los corsarios. La incursión al Caribe de Richard Hawkins.

La derrota de la Armada Invencible más que una derrota material fue moral. Si bien es cierto que perdió la mitad de sus buques, la más perjudicada fue la marina mercante española que perdió muchos navios y marinos especializados. Estos buques fueron reemplazados en su totalidad a mediados de la década de los noventa, pero para entonces, España ya había perdido parte de su dominio sobre el Atlántico. La derrota de la Armada fue un fuerte golpe para el orgullo y poder español, así como para el papismo. El tan esperado enfrentamiento entre España e Inglaterra había concluido con una victoria marítima que le dió prestigio internacional a la segunda y un descrédito enorme a la primera. También demostró que invadir Inglaterra no era una misión fácil, por las tormentas, y porque sus marinos y sus buques eran lo suficientemente capaces para defender sus costas de sus enemigos. Inglaterra asimismo, se convirtió en la potencia naval más avanzada de la época; con el paulatino descenso del poder marítimo español se dió el comienzo del poderío inglés.

Cabe señalar, que la hostilidad entre estos dos países, después de declarada la guerra, no aumentó de manera considerable. Los ataques recíprocos a la isla y a la península sólo se dieron unas cuantas veces sin que sobresaliera uno sobre el otro. El hecho de que sus ataques fueran rechazados mutuamente provocó, precisamente, que las ofensivas sobre sus respectivas costas fueran contadas, pero no así en América.

En ultramar las cosas continuaron igual después que la guerra estalló, pero la asiduidad de los ataques corsarios aumentó. Es más, tal parece como si la guerra se hubiera limitado, en su gran mayoría, al enfrentamiento de España e Inglaterra en América. "Los corsarios no molestan más que antes a las flotas comerciales de España. Los españoles aprovecharon la experiencia. Organizan patrullas navales y fortifican sus puertos". (45) El efecto que tuvo esta constancia de la presencia y ataques de corsarios ingleses en América, fue, como señala la cita anterior, que los españoles se preocuparon más por fortificarse o prepararse mejor para la defensa de las Indias occidentales.

Cabe mencionar que Thomas Cavendish, un noble convertido en pirata e influenciado por los éxitos de Drake, realizó una incursión a América durante los años críticos de la preparación y derrota de la Armada Invencible, es decir, durante los

años de 1586 a 1588. Zarpó de Plymouth en julio de 1586 con tres barcos y ciento veintitrés hombres, su objetivo era el Pacífico americano. Para ello, tenía que atravesar el estrecho de Magallanes como lo había hecho Drake, pero sólo aquellos que capitaneaban con destreza y determinación podían levantar los ánimos temerosos de su tripulación y dominar la furia del mar para poder cruzar con éxito dicho estrecho. No era una misión fácil, pero los tesoros del Perú lo estimularon, al igual que a los armadores que proyectaron nuevas incursiones hacia este lugar sin importarles los riesgos. Cavendish, después de tocar cabo Verde y Sierra Leona, enfiló hacia el estrecho de Magallanes, y lo cruzó en enero de 1587. Rescató sólo a un sobreviviente de las colonias maltrechas de Sarmiento de Gamboa, pero no por sentimientos nobles, sino para que le sirviera de intérprete. Luego costó el litoral chileno, dirigiéndose hacia el norte, hasta Quintero, arriba de Valparaíso, en abril de 1587. Ahí pretendieron pasar por españoles pero fueron descubiertos. Unos piratas fueron muertos y otros apresados, pero Cavendish logró huir y prosiguió su viaje hacia el norte, mientras el gobierno chileno daba voz de alerta. En mayo alcanzó Árica, pero no la asaltó porque la ciudad se encontraba a la defensiva, pero en cambio saqueó Paita. Los piratas carenaron en la isla Puná, pero fueron atacados por tropas de Guayaquil, pero aún así, aunque maltrechos lograron huir al norte, con sólo dos naves y ochenta hombres. A la altura del cabo San Lucas avistaron un mercante al que bombardearon y capturaron, era una nao de Filipinas, la "Santa Ana", con la que obtuvieron un botín de setecientos mil pesos en metálicos y millón y medio en brocados y sedas. Ahorcó al canónigo Juan de Armendáriz e incendió la embarcación, como buen pirata protestante. Prosiguió hacia las Filipinas y completó la vuelta al mundo. Fue el tercero en hacerlo y el segundo de los ingleses, después de Drake. Arribó a Inglaterra en septiembre de 1588, después de la derrota de la Armada Invencible. Se le recibió con gran regocijo ante el botín conseguido y recibió felicitaciones de la reina, pues las riquezas que traía a Inglaterra significaban un gran respiro para resarcirse de los gastos de la guerra. Sus incursiones fueron un nuevo triunfo para los ingleses en América y un nuevo golpe al exclusivismo español en dicho continente. No es de dudar, que la soberana inglesa ante los gastos de guerra que se le venían encima permitiera que Cavendish zarpara rumbo a las Indias occidentales para que pudiera obtener todas las riquezas posibles. Además contaba con una gran ventaja, pues ante el advenimiento del conflicto armado en Europa, las costas americanas quedarían aún más desprotegidas, puesto que la atención

de la Metrópoli española se centraba en la Armada Invencible. A pesar de que la incursión de Cavendish no fue tan fácil, sí logró conseguir lo que buscaba, o sea, riquezas y fama personal.

También hay que señalar que al año de la derrota de la Armada española, y ante lo mermado del poder marítimo de España, los ingleses planearon una expedición en contra de la península al mando de Drake. Desembarcaron en La Coruña y destruyeron un navío, el "San Juan", que estaba en el puerto y tomaron cuanto pudieron. Asimismo intentaron apoderarse de Lisboa, pero se les rechazó. Fueron más sus pérdidas que sus ganancias. Con este fracaso, Isabel I se dió cuenta que atacar a España en su propio terreno, durante la guerra, era mucho más difícil de lo que creía. A pesar de que la había derrotado navalmente, España conservó cubiertos sus propios puertos, puesto que había una guerra declarada de por medio. No era lo mismo que atacar a las indefensas colonias españolas de América, en donde prevalecía la guerra de los corsarios, la cual era menos costosa para la Corona inglesa y dañaba los intereses hispanos en el Caribe. Por ello, los hombres de negocios no se animaron a patrocinar una empresa a gran escala que tuviera como objetivo puertos españoles o portugueses, salvo que fuera necesario por alguna amenaza de peligro.

Se dice que por falta de decisión, excesiva cautela y precaución por parte de Isabel I, así como por el temor a un segundo intento de invasión de tal magnitud por parte de España, no se aprovechó al máximo la derrota de la Armada Invencible. Sin embargo, los proyectos a seguir no funcionaron porque los puertos ibéricos estaban muy bien fortificados y porque las Indias occidentales, asimismo, estaban mejor preparadas para la defensa. La experiencia ayudó a los defensores de las zonas más expuestas como el Caribe, a protegerse de los ataques ingleses, pues los conocían bien. Por otro lado, los españoles no habían descuidado ni por un momento el paso de la flota de Indias, y por supuesto, ésto no facilitó el acecho y asalto de los galeones, los cuales estaban custodiados por buques de guerra que estaban artillados al máximo para la protección de la flota. Así pues, el aumento del prestigio naval de Inglaterra no

hizo posible que sus corsarios capturaran con éxito a dicha flota, salvo a un descuidado galeón; lo cual se daba muy de vez en cuando. Además, un enfrentamiento con la flota de Indias necesitaba de una gran escuadra inglesa preparada para el abordaje, pero aún así no se garantizaba el éxito. Muchas veces, al enterarse de la presencia de los piratas, la flota no zarpaba a tiempo y la espera inútil, ante la falta de seguridad sobre si los galeones cruzarían o no las rutas trasatlánticas, hacía que se gastara víveres y tiempo valioso, que los corsarios isabelinos podían utilizar en otras correrías más efectivas. Con una larga espera habría peligro de que las enfermedades se propagaran con mayor facilidad entre la tripulación. Por ello se prefirió financiar incursiones corsarias que tuvieran la misión de atacar y saquear plazas y buques españoles, pero si se tropezaban con algún galeón de la flota de Indias que pudieran tomar, tanto mejor. No era una prioridad, ya que se sabía lo riesgoso y poco seguro de esta empresa en cuanto a lo que ganancias se refiere. De esta forma, los ataques rápidos y en flotillas se convirtieron en la actividad favorita de los corsarios e inversionistas ingleses, pues dichas maniobras resultaban ser más seguras a nivel económico que atacar a la bien artillada flota de Indias.

El gobierno español, por su parte, prefirió buscar una mayor influencia en Francia que dedicarse de lleno a la guerra anglo-española, puesto que en 1589, el poder de la Liga Católica, con quien mantenía relaciones, había perdido fuerza ante el empuje de Enrique de Navarra. En sí, los esfuerzos de Felipe II se concentraron cada vez más en Francia. "Parecía que aquí podría enjugar el desastre de la empresa de Inglaterra". (46) De esta forma, tanto el soberano español como Isabel I prefirieron continuar con su política de intriga como antes de la guerra, siempre y cuando las circunstancias fueran propicias y así lo fueron. Sin embargo, no se dejaron de proyectar renovados ataques mutuos. Éstos de cualquier forma, no fueron determinantes, ya fuera por la defensa española de sus puertos peninsulares o por las tempestades que desbarataban el ataque español sobre Inglaterra.

Muchos corsarios, con barcos particulares o de la Royal Navy, partieron hacia las Indias occidentales para buscar gloria, riqueza o venganza, y sacar provecho del estado de guerra. Varios trataron de cruzar el estrecho de Magallanes e imitar las hazañas de Drake o Cavendish. Otros tantos, que eran la mayoría, atacaron el Caribe, así como las Canarias, cabo Verde y las Azores; pero tampoco se desistió de acechar a la flota de Indias que por lo general seguía la ruta de las Azores. La amenaza de los corsarios,

aunque no logran asaltar la flota, obstaculizaba el transporte de metales hacia España, a la cual le resultaban muy necesarios para mantener su política de intriga y sus guerras políticas y religiosas en Europa.

De cualquier forma, se puede decir con claridad, que la mayor parte de las incursiones corsarias se concentraron en el Caribe porque era la zona más conocida y saqueada por los piratas en América. Al disminuirse la dimensión de las flotas corsarias se necesitaba dar ataques rápidos para sorprender al enemigo dado el estado de guerra. Por ello, era preferible atacar el Caribe que arriesgarse a cruzar el estrecho de Magallanes, que por sus tempestades y arrecifes resultaba muy peligroso. Esto, sin embargo, no quiere decir que no se intentara a menudo atravesarlo, pero como la mayoría no lo lograba —muchos naufragaban—, se prefería incursionar en el Caribe y resarcirse de las pérdidas sufridas.

El tercer conde de Cumberland, George Clifford, financió incursiones piratas y corsarias para rehacer su dilapidada fortuna. Por eso planeó, en 1589, acechar en las Azores a la flota de Indias, pero como ésta no zarpó a tiempo, no logró capturar nada. En cambio, sí pudo atacar a siete barcos mercantes que se toparon con los corsarios ingleses en esta zona. Aunque muchos murieron, se obtuvo cierto botín.

En 1590, Hawkins y Frobisher también financiaron incursiones hacia América. Al ser vistos sus navios cerca de La Habana, los españoles los enfrentaron y una nave inglesa cayó bajo el poder del enemigo. Grenville, almirante inglés, también sufrió pérdidas cuando una flotilla española capturó siete de sus naves corsarias.

En 1591, la flota de Indias zarpó con cargamentos acumulados que no habían podido salir rumbo a España. Este rico botín representaba una gran tentación para los corsarios isabelinos. De esta forma se preparó una estrategia para capturarlo. Se apostaría una flota corsaria cerca de cabo San Vicente comandada por el conde de Cumberland, y otra en las Azores, la cual era una formación de la Royal Navy bajo el mando de Thomas Howard, conde de Suffolk. España envió, enterada de esto, sendas armadas contra las dos flotas enemigas. Hacia las Azores partió Don Alonso de Bazán, con cincuenta y cinco naves y siete mil doscientos hombres, así como ocho barcos ligeros de Portugal. Como se puede apreciar, las costas americanas no recibían gran ayuda de la Metrópoli, pero al tratarse de la flota de Indias las cosas cambiaban, aquélla se esmeraba en protegerla e impedir que los galeones cayeran en manos de los piratas. La flota inglesa que iba a enfrentar Bazán sólo estaba compuesta por veintidós

naves. Ante la presencia de la flota española que los enfrentó entre la isla Flores y la del Cuervo -o del Corvo-, los ingleses no pudieron evitar el fuego. Los españoles alcanzaron y abordaron la nave capitana inglesa, la "Revenge", en la que murieron Richard Grenville y ciento cincuenta hombres, así como un centenar de españoles. Por lo pronto, este lado había quedado libre de la amenaza corsaria para que la flota de Indias pasara sin dificultad. Sólo faltaba aplacar al otro grupo de corsarios.

Para cabo San Vicente zarparon cinco galeones bajo el mando de Don Francisco Coloma, quien con sus fuerzas batió a los navíos del conde de Cumberland en las islas Berlingas. Los españoles capturaron una nave mayor y otras dos menores, con un mínimo de españoles muertos. Los corsarios ingleses se dieron a la fuga. De esta forma, la ruta quedó completamente despejada para que la flota de Indias pasara libremente y así llegó con bien a puerto español aunque castigada por los temporales. Se demostró una vez más, que atacar esta flota era una empresa sumamente difícil de realizar, porque a pesar de que sus riquezas eran codiciadas por los corsarios también lo eran para España y su rey, y éste no iba a permitir que dicha flota cayera en manos enemigas.

También en 1591, en menor proporción, el capitán corsario Christopher Newport tomó plazas menores en la Dominicana y la población de Trujillo en Honduras. En 1592 también se armaron flotillas por parte de Walter Raleigh, Hawkins, Frobisher y Cumberland -que no desistía en sus intentos de acechar la flota de Indias-, pero no fueron muy exitosas. Tras una tormenta, Hawkins sufrió la dispersión de sus naves. Seis fueron apresadas por la escuadrilla de Don Pedro de Zubiaur. Así por el estilo fue el destino de las demás flotillas. Cumberland, por su parte, fue el más destacado porque logró tomar un galeón que se había separado de la flota de Indias, el "Madre de Dios", que aunque se defendió cayó en manos de los corsarios.

Cavendish también partió con seis navíos en este mismo año rumbo a las Indias, pero no pudo repetir sus hazañas pasadas. Perdió un patache y muchos de sus hombres enfermaron. Hizo escala en Brasil y desde allí se extendió la noticia de su presencia. Al entrar al estrecho de Magallanes, los españoles ya lo esperaban al otro lado del mismo, pero fue entonces cuando se dió un motín, producto del hambre, el cual se pudo controlar. De cualquier forma, Cavendish prefirió regresar al Brasil y abastecerse. Perdió tres barcos, dos por naufragio y otro por desertión. Una escuadra portuguesa alcanzó a este último y lo apresó. Cerca de Pernambuco, un temporal hizo naufragar el

resto de la flotilla, en donde Cavendish y sus demás hombres perecieron.

En 1593, Cumberland insistió en atacar a la flota de Indias y para ésto mandó doce naves a las Azores. Cabe señalar, que por lo general, Cumberland se encargaba de la planeación de sus incursiones más no de su realización, la cual era hecha por piratas y aventureros que estaban bajo su servicio. De cualquier forma, no consiguió nada con este viaje, así que mandó otras tres naves al mando del capitán Laughton pero hacia las Antillas, en donde sólo obtuvo un exiguo botín. En 1594 volvió a aprestar una nueva flotilla. Cerca de las Azores tres naves inglesas atacaron la nao portuguesa de Indias comandada por Don Francisco de Melo. Aunque lograron tomarla, el almirante Williams Anthony y el vicealmirante George Cave de la empresa corsaria murieron, así como noventa hombres más, con otros tantos heridos, por lo que el conde de Cumberland, quien si iba en este viaje, ordenó quemar el barco portugués y asesinar a los supervivientes. Luego pretendieron acometer otro galeón pero esta vez español, el "San Felipe" de Don Luis Coutinho, pero fueron rechazados con nuevas pérdidas. (47)

En 1595, el conde de Cumberland, volvió a intentar capturar la flota de Indias. La nave almiranta se había separado de la misma por una tempestad, pero fueron rechazados por ella. En 1596 intentó nuevamente interceptarla, pero la escuadra española de Don Luis Fajardo salió a proteger el paso de la flota y ahuyentó a los corsarios. Como se puede apreciar, dicho conde trató muchas veces de atacar la flota de Indias con escaso éxito, pero con la suficiente constancia para que la flota se retrasara por la presencia de sus navios, o por lo menos, para hacerles la travesía lo más pesada posible por la amenaza del ataque.

Asimismo, las incursiones a América no cesaron. En 1593, Richard Hawkins, hijo de John Hawkins, también probó suerte en las costas americanas. Fue ayudado enormemente por su padre en la preparación de la empresa. En junio de este mismo año zarpó de Plymouth con un navío de trescientas toneladas y ocho cañones y un patache de sesenta toneladas rumbo a América. En las costas del Brasil se perdió la nave almiranta y el patache desertó, pero Hawkins decidió proseguir su viaje con la "Dainty" y cruzar el estrecho de Magallanes con un sólo navío, como lo había hecho Drake. Al llegar a las costas del Pacífico se dirigió a Valparaíso que se encontraba desprotegida y desprevenida. Allí se apoderaron de cinco navios de carga, para luego pedir rescate por ellas, menos por una que se llevó consigo, junto con el piloto Alonso

Pérez Bueno. Reunió aproximadamente veinticinco mil ducados, pero sus correrías llegaron a oídos del virrey del Perú, Don García Hurtado de Mendoza, quien dispuso que la defensa que se había preparado para Cavendish —el cual no cruzó el estrecho—, se alistara para atacar a estos nuevos corsarios. Del Callao zarparon tres galeones de quinientas toneladas, bajo el mando de Don Beltrán de Castro y de la Cueva. También se puso sobre aviso a Panamá y a la Nueva España de la presencia de Richard Hawkins. Al ser perseguido este corsario por una nave almirante española, Hawkins decidió arrojar las mercancías robadas por la borda para aligerar su nave. Así logró perderla de vista, pero la persecución no desistió. A mediados de junio de 1594, Beltrán de Castro recogió al piloto Alonso Pérez en Huanchaco, el cual Hawkins había dejado en libertad. Por informes, el 30 de junio se avistó al "Dainty" en la bahía de Atacama. Se le atacó pero logró huir nuevamente. El 2 de julio fue avistado de nueva cuenta, pero esta vez no pudo escapar al recibir una terrible andanada de estribor y un ataque de mosquetería. Así se dió la rendición después de una cruenta batalla. Noventa de los hombres de Hawkins fueron hechos prisioneros, entre ellos él mismo. Don Beltrán de Castro trató con grandes gentilezas a Richard Hawkins —quien fue llevado a Lima— por su valor en combate y su dignidad en la derrota, puesto que ya no era un pirata propiamente dicho, sino un prisionero de guerra. Primero fue curado de sus heridas y luego fue alojado por Don Beltrán en su propia casa. Éste tampoco permitió que Richard Hawkins fuera entregado a la Inquisición porque ésta hubiera sido más dura al juzgarle. Posteriormente fue embarcado para España. Después de un año de cárcel sería liberado y enviado a Londres en 1602. El "Dainty" fue incorporado a la Escuadra de defensa española, con el nombre de "La Inglesa". (48)

En sí, para 1593, los españoles ya habían logrado mejorar las defensas costeras de América y con esto, las ganancias del corso disminuyeron. Ello aunado con las tasas de guerra, restaba fluidez a los ataques corsarios y no aportaba grandes dividendos a sus inversionistas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

(Cuarto Capítulo).

- 1) Heinrich Lutz, Reforma y Contrarreforma, trad. Antonio Sáez, Madrid, Alianza, 1992, p. 149.
- 2) Martha de Jármey Chapa, Un eslabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglo XVI y XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 75.
- 3) Domingo Mauza Zavala, Hispanoamérica-Angloamérica, Madrid, Mapfre, 1992, p. 86.
- 4) Pablo Pérez Millaina, et. al., Historia de Iberoamérica. Historia moderna, tomo II, Madrid, Cátedra, 1992, p. 421.
- 5) Manuel Nogueira, [Introducción], en Alexander Exquemelin, Piratas de América, Madrid, Historia 16, 1988, p. 17.
- 6) C. H. Haring, Los bucaneros de las Indias occidentales en el siglo XVII, trad. de Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas, 2a. ed., Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1939, p. 40.
- 7) Peter Bradley, Navegantes británicos, Madrid, Mapfre, 1992, p. 72.
- 8) Francisco Santiago Cruz, Los piratas del golfo de México, México, Jus, 1962, p. 33.
- 9) Juan Antonio Ortega y Medina, El conflicto anglo-español por el dominio oceánico. (Siglos XVI y XVII), México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas, 1981, p. 49.
- 10) Manuel Lucena Salmoral, Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, Madrid, Mapfre, 1992, p. 96.
- 11) Bradley, Op. cit., p. 64.
- 12) Jármey Chapa, Op. cit., p. 90.

- 13) Germán Arciniegas, Biografía del Caribe, 10a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1973, p. 137.
- 14) Ibidem., p. 144.
- 15) Jármey Chapa, Op. cit., p. 92.
- 16) Ibidem.
- 17) Bradley, Op. cit., p. 82.
- 18) Lucena Salmoral, Op. cit., p. 102-103.
- 19) Ibidem., p. 104.
- 20) Arciniegas, Op. cit., p. 147.
- 21) Jármey Chapa, Op. cit., p. 96.
- 22) Bradley, Op. cit., p. 145-150.
- 23) Ibidem., p. 152-155.
- 24) Carlos Saiz Cidoncha, Historia de la piratería en América española, Madrid, San Martín, 1985, p. 71.
- 25) Lucena Salmoral, Op. cit., p. 107.
- 26) Bradley, Op. cit., p. 157-158.
- 27) Ibidem., p. 225.
- 28) Jármey Chapa, Op. cit., p. 97.
- 29) Lucena Salmoral, Op. cit., p. 109.
- 30) Jármey Chapa, Op. cit., p. 98.
- 31) Ibidem.
- 32) Ibidem.
- 33) J. H. Elliott, La Europa dividida, 1559-1598, trad. Rafael Sánchez, 3a. ed., Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 319-320.
- 34) Ibidem., p. 321.
- 35) Ibidem., p. 322-323.

- 36) H. G. Koenigsberger y George L. Mosse, Europa en el siglo XVI, trad. Juan García-Puente, Madrid, Aguilar, 1974, p. 276.
- 37) Jármay Chapa, Op. cit., p. 101.
- 38) Ibidem.
- 39) Ibidem., p. 103.
- 40) Ibidem.
- 41) Ibidem., p. 104.
- 42) Arciniegas, Op. cit., p. 155.
- 43) Carlos Kervern, La navegación a través de los siglos, Bilbao, Vizcaina/Desclée de Brouwer, 1964, p. 74.
- 44) Ibidem.
- 45) André Corvisier, Historia moderna, trad. Fabián García, Barcelona, Labor, 1977, p. 164.
- 46) Koenigsberger, Op. cit., p. 278.
- 47) Saiz Cidoncha, Op. cit., p. 88-89.
- 48) Ibidem., p. 86-92.

V. EL OCASO DE LOS "PERROS DEL MAR" Y DEL PERIODO ISABELINO.

5.1 El último crucero de verano a gran escala: la expedición al Caribe de Hawkins y Drake.

Después de la derrota de la Armada Invencible en 1588 los ataques entre España e Inglaterra fueron mutuos y abiertos, sin la necesidad de disimular sus actos. La guerra ya estaba declarada. Pero a pesar de ello, no se inclinó a favor de ninguna de las dos. La Armada naval española estaba en etapa de reconstrucción, y las flotas que no habían sufrido bajas fueron utilizadas para defender a la flota de Indias y a los puertos hispanos. Isabel I actuó con cautela al ver que sus ofensivas sobre España no le redituaban ningún triunfo de consideración, al contrario, sus corsarios eran rechazados con vigorosidad. Felipe II consciente del carácter voluble de dicha soberana sobre la guerra, unas veces agresiva y otras carente de toda audacia, se confió al respecto y no concentró sus energías en someter a Inglaterra hasta que su Armada estuviera lista para el contraataque.

El ataque a Lisboa perpetrado por Drake en 1589 dejó en claro que atacar a Felipe II en su propio terreno no era una empresa tan fácil como se hubiera podido esperar dada la derrota de la Armada Invencible un año atrás. En cierto modo, también demostró a Isabel I que el hecho de que su fuerza naval hubiera vencido a la Armada española, no quería decir que España hubiera perdido por completo todo su poder defensivo. Cierto es que se le asestó un gran golpe marítimo y moral al monarca español, pero había que actuar con cautela si la soberana inglesa quería conservar el prestigio que sus corsarios le habían dado a Inglaterra al derrotar navalmente a España. Se atacaría a dicha nación cuando los ingleses se vieran obligados a hacerlo o cuando creyeran que podrían obtener la victoria. Por ello se prefirió seguir la guerra fuera de sus territorios, para que no fuera tan abrumadora para Inglaterra, e incluso para España. Esto fue, prácticamente, un acuerdo tácito entre los dos países involucrados, puesto que el asalto a sus respectivos territorios no dió ningún resultado trascendente tanto por las fortificaciones de una -España- como por los vendavales de la otra -Inglaterra- que la protegían de manera natural.

Asimismo, al desarrollarse la guerra de los corsarios en América, la asiduidad de éstos aumentó, pero también perdieron espectacularidad al realizarse en flotillas. La

constancia de los ataques también trajo como consecuencia, al estar bajo alerta de guerra, que hubiera una mayor atención en el cuidado de las defensas y en el avistamiento oportuno de la presencia de corsarios. Así se reduciría el efecto del factor sorpresa. Apenas eran avistados los buques corsarios en cualquier punto de las rutas trasatlánticas, se enviaban avisos a las autoridades correspondientes en América para que estuvieran al pendiente, ya que era bien sabido que los corsarios isabelinos tras intentar asaltar la flota de indias -que por lo general resultaban fallidos-, luego se dirigirían a piratear en el Caribe o tierra firme. Esto muestra también un mejor desenvolvimiento de sus comunicaciones. Con dicha alerta, las plazas costeras podrían prepararse para la defensa y pedir ayuda a los vecinos en caso de que el número del enemigo fuera mayor que el suyo. Por esto mismo, las flotas perdieron dimensión para pasar inadvertidas con mayor facilidad.

En América prevalecía la guerra de los corsarios porque era menos costosa para la Corona inglesa y porque dañaba la base financiera de los españoles, América, en especial el Caribe, la zona más sacudida por la actividad pirática. Por ello, Isabel I apoyó más estas incursiones que las que pretendían atacar directamente a España, porque como se ha mencionado, aquéllas tenían mejores resultados que éstas.

El desarrollo de la guerra de los corsarios fue lenta hasta 1595, porque se aprestaron expediciones con flotillas o con navíos individuales. Estos navíos tenían gran éxito porque por su reducido número eran más difíciles de identificar, pero como consecuencia sus ganancias se veían reducidas. Además, los intereses particulares se desbandaron y todos querían tomar parte del saqueo de América, sin participar en grandes organizaciones corsarias. De cualquier forma, la presencia de estas flotillas ayudaron a desequilibrar el poder español en América al atacar constantemente al Caribe y parte de las plazas costeras de tierra firme. Asimismo, pocos navíos lograban llegar al Mar del Sur, porque cruzar a salvo el agitado estrecho de Magallanes era muy difícil de lograr. Sin embargo, los más arrojados corsarios isabelinos lo conseguían y hacían de las suyas en las costas americanas del Pacífico. Por ello, entre 1593-1595 las defensas de tierra firme se reforzaron, en especial, la zona que va desde Cartagena hacia el istmo de Panamá y el golfo de Honduras. Los continuos hostigamientos que recibían de los corsarios isabelinos, de los franceses y de los holandeses (los "mendigos del mar") que para entonces ya habían aparecido en América, hicieron posible esta fortificación paulatina.

Estas penetraciones a pequeña escala fueron opacadas por la empresa a gran escala que Drake planeó desde 1594 y que en 1595 se hizo una realidad. También participó John Hawkins. Francis Drake había perdido la confianza de su ambiciosa reina a raíz de su fallido intento por asaltar a Lisboa en 1589, pero a pesar de ello, fue miembro del Parlamento y alcalde de Plymouth porque gozaba de prestigio. En esta etapa de su vida deseó dejar suelto de nueva cuenta su espíritu aventurero y gozar de la gloria de nuevas hazañas a nivel nacional, y para ello, requería tener el favor de la reina. Era necesario convencerla del éxito de la empresa y de la posibilidad de asestar un nuevo gran golpe a España con enormes riquezas como botín. Deseaba atacar Panamá, la única plaza que se le había resistido.

Isabel I fue conservadora cuando convenía a sus intereses, así que prefirió continuar con las incursiones piratas que hasta entonces se llevaban a cabo. Lo que ella quería era oro y ricas mercancías y no correr riesgos innecesarios en empresas cuyos resultados no le fueran satisfactorios. Así que tampoco se preocupó por los arreglos que los armadores realizaran para que sus incursiones fueran más efectivas, sólo quería ver los resultados. Por lo tanto, apoyar una empresa de grandes dimensiones como la que quería realizar Drake era de considerarse. La promesa de grandes riquezas la deslumbraba, como siempre había sido, pero en contra del proyecto se conjugaron varios factores. La Marina española ya estaba repuesta de la derrota de 1588; la guerra de los corsarios no había impedido que el transporte americano llegara a España; el impetu militar del duque de Parma no había disminuido en Países Bajos; España buscaba una posición de mayor influencia en Francia; y además, se tenían informes de un supuesto plan español para un segundo intento de invasión a Inglaterra, lo cual venía a colación por la ocupación española en una parte de la península de Brest, en el noroeste de Francia, desde donde se podía reunir una Armada invasora antes de entrar al Canal de la Mancha. (1)

El plan de Drake era muy ambicioso en comparación con las incursiones corsarias a pequeña escala que se habían venido realizando los últimos años. Quería continuar con su fama, su gloria y sus aventuras, y consolidar, aún más, su prestigio nacional. John Hawkins quien también colaboró en el proyecto de la empresa tenía un objetivo en mente: rescatar a su hijo Richard. La derrota de éste en las costas indígenas del Pacífico llegó a oídos ingleses a principios de 1594. Esto motivó a John Hawkins, su padre, a participar en esta empresa para liberar a su hijo, quien supuestamente estaba

sometido a duros trabajos. Como se sabe, en realidad gozó de la hospitalidad de Don Beltrán de Castro y de un buen trato en Lima. Cabe mencionar, que la figura de John Hawkins se había perdido en la década de 1570 y principios de 1580, pero esto no se debió a que hubiera "abandonado sus actividades sino solamente que se dedicó a tareas burocráticas relacionadas con el mar" (2), lo que también habla de la gran capacidad de Hawkins para ayudar a organizar incursiones piratas a América. Asimismo, reorganizó a la Armada naval inglesa. Desde luego una gran contribución.

En 1573 Hawkins fue nombrado tesorero de la marina real. Como tal fue el más importante reformador de la técnica naval de su siglo. Reformó los reglamentos de la vida marinera, impulsó la construcción de nuevas unidades, buscó aumentar la velocidad de los navíos y hacerlos más ligeros, redujo en lo posible las dotaciones de hombres e impuso una férrea disciplina, medidas que convirtieron a la escuadra inglesa en la mayor fuerza combativa de la época, teniendo en cuenta el número de sus unidades. (3)

Drake deseaba desembarcar en Nombre de Dios, marchar al istmo de Panamá guiado por cimarrones y tomar el puerto de Ilegadá de la Armada del Mar del Sur. Para él, el istmo era la llave del Perú. Su optimismo y su orgullo le hizo creer que alcanzaría el éxito y que esta vez sí tomaría Panamá y la plata que se transportaba a ella. Hawkins sabía que con la ayuda de Drake podría rescatar a su hijo y asestar de paso un nuevo golpe al poder español en América. Pero para la realización de su proyecto, Drake necesitaba ayuda financiera. Por esta razón los preparativos fueron lentos. A pesar de los supuestos beneficios de la empresa, la reina no estaba convencida de apoyarla y si Isabel no la aprobaba los inversionistas se volvían escépticos sobre prestar ayuda a una incursión de tal magnitud. Mientras esta situación se discutía, los hombres de negocios continuaron enviando flotillas a América.

Finalmente llegó a oídos de Isabel I una noticia que la motivó a aceptar la partida de Drake y Hawkins. Se enteró que la nave capitana de Don Sancho Pardo Osorio, dañada por tormentas, se había refugiado en el puerto de San Juan de Puerto Rico, con cerca de 2.500.000 ducados. La embarcación formaba parte de la flota de Indias. De esta forma, el gran proyecto pirático de Drake se redujo a apresar a dicho galeón como meta principal. También asaltaría Panamá, pero en ocho meses después de la partida tendría que regresar a Inglaterra por el temor a una invasión. Como se puede

apreciar, la soberana creyó que éste era un botín "seguro". No cabe duda, que ni por un instante consideró que el apresar el galeón dañado fuera una empresa difícil. No tomó en cuenta que si ella se había enterado de dicho infortunio para el galeón, Felipe II o las autoridades correspondientes también se habían enterado de lo mismo y que tomarían las medidas pertinentes para proteger el galeón. A Isabel no le importaba los medios con los que sus corsarios aprestaban sus flotas. No le preocupaba que hubieran padecido para encontrar financiamiento. Lo único que quería era que sus corsarios volvieran con las manos llenas de tesoros, pues después de todo, ellos tenían el deber -desde su punto de vista- de alcanzar el éxito de la misión que se les asignara para beneficio de la nación. Así que la intromisión de la reina en la empresa de Drake, sin tomar en cuenta factores estratégicos y logísticos, ocasionó en gran parte el fracaso de esta empresa.

De cualquier forma, Drake convenció a la reina de la conveniencia de que la Corona participara activamente en el aprestamiento de la expedición. Isabel decidió apoyarlo y al hacerlo se estimuló la participación de otros inversionistas. Asimismo, cuando la soberana inglesa optó por ser accionista de la empresa bajo sus propias condiciones, ésta se convirtió en una empresa nacional, y por consiguiente, Isabel consideró que sus órdenes no debían ser discutidas. Así que exigió que el mando de la empresa lo compartieran los dos almirantes, Drake y Hawkins. Esto, desde luego, también obstaculizó el desempeño de la empresa porque al seguir a dos jefes que por lo general no coincidían en opiniones, la tripulación no iba a estar cohesionada y el desarrollo de la misión iba a desarticularse. Se sembraría la confusión al existir dos líderes a quien obedecer, y dos metas a seguir. Drake seguiría su instinto y Hawkins obedecería a su reina. Asimismo, para evitar esta situación, uno de los dos almirantes tenía que ceder ante el otro, aunque no tuviera la razón, según fuera el caso.

Mientras tanto, los preparativos de la empresa siguieron adelante. La flota inglesa quedó compuesta por veintisiete navíos. Seis eran de la reina, pero dos de ellos eran nuevos, el "Garland" y el "Defiance". Los restantes eran barcos mercantes armados por particulares. El buque más grande era de 700 toneladas. Se embarcaron dos mil quinientos hombres. Fue en sí, la flota más grande enviada a América en misión de corso por parte de Inglaterra. También llevaban tropas de un ejército regular a cargo de Thomas Baskerville, para dominar Panamá.

Finalmente, la flota inglesa zarpó de Plymouth en septiembre de 1595. Por estas

fechas también zarpó Raleigh en busca de información sobre "El Dorado". Felipe II fue puesto sobre aviso de los preparativos de la flota inglesa y pudo tener el tiempo suficiente para mandar avisos de este hecho a las autoridades costeras indianas. Drake navegó en el "Defiance" y Hawkins en el "Garland". Las disensiones en el mando surgieron pronto, pues Hawkins quería ir directamente a Puerto Rico, acatando las órdenes de la reina, y Drake saquear primero las Canarias. En parte, porque el plan original de la empresa era de este último y aunque cedió terreno a favor de la soberana para que los dejara zarpar, al estar en el mar, Drake creyó poder hacer lo que considerara más conveniente para la empresa, pero la presencia de Hawkins dificultaba las cosas, a quien en cierta forma respetaba. Quizás por ello, Isabel I insistió en que estos personajes compartieran el mando, para tener bajo control el espíritu indomable de Drake y para que regresaran a tiempo a Inglaterra como ella había dispuesto. Esto demuestra que a pesar de todo, dicha soberana aún confiaba en los talentos de Drake y Hawkins para liderar la defensa del país en caso de invasión. Asimismo, Drake necesitaba abastecerse en las Canarias porque llevaba exceso de tripulación y las vituallas que llevaba no eran suficientes para la misma, puesto que Hawkins se había rehusado a compartir las suyas con él. Este último sólo accedió a seguirlo porque Baskerville le aseguró que tomarían Las Palmas en sólo tres o cuatro días. El 8 de octubre se emprendió el asalto pero la ciudad resistió, así que la flota inglesa tuvo que retirarse. Mientras esto acontecía la flota de Indias llegaba a salvo a España al pasar más al norte de las Canarias. Felipe II envió a su vez a cinco fragatas de guerra al mando del almirante Don Pedro Téllez de Guzmán, para recoger el tesoro que estaba anclado en Puerto Rico, mientras los ingleses insistían en tomar Las Palmas, y así se hizo.

Tras dejar las Canarias y sin haber y sin haber logrado acechar la flota de Indias, la flota inglesa llegó a la isla Guadalupe a fines de octubre de 1595, pero sus residentes ya conocían de su llegada. Hawkins decidió, por prudencia, demorar la marcha de la expedición hacia Puerto Rico, pero uno de los barcos menores, el "Francis", se rezagó, y fue capturado por los españoles. Drake quiso ir tras éstos para evitar que la noticia de su presencia y sus intenciones se difundieran, pero Hawkins lo impidió porque quería llegar ya a Puerto Rico, y quizás porque quería apresurar la liberación de su hijo. Los ingleses capturados, bajo tortura, delataron el interés de sus líderes por asaltar dicha plaza. Se dispusieron cañones para defender la ciudad y dos

mil soldados para combatir. En noviembre, los corsarios se presentaron ante San Juan, pero fueron recibidos a cañonazos. El "Defiance" fue averiado y algunos corsarios murieron, pero sobre todo, hay que señalar que para entonces Hawkins se encontraba ya muy enfermo y murió el mismo día del ataque por disentería, el 22 de noviembre. Su cuerpo fue lanzado al mar con grandes honores. Como Hawkins sabía lo cruel que su reina solía ser con los que le "fallaban", sin importarle sus logros pasados, "le escribió una carta en la que le dejaba dos mil libras por su pérdida en la empresa. Asimismo, le anunciaba la catástrofe del viaje y le pedía como premio a sus servicios a la Corona, que entregara a sus herederos la misma cantidad de dinero con que él había contribuido a la expedición". (4) De esta forma, Drake tomó el mando absoluto de la empresa.

Drake, al ver y analizar lo ocurrido, se dió cuenta que todo había cambiado. Las plazas estaban mejor defendidas estratégicamente. Los cañones protegían la entrada del puerto custodiado por soldados. El conocimiento de su llegada e intenciones se corrió rápidamente e hizo posible la preparación previa de la defensa. Drake intentó por tres días apoderarse de San Juan, pero desistió al perder hombres y barcos. Los españoles le habían estorbado la entrada al puerto al hundir dos barcos, y al ser acosados, Drake optó por aceptar la derrota y buscar otros puertos en tierra firme. Cartagena estaba descartada por ser la plaza mejor defendida. Así que se dirigió al cabo de la Vela, en donde se apoderó de las canoas de los pescadores de perlas que se encontraban desprotegidas. Luego pasó por Río Hacha y pidió un rescate por las canoas robadas. Los pobladores se negaron a hacerlo y en respuesta Drake desembarcó e incendió la ciudad, ya que no había tiempo para forzar poco a poco el rescate, tanto por el límite de tiempo impuesto por la reina como por las noticias de su presencia que se difundían con rapidez, relativa, por las Indias. Continuó a Santa Marta y allí apresó un barco que llevaba al teniente de gobernador Don Francisco Flores. Pidió rescate por dicho personaje y prendió fuego a la población. El 6 de enero de 1596, Drake y sus hombres llegaron a Nombre de Dios para tratar de asaltar la recua de mulas del Potosí, pero la plaza había sido evacuada con anticipación y defendida por el gobernador Don Diego de Amaya y sesenta soldados. Tras una breve resistencia, los defensores huyeron a la Sierra de Capira. Drake se apoderó de la ciudad y la saqueó, pero no había cosas de gran valor porque como ocurrió en Río Hacha, la gente del lugar había huído con sus joyas y pertenencias para esconderse

de los corsarios. Así que Drake decidió poner en marcha la empresa que tenía en mente: atravesar el istmo y caer sobre la ciudad de Panamá para apoderarse de la plata peruana. Procuró tener guías en el pueblo de cimarrones de Santiago del Príncipe, pero fracasó porque ya no era tan fácil hallarlos.

Drake dispuso que una fuerza bajo su mando entrara por la vía fluvial del Chagres, mientras otra de setecientos cincuenta soldados se dirigía por tierra, al mando de Baskerville, hacia el Camino de las Cruces. Las tropas del gobernador Alonso Sotomayor derrotaron a Baskerville y a sus hombres en la montaña del Capirejo, tras una emboscada, lo que mostró la superioridad estratégica en tierra de los españoles. Baskerville y otros huyeron, pero muchos murieron. Drake se sintió tan mal por ello, que no volvió a expresar alegría, salvo para infundir fuerza y confianza entre su tripulación. Ante esto, Drake tuvo que replegarse hasta Nombre de Dios, población que mandó incendiar el 12 de enero. También destruyó todos los barcos del puerto, pues quería vengarse. Una de las ciudades reconocida por los tesoros que a ella transportaban, sólo le brindó unos cuantos lingotes de plata y oro como único botín.

Lugar que Drake pisaba, lugar que resultaba una decepción. La noticia de su presencia hacía que las ciudades estuvieran desiertas a su llegada, sin objetos de gran valor, salvo excepciones. En cambio, encontró sorpresas de tipo defensivo. A pesar de ello, Drake insistió en hallar oro para su gloria personal y para su reina. Por eso, con los hombres y buques que le quedaban se dirigió a Portobelo, pero en el trayecto entre Nombre de Dios y esta plaza las fiebres tropicales hicieron mella entre la tripulación y en su propio capitán, que ya se encontraba enfermo de disentería. Mientras más navegaban al norte, mayor era el número de enfermos por las fiebres y la disentería. La tripulación se diezmó rápidamente al no contar con suficientes víveres ni medicinas. Drake murió el 22 de enero de 1596, al fondear en la isla Escudo de Veragua, cerca de Portobelo -en donde ya se estaban levantando fortificaciones- a bordo de su barco, el "Defiance". Su cadáver fue colocado en una caja de plomo y tirado al mar con todos los honores dignos de un capitán y almirante de su calibre.

Después de este suceso, el mando pasó a manos de Baskerville, el cual mandó quemar las naves averiadas y poner rumbo a Inglaterra con ocho naves. Al llegar a Cuba pensó en hacer aguada, pero fue atacado por una escuadra enemiga dirigida

por Don Bernardino Delgadillo. Así que los corsarios apenas pudieron llegar a salvo al Canal de la Bahama y de allí se dirigieron a Inglaterra. De los veintisiete navíos que conformaban la flota inglesa, sólo ocho regresaron. Esta empresa fracasó no sólo económicamente, sino que también marcó el fin de las grandes hazañas de los corsarios isabelinos, ya que no regresó "ni Hawkins, el maestro de los contrabandistas, ni Drake, el maestro de los perros del mar". (5) Pero asimismo, las perlas que Drake y sus hombres capturaron pagaron el costo de la flota. De esta forma, con la muerte de Francis Drake terminó la época de los grandes corsarios isabelinos, pues él fue el más sobresaliente de todos por sus dotes de navegante y arrojo personal. Sus correrías y grandes hazañas contribuyeron al desarrollo náutico y comercial de Inglaterra. También fue la inspiración de otros corsarios. Se puede decir con toda franqueza, que "su carrera tuvo el brillo y el esplendor de un cometa, mezcla de éxitos y de fracasos". (6) Asimismo, fue el representante de lo que Inglaterra sentía en esos momentos como nación, se le llegó a considerar "el brazo armado de Dios para castigar los pueblos a donde los españoles habían llevado la venenosa infección del Papa" (7), la corrupción y los vicios.

Cabe mencionar, que la causa del desastre de dicha empresa no fue el grado de eficacia operativa de los "perros del mar", ya que ésta era todavía poderosa, sino a una mayor y mejor defensa de los puertos atacados, y sobre todo, el haber perdido el factor sorpresa del ataque. Asimismo, el hecho de que el objetivo de la empresa hubiera sido condicionado por la reina obstaculizó la iniciativa de dicha empresa, ya que aunque Drake pensara modificar ciertas cuestiones, no podía pasar por alto el tener que capturar el galeón averiado en Puerto Rico -el cual nunca vieron- y regresar en un plazo de ocho meses; lo que le restó fluidez a la empresa. Pero el más grave error que dicha soberana cometió fue el haber dividido el mando de la expedición entre Hawkins y Drake, dos almirantes de caracteres totalmente opuestos. Mientras uno abogaba por la prudencia, el otro lo hacía por la audacia. Isabel I pudo creer que de esta forma se equilibraría el desarrollo de la empresa, porque conocía el temperamento de ambos, pero lo único que logró fue ponerla en jaque porque las personalidades de estos almirantes chocaron. Al estar sujetos uno del otro y ante las limitantes impuestas por la reina, la sagacidad y la espontaneidad de la empresa se perdió. El desviar la atención hacia una causa perdida, puesto que el galeón varado ya había sido recuperado por los españoles, y al tener en mente otras metas, hizo

que la misión fracasara. No hubo compatibilidad en el objetivo de la empresa, ni en la forma en cómo debía llevarse a cabo, al haber dos almirantes tan dispares y tan fuertes al mismo tiempo. Hawkins estaba interesado en auxiliar a su hijo capturado en Lima, y Drake en Panamá, pero las imposiciones de la reina terminaron, en sí, por sembrar la confusión en el objetivo de la expedición. Todos tenían en mente metas diferentes. Defendían medios y prioridades distintas. Sólo coincidían en su interés por el oro y las riquezas americanas. Quizás, si se hubiera dejado que Drake comandara la empresa que él mismo había ideado, bajo objetivos y prioridades bien delineados, y obviamente, un sólo almirante, el resultado de la empresa hubiera sido más vivificador y beneficioso para todos. Drake hubiera descubierto el paradero de Richard Hawkins, intentado atacar Panamá y llevar riquezas a su reina.

5.2 La búsqueda de "El Dorado".

El ansia por hallar grandes tesoros provocó que en 1595 se diera un nuevo intento para buscar la ciudad perdida de "El Dorado", pero esta vez a cargo del inglés Walter Raleigh. Según la leyenda, existía en Sudamérica una tierra sumamente rica llamada Manao, en la que su cacique "El Dorado", se hacía cubrir todas las mañanas con polvo de oro. Estas noticias bastaron para que se desencadenara una enfermiza fiebre exploradora a través de los territorios más inhóspitos del Nuevo Mundo. Pero de las decenas de expediciones que se organizaron, muy pocas lograron encontrar piezas de oro, las cuales fueron obtenidas del saqueo a indígenas. Esta quimera hizo que muchos aventureros peinaran, en el siglo XVI, las selvas, montañas y desiertos de Sudamérica en busca de oro y piedras preciosas. Numerosos expedicionarios murieron en el intento. Todos deseaban hallar las mayores riquezas en el menor tiempo posible.

No se sabe con exactitud en dónde surgió dicha leyenda. Las crónicas indianas hablan de dicha leyenda desde 1534. Sin embargo, también se dice que en España ya se hablaba de "El Dorado" desde que los hombres de Balboa volvieron de su expedición en 1513. De cualquier forma, lo cierto es que atrajo la codicia de todos aquellos que la tomaron como verdadera. Lo más curioso de esto fue que a pesar de que ya había pasado cincuenta años de exploraciones infructuosas en busca de esta ciudad perdida, aún se insistiera en su búsqueda, la cual se llevaba a cabo en donde se creía que se localizaba, la zona selvática de Sudamérica. El que las grandes civilizaciones de los Andes y México hubieran proporcionado grandes tesoros a España, hizo suponer que podrían existir otras civilizaciones igual de ricas o más que las ya encontradas, pero no fue así. La fiebre del oro y de las riquezas era tal, que ni los fracasos anteriores desanimaron por completo a los aventureros ávidos de fama y fortuna. Un mito arrancado a los indios mediante la tortura, porque era lo que los españoles querían escuchar, fue la base de una leyenda de grandes dimensiones que entusiasmó perturbó a los que creyeron en ella.

Para Walter Raleigh la tierra de "El Dorado" existía. Con su descubrimiento y conquista no sólo obtendría para su reina y su país tesoros inimaginables, sino que él mismo se convertiría en otro Hernán Cortés o un nuevo Pizarro, pero con hazañas mayores y superiores. Había leído casi todo lo referente a la búsqueda de la ciudad perdida de "El Dorado" y de sus supuestos tesoros, lo cual contribuyó a que Raleigh

creyera en todas esas fantasías y sueños sobre Manao. Pronto se convirtió en el principal promotor de esta empresa en Inglaterra. Para que la reina Isabel apoyara su proyecto sobre la búsqueda de dicha ciudad, debía impresionarla con la supuesta riqueza de la misma.

El modelo que Raleigh tomó para su proyecto de conquista fue de los españoles. Deseaba hallar como éstos minas y metales, pagar una tasa fiscal por el permiso dado por la soberana y aspirar a poblar las tierras descubiertas. En sí, los procedimientos que Isabel I utilizó para dar permisos de colonización fueron imitación del de los españoles, como el caso de Roanoke y Virginia, en donde se dieron licencias de establecimiento. En los primeros intentos colonizadores ingleses en Norteamérica sólo se llevó a Inglaterra tabaco y patatas, ambos productos extraños para la población que poco a poco se hicieron de su agrado, pero no obtuvieron oro. En esta época se creía que la única forma de cubrir las necesidades económicas de Inglaterra era a través de la explotación de tierras ricas en oro, por eso si se conquistaba Manao se dispondría de recursos semejantes a los del rey español e incluso superarle, no sólo imitarle. Poseer una fuente de recursos auríferos significaba obtener la hegemonía en Europa y arrebatarle poder a Felipe II, así como disminuir su dominio en América.

Raleigh había participado en toda empresa que hubiera estado encaminada a descubrir y poblar nuevas tierras. Por ello, cuando oyó hablar de los tesoros y de la leyenda de "El Dorado", creyó ver en dicha tierra, la conquista de su gloria personal. Así fue como Raleigh, desde 1584, empezó a fijar su atención sobre el espacio costero comprendido entre el Orinoco y el Amazonas. Esta era una zona de una fecundidad prometedora y que se suponía estaba marginada del dominio efectivo de los españoles. Incluso, las relaciones que mantuvo con piratas franceses hugonotes que habían viajado a las costas del Brasil, le brindaron datos al respecto. Un capitán francés, en este mismo año, le aseguró "que más al norte, efectivamente, la costa no estaba poblada por los españoles ni por los portugueses", lo que también fue confirmado por los ingleses que se habían aventurado hasta la isla de Trinidad. (8) En sí, le informaron de lo que sabía de la costa del Brasil. Era un litoral tropical que consideraban no ocupado por los españoles, pero hacía falta explorar la región y calcular su valor y sus excelencias auríferas.

Cabe mencionar que en 1586, el capitán Jacob Whiddon, con unas pinazas de

Raleigh capturó a la altura de las Azores un pequeño barco en el que iba el gobernador portugués de la isla San Miguel. Más adelante capturó una nao en la que viajaba Pedro Sarmiento de Gamboa, gobernador de los establecimientos del estrecho de Magallanes, y que se dirigía a España para reclutar gente que reforzara dicho poblamiento. Sarmiento, antes de ser capturado, tiró al mar mapas y cartas referentes al estrecho. No deseaba que los ingleses se aprovecharan de sus exploraciones para luego usarlo en contra de los españoles y facilitarles el trabajo. En Londres quedó bajo la disposición de Raleigh. Lo trató bien porque creyó que sabía todo lo concerniente sobre las zonas exploradas de América. Para Raleigh, Sarmiento era una figura muy interesante porque éste había intervenido en los interrogatorios que el virrey de Toledo había dispuesto para averiguar todo sobre el pasado Inca en Perú. Se habló de los tesoros perdidos, de la huida de los núcleos más resistentes a la conquista y de la colonización al otro lado de los Andes e incluso de "El Dorado". Ambos personajes, Sarmiento y Raleigh, habían fracasado en sus intentos colonizadores, uno en Magallanes y el otro en Roanoke, pero "El Dorado" le brindaba a Raleigh una nueva oportunidad para llevar a cabo sus planes colonizadores. Sarmiento lo deslumbraba por sus conocimientos y porque en cierta manera, se identificaba con sus ideales. Compartían intereses y "El Dorado" era la muestra. La información proporcionada por el español no sólo resultaba beneficiosa para Raleigh, Sarmiento también esperaba conseguir su liberación y así fue.

Raleigh estaba cada vez más convencido de la existencia real de la ciudad perdida de "El Dorado". Estaba dominado por el ensueño de ofrecerle a su soberana unos "reinos" más ricos de los encontrados por los españoles y dominados por Felipe II. Empapado de estos anhelos fue como leyó cuanta información existía sobre las Indias y "El Dorado". En 1594 mandó, de nueva cuenta, al capitán Whiddon a examinar la costa de la Guayana y reunir información y datos sobre accesos. Raleigh también se interesó por conocer todo el sistema español. Este conocimiento lo llevó a suponer, como en tiempos de Colón, que el área ecuatorial era la más propicia para la existencia del oro y su "crianza". Esto lo hizo creer, aún más, en la leyenda de "El Dorado" y "le condujo a polarizar su atención en el territorio comprendido entre el Orinoco y el Amazonas, más concretamente, en la Guayana orinoquesa, a partir de las noticias que tuvo de las búsquedas de Berrio, el gobernador español". (9) Allí se pensó que se "escondía" Manao, la ciudad perdida. Aunque cabe mencionar, por cierto,

que dicha ciudad fue un mito movable, ya que sus exploradores la situaban en diferentes lugares, pero eso sí, dentro de Sudamérica: Andes, Colombia, llanos de Venezuela y por los ríos Orinoco y Amazonas. Raleigh consideró, por su parte, que los territorios de la zona ecuatorial eran mejores fuentes de riqueza que Norteamérica, donde, desde mucho tiempo atrás se había intentado sin éxito, la colonización y la expansión inglesa. En su libro: Discovery of Guiana, escrito en Londres e impreso por Robert Robinson en 1596, Raleigh menciona:

Los caudillos y jefes que anhelan honor y fortuna encontrarán aquí más ciudades ricas y bellas, más templos adornados con ídolos de oro y más tumbas llenas de tesoros que los que Cortés halló en México o Pizarro en el Perú. Y la gloria brillante de esta conquista eclipsará toda la fama, tan extendida, de la nación española, pues no existe ningún país como Guayana. (10)

Muestra del sentir anti-hispano, y asimismo, de la imitación y superación de las hazañas españolas es el anterior fragmento, el cual deja ver claramente el sentir de Raleigh sobre este respecto. Se entremezclan sentimientos de admiración y de envidia por los logros españoles en América. Sus enemigos eran, asimismo, su modelo a seguir.

Para animar a los inversionistas, Raleigh mencionaba que la travesía hacia la Guayana era breve. Con viento normal el viaje se hacía en seis semanas, de ida y vuelta. También decía que no había costas a sotavento y que no se cruzaba ante litoral enemigo, ni había bajas rocosas ni bancos de arena, tan frecuentes en otros lugares. Además, el clima de la región era satisfactorio para la navegación. Todo esto se dijo, más que nada, con la intención de atraer la confianza de los inversionistas y de la reina hacia su proyecto sobre la búsqueda y conquista de la rica ciudad de "El Dorado".

El que le brindó a Raleigh la información necesaria para situar geográficamente la ciudad de "El Dorado" fue Don Antonio de Berrio, el cual también se había obsesionado en encontrarla. El corsario George Popham capturó, en 1594, una nave española en la que se hallaban cartas sobre la ciudad de "El Dorado" y los esfuerzos por encontrarla del gobernador de Trinidad, Don Antonio de Berrio, el cual había iniciado su propia búsqueda una década atrás al viajar río abajo desde Nueva

Granada hasta el Atlántico. De acuerdo a estas cartas, Don Domingo de Vera había descubierto oro entre 1592 y 1593 en las proximidades del río Orinoco. Por ello, Berrio creyó que dicha ciudad podría encontrarse en la cabecera del río Coroni, afluente del Orinoco. Antes de que el gobernador lo constatará, Raleigh tomaría la iniciativa. (11)

Asimismo, Raleigh utilizó las cartas de Berrio sobre Manao para convencer a inversionistas y a la reina, de que su iniciativa estaba basada en datos indiscutibles. Debía probar que la situación de los españoles en la Guayana era muy difícil por la hostilidad de los indios y que lo que se decía de dicha ciudad era cierto. Por esto fue que Raleigh decidió entrevistarse con Berrio para obtener más información. Así que con una pequeña flota que él mismo financió con ayuda de parientes y amigos —como John Hawkins (antes de partir con Drake) y el almirante mayor Charles Howard, entre otros— y con un total de trescientos hombres, Raleigh zarpó de Plymouth en 1595 —al mismo tiempo que lo hizo la expedición de Drake y Hawkins que se dirigía al Caribe— con destino a la isla de Trinidad, en donde Berrio era gobernador. Al llegar, sometió a Berrio a un interrogatorio que éste se rehusó a contestar. En respuesta, Raleigh desembarcó a cien hombres para tomar la ciudad de San José de Oruña y luego la incendió para presionar a su gobernador. Éste no tuvo más remedio que hablar. Afirmó que la ciudad de "El Dorado" se hallaba en la cabecera del río Coroni, en la laguna Parime, en donde los indios habían tirado, supuestamente, grandes cantidades de oro. Luego de recabar información, Raleigh se dirigió al delta del Orinoco el 17 de mayo y dió inicio a su exploración. Dos semanas de calor, cansancio y sin suficientes provisiones culminaron para fines de este mes en el hallazgo de la corriente principal del Orinoco. Las fuerzas de Raleigh se dedicaron a explorar y a "ganarse" indios como guías y para que los ayudaran en todo lo necesario, pero no estaban preparados para quedarse más tiempo y regresaron a Inglaterra. Las exploraciones de Raleigh habían llegado, sin mucho éxito, hasta la confluencia del río Coroni a más de 240 kilómetros de la costa. (12) Aún así, la reina no quedó impresionada con estos resultados, quería oro y deseaba verlo para creer y apoyar sin reservas la búsqueda de la tierra de "El Dorado". De esta forma, con la información recabada en este viaje, Raleigh planeó regresar a la Guayana, pero para hacerlo era necesario buscar patrocinio y organizar una empresa expedicionaria mejor preparada que estuviera encargada de hallar la ciudad perdida de "El Dorado". Era muy importante convencer del éxito de la misma a los posibles accionistas y, por supuesto,

a la Corona.

Mientras Raleigh trabajaba en el convencimiento de la reina para que apoyara su proyecto envió, en enero de 1596, dos naves a la mar, el "Darling" y el "Discoverer", bajo las órdenes de Lawrence Keymis. Se le encargó explorar los ríos del norte del Amazonas. Los indios le informaron que a veinte días de viaje río arriba -río Essequibo-, en canoa, más otro día por tierra, se encontraba un lago enorme, el Parime. En la afluencia del Coroni, el gobernador Berrio había fundado el pueblo de Santo Tomé para impedir más allá el acceso a la tierra de "El Dorado". Keymis regresó a Inglaterra con la información en junio de este año. Asimismo, luego envió al capitán Leonard Berry en una pinaza para que explorara los ríos de la Guayana y para ver si representaban una ruta alterna a la del Orinoco cerrada por los españoles. También zarpó en 1596. Se acercó al Amazonas e hizo lista de los pueblos costeros y de los ríos. Remontó algunos y encontró cataratas y rápidos. Regresó a Inglaterra por las Antillas Menores y las Azores a Plymouth, el 28 de junio de 1597. Estas investigaciones les llevaron acreer, a los expedicionarios, que los ríos explorados conducían directamente al río grande, que se consideró era el Parime. (13)

Todas estas exploraciones, sin embargo, no sacaban a la luz nada que interesara a la reina, y por consiguiente, no apoyó a Raleigh como éste hubiera deseado. Además, aún se encontraba resentida con este aventurero por haberse casado sin su consentimiento con una de sus damas de honor, siendo él uno de sus favoritos, lo cual lo hizo merecedor a un breve encarcelamiento ya referido. Sin embargo, en el fondo, la reina misma y ciertos inversionistas estaban ilusionados con el proyecto de Raleigh, pero no estaban seguros de apoyarlo firmemente sin muestras tangibles de éxito. Por ello, Isabel I prefirió darle libertad para que fuera en busca de esta ciudad perdida, pero no financiamiento. Los armadores de los viajes de corso preferían contentarse con las ganancias que los corsarios isabelinos conseguían en el Caribe, que participar en empresas a largo plazo que no habían dado tan buenos resultados. Recordaban la tragedia de Roanoke y su falta de oro.

A Raleigh le costó trabajo recobrar la confianza de la reina, pero finalmente lo consiguió con inteligencia y al participar en empresas corsarias en contra de España y las Azores. Se encargó de fincas y desempeñó cargos públicos. Sin embargo, no gozó del mismo honor en tiempos de Jacobo I. Desde 1595, Raleigh había proyectado volver a la Guayana, llevar a cabo sus exploraciones y hallar la ciudad de "El Dorado", pero

los preparativos se extendieron. Primero recopiló toda la información existente sobre la leyenda de la ciudad perdida y luego intentó conseguir permiso y apoyo para regresar a la Guayana, pero las cosas se complicaron cuando el periodo isabelino terminó al morir Isabel I. Raleigh era fiel a su reina, no podía estar de acuerdo con la política conciliadora de Jacobo I con respecto a España, lo que dió lugar a una enemistad profunda entre estos dos personajes. Las intrigas de la corte le hicieron creer al nuevo monarca que Raleigh tramaba una sublevación en su contra, de lo cual no fue difícil convencerlo por la hostilidad que existía entre ambos. Las constantes críticas de Raleigh hacia la política del rey facilitó la creencia de su traición. Raleigh tenía muchos enemigos en la corte por su altanería. Ante las acusaciones de éstos le "quitaron parte de sus bienes raíces, lo destituyeron de su cargo de capitán de la guardia y le quitaron otros grados y privilegios". (14) En 1613 volvió a ser "inquilino" de la Torre de Londres acusado de traición después de un juicio, pero su renombre impidió que fuera ejecutado. Aunque permaneció encarcelado recibía noticias de "El Dorado" y de los nuevos intentos que se hacían por encontrar la ciudad dorada. Raleigh, en prisión, concibió la idea de fundar colonias en la Guayana y a orillas del Amazonas.

Al encontrarse, supuestamente, indicios de oro en las rocas de la Guayana, Raleigh se las arregló para prestar peticiones al rey para que se le permitiera explorar una mina en dicha región. Lo convenció de la posibilidad de establecer una colonia en este lugar, en donde seguramente se encontraba la rica ciudad de "El Dorado". Jacobo I, después de analizar las conveniencias de este proyecto, decidió poner en libertad a Raleigh a mediados de marzo de 1616, pero sin perdonarle del todo. Una hacienda real debilitada por el lastre del anterior reinado, así como por los proyectos colonizadores y los de expansión comercial, facilitó el permiso. Si la empresa tenía éxito, el oro encontrado resultaría muy beneficioso para la economía interna de Inglaterra. Por otro lado, si la empresa no resultaba exitosa no le iba a causar bajas, ya que era una misión planeada y organizada por Raleigh. Además, se lo quitaría de encima un buen rato. Antes de que zarpara, el rey le advirtió que no podría piratear, ni molestar a las colonias españolas en Sudamérica por el tratado de paz que existía con España. Así, se le concedió a Raleigh una patente real, en 1616, para adquirir productos en lugares paganos y salvajes. El embajador español, conde de Gondomar, no creyó en las pacíficas intenciones de Raleigh y alertó a su monarca.

Raleigh se hizo a la mar en 1617 con catorce navíos entre ellos el "Destinity", con aproximadamente dos mil soldados, y tripulación. La gran mayoría de lo invertido en este viaje fue de la fortuna personal de Raleigh. Hizo recalados en Canarias y luego se dirigió a Trinidad. Al estar cerca de allí, Raleigh designó a Keymis para que se dirigiera junto con su hijo, que tenía el mismo nombre de su padre, Walter Raleigh, a la Guayana y conquistaran Santo Tomé con setecientos hombres. Para llegar a su objetivo era necesario remontar el Orinoco en una flotilla de embarcaciones ligeras para luego conquistar dicha ciudad, que en contra de lo que se creía, sí estaba ocupada por españoles. Mientras tanto, Raleigh aguardaría en Trinidad para atacar la ciudad de San José de Oruña, capital de la isla, lo cual no le fue de la menor dificultad. La expedición hacia la Guayana fue, en cambio, un desastre porque los cincuenta y siete españoles que se hallaban en Santo Tomé se empeñaron en resistir a los invasores y defender cada casa. El aviso oportuno que recibieron del embajador español sobre la empresa de Raleigh les fue de gran utilidad para tomar una postura de combate. En la lucha murió el hijo de Raleigh y el gobernador de la plaza. Los españoles ante esto retrocedieron hacia la selva, donde hicieron cabildo el 20 de enero de 1618. En él acordaron pedir ayuda a Bogotá, así que enviaron una comisión de dos soldados. Mientras tanto, el resto de los soldados españoles sostuvieron una guerra de guerrillas contra los ingleses que no conocían bien la selva. Nueve días después, el 29 de mayo, Keymis tomó la decisión de abandonar aquél lugar. No lograban avanzar y sus hombres morían por los arcabuzazos españoles, por las flechas envenenadas de los indios y por las fiebres. No estaban aclimatados ni preparados para soportar este ataque conjunto, además, los refuerzos españoles no tardarían en llegar. Así, Keymis con los hombres que le quedaban viró Orinoco abajo para volver a Trinidad. Allí tuvo que rendir cuentas de lo ocurrido y de las bajas a Raleigh, y por consiguiente, de la muerte de su hijo. Raleigh apesadumbrado acusó a Keymis del fracaso de la expedición. Sabía que este resultado lo sentenciaba a muerte frente a su rey. Keymis ante el peso de la culpa se suicidó dándose un tiro. La flota se dispersó y pusieron rumbo al Caribe para regresar de alguna forma ricos a Inglaterra, pero no lograron conseguir gran cosa porque también las poblaciones caribeñas estaban sobre aviso de su presencia. Raleigh ordenó finalmente poner rumbo a Inglaterra con el exiguo botín. Quizás ésta no fue la decisión más apropiada para el bienestar de Raleigh, puesto que las autoridades correspondientes ya lo esperaban en Plymouth

para aprehenderlo, ya que el embajador español había presentado pruebas irrefutables de sus correrías piráticas, pero lo cierto es que Raleigh ya era un hombre mayor -contaba ya con 66 años de edad-, y lo más seguro es, que ante las decepciones y frustraciones de la empresa, así como por el dolor de la muerte de su hijo, estuviera resignado a morir pero en su patria, a la cual había brindado sus servicios fielmente. Se le acusaría de pirata, pero sus contribuciones a Inglaterra sobrepasarían las circunstancias de su muerte. Así que cuando Raleigh arribó a Plymouth, el 12 de junio de 1618, éste fue aprehendido de inmediato. El rey no estaba dispuesto a encubrirlo porque había desobedecido sus órdenes. Es más, esto representaba la excusa ideal -al existir un estado de paz con España- por el que Jacobo I podría deshacerse definitivamente de Raleigh, el último gran corsario isabelino. De esta forma, se le recluyó nuevamente en la Torre de Londres como prisionero hasta que el 29 de octubre de 1618 fue llevado al cadalso en donde le cortaron la cabeza, puesto que se rehusó a ser ahorcado dada su nobleza y sus contribuciones a Inglaterra, petición que le fue concedida. Con la muerte de Raleigh también se puso fin a la existencia del último aventurero obsesionado con la leyenda de "El Dorado". Las desventuras que estas exploraciones ocasionaron a los expedicionarios que las llevaron a cabo sin obtener ningún incentivo y sí muchas penurias, provocó que "El Dorado" fuera considerado, finalmente, más un mito que una realidad.

5.3 Cruceros de verano a menor escala y el estancamiento de la lucha entre España e Inglaterra. El restablecimiento del contrabando.

Los cruceros de verano eran expediciones periódicas pero constantes, dedicadas a adquirir toda clase de riquezas en las épocas más concurridas y más accesibles del año. De ahí que las incursiones corsarias aumentaran a raíz de que la guerra anglo-española estalló. Las plazas caribeñas eran las más frecuentadas.

Cuando se decidió optar por la guerra de corsarios en América, su principal ofensiva se llevó a cabo mediante el uso de flotillas. Se hizo a un lado el ataque en grandes dimensiones. Después de la derrota de la Armada Invencible, los corsarios isabelinos buscaron, poco a poco, apresarse barcos españoles o portugueses que transportaran cueros, índigo, azúcar, perlas y, por supuesto, el oro o la plata que pudieran encontrar. A falta de un botín con grandes cantidades de oro y plata, los corsarios tenían que resarcirse con otras mercancías que pudieran vender o intercambiar en los puertos comerciales ingleses.

A partir del fracaso de la expedición de Drake y Hawkins, en donde también se puso fin a la existencia de los dos más importantes personajes de la náutica inglesa y del corso isabelino, se dió un mayor interés por el saqueo de mercancías, pues obtener oro y plata a través del pillaje se hacía cada vez más difícil de conseguir, por las fortificaciones de las plazas costeras de América. Además, al estar las autoridades al pendiente de la presencia de los corsarios isabelinos por el estado de guerra, el factor sorpresa de ataque se perdió. Las defensas americanas, de esta forma, estuvieron preparadas de antemano por el aviso previo que recibían de la llegada de estos corsarios. A finales del siglo XVI y principios del XVII, las incursiones corsarias ya no fueron tan espectaculares, pero siguieron su curso sin interrupción hasta la firma de paz con España.

Sir Anthony Shirley realizó acciones hostiles en la isla Margarita y en Santa Marta en 1596. Junto con William Parker, saqueó Trujillo -en Honduras- con éxito y fracasó en puerto Caballos. En 1597, Parker fue rechazado de Campeche. A pesar de que entró a la villa gracias a la confusión, el pueblo armó su defensa y se concentró con sus armas en el convento de San Francisco. También el alcalde Don Francisco Sánchez reunió gente por su cuenta e hizo contacto con el convento. Unidas las

fuerzas tomaron la ofensiva. Cercaron a los corsarios y muchos fueron muertos pero otros tantos fueron apresados. Gran parte del botín se tuvo que dejar en tierra para que la huida fuera más ágil y por ello fue rescatado por los españoles. Parker intentó recuperar el botín y a su gente, pero todo fue inútil porque los refuerzos españoles ya habían llegado. Al estar el centro del virreinato de la Nueva España -el más importante de América- en la Ciudad de México, facilitaba que los vecinos fueran en ayuda de las plazas atacadas y que se defendiera de mejor forma las costas del golfo. Cabe mencionar, que Juan Venturata quien había ayudado a los corsarios a entrar a Campeche, después del contraataque español trató de huir por miedo a ser aprehendido, pero este acto descubrió su traición, la cual fue corroborada por la confesión de los ingleses capturados. Convicto de traición y según las crueles costumbres de la época, el infeliz fue atenazado con hierros calentados al rojo vivo hasta que murió. (15)

Mientras ésto sucedía en Campeche, otro corsario llamado John Watts capturó una ranchería de perlas cerca de Río Hacha. Asimismo, envió a Bristol una presa que capturó cerca de La Española, con valor de seis mil libras. A falta del preciado oro, las perlas también proporcionaban buenos dividendos.

Así, la actividad más extendida desde 1598 fue el apresamiento de buques mercantes españoles, pues sus defensas estaban al alcance del ataque ofensivo de los corsarios isabelinos. Los armadores y los capitanes probaron suerte con los mercantes.

En 1598 el conde de Cumberland reunió una nueva flota de veinte navíos para atacar a las Indias, unos eran de su propiedad y los otros de mercaderes de Londres. Esta flota se dirigió a las Canarias y las atacó. Luego se hizo a la mar hacia las Antillas. Arribó a Dominicana y, posteriormente, se dirigió a Puerto Rico. En junio de este mismo año tomó San Juan, pero en Morro, el gobernador Don Antonio de Mosquera y cuatrocientos soldados decidieron resistir al enemigo. Dicho corsario, consciente de ello, dió un ultimátum. Al no ser respondido satisfactoriamente, las hordas de Cumberland asaltaron la población a fines de junio. A pesar de que hubo resistencia, el último día del mes los ingleses se posesionaron de la plaza. Al estar allí con intenciones de quedarse, una peste los sorprendió y causó grandes bajas entre los corsarios. A mediados de agosto abandonaron la isla para acechar la flota de Indias, pero fue un intento infructuoso. A cada momento se demostraba que los

ataques corsarios eran menos productivos que antaño. Pocas incursiones rebasaban las expectativas que sobre ellas se tenían. A veces lograban superar y dar ganancias a la inversión original, pero cuando no, apenas si lograban cubrir los gastos originales de las expediciones. En el peor de los casos, las pérdidas eran tan grandes que sólo ocasionaban un círculo vicioso de empresas corsarias menores para resarcirse de las pérdidas anteriores, pero éstas no podían cubrirse del todo, porque los beneficios económicos ya no eran tan grandes como en el pasado. Los españoles, asimismo, pusieron más cuidado a la hora de transportar los metales preciosos a la Metrópoli tanto por tierra como por mar. La protección de la flota de Indias aumentó para que los tesoros indios llegaran a salvo a España y no cayeran en poder del enemigo en su travesía trasatlántica. Por esto mismo, se estimuló la inversión en flotillas de menor tonelaje para que los asaltos fueran más rápidos y menos riesgosos. En caso de pérdidas, éstas no serían tan cuantiosas.

En 1600, el corsario Christopher Newport intentó atacar Jamaica, pero se replegó al tener considerables bajas. William Parker, por su parte, continuó con la presión sobre Cozumel y Portobelo en 1601, en donde entró sin resistencia al afirmar que iba a comerciar, con lo que se ve aquí un matiz contrabandista. Dentro de la plaza mandó desembarcar el resto de sus hombres y saqueó la ciudad, con lo que consiguió un botín de diez mil ducados. Saquear en las Indias occidentales en estas fechas no era mal negocio, pero en comparación con los grandes tesoros que se obtenían en el principio del curso isabelino, sí resultaban ser menores. Asimismo, los desclabros eran más frecuentes y las riquezas menos abundantes, pero aún así, América seguía siendo una buena fuente de recursos financieros para los ingleses y para los piratas de otras nacionalidades, y por supuesto, para España su máximo explotador.

Como ya se ha mencionado, William Parker intentó apoderarse de Portobelo, el nuevo puerto de llegada de los galeones españoles, pues Nombre de Dios había sido abandonado por sus costas malsanas y las fiebres. Esto había de un desplazamiento de los centros de mayor ataque corsario no sólo para evitar costas malsanas, puesto que Portobelo también las tenía, sino también para poner en jaque a los piratas. Éstos tenían que redescubrir o reinventar el terreno y las rutas de acceso hacia las nuevas plazas. Con dos barcos, una pinaza y dos chalupas, Parker se lanzó al asalto de dicha población. El barco de mayor tonelaje era el "Prudence" con cien, luego le seguía el "Pearl" con sesenta y la pinaza con veinte. En total llevaba unos doscientos ocho

hombres. Ésta era una flotilla con las características propias de la guerra corsaria, con menor tonelaje y un menor número de barcos. También capturó un buque negro portugués, así, después de los asaltos ya contaba con seis navios. De esta forma era como los corsarios se hacían de un mayor número de barcos a pesar de haber zarpado con unos cuantos. Este era el objetivo de las empresas, hacerse de un botín que superara la inversión original. Parker se dirigió a Nombre de Dios que ya estaba abandonada y luego se aproximó con sus buques a Portobelo en la pinaza y las chalupas guiados por cimarrones. Cabe señalar que la ayuda de estos negros disminuyó por la influencia de los españoles, quienes tomaron cartas en el asunto al tenerlos bajo control. Los indígenas tampoco estaban muy gustosos en ayudarlos, porque ya era suficiente la presencia de los conquistadores españoles como para soportar a un nuevo intruso, que como todos, sólo querían saquearlos y aprovecharse de ellos a través de la explotación. Quizás pareciera que auxiliaban a los españoles, pero también se defendían a sí mismos. Parker por su parte, como ya se ha señalado, logró ocupar Portobelo en veinticuatro horas, pero como sus riquezas eran menores levantaron el sitio y la suerte los hizo encontrarse con tres presas que llegaban a Portobelo y que contenían un rico botín. Con dicho botín regresó a Plymouth a principios de mayo de 1602. Aunque este asalto ya lo referí anteriormente, es interesante dejar en claro siguiendo sus pasos cómo se llevaban a cabo los ataques con flotillas y qué tan beneficiosos resultaban para sus accionistas. En este caso, el secreto de su éxito se debió al factor sorpresa y a su buen aprovechamiento, pues se actuó antes de que la noticia de su presencia en el Caribe y tierra firme se difundiera. Le doy importancia a este factor, porque al no encontrarse alertadas estas plazas sobre su presencia, sus defensas no estarían listas convenientemente para rechazar a los corsarios isabelinos. En cambio, si la noticia era recibida a tiempo se podrían aprestar las defensas estratégicamente, pedir refuerzos de vecinos en tierra adentro y desocupar las ciudades para que en caso de no poder impedir el desembarco de los corsarios, no hubiera nada de valor que pudieran llevarse. Asimismo, su persecución iba a ser una empresa menos difícil. Además, al ya no existir corsarios del renombre de Drake, que con su sólo nombre armaba revuelos en las plazas caribeñas, los ataques dispersos y de menor dimensión y tonelaje comandados por corsarios sin gran fama resultaban, paradójicamente, más exitosos porque no se les conocía ni se les esperaba. Por ello también, las flotillas cobraron impetu entre los

inversionistas y los corsarios. Sin embargo, sus ganancias eran menores y sus ataques más rápidos que antes por el estado de guerra.

Asimismo, la suerte que los corsarios tuvieron en el Caribe y tierra firme no era la misma para todos. Así, al llegar a los umbrales del siglo XVII, en lugar de perseguir el enriquecimiento y la represalia en el Caribe con acciones piráticas, otros preferían asegurar sus inversiones y buscar nuevos campos de acción que les redituaran ganancias a favor de sus intereses económicos y comerciales. El tráfico del palo de Campeche adquirió fuerza en esta época para satisfacer la demanda del mercado europeo, que quería su valiosa madera y tinturas. También se venderían, ilegalmente, mercancías europeas en el Caribe. Además se sabía, desde los tiempos de Hawkins, que la Metrópoli española no tenía abastecida a sus colonias americanas y que las autoridades indianas a falta de suministro aceptaban el contrabando. Sus patrocinadores fueron los principales mercaderes de Inglaterra, quienes no sólo costeaban viajes de corso sino también comerciales. Se cambió de táctica porque sus competidores, los mercaderes franceses y holandeses tenían mayor éxito comercial que los ingleses, ya que no recurrían a los riesgos y gastos adicionales de armar sus navíos como buques de guerra. (16) Inglaterra no podía renunciar a ésto por la hostilidad existente, pero los armadores y hombres de negocios preferieron reducir la capacidad de las armas de guerra, para dejar espacio a las mercaderías.

A pesar de que los corsarios isabelinos no lograron atacar con éxito la flota de Indias, sí lograron interrumpir el ritmo del transporte trasatlántico. Los constantes avisos del acecho inglés retrasaban la salida de los galeones, además, perturbaban el desarrollo regular de los puertos indianos, y por consiguiente, casi paralizaron el comercio del que dependían puertos menores. De ahí que el contrabando inglés recobrará fuerza en el Caribe e interés entre los hombres de negocios de Inglaterra. Los barcos tendrían ahora capacidad para la artillería y para el contrabando.

En sí, los corsarios isabelinos no destruyeron el comercio trasatlántico español, ni le ganaron la guerra a España, pero contribuyeron a poner en tela de juicio la invulnerabilidad de su poder en América y de su poder naval con la derrota de la Armada Invencible. También debilitaron el comercio ultramarino español y fueron, asimismo, un factor muy importante para que el soberano español, o las autoridades españolas ultramarinas, atendieran las necesidades defensivas del Caribe y regiones de tierra firme.

Isabel I había permitido con mucha astucia, que la iniciativa marítima de su nación se dedicara a la organización privada de expediciones de corso. Asimismo, desvió la atención de los hombres de negocios y el impulso de sus marinos a empresas nacionales, como parte de un proyecto coherente para combatir a España. La colonización en Norteamérica o la búsqueda del paso al noroeste surgieron de todo esto. Los beneficios de estos viajes con asociación de mercaderes, terratenientes, cortesanos, navegantes, armadores y de la Corona, eran suficientes para crear reservas de capital que pudieran invertirse en la expansión comercial. (17)

De 1585 a 1595, fechas en las que las hostilidades anglo-españolas se llevaron a cabo con mayor vigor, los objetivos que se defendían eran más de tipo político que económico, aunque esta última siempre estuvo presente como la fuerza que pagaba ejércitos y escuadras navales. Sin embargo, a partir de 1595 en adelante, el ideal económico superó al político, como en las primeras décadas del periodo isabelino. Después de todo, ya se había podido demostrar que Inglaterra como nación tenía una Armada naval de peso y que atacarla en su propio terreno era una empresa temeraria. Lo que se deseaba ahora, era realizar empresas que beneficiaran más a los inversionistas que las incursiones pasadas. Por eso se decidió invertir nuevamente en América con el contrabando, el cual había resurgido paulatinamente después de la derrota de la Invencible, como un medio por el que se obtendrían ganancias superiores. Una vez más, la iniciativa privada y, principalmente los hombres de negocios, fueron los que se preocuparon por sacar a flote el comercio, para mantener su dinero en inversiones que les favoreciera de acuerdo al momento histórico. De esta forma, la guerra corsaria cambió para combinar el saqueo con el contrabando, como originalmente se había dado la piratería isabelina.

Cabe mencionar, que cuando los ataques a los respectivos territorios de las naciones beligerantes fueron rechazados, sin triunfos trascendentales, la guerra entre las mismas se estancó. Hubo derrotas y triunfos de ambos lados, pero estos países terminaron más por defenderse que por tomar la ofensiva a sus máximos niveles. Por ello, prefirieron esmerarse en mantener sus políticas de intriga en Europa -España en Francia e Inglaterra en Países Bajos y también en Francia-, que una guerra exhaustiva. En ultramar, los españoles no eran los únicos que sufrían bajas por los ataques corsarios, sino también los ingleses que invertían en éstos, ya que no resultaban tan satisfactorios como antes. La constancia de los ataques terminó por enseñar a los

españoles —a través de la experiencia— cómo defenderse de los mismos. La guerra se estancó sin que ninguna de las dos naciones en pugna saliera beneficiada, pero seguía en pie, más bien, por una cuestión de honor dadas las ofensas recibidas. Además, los monarcas en conflicto no deseaban pactar la paz. Cuando Felipe II murió se dió la posibilidad de terminar con esta guerra, pero Isabel I no quiso intentarlo. Tenía resentimientos con España que ni la muerte de Felipe pudo borrar. Su orgullo le impidió establecer negociaciones de paz.

Ni España ni Inglaterra se atrevían a dar un golpe de fuerza absoluto a la otra porque no era tan fácil hacerlo como se esperaba, ni estaban preparadas para ello. Esto lo demostraron los pocos intentos que se llevaron a cabo para invadirse mutuamente. Además, España necesitaba resarcirse de las bajas que su Armada naval había sufrido e Isabel de los gastos que su política de intriga había ocasionado al erario inglés. Prefirieron concentrar sus energías en sus defensas que en sus ofensivas. La guerra de los corsarios en América fue lo más conveniente para la política de Isabel I, porque en ultramar el conflicto anglo-español era más fácil de sostener ya que aparte del ataque había botín de por medio. Además, la actitud española hacia los ataques corsarios eran netamente defensiva. Mientras esta situación prevaleciera, los ataques a sus respectivos territorios no serían una necesidad. Los ataques ingleses de mayor fuerza a la península Ibérica fueron dos, en 1589 y 1596. El primero, como ya se ha mencionado estuvo a cargo de Drake, pero fue rechazado. El segundo estuvo al mando del conde de Essex, quien se dirigió en contra de Cádiz con una flota anglo-holandesa. Ambas empresas fueron ineficaces estratégicamente. Los compromisos con Enrique de Navarra, en Normandía, y defender a la isla contra los españoles, evitaron que se renovaran los ataques ingleses contra España. Felipe II, por su parte, envió en 1596 y 1597 nuevas flotas de ataque para invadir Inglaterra, después de que su Armada se recuperó de las pérdidas sufridas casi una década antes, pero fueron destrozadas y dispersadas por las tormentas apenas aparecieron en sus costas, "que parecían en malévolas alianzas con la reina inglesa". (18)

Al entrar al siglo XVII se dió un nuevo intento por parte de España para invadir Inglaterra, pero esta vez desde Irlanda. La rebelión del conde de Tyrone y de O'Donnell en dicho lugar ofrecía ventajas. Si se lograba tener contacto con ellos habría apoyo interno en caso de invadir a la Gran Bretaña. Además, se esperaba la ayuda local de la población porque se sabía que el descontento religioso y político

hacia Isabel I era grande. Sin embargo, esta rebelión actuó tardíamente y sin fuerza, puesto que las de Munster y Connaught ya habían sido derrotadas. Cuando los españoles llegaron a Irlanda para iniciar la invasión, no pudieron pasar más allá del pequeño puerto de Kinsale en donde habían desembarcado (1601). Los rebeldes marcharían al sur desde Ulster para unirseles, pero en el trayecto fueron vencidos por Lord Mountjoy en enero de 1602 y se rindieron honorablemente. O'Donnell logró huir a España y Tyrone se sometió al Lord. Irlanda estaba pacificada por el momento. (19) Una vez derrotados los aliados irlandeses, la pequeña fuerza española que había logrado alcanzar las costas de Irlanda se tuvo que rendir en Kinsale. Una vez más, la falta de una coordinación y de una estrategia bien planeada fue la responsable de la derrota.

Mientras esto acontecía, los corsarios isabelinos continuaron con el pillaje y atacando la base financiera de España, América, así como desequilibrando el sistema de envío de riquezas que dicha nación tenía a través de la flota de Indias, que se encontraba en continuo acecho ante la presencia de los corsarios.

Asimismo, el corso isabelino había ayudado a acelerar el ritmo de la construcción naval, bajo normas modernas y de mayor aprovechamiento náutico. También se dió una expansión de la marina mercante de Inglaterra y que un mayor número de barcos, con una construcción determinada, se destinaran a facilitar la travesía trasatlántica y traspacífica a la Armada naval. Esto dió gran actividad a los astilleros ingleses y trabajo a los desocupados.

Cabe mencionar, que a pesar de que Francia y España firmaron la paz de Vervins en 1598, el conflicto anglo-español no sufrió modificaciones. Ello se debió en gran parte, a que a pesar de que el altivo y rencoroso Felipe II había muerto en este mismo año, meses después de firmarlo, su sucesor, Felipe III, sostuvo la misma política conservadora con respecto a la guerra. No confiaba en el hecho de que la paz, o mejor dicho, la tregua con Francia garantizara que este país se mantuviera al margen de los movimientos políticos de España. Por otro lado, también hay que apuntar que la cautela de Isabel I, que había aumentado con los años -así como su falta de audacia- hizo posible éste proceder, ya que ésta prefirió seguir con su política de atacar a España cuando su amenaza fuera ya muy prominente, que tomar la iniciativa. De esta forma, el estancamiento de la guerra continuó.

5.4 Muerte de Isabel I, Jacobo I y la firma de paz con España. Consolidación del sistema colonial.

La paz que se pactó entre España y Francia en mayo de 1598 desconcertó terriblemente a Isabel I, porque ella había ayudado mucho a Enrique de Navarra para que éste pudiera ganarle terreno al partido católico francés. Este personaje, quien a estas alturas ya se había convertido en Enrique IV, optó por lo que más le convenía a su reinado y a su país sin rendir cuentas a nadie. Además, con esta paz y el Edicto de Nantes, así como su retorno a la Iglesia católica años atrás en 1593, dicho soberano pudo impedir la destrucción interna de Francia y darle unidad. Con el edicto se le concedió a los hugonotes libertad para practicar su culto en Francia con excepción de París que era primordialmente católica. Enrique IV se convirtió en un rey católico dispuesto a tolerar a los hugonotes. Dió estabilidad al gobierno y por eso pudo reunir a su alrededor a los franceses. La guerra con España en 1595 ya no era por fines religiosos sino políticos, y por ello, el tratado de paz de Vervins se estipuló bajo condiciones sustancialmente iguales a la de Cateau-Cambresis. Francia logró así quitarse de encima cualquier intento de dominio externo. Enrique IV, al renunciar a su supuesta herejía, unió al país, que a diferencia de Inglaterra, no estaba listo para albergar como culto oficial una corriente protestante, en este caso, el Calvinismo. La tolerancia de tipo religioso era mejor opción bajo el Catolicismo porque estaba mayormente arraigado entre la población y grupos de poder. Esta medida también representó un movimiento político de trascendencia para Francia porque le permitió luchar contra España e impedir su intromisión en la política interna de dicha nación. Esta paz respondió, más que nada, a la necesidad de frenar gastos innecesarios, pues ya se había logrado lo que se había buscado en un principio, o sea, que España se diera cuenta de que ya no tenía dominio en la política interna francesa. Esta paz también hizo ver a Isabel I, que Enrique IV actuaría conforme a lo que más beneficiara a su reinado y a Francia. España, por su parte, se sintió satisfecha con esta paz porque consideraba que su intervención en Francia había otorgado un nuevo triunfo al Catolicismo. Por lo menos así lo consideró Felipe II, ya que aunque no logró todo lo que se proponía hacer, sí consiguió que Francia no fuera gobernada por un rey herético, no obstante que esta medida se hubiera tomado para evitar una intervención española y para unificar al país. Esto aunado con el haber logrado parar la amenaza

turca en la Europa cristiana, confirmaba la posición del rey español como el principal defensor del Cristianismo y de la Iglesia Católica y Romana. Todo ello, sin embargo, desfalcó enormemente a España, sin haber logrado una mayor influencia en Francia ni haber recatolizado a Inglaterra.

Isabel I, a pesar de toda su intriga en Europa y de su ayuda a los grupos protestantes de sus enemigos, no obtuvo ningún poder que pudiera utilizar a su favor a largo plazo a nivel político. En Francia, su intromisión ya no era requerida por los hugonotes, o por lo menos no como antes. Los franceses que vieron a Felipe II y a Isabel I como reyes que deseaban enseñorearse de Francia, no quisieron que se entrometieran más en su política interna, producto de su espíritu nacional. Después de todo, sus intrigas habían contribuido a llevarlos a la guerra civil. España había perdido el norte de los Países Bajos ante el empuje de los grupos rebeldes, pero aunque éstos últimos eran más dados a auxiliar a la soberana inglesa, su Calvinismo que era más radical que el Anglicanismo, impidió que hubiera un acoplamiento político y de opiniones. Las Provincias Unidas surgieron como un país independiente y la relación con Inglaterra fue más de tipo comercial que político y religioso. A pesar de ello, Inglaterra pudo mantener al margen de su política interna a sus enemigos, y obtener un prestigio internacional por su fuerza marítima y por su crecimiento como nación soberana. Isabel I, la iniciativa privada y los corsarios, bajo la unión de intereses nacionales, fueron los responsables de que Inglaterra surgiera como una nación poderosa.

Felipe II murió en septiembre de 1598, sólo unos cuantos meses después de Haber firmado la paz con Francia. No tuvo mucho tiempo para planear cuidadosamente un nuevo ataque contra Inglaterra. Su sucesor, Felipe III, a diferencia de su padre, no manifestó el mismo interés por las cuestiones políticas y religiosas. Además, por su carácter débil y desapasionado fue manejado por su Consejo. Durante los años que siguieron a la muerte de Felipe II, la guerra entre España e Inglaterra continuó como hasta entonces. El intento más audaz del nuevo monarca español fue invadir a Inglaterra desde Irlanda en 1601, pero fue detenido inmediatamente. La lucha se estancó pero la guerra siguió en pie, en especial, por la terquedad de Isabel I que no daba indicios de querer entablar la paz.

Asimismo, para estas fechas, la vitalidad de Isabel I había desaparecido. Se había vuelto vieja y solitaria. La gran mayoría de sus favoritos y amigos ya habían muerto.

Si la reina, que se encontraba enferma, no dejaba un heredero, el problema de sucesión podría sumir a Inglaterra en una guerra civil y en posición de una posible intervención por parte de sus enemigos. Así que la preocupación primordial de su Consejo y de su pueblo se centró en la sucesión. Por ello, era menester hacer que Isabel I firmara a favor de Jacobo VI de Escocia, pretendiente directo a la Corona inglesa, ya que era hijo de María Estuardo, y además, porque era un rey protestante. Esta aprobación era necesaria para anular lo que Enrique VIII había estipulado con respecto a que ningún Estuardo debía ocupar el trono inglés, por sus conflictos con Escocia. Además, Jacobo VI se había esmerado en agradar con sus acciones a Isabel I y no contrariarla para aspirar a la Corona de Inglaterra, a sabiendas de que era un pariente cercano con derecho a la misma, dada la falta de un heredero. Su actitud frente a Inglaterra también fue del agrado de los ingleses. Así que ante el inminente fallecimiento de Isabel I, bajo el consejo de sus allegados, dicha reina nombró como su sucesor a Jacobo VI (rey de Escocia). Se le notificó de ello a dicho monarca en Edimburgo. Al morir Isabel I en 1603, Jacobo VI también se convirtió en rey de Inglaterra, en Jacobo I. Al firmar Isabel I a favor de este soberano, los ingleses contaron con un monarca que los libró de los problemas de sucesión y de la aparición de oportunistas. Todos estuvieron de acuerdo con su nombramiento, porque aunque Escocia era calvinista, su soberano, que tuvo que asumir este culto por cuestiones políticas, no era radical en términos religiosos. Ello también lo hacía apto para el anglicanismo inglés y, por supuesto, para la tolerancia. Incluso, hasta cierto punto, con los católicos, en recuerdo de su madre. Era un sucesor ideal dadas las circunstancias.

Al morir Isabel I, Jacobo I empezó a hacer negociaciones con España. Estas culminaron al año siguiente de su subida al trono inglés, es decir, en 1604. La iniciativa de negociar de Jacobo I fue aprovechada por Felipe III para poner fin a una guerra que se había estancado. Ambos monarcas se dieron cuenta de ello al estipular la paz. Para llegar a este punto fue necesario que aconteciera la muerte de los artífices de la guerra, Felipe II e Isabel I.

Cuando Jacobo I firmó la paz, ciertos hombres de negocios se quejaron de ello —así como del lado español, por las injurias recibidas—, porque no había exigido que se permitiera el libre comercio con las Indias occidentales, pero dicho soberano no estaba en posición de demandar nada. La contienda no se había inclinado hacia su

favor como para exigir privilegios. Sin embargo, con dicho tratado de paz, Jacobo I logró que Inglaterra saliera bien librada. Aunque sacrificó a los corsarios que no le simpatizaban mucho, principalmente por ser un vestigio del reinado anterior. Además, no aprobaba las acciones de éstos, a pesar de que los resultados económicos de sus correrías lo deslumbraban. Se dice que la simpatía que Jacobo I sentía hacia los católicos facilitó el acuerdo de paz con el máximo exponente del Catolicismo, pero esto no lo fue todo. La paz con España respondió a una necesidad por terminar con una guerra desgastante que no beneficiaba a nadie y que al no inclinarse hacia ningún lado, la hacía tediosa. Muertos los principales instigadores de la guerra, sus sucesores estaban dispuestos a firmar una tregua que les permitiera resarcirse de sus gastos y terminar con un conflicto que las agotaba económicamente. Aunque hubo reclamos por parte de los que no querían entablar la paz, se contaba con que los menos reacios -que eran la mayoría- se ajustaran a las nuevas reglamentaciones. Los que no lo hicieran, no contarían con el favor real.

Jacobo I no sólo pensó en terminar con una guerra desgastante y tediosa a la vez, sino también en fortalecer la economía interna del país, puesto que este conflicto aunado con la política de intriga de Isabel I la habían debilitado. Este resurgimiento económico debía darse con la ayuda del comercio. Durante el conflicto anglo-español, el intercambio comercial había decaído porque su tráfico y transacciones eran más difíciles de realizar. Por eso era necesario impulsar el desarrollo comercial. Asimismo, un estado de paz era más benéfico a nivel económico y comercial que uno de guerra, puesto que con este último se tenía que gastar de más por la artillería, ya que el enemigo alertado respondía con fuego. Después de todo, la lucha ya había demostrado el creciente poderío naval inglés y su creciente poder como potencia europea. Esto bastó para que a la hora de firmar la paz, ambas naciones salieran bien libradas; sin que España sometiera más de lo debido en estipulaciones a Inglaterra. Con esto se reconocía el poderío inglés. Es importante apuntar, que gran parte de este prestigio lo consiguieron los piratas y corsarios isabelinos, los cuales le dieron un nivel de respeto a la Armada naval inglesa. En muchos casos fueron hombres anónimos, pero sus capitanes se distinguieron por su audacia en combate, su vigorosidad, su inteligencia y por sus estratagemas a seguir. Es cierto que después de la derrota de la Armada Invencible, que fue obra de la habilidad y coraje de los corsarios isabelinos y de la modernidad naval, así como de la ayuda de los elementos -y que ellos sabían utilizar

a su favor-, no se obtuvieron grandes triunfos, pero estos aventureros fueron lo suficientemente fuertes para evitar que España los superara navalmente. Es más, interrumpieron con eficacia el ritmo de llegada de la flota de Indias a la península Ibérica y el suministro oportuno de riquezas a la Metrópoli. Los corsarios isabelinos lograron hacer mella en la base financiera de España, América.

Asimismo, la paz con España también trajo como consecuencia el desempleo. Al terminar la guerra "se retiraron naves y se desbandaron tripulaciones y el país quedó anegado de marineros sin empleo. La marina mercante legítima no podía dar empleo sino a una parte insignificante de aquellos hombres de mar, y el resto, cuyo único oficio era navegar, volvieron a su elemento en busca de medios de vida". (20) Por estas razones, muchos fueron a probar suerte en la costa de Berbería. La piratería y la navegación eran oficios ancestrales en la Gran Bretaña como para terminar de tajo con la primera, la cual se encontraba íntimamente ligada con la segunda. Isabel I tuvo la visión de utilizar esta actividad en provecho propio mientras movía, a su favor, los hilos de la política internacional de la Europa occidental, pero las circunstancias habían cambiado y ya no encajaba en el proyecto político y económico de Jacobo I. Este rey prefirió darle la espalda a los corsarios en pro de un desarrollo comercial, pero lo que ésto provocó fue que se agravara la piratería en el Canal y que se entorpeciera el comercio inglés, ya que ante la ausencia de una ocupación oficial y al ser ellos navegantes de oficio, se dedicaron a piratear en los alrededores de Inglaterra.

Cabe apuntar, que a pesar de que Jacobo I no fue muy dado a aceptar los métodos piratas, no los desechó del todo. Cuando los necesitó no dudó en utilizarlos para acabar con los piratas que acechaban el Canal. Como en el pasado, esta medida en vez de acabar con la piratería la estimuló, pero aún así, Jacobo I la mantuvo bajo control. La piratería todavía estaba muy arraigada en las costas de Devon y Cornwall, porque aparte de ser una actividad muy antigua en la isla, los hombres de negocios aún la utilizaban como auxiliar comercial. Al aumentar las represiones hacia la piratería, el sur de Irlanda brindó un refugio ideal para los piratas "donde hasta los barcos bereberes podían detenerse a recoger vitualias o hacer reparaciones". (21) De ahí, que tampoco resultara tan fácil atacar a Inglaterra desde Irlanda por el apiñamiento de piratas, que más que defender a aquélla se defendían a sí mismos. Cabe mencionar que el Caribe seguía rondado por unos cuantos piratas ingleses, los

cuales capturaban barcos españoles o portugueses indefensos y solitarios, pero no contaban con ningún apoyo oficial por parte de la Corona.

En sí, la subida de Jacobo I al trono inglés marcó, lógicamente, la decadencia del periodo isabelino, pero desde luego no se desaprovechó la herencia que ésta había dejado con respecto a sus viajes de corso: sus conocimientos de rutas, vientos y corrientes marítimas, así como técnicas de navegación y la modernización en la construcción de navíos; informes de las colonias españolas ultramarinas y las rutas marítimas que las unían entre sí y con Europa. En pocas palabras, se aprovecharon de los conocimientos náuticos y geográficos que los corsarios isabelinos habían obtenido a través de sus correrías, para llevar a cabo la tan ansiada expansión comercial inglesa y la colonización en Norteamérica. El conocimiento de las rutas comerciales trasatlánticas y transpacíficas fueron de gran utilidad.

El nacionalismo que surgió con sorprendente fuerza en el periodo isabelino había respondido a la necesidad que Inglaterra tenía de fortalecer su economía. Este movimiento tenía sus bases en el encumbramiento de la nación como tal y en buscar en el exterior un desahogo económico a partir de una tregua religiosa. América brindó esa posibilidad y los corsarios isabelinos fueron los encargados de llevar a Inglaterra todo el oro que pudieran, como parte del mercantilismo existente en donde el acumulación de dinero marcaba la riqueza de las naciones; pero en los umbrales del siglo XVII y ante las circunstancias del momento, había que encontrar nuevos métodos para obtener riquezas. La colonización era una opción atrayente.

El nuevo monarca inglés entendió que era hora de terminar con el sueño del oro americano. El corso ya no podía ser el principal auxiliar económico de Inglaterra. En primer lugar, porque estaba de por medio la reciente paz pactada con España y porque había dejado de ser una empresa nacional organizada y coordinada, y en segundo, porque se quería probar suerte con la colonización y el impulso comercial.

Cabe mencionar, que la intervención británica en el Caribe por motivos comerciales fue, en vísperas del siglo XVII, la continuación de un proceso que se había dado a fines del reinado de Isabel I, o sea, la combinación de las depredaciones corsarias con el contrabando. La introducción del contrabando pacífico con fines no piráticos se dió en los lugares en donde éste era un buen negocio por la falta de suministro y por las necesidades de los pobladores, para asimismo, no despertar la animosidad de las autoridades españolas. Mientras la colonización diera frutos el aún

no muy activo contrabando mantendría presente el comercio inglés en América. Sin embargo, el nuevo ímpetu de la Corona inglesa se inclinó más hacia la colonización de Norteamérica.

Asimismo, la colonización inglesa en Norteamérica se llevaría a cabo bajo el supuesto de que Inglaterra tenía el derecho de intentar esta empresa en regiones no gobernadas de forma efectiva por los españoles. Después de todo, el Tratado de Londres de 1604 que ponía fin a la guerra anglo-española, para no arriesgar de nueva cuenta la paz en Europa, había omitido cualquier mención exacta sobre las Indias occidentales. Así que se dejaba abierta la posibilidad de que Inglaterra siguiera con el contrabando, pero lo más importante, es que ésto también podía tomarse como que España aceptaba "de modo tácito ... que solamente la posesión activa de un territorio le daba a un país derecho a su jurisdicción sobre él". (22) No se cuestionó los intentos que Inglaterra había hecho para establecerse al este de Norteamérica. Sin embargo, para establecer una colonia era menester conseguir gente dispuesta a ir en busca de nuevas oportunidades en lugares apartados de su madre patria y que en Inglaterra no podrían tener. Desde los tiempos de Gilbert y Frobisher se consideró la necesidad de desembarazar a Inglaterra de "parásitos", de aquellos desempleados que engrosaban las filas de los mendigos, bandidos, vagabundos, desposeídos y desheredados. Asimismo, se extendería el campo comercial y cultural de Inglaterra, como lo habían hecho los hispanos con España. En la segunda mitad del siglo XVI, la válvula de escape la proporcionó el corso isabelino, dado que los intentos colonizadores habían fracasado por el interés que se tenía en encontrar oro. El saqueo daba grandes botines a través de ataques rápidos, los cuales, después de estallar la guerra anglo-española se hicieron aún más concisos por el estado de alerta. Las grandes escuadras inglesas tenían que defender los puertos y costas más importantes de Inglaterra, sin brindarle apoyo a los corsarios que incursionaban en el Caribe, tierra firme, las Azores, Cabo Verde y las Canarias. A pesar de ello, los resultados de estas incursiones eran a corto plazo. Con la paz de 1604, la Corona inglesa centraría sus fuerzas en el comercio pacífico y la colonización como vías de enriquecimiento nacional. Dos años después de firmarse el tratado de paz, Jacobo I estuvo dispuesto a declararse a favor de un proyecto de colonización continua en la parte explorada de Norteamérica. Esta conciliación brindaba la posibilidad de que dicho proyecto, a largo plazo, rindiera frutos, pues ya no habría distracciones de todo tipo. Asimismo, se daría una

oportunidad a los desempleados para que desempeñaran una labor constructiva fuera de Inglaterra, y que a su vez la beneficiara. Se daría paso a una colonización sin guerra de por medio y sin la piratería. Las Indias occidentales pudieron con ello librarse, por un tiempo, de los ataques piráticos ingleses; aunque años después volverían al ataque con el filibusterismo. En sí, América fue un testigo impotente de su propio saqueo ante la rapacidad de las diferentes potencias europeas.

Cabe mencionar, asimismo, que la subida de Jacobo I al trono inglés, en 1603, no anunció "una transformación total de las empresas marítimas en Norteamérica, sino más bien un cambio de dirección para alcanzar resultados tangibles y permanentes". (23) Para esto había que tomar ventaja de los intentos isabelinos que se habían hecho en el siglo XVI, pues se había explorado costas no conocidas por naciones cristianas. Los conocimientos de tipo geográfico y náutico que el corso brindó fueron de gran ayuda para la colonización de la parte este de Norteamérica en el siglo XVII. Las miras colonizadoras no piráticas de Jacobo I tenían cuatro objetivos principales. En primer lugar, dar una expansión comercial y la posibilidad de importar productos no cultivados en Europa. En segundo, tener nuevos mercados para los paños ingleses. En tercero, hacer una exploración y explotación más eficaz de las pesquerías y materias primas del lugar, como la madera, para la construcción naval; y en cuarto, poblar estas tierras con gente descontenta, desocupada o aventurera, atraída por la idea de una nueva oportunidad existencial y por los metales preciosos que suponían existían aquí como en otras regiones de América. (24)

El proyecto se vio facilitado por la nueva época de paz, porque con dicha tregua se podrían crear planes a largo plazo. Asimismo, se dispondría de recursos que antes eran utilizados para fines militares. De esta forma, entre los ricos mercaderes, y entre una nueva generación de cortesanos en Londres, así como terratenientes y comerciantes que habían obtenido beneficios de la guerra de los corsarios, se despertó el deseo de invertir en nuevas aventuras que redituaran ganancias a sus inversionistas.

Evidentemente, los intentos por colonizar en Sudamérica se habían descartado, tanto por su lejanía de Inglaterra como por los peligros de su ruta y de las selvas, y por supuesto, por el tratado de paz con España, pues estas regiones sí estaban ocupadas por los españoles. A pesar de que no se olvidó del todo los atractivos del oro americano, Jacobo I y los promotores de empresas ultramarinas de comercio y colonización prefirieron tomar las oportunidades que la paz les proporcionaba. Era

necesario concentrarse en la última oportunidad que Inglaterra tenía de establecerse en América. Para que ésto funcionara, la colonización de Norteamérica debía tener como nunca un impulso sostenido. Había que invertir en una empresa que redituara beneficios a largo plazo para Inglaterra, y que no fuera tan esporádica como el corso. Lo más conveniente para esta nación era colonizar la Norteamérica virgen y comerciar con las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza, sin provocar la ira de España, para tener un desarrollo sostenido de su economía interna con recursos externos. Lo importante ahora era invertir en algo productivo y no sólo saquear. Éste fue el proyecto de crecimiento nacional que los Estuardo manejaron. Después de todo, la piratería ya había hecho lo suyo, llevar toda la riqueza posible a Inglaterra. Era tiempo de crear nuevos métodos de enriquecimiento nacional. La piratería había dado recursos económicos, pero usarla como única vía de enriquecimiento iba acabar por atrofiar las ramas industriales y comerciales de Inglaterra; había que hacerlas funcionar al máximo para que hubiera un desarrollo interno sostenido. La colonización también sería una rama funcional de la economía británica y para que estos proyectos funcionaran tenía que haber paz de por medio y que las rutas marítimas comerciales estuvieran libres de ladrones y saqueadores. Si esto se lograba, el poderío inglés aumentaría, no se estancaría.

Cabe mencionar, que Isabel I ya había dado una cédula para la fundación de una colonia, Virginia, la cual sólo llegó a ser provisional en la isla de Roanoke, frente a donde surgiría la colonia definitiva. A la muerte de Isabel I aún no se había consolidado ninguna colonia inglesa, pero dicha reina, último miembro de la dinastía Tudor, había dado las bases para que la siguiente dinastía, la de los Estuardo, practicara la colonización con mayores bríos. Asimismo, había una continuación en la forma de tomar las riendas del gobierno. Los Tudor habían logrado que el rey ostentara el poder regio y que la monarquía nacional se consolidara como forma de gobierno. Pocas veces llamaron a reunión al Parlamento. Los Estuardo llevaron al máximo estos ideales al tratar de concentrar en su persona el poder absoluto de la nación. Deseaban que el absolutismo fuera su sello y su voluntad una ley a seguir.

Bajo un estado de paz, Jacobo I, el primer Estuardo en el trono inglés, pudo dar rienda suelta a su proyecto de colonización con la ayuda y apoyo de la iniciativa privada. En 1606 dió una cédula para colonizar lo que sería Virginia. La Compañía de Londres y Plymouth fue la que organizó la creación de dicha colonia. Como se puede

observar, la iniciativa privada también se entusiasmó con dicho proyecto. En 1607, con el pueblo de Jamestown, se inició por fin la colonización de Virginia en tierra firme. Sus habitantes aún pasarían muchos problemas e infortunios para instalarse definitivamente en dicho lugar, pero fue la base para la expansión y el poblamiento inglés en Norteamérica, así como el símbolo de su presencia en América. Los españoles llevaban un siglo en dicho continente, y por consiguiente, les llevaban mucha ventaja a los ingleses con respecto a la colonización. Por ello éstos trataron de imitar a los otros y obtener oro a manos llenas como lo habían hecho sus rivales. Les llevó tiempo, pero finalmente los ingleses entendieron que si querían establecerse en Norteamérica debían olvidarse del ensueño del oro americano y buscar nuevas vías de enriquecimiento. El corso fue ideal para acumular riquezas como parte del mercantilismo original, pero había que dar paso a un nuevo método de explotación si se quería colonizar Norteamérica. El sistema colonial brindó nuevas expectativas. La explotación de los recursos naturales -pescaderías, las pieles y materias primas- sería la meta a seguir. En el sistema colonial, las colonias proveían de materias primas a la Metrópoli para que ésta las procesara y luego ésta a su vez les vendiera los productos ya manufacturados. De esta forma se dió la transformación del mercantilismo que partió de un proceso acumulativo de metálicos a uno de manufactura y materias primas a través de la colonización y no del saqueo. El capitalismo en su más pura expresión. La industria alcanzaría otro nivel. Los colonos que llegaron a Jamestown no eran ni granjeros ni campesinos, así que no supieron explotar sus recursos naturales, pero a través de un proceso de aprendizaje se cayó en la cuenta de que si se trabajaba la tierra y si se aprovechaban las materias primas del lugar, a falta de ricos yacimientos auríferos y argentíferos, se darían buenos dividendos entre los hombres de negocios por su importancia comercial. La insistencia y la constancia hicieron posible que este sistema rindiera frutos para Inglaterra.

Como se puede apreciar, el corso no tenía cabida en el desarrollo comercial y colonizador de Inglaterra porque entorpecía el transporte de productos y mercancías. La piratería como auxiliar comercial siempre existiría -aunque en menor escala-, pero era más productiva dentro de un estado de paz que en uno de guerra. Ahora bien, el corso había llevado grandes de dinero a sus patrocinadores, pero el comercio como tal se había descuidado. Se obtenían riquezas pero había necesidad de incrementarlas a través del intercambio comercial, el cual se había quedado rezagado ante el impulso

que el corso isabelino había recibido de la Corona e inversionistas, por el rico botín que les proporcionaba y por el estado de guerra. A raíz de que las incursiones al Caribe se hicieron más riesgosas y menos exitosas, se consideró la paz como el medio más viable para que el comercio y la colonización florecieran como importantes auxiliares económicos de Inglaterra. Asimismo se impulsaría el desarrollo industrial de la misma. Además, se lograría sacar a la gente no deseada de Inglaterra al reubicarlos en colonias que trabajarían para el provecho de la Gran Bretaña.

En sí, la piratería inglesa en América desapareció —por lo menos en la primera mitad del siglo XVII— porque dejó de ser funcional, y dejó de serlo cuando la potencia que la sostenía se preocupó por el orden de los mares y en salvaguardar el comercio de sus futuras colonias americanas. La piratería en dicho continente, como se recordará, la pusieron en boga Francia primero e Inglaterra después, pero declinó cuando dejó de ser útil a ambos países. "Los piratas, con todas sus variantes, fueron, en definitiva, un instrumento de la dominación francobritánica". (25)

Para concentrar fuerzas y recursos hacia la colonización era menester que la actividad corsaria terminara y se diera lugar a un nuevo sistema de enriquecimiento que le beneficiara más a Inglaterra que los altos costos de los ataques piráticos que cada vez eran menos exitosos. El contrabando organizado como puro negocio, sin represalia, también brindaba una mejor alternativa, mientras se consolidaba el sistema colonial inglés en Norteamérica.

Los grandes corsarios isabelinos habían triunfado en el reinado de Isabel I, porque las circunstancias económicas, políticas, religiosas y sociales de Inglaterra lo hicieron posible, pero también tuvieron su decadencia natural al terminar este periodo. Se cumplió su ciclo de vida. Además, los más hábiles e importantes corsarios isabelinos, como Drake, habían muerto ya. Casi todos murieron antes que lo hiciera su soberana. Raleigh que la sobrevivió fue condenado a muerte tiempo después, por sus críticas a Jacobo I y por sus fracasos en busca de la ciudad perdida de "El Dorado". De cualquier forma, la época dorada del corso isabelino quedó como uno de los periodos más importantes en la historia de Inglaterra, porque en él, la Royal Navy cobró fama mundial gracias a la ayuda de sus corsarios y a sus progresos náuticos, así como por su modernización naval. Los botines financiaron la guerra y dieron auge económico a Inglaterra. Con la ayuda de las cartas náuticas y comerciales que los corsarios isabelinos obtuvieron de los barcos españoles y portugueses capturados y saqueados,

se crearon compañías comerciales que adquirieron fuerza con el tiempo. Si bien es cierto que la política de intriga de Isabel I y la guerra desfalcó al erario inglés, también es cierto que gracias a las correrías de sus corsarios dicha soberana pudo sostener todos estos gastos y sacar adelante a Inglaterra como nación soberana. En sí, con la ayuda de un adecuado manejo gubernamental por parte de Isabel I, de la iniciativa privada y de sus corsarios, así como del nacionalismo imperante -de una unión de intereses-, Inglaterra dejó de ser un satélite de Europa para convertirse en una de las más poderosas potencias de dicho continente.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

(Quinto Capítulo).

- 1) Peter Bradley, Navegantes británicos, Madrid, Mapfre, 1992, p. 140.
- 2) Martha de Járrmy Chapa, Un eslabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglos XVI y XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 106.
- 3) Ibidem.
- 4) Ibidem., p. 108.
- 5) Manuel Lucena Salmoral, Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, Madrid, Mapfre, 1992, p. 116.
- 6) Francisco Santiago Cruz, Los piratas del golfo de México, México, Jus, 1962, p. 47.
- 7) Germán Arciniegas, Biografía del Caribe, 10a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1973, p. 158.
- 8) Ramón Ramos Pérez, "Walter Raleigh y la hispanificación de sus ideas, como motivo de su decisión sobre la Guayana" en: Estudios de Historia Venezolana, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1976, p. 361.
- 9) Ibidem., p. 365.
- 10) Ibidem.
- 11) Bradley, Op. cit., p. 145-147.
- 12) Ibidem., p. 133.
- 13) Ibidem., p. 148-149.
- 14) Járrmy Chapa, Op. cit., p. 118.
- 15) Carlos Saiz Cidoncha, Historia de la piratería en América española, Madrid, San Martín, 1985, p. 107.
- 16) Bradley, Op. cit., p. 258.
- 17) Ibidem., p. 259.
- 18) Saiz Cidoncha, Op. cit., p. 108.
- 19) Historia del Mundo Moderno, tomo II, trad. María Casamar, Barcelona, Cambridge University Press/Ramón Sopena, 1980, p. 170.

20) Philip Gosse, Los corsarios berberiscos. Los piratas del norte. (Historia de la piratería), trad. Lino Novás, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, p. 139-140.

21) Ibidem.

22) Bradley, Op. cit., p. 100.

23) Ibidem., p. 181.

24) Ibidem.

25) Lucena, Op. cit., p. 271.

CONCLUSIONES.

El periodo isabelino fue una época de esplendor nacional para Inglaterra, pero cabe apuntar que ésto se dió a través de una larga preparación durante la dinastía Tudor. A dicho periodo le tocó vivir los cambios reformistas que la Europa occidental sufría, producto a su vez, de la decadencia de los antiguos sistemas de gobierno que mantenían el poder. Una nueva clase se movía en pro de alcanzar gratificantes puestos gubernamentales. Era gente activa con ansias de participar en aquello que le beneficiara y satisficiera económicamente. Los Tudor lograron que el monarca ostentara el poder regio al debilitarse la nobleza por la guerra de los Cien Años y la de las Dos Rosas. Esta última puso punto final al viejo sistema feudal para entrar de lleno a la época moderna.

El nacionalismo inglés creció a raíz, precisamente, de que el rey tomó las riendas de lo que pasaba en su país, de las instituciones a las que el pueblo recurría, sin que la nobleza las acaparara. Se logró agrupar en torno del monarca el poder gubernamental, el de mando y el de decisión. Con la ayuda de los grupos comerciales y de ascenso en Inglaterra, los soberanos lograron consolidarse en el poder. El nacionalismo, como una doctrina de exaltación y unificadora de intereses, apoyó el comercio nacional, su desarrollo y su expansión.

Inglaterra era un país sin brillo propio, así que dicha dinastía consideró que la única manera de sobresalir como nación era a través de un gobierno fuerte que la sacara de la miseria. Los Tudor vieron en la monarquía la forma de gobierno ideal para que el rey absorbiera el poder y tomara las riendas del país. Para lograr una estabilidad y un progreso nacional, era necesario considerar las ideas modernistas de la Reforma y desligarse del Papado, que compartía con el rey, el poder en Inglaterra. Esta situación obstaculizaba la creatividad de la iniciativa privada y estancaba el desarrollo de la economía interna. Por ello, los Tudor trabajaron en provecho de esta modernidad, que era lo único que podía beneficiar a Inglaterra, dado el empuje de la naciente y creciente burguesía. Para desarrollar el comercio, se necesitó romper con los gremios que lo obstaculizaban y convencer a los comerciantes que de esta forma, sus ingresos aumentarían así como su comercio y que por fin se daría la tan ansiada expansión del mismo.

La necesidad de poseer metales que enriquecieran el tesoro nacional, se hizo cada vez más fuerte a raíz de que España, después del descubrimiento que hizo de América para los europeos, se abasteció de ellos, oro y plata, en dicho continente. Estos metales no sólo le proporcionaron riquezas, sino también poder; podía comprar a los mejores ejércitos y entablar grandes y largas luchas con sus enemigos políticos, económicos y religiosos, sin que su poder se menguara, producto de la fuente de riquezas que para España representó América.

Este poder no hizo más que inquietar a los diferentes países de Europa, que temían que el creciente poder de España los absorbiera o dominara. Por ello, las principales potencias europeas voltearon a América para minar el envío de oro y plata a España, y porqué no, hasta participar activamente en su reparto, ya que según su visión, España no era la única nación que tenía derecho a su explotación. La renuencia de España por permitir que las demás naciones de Europa comerciaran con América, facilitó la presencia de contrabandistas y de piratas en dicho continente. Se dice que si España no hubiera sido tan "egoísta" y hubiera permitido el tráfico comercial bajo pago de aranceles, ésta se habría ahorrado muchos problemas, pero lo cierto es que siempre iba a estar presente la idea de porqué España se enseñoreaba exclusivamente de América. Tarde o temprano los conflictos iban a darse. Quizás el pago de impuestos aduaneros hubiera beneficiado más a los soberanos españoles, pero al no darse una adecuada atención a esto por los conflictos europeos que distraían su atención, la corrupción y el comercio libre poco a poco ganarían terreno. El problema en sí, era mantener bajo defensas apropiadas un extenso territorio en ultramar que se encontraba muy lejos de la Metrópoli, pero ésta poseía otros dominios en Europa que le interesaban más para mantener su poder en el mismo. América era otro símbolo de poder, pero primeramente, una fuente de riquezas.

El mercantilismo en su primera fase demostró, al tener como ejemplo a España, que el que tuviera un mayor atesoramiento en metales tendría la hegemonía de Europa. Esto lógicamente provocó que las principales potencias europeas le temieran y estuvieran recelosas de España, así como que ambicionaran las riquezas que ésta sacaba de sus posesiones ultramarinas. De esta forma, si se interrumpía el envío de metales con destino a España, se entorpecería asimismo, sus campañas en Europa por falta de dinero y pago a sus ejércitos, que también necesitaban manutención.

Francia fue el primer país que envió corsarios a América, como resultado de una

larga serie de guerras que sostuvo con España. Entre Francisco I y Carlos V existió una gran rivalidad, en especial, desde que el segundo le ganó al primero el título de emperador, al estar apoyado por el oro de las principales firmas de banqueros europeos, pues poseía dominios que avalaban tales préstamos. El oro y la plata extraídos de América no sólo le permitió al emperador Carlos V pagar sus deudas, sino también pagar sus guerras políticas y de religión. Aunque siguió pidiendo préstamos, el oro y la plata americana le hacían merecedor de cualquier cantidad en préstamo; las garantías que tenía eran grandes. Esto llamó aún más la atención de los países europeos hacia América, el principal proveedor de oro y plata de España.

Asimismo, la piratería francesa dió a conocer las grandes riquezas que las Indias occidentales tenían y que se trasladaban a la Metrópoli española, pues antes de sus correrías no se sabía en Europa la magnitud de lo descubierto por Colón, en especial, a nivel económico. Esto también atrajo la ambición de Inglaterra. Esta nación deseaba beneficiarse con dichas riquezas, pero el hecho de mantener relaciones "amistosas" con el rey español lo impidió. Así que Isabel I decidió aprovecharse de las circunstancias, tal y como lo había hecho en su momento Enrique VIII, su padre. Cuando este último dictó el Acta de Supremacía y separó a Inglaterra de Roma, como producto de las olas reformistas que sacudían a Europa, los conflictos con Francia desviaron la atención del soberano español, por lo que no puso mucha atención a la Reforma inglesa. Además, el emperador Carlos V deseaba que Enrique VIII estuviera de su lado, para que Francisco I no buscara una alianza con dicho soberano, y poder así, actuar con mayor seguridad en sus campañas militares en Italia y mantener su dominio en ciertas ciudades italianas, así como restarle poder a Francisco I en la península Itálica y en Europa. Asimismo, Isabel I aprovechó el estado de alerta que se dió nuevamente entre España y Francia, en tiempos de Felipe II, para llevar a cabo una política de intriga y lograr el desarrollo interno y externo de su país sin intromisiones de sus rivales, especialmente de España, pues así la consideraba a pesar de la paz existente entre ambas naciones, por el carácter papista de España y por su creciente "soberbia". El sentimiento anti-español y anti-papista, producto de un fuerte nacionalismo que pretendía defender a Inglaterra de las pretensiones expansionistas españolas, provocó que los ingleses sintieran que al atacar a España, su vida iba a mejorar. Si se dieztaba el poderío español, Inglaterra podría moverse con desenvoltura a nivel internacional. Se creyó que la miseria sufrida era

consecuencia del enriquecimiento de otra nación que con "malas artes" se había beneficiado de las deficiencias de Inglaterra en materia naval y comercial; que había acaparado los caminos que Inglaterra necesitaba para salir a flote. Los ingleses querían ver humillada la soberbia española. Además, existía el peligro constante de que España quisiera enseñorearse de Inglaterra, ésto motivaba vivamente el nacionalismo y la defensa de la soberanía.

Después que Isabel I se consolidó en el trono inglés y que impuso una tregua religiosa —lo cual logró con astucia, ambición y por no ser una fanática religiosa—, se dió a la tarea de ajustar económicamente al país. Lo que Inglaterra necesitaba para sobresalir como nación, era tomar parte en la carrera de Indias y aventurarse en el Atlántico, que tras el cierre de las rutas de acceso al Oriente por los turcos, se convirtió en el océano más frecuentado por aquellos que buscaban una nueva ruta hacia el lejano Oriente. Se tomó la opción de entrar a América por medio del contrabando y no por la piratería, por el estado de paz que existía entre Inglaterra y España, si se toma en cuenta que el exclusivismo español impedía tener libre acceso a las Indias occidentales. El contrabando no sólo demostraría si estas tierras eran buenas para el comercio, sino también qué grado de defensas tenían y qué otros beneficios podían proporcionar a la "creatividad" inglesa. El contrabando de John Hawkins dió a conocer que las Indias no estaban abastecidas en su totalidad y que el contrabando aunque restringido era acogido por los habitantes del lugar, ya fuera por necesidad o por falta de defensas ante la coerción inglesa. Esto demostró asimismo, que los españoles no se habían preocupado por fortificarlas adecuadamente. Cuando Hawkins hizo ver los puntos débiles del Caribe, muchos ingleses se entusiasmaron con dichas empresas, pero cuando aconteció la derrota en San Juan de Ulúa, que paradójicamente se sintió como una afrenta a Inglaterra, los grupos comerciales, los principales funcionarios del país, los armadores y piratas, se dieron a la tarea de organizar incursiones piratas. Si tenían éxito lograrían el apoyo de la soberana, así como una mayor participación de los inversionistas ingleses. Lo que aconteció en San Juan de Ulúa fue, más bien, el pretexto que los ingleses necesitaban para lanzarse a piratear en América, como lo habían hecho los franceses y a los cuales les había dado tan buenos resultados.

Los consejeros y gente cercana a Isabel I también intervinieron en dichas empresas. Algunos de ellos resultaron ser parientes o amigos de los más grandes

piratas, contrabandistas y corsarios del país, por lo que seguramente influyeron en el convencimiento de la reina de los beneficios de utilizar para su provecho a estos marinos. Al intervenir la reina en el apoyo de piratas, éstos se convirtieron en corsopiratas por atacar dominios y posesiones españolas en tiempos de paz. Por esto mismo formaron parte de una marina extraoficial que poco a poco tomó caracteres oficialistas, al ser la principal fuerza combativa inglesa al estallar la guerra entre estas dos naciones. No cabe duda, que Isabel I aprovechó la iniciativa de los hombres emprendedores de Inglaterra, de los grupos en ascenso y de sus marinos y piratas, para fortalecer a la Marina inglesa. La intervención de estos marinos de indiscutible habilidad y experiencia en la derrota de la Armada Invencible le dió otro matiz y otro nivel a la Armada Naval inglesa (Royal Navy), le dió fuerza y bríos.

España había saqueado y explotado a los más importantes pueblos americanos como parte de la acumulación originaria, se había dado el esclavismo y el parcial enterramiento de culturas de los pueblos que tenían oro y plata; pero como paso subsiguiente se dió la guerra comercial. Las potencias europeas querían participar en la repartición de las riquezas de América, y de sus ricos mercados. Inglaterra también pretendió tomar parte de este saqueo para cubrir sus gastos y la falta de oro y plata que padecía y que España recibía a manos llenas. Isabel I se dió cuenta que la piratería era idónea para obtener las riquezas requeridas por Inglaterra y que España no quería compartir. Ante las pocas defensas que las costas americanas presentaban, la piratería representó un medio ideal por el que franceses, ingleses y holandeses se adentraron en aguas atlánticas para llegar al Caribe -la zona con un mayor índice de ataques piratas-, y saquear sus costas, ciudades y plazas que tenían contacto con el interior y que embarcaban la plata y oro americano, para enviarlos al puerto de Sevilla a través de las flotas de Indias.

Las incursiones piráticas se hicieron más abiertas, conforme las relaciones anglo-españolas se debilitaron. Las grandes hazañas de Drake en el Caribe y en el Pacífico le dieron fama internacional, así como grandes riquezas a su soberana. Esto aunado al apoyo cada vez más fuerte y descarado que Isabel I daba a los grupos rebeldes protestantes de Francia y Países Bajos, provocó que las relaciones entre España e Inglaterra llegaran a su límite. El hecho de que la Liga Católica obtuviera un creciente poder en Francia y que se aliara a España, al someter a sus disposiciones

al inexperto Enrique III, brindó la oportunidad que Felipe II necesitaba para ajustar cuentas con Isabel I, ya sin temor de una intervención francesa a favor de Inglaterra. La muerte de María Estuardo, una reina católica, a manos de los herejes ingleses proporcionó a Felipe II el pretexto ideal que necesitaba para atacar de forma abierta a Inglaterra, bajo términos de legalidad y moralidad. Isabel por su parte, hizo todo lo posible para retrasar el ataque, ella misma, no deseaba que estallara la guerra, pues ésta desfalcaría las arcas nacionales. Pero cuando la tensión entre ambas naciones llegó a un extremo que ya no tenía solución, la guerra se declaró. La derrota de la Armada Invencible a manos de la Escuadra Inglesa en 1588 -producto también de fuertes vendavales que estremecían el Canal, así como de una estrategia mal planeada por parte de los españoles, de la maniobrabilidad de las naves inglesas y la falta de puertos de resguardo para los primeros, dado el cierre de los puertos de Países Bajos por los holandeses-, marcó a diferencia de lo que se esperaba, el triunfo del Protestantismo sobre el Catolicismo y que España perdiera su prestigio naval. Esto dió lugar a que Inglaterra se convirtiera en la nueva y creciente potencia naval mundial.

Cuando Francia cayó de nueva cuenta en una guerra civil en 1589, la Liga Católica perdió fuerza. España prefirió concentrar su energía en Francia hasta que su Armada se recuperara de la derrota naval en el Canal frente a Inglaterra y pudiera resarcirse de las bajas sufridas por la Escuadra inglesa. Isabel I por su parte, continuó con su política de reto, ya que las circunstancias brindaban esta posibilidad. No quiso tomar la iniciativa en la guerra si no tenía probabilidades de ganar, pues cuando lo intentó sus fuerzas fueron rechazadas. La guerra era costosa y no quería perder dinero inútilmente. Así que dicha soberana mantuvo las cosas como antes de la guerra, lo único que cambió fue la asiduidad de los ataques en ultramar. Fue como un acuerdo tácito entre Felipe II e Isabel I, el no atacarse más de lo debido. Mientras el rey español centrara sus fuerzas en Francia, la soberana inglesa podía actuar de esta manera. Las cosas siguieron igual que antes, sólo que con un estado de guerra declarado. Cabe mencionar que tras la derrota de la Armada Invencible, Isabel I tomó la iniciativa en el ataque con Drake en 1589, respaldándose en la victoria del año anterior, pero fue rechazado en La Coruña y en Lisboa -ya que para 1580, Portugal formaba ya parte del imperio español. Isabel I no perdonó esta derrota a su más sobresaliente corsario, pero pudo darse cuenta que una cosa había sido defenderse de la invasión española y otra atacar con éxito a España en su propio terreno. Las fuerzas

estaban equilibradas por ambos lados, por eso se prefirió continuar la guerra pero en América, con la guerra de los corsarios, en las Azores y las Canarias. La soberana inglesa prácticamente depositó en manos de sus corsarios la misión de llevar a cabo la guerra en dichos lugares, lejos de Inglaterra. Sin embargo, las incursiones ya no fueron tan remuneradoras como antes, en especial, por el estado de guerra. Se estaba más al pendiente sobre la presencia de piratas y/o corsarios que antes. El ataque constante al Caribe y el estado de guerra declarado motivó una mejor preparación en sus defensas, y aunque no eran insuperables, sí obstaculizaron un ataque rápido y exitoso. En parte también, porque se corría rápidamente la noticia de los corsarios que entraban en el Caribe. Al faltar el factor sorpresa, muchas empresas fracasaron. No era lo mismo atacar por sorpresa que sobre aviso.

Después de la derrota de la Armada Invencible, las incursiones corsarias se hicieron más continuas por el ansia de riquezas. Hombres de perdida fortuna, aventureros, desposeídos y desheredados se volcaron hacia el corso para ayudarse a sí mismos económicamente y de paso servir a la nación, aprovechando el estado de guerra. Paulatinamente, estas incursiones se realizaron en flotillas, las cuales les ganaron terreno a las grandes empresas corsarias. Las pequeñas incursiones eran mejores ante el estado de guerra, pues si bien es cierto que no eran tan reduciabiles en botín como en los mejores años del corso isabelino, sí lograron mantener una presencia inglesa de reto y hostigamiento ante España en América. El fracaso de Hawkins y Drake en el Caribe en 1595 confirmó que las grandes incursiones ya no daban los ricos botines de antes. El financiarlas era costoso y las ganancias eran menores, así que si perdían navíos esto también resultaba terrible para los armadores y accionistas. La artillería ocupaba mucho lugar, así que a partir de este mismo año, las incursiones se llevaron a cabo con flotillas, pero con un carácter especial. Poco a poco los grupos comerciales, de armadores y de inversionistas estimularon nuevamente el contrabando, fue como un retroceso que estaba destinado a beneficiarles y abrirles nuevos campos de acción a nivel económico. Las flotillas tenían más espacio para las mercancías, sin dejar de lado la artillería por la guerra, pero así lograron entrar a América con el contrabando otra vez, ya que este continente seguía sin un control específico de la Metrópoli. Esto demuestra que nunca se olvidó del todo el establecer el comercio inglés con las Indias occidentales. Siempre estuvo presente pero bajo la sombra de la acumulación mercantilista, pero cuando las circunstancias lo ameritaron

volvieron a implantarlo. El asalto se hacía cada vez más difícil y el acechar con éxito a los galeones de la flota de Indias era prácticamente imposible, salvo que un galeón se extraviara del resto por alguna tormenta. Las colonias españolas ultramarinas terminaron por defenderse, más que por un mayor número de defensas, por la experiencia de los ataques recibidos de los corsarios ingleses.

Al morir Isabel I en 1603, los hombres de negocios planearon nuevos proyectos que les dieran nuevos ingresos. La guerra y la ayuda a los protestantes de Países Bajos y de Francia dejó a Inglaterra no muy bien parada en cuestión económica. Al subir Jacobo I -VI de Escocia, primer Estuardo- al trono inglés, las expectativas crecieron. Se creyó que este rey había entablado la paz con España porque no quería estar mal parado frente al monarca español, Felipe III, y por su simpatía hacia los católicos, parte es cierto, pero no lo fue todo. Considero que era una medida necesaria. Inglaterra se encontraba agotada económicamente por el despliegue de su política de intriga y por sus intentos fallidos de invasión sobre España. Continuar con esta guerra no le beneficiaba a Inglaterra, ni a España. Un estado de paz era más provechoso para la nación, pues de esta manera se anularían los gastos de guerra y se daría paso al desarrollo comercial. Este dinero se podría utilizar en empresas que estuvieran destinadas a ayudar a la expansión comercial o colonizadora de Inglaterra. La paz entre España e Inglaterra restringió el corso, pero la piratería no se pudo parar, porque ésta era una actividad milenaria en la Gran Bretaña, pero con sanciones y castigos se pudo controlar, pero principalmente, porque los piratas menores se trasladaron a la costa de Berbería o al sur de Irlanda en busca de nuevos campos de acción. También piratearían ocasionalmente en América, pero sin permiso oficial.

Jacobo I no pudo negociar el libre comercio inglés en América, pero sí logró que este punto quedara sin puntualización exacta en el Tratado de Londres, por lo que todo podía suceder. Pero sobre todo, se abría una nueva etapa para Inglaterra, la de la colonización, a la cual los Estuardo brindaron mayor atención. Las empresas colonizadoras inglesas del siglo XVI no se consolidaron en ningún momento, porque no tuvieron un apoyo sostenido de la Corona, ni de los inversionistas, en especial, porque en sus principales intentos no habían encontrado oro y había ansias de él. Más que una colonia, buscaban una base estratégica de operaciones que le permitiera a los corsarios un mejor acechamiento y saqueo de los galeones españoles -ante la falta de metales en los lugares explorados de la América del norte-, pero el temor al

contraataque español y el no tener un abastecimiento regular por parte de la Corona inglesa, así como por las fiebres y enfermedades por costas malsanas sin esperanza de refuerzos oportunos, echó a tierra el interés inglés de establecerse en América. Los ingleses no conocían el lugar, ni su clima ni cómo conseguir alimentos. No hubo consistencia en el aprendizaje. Además, una base ocasionaría más gastos en cuanto a defensas -por represalia- y abastecimiento que ganancias -los indígenas no estaban dispuestos a ayudarlos, salvo que fuera en contra de su voluntad. Así que por el momento, las incursiones piráticas eran más gratificantes económicamente que cualquier intento por establecerse en América. Las zonas exploradas de Norteamérica habían demostrado que no eran ricas en metales y financiar empresas que no eran remuneradoras, no era fácil de asimilar. Invertir en algo que no brindaba ganancias no era un buen negocio. Raleigh tuvo que echar mano de sus propios bienes y de la fortuna de unos cuantos inversionistas para llevar a cabo su búsqueda de "El Dorado", a pesar de que aseguraba que en el sur de América existía una ciudad perdida, que según decía la leyenda, rebasaba las riquezas y esplendor de las ya encontradas en América. Ni el que Raleigh pudiera ser un nuevo conquistador que rebasara las glorias de Cortés en México y de Pizarro en Perú impresionó a los inversionistas, querían ver resultados, no obstante, que más de uno se dejó llevar por la creencia de la existencia real del mito. Al fin de cuentas, el fracaso de Raleigh y su muerte hizo que los ingleses se resignaran a no tener ninguna colonia en Sudamérica, y a olvidar, como otros tantos aventureros lo habían hecho ya, el mito de la ciudad perdida de Manaó, o por lo menos, guardarla en la memoria sólo como eso, mito o leyenda. Sin embargo, con la subida de los Estuardo al trono inglés se dió un nuevo impulso a la colonización, expresamente, en el este de Norteamérica. A principios del siglo XVII se intentó nuevamente y de manera más sistematizada llevar a cabo la colonización de la zona ya explorada de Norteamérica, para profundizar en su conocimiento geográfico y climático. Claro está que se tomó como base a seguir, los intentos colonizadores anteriores a lo largo del siglo XVI, en especial, la de la colonia fallida de Raleigh en Roanoke en la época isabelina. De esta manera, con el agotamiento de Inglaterra y España en una guerra que se había estancado, la paz era la mejor opción para ambas naciones. Por esto mismo, se pudo dar rienda suelta a los proyectos colonizadores a largo plazo.

La colonización de la costa este de Norteamérica era la mejor opción que

Inglaterra tenía para asentarse en América, después de los esfuerzos del siglo XVI con Gilbert y Raleigh. Un mayor apoyo a estos proyectos hizo posible el establecimiento de una colonia inglesa en Norteamérica, no en Roanoke, sino en tierra firme con el asentamiento del poblado de Jamestown –en honor a Jacobo I– en Virginia. La paz, la restricción del corso y de la piratería bajo pena de muerte, impulsó la colonización y un interés por explotar los recursos naturales del lugar –como las pescaderías y las pieles–, aunque no se hallara ni oro ni plata. El sistema colonial representó la segunda fase del mercantilismo. De este modo, se puso punto final a la época dorada de los corsarios isabelinos, de los "perros del mar" que asolaron América y el Caribe, en especial, durante toda la segunda mitad del siglo XVI. Tiempo después aparecerán otros piratas ingleses en el Caribe con el nombre de filibusteros, pero la gloriosa época del corso isabelino había llegado a su fin. Los servicios de los corsarios ya no eran necesarios, después de todo, sus habilidades le habían dado ya renombre a la Marina nacional inglesa (Royal Navy) al hacerse oficial su ayuda al estallar la guerra con España, pero era tiempo de un cambio. La paz provocó como ya se ha mencionado, el desempleo de marinos y que hubiera un mayor número de piratas en el Canal de la Mancha y el sur de Irlanda, asimismo, las represalias los hizo moverse al mar del Norte o a la costa de Berbería. Después de haber servido al gobierno, éste los desdeñó cuando su auxilio ya no fue requerido. Los que amasaron cierta fortuna pudieron llevar una vida respetable, pero los que no, cayeron en desgracia o se trasladaron a otros lugares para piratear. De cualquier forma, los grandes corsarios isabelinos habían muerto ya, empezaba una nueva etapa para Inglaterra y para la piratería inglesa.

El corso isabelino funcionó porque se conjugaron intereses mutuos entre los aventureros, marinos, piratas, hombres de negocios, armadores, funcionarios, hombres de la corte y de la Corona, bajo el espíritu nacionalista en plena formación. Sin embargo, cuando se necesitó pasar a otra etapa de acuerdo a las circunstancias del momento, se decidió ponerle la soga al cuello al lastre que la piratería representaba para los planes ingleses de expansión comercial. Si se quería proteger al comercio había que someter a la piratería. Se inició una política de protección al comercio que desde luego condenaba a la piratería, porque sólo así se mejoraría la economía nacional bajo nuevos conceptos comerciales. Lo anterior y la colonización terminaron

por el momento, con la utilidad de la piratería nacional. Había que dar empleo a los marinos desempleados, para controlar la piratería que había aumentado en el Canal por la paz. La expansión comercial y la colonización abrió nuevos horizontes. El ciclo de la piratería y del corso isabelino se había cumplido. Tuvo sus momentos de gloria y decadencia, pero sus hazañas quedaron allí para ser utilizadas en provecho de Inglaterra: la modernidad naval y los informes geográficos y náuticos. Esto último se vió favorecido por las cartas encontradas en barcos españoles y portugueses saqueados que abrió nuevos campos comerciales, como el de Oriente. Asimismo, ayudó a formar el prestigio internacional inglés a nivel naval, producto de las peripecias, logros y victorias de los corsarios isabelinos. Sus triunfos también le brindaron fuerza a la causa protestante y modernista de Europa, porque Inglaterra era su principal representante. Los éxitos de los corsarios isabelinos ayudaron a formar una poderosa potencia europea, por sus innovaciones navales y por el botín que llevaron ante su reina, quien también era accionista y quien tuvo la visión de utilizar la piratería para provecho del país. Supo tempranamente, que en el mar se encontraba el secreto del éxito de la nación tanto porque Inglaterra era una isla, como porque en el Atlántico y en América se encontraba parte del poder español, las riquezas de las Indias que eran trasladadas a España. Además, al cruzar dicho océano y al encontrar el paso del noroeste, se llegaría a las tan codiciadas Indias orientales para comerciar. América sólo fue el objeto de ambición, de codicia y de explotación de las potencias europeas.

En sí, la piratería como parte del comercio marítimo —desde tiempos remotos—, fue un medio por el cual, los comerciantes (o grupos comerciales) lograron obtener mayores dividendos que sus competidores, puesto que el que manejara mejor esta actividad, se convertiría en el grupo comercial más importante de determinada región. Por ello, la piratería y el corso inglés fue un arma de tipo económico que Inglaterra utilizó a su favor para beneficio nacional. De esta manera, los aventureros que practicaron estas actividades se convirtieron en héroes nacionales.

El oro y la plata obtenidos en las correrías piratas, así como las cartas de navegación robadas a buques ibéricos, hicieron posible la creación de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y dieron dinero suficiente para estabilizar de momento, a nivel económico a Inglaterra. Aunque cabe mencionar, que a pesar de todo, la miseria del pueblo inglés como tal continuó, porque la riqueza siguió en las manos de unos cuantos. A fines del periodo isabelino se gastó mucho dinero en incursiones

infructuosas, ya que el aumento de las defensas americanas y perdido por completo el factor sorpresa por el estado de guerra declarado, hacían que las incursiones piratas fueran menos efectivas. Además, Isabel I había gastado mucho de los fondos del erario en ayudar a los grupos protestantes rebeldes de Países Bajos y Francia, de los cuales, no obtuvo más que un retraso y control de la guerra con España, pero ningún poder real dentro de los mismos.

Al impulsarse y estimularse la Marina inglesa los astilleros se desarrollaron al mismo tiempo, se dió empleo a los desocupados y trabajo a los marinos. Los adelantos náuticos se dieron como consecuencia del esfuerzo constante impreso en la construcción de navíos y experiencia en la navegación por las correrías y por el contacto con cartas náuticas y pilotos de la península Ibérica, que los hicieron conocer mejor las rutas comerciales del Atlántico y el Pacífico.

Por donde se vea, el corso fue un arma de tipo económico. Cuando estalló la guerra con España también se convirtió en una de tipo político y religioso, porque sus corsarios asimismo, representaban al Protestantismo, eran anti-papistas y anti-españoles. Eran la fuerza de la Corona inglesa en los mares frente a España, antes y después de que la guerra se declarara. Su prestigio naval creció de forma notable. Sin embargo, siempre mantuvo su carácter económico y hasta cierto punto comercial, cuando la piratería se conjugó con el contrabando para sacar mejores dividendos. El corso isabelino fue un baluarte de la fuerza naval inglesa, del Protestantismo, del nacionalismo y soberanía de Inglaterra. Reafirmaba no sólo frente a su enemigo España, su fuerza combativa, sino también frente a las otras naciones de Europa, que no era un satélite del continente, sino una nación con suficiente vivacidad y coraje para hacerse respetar por todos.

En el momento en que el corso y la piratería dejaron de ser redituables para Inglaterra en provecho de un comercio desarrollado, los piratas fueron perseguidos y dispersados para tenerlos bajo control. El comercio, la escasez de oro y el exceso de plata en el mercado europeo, motivaron el impulso de nuevos elementos que estimularan la acumulación de capital. El sistema colonial se abrió paso, así como el interés de explotar las materias primas de los lugares colonizados. El tratado de paz con España en 1604 y la colonización inglesa en Norteamérica, urgían la necesidad de acabar con la piratería, para que no se volviera en contra suya; pero con el paso del tiempo, esto no se pudo evitar. De momento, los piratas y corsarios isabelinos dejaron

de incursionar en aguas cercanas a América —pero los holandeses no— y se dispersaron en el Canal de la Mancha, el sur de Irlanda, el mar del Norte y la costa de Berbería. Después los filibusteros darían mucho de qué hablar en el siglo XVII.

Hay un punto muy interesante a resaltar. A pesar de que las correrías inglesas obtuvieron para su Corona grandes riquezas, suficientes para crear Compañías comerciales, armar y construir buques de guerra y hacer propaganda en otros países, España se quedaba con la gran mayoría de los metales de América. Lo que había de la gran fuente de riquezas que este continente representaba para todos los países europeos. Por eso no es extraño pensar que se creyera que esta explotación era inagotable en todo lo largo y ancho del continente.

La utilidad práctica que el corso isabelino tuvo para Inglaterra fue, que gracias a las correrías que se llevaron a cabo en las posesiones españolas de ultramar, dicha nación gozó de un enriquecimiento interno. El contrabando y el saqueo brindó el suficiente dinero para que Inglaterra pagara sus deudas y creara Compañías comerciales. Los corsarios también invirtieron su experiencia y habilidades para fortalecer a la Marina inglesa. La iniciativa privada fue de gran ayuda en la innovación y modernización de los navíos ingleses, pues el entusiasmo porque las incursiones fueran un total éxito, sirvió para que los barcos fueran construidos bajo normas de mayor maniobrabilidad y en ciertos casos más ligeros. Se juzgó la importancia de mezclar navíos de diverso tonelaje, para diferentes acciones, acecho—abordaje y embarque. Esto influyó mucho en el desarrollo marítimo inglés. Las cartas náuticas robadas le proporcionaron a Inglaterra un buen conocimiento sobre rutas comerciales de mejor acceso hacia Oriente y América. Se pudo tomar parte en la expansión comercial y saber hasta qué grado España mantenía un control sobre sus posesiones ultramarinas. La información que el contrabando trajo sobre este respecto, atrajo la actividad pirática sobre el Caribe y costas americanas. La Royal Navy inglesa con ayuda de los corsarios isabelinos, se convirtió en la nueva potencia naval al derrotar a la Armada española. Su principal prueba de fuego llegó y la Marina inglesa salió victoriosa.

La utilidad conceptual de dicho corso para Inglaterra fue a nivel de una ideología política. El corso fue una empresa nacional que independientemente del saqueo, se encargó de hacer presente la fuerza combativa de esta nación frente a sus enemigos, en especial, de España. El nacionalismo inglés se vio representado en ultramar por los

corsarios isabelinos. Su protestantismo se dejó ver asimismo, sobre un territorio que era posesión de un soberano católico, el principal aliado del Papa. Su posición religiosa reflejaba la modernidad, el desarrollo del pensamiento burgués y la de la maquinaria naval. Las victorias marítimas de estos corsarios le brindaron a Inglaterra la hegemonía naval, lo que significó asestarle un fuerte golpe al poderío español. La fuerza marítima inglesa brindó la posibilidad de una expansión comercial en provecho de una acumulación capitalista. Las correrías de los corsarios isabelinos y sus éxitos proporcionaron la fuerza suficiente que Inglaterra necesitaba, para que su poder político dado los manejos astutos y diplomáticos de su soberana, cobrara bríos y vigorosidad entre los círculos políticos de Europa. Si bien dicha nación no pudo intervenir directamente en los asuntos internos de otros países, sí logró que su propio poder aumentara y que su soberanía se mantuviera intacta con la ayuda de sus corsarios. Inglaterra no se dejaría llevar por las corrientes políticas de otras naciones, sino que tomaría las riendas de su propio gobierno y dictaminaría la dirección que su política debía tomar para beneficio de la nación. De ahí, que cuando sus manejos internacionales lo ameritaron, no dudó ni un segundo en darle la espalda a la actividad corsaria. Todo en provecho del desarrollo comercial inglés y el de la colonización. Se quiso dejar fuera todo aquello que obstaculizaba estos nuevos proyectos o hiciera peligrar la paz con España, para trabajar en el crecimiento interno de Inglaterra y en su expansión comercial y como nación. Era tiempo de acabar con el corso y la piratería isabelina, y el momento para tomar ventaja de los beneficios económicos y de los avances náuticos y tecnológicos que estos corsarios dejaron a la posteridad inglesa. La colonización y el desarrollo comercial e industrial eran las nuevas metas a seguir.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL.

- 1) Arciniegas, Germán, Biografía del Caribe, 10a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1973, 452 p.
- 2) Barjot, Jean S. [Almirante], Historia Mundial de la Marina, trad. Domingo Sotelo, Madrid, Continente, 1965, 431 p.
- 3) Belloc, Hilaire, Isabel de Inglaterra, hija de las circunstancias, trad. Miguel de Hernani, 2a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1945, 274 p.
- 4) Barrassar, M. B., et. al., Historia Moderna, trad. Dolores Fonseca, Madrid, Akal, 1980, 1088 p.
- 5) Bradley, Peter T., Navegantes británicos, Madrid, Mapfre, 1992, 347 p.
- 6) Brom, Juan, Esbozo de Historia Universal, México, Grijalbo, 1973, 275 p.
- 7) Clark, George, La Europa Moderna, 1450-1720, trad. Francisco González, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 222 p.
- 8) Corvisier, André, Historia Moderna, trad. Fabián García, Barcelona, Labor, 1977, 447 p.
- 9) Crouzet, Maurice, Los siglos XVI y XVII. El progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente, vol. IV, trad. Juan Regló, Barcelona, Destino, 1959, 675 p.
- 10) Chaunu, Pierre, Conquista y explotación del Nuevo Mundo, siglo XVI, trad. Ma. Ángeles Ibáñez, Barcelona, Labor, 1973, 368 p.
- 11) Elliott, J. H., La Europa dividida, 1559-1598, trad. Rafael Sánchez, 3a. ed., Madrid, Siglo XXI, 1979, 444 p.
- 12) Exquemelin, Alexander, Piratas de América, Introd. de Manuel Nogueira, Madrid, Historia 16, 1988, 222 p.
- 13) Fanfani, Amintore, Catolicismo y Protestantismo en la génesis del Capitalismo, trad. José Luis Sureda, Madrid, Rialp, 1944, 630 p.

14) Gall, J. y F., El Filibusterismo, trad. Álvaro Custodio, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, 245 p. (Breviarios, 131).

15) Gosse, Philip, Los corsarios berberiscos. Los piratas del norte. (Historia de la piratería), trad. Lino Novás, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, 164 p.

16) Gosse, Philip, Los piratas del Oeste. Los piratas del Oriente. (Historia de la piratería), trad. Lino Novás, 3a. ed., Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1958, 221 p.

17) Haring, C. H., Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgo, trad. Emma Salinas, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 460 p.

18) Haring, C. H., Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVII, trad. del Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas, 2a. ed., Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1939, 275 p.

19) Hervás, Ramón, La Navegación, Barcelona, Bruguera, 1971, 219 p.

20) _____ Historia del Mundo Moderno, tomo 2 y 3, trad. Ma. Casamar, Barcelona, Cambridge University Press/Ramón Sopena, 1980.

21) Huberman, Leo, Los bienes terrenales del hombre. Historia de la riqueza de las naciones, 30a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1990, 378 p.

22) Jármey Chapa, Martha de, La expansión española hacia América y el océano Pacífico, México, Fontamara, 1988, 515 p.

23) Jármey Chapa, Martha de, Un eslabón perdido en la historia. Piratería en el Caribe, siglo XVI y XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 291 p.

24) Juárez Moreno, Juan, Corsarios y piratas en Veracruz y Campeche, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla, 1972, 469 p.

25) Kervern, Carlos, La Navegación a través de los siglos, Bilbao, Vizcaina/Desciée de Brouwer, 1964, 94 p.

26) Koenigsberger, H. G. y George L. Mosse, Europa en el siglo XVI, trad. Juan García-Puente, Madrid, Aguilar, 1974, 417 p.

- 27) Lapeyre, Henri, Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales, trad. Manuel Cuenca, Barcelona, Labor, 1969, 361 p.
- 28) Leydi, Robert, et. al., Piratas, corsarios y filibusteros, trad. C. Paytovi, Barcelona, Maucci, 1961, 239 p.
- 29) Lucena Salmoral, Manuel, Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América, Madrid, Mapfre, 1992, 313 p.
- 30) Lutz, Heinrich, Reforma y Contrarreforma, trad. Antonio Sáez, Madrid, Alianza, 1992, 413 p.
- 31) Madariaga, Salvador de, El auge y el ocaso del Imperio español en América, 3a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1986, 732 p.
- 32) Maltby, William S. La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660, trad. Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 228 p.
- 33) Mann, Golo, et. al., De la Reforma a la Revolución, tomo I, trad. Verlag U., Madrid, Espasa-Calpe, 1985, 455 p.
- 34) Martínez, José Luis, Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI, Madrid, Alianza, 1983, 303 p. (Alianza Universidad, 355).
- 35) Marx, Karl, El Capital. Crítica de la economía política, vol. 3, edición a cargo de Pedro Scarón, 12a. ed., México, Siglo XXI, 1986.
- 36) Mauza Zavala, Domingo F., Hispanoamérica-Angloamérica, Madrid, Mapfre, 1992, 298 p.
- 37) Miller, Paul, Historia de Puerto Rico, Chicago, Rand McNally & Company, 1922, 549 p.
- 38) Montenegro, Walter, Introducción a las doctrinas político-económicas, 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 337 p. (Breviarios, 122).
- 39) Ortega y Medina, Juan Antonio, El conflicto anglo-español por el dominio

económico. (Siglos XVI y XVII), México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas, 1981, 298 p., ilus.

40) Parker, Geoffrey, Europa en crisis, 1598-1648, trad. Alberto Jiménez, 2a. ed., México, Siglo XXI, 1980, 464 p.

41) Pérez, Carlos F., Historia diplomática de Santo Domingo, 1492-1861, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1973, 446 p.

42) Pérez Bustamante, C., Manual de Historia Universal, tomo IV, Santander, Aldes, 1931, 257 p.

43) Pérez Millaina, Pablo, et. al., Historia de Iberoamérica, Historia Moderna, tomo II, Madrid, Cátedra, 1992, 771 p.

44) Pirenne, Henri, Historia económica y social de la Edad Media, trad. Salvador Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 345 p.

45) Pirenne, Henri, Historia de Europa. Desde las Invasiones hasta el siglo XVI, trad. Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 465 p.

46) Ramos Pérez, Ramón, Estudios de Historia Venezolana, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1976, 821 p.

47) Rankin, Hugh F., La edad de oro de la piratería, trad. Manuel de la Escalera, Madrid, Doncel, 1972, 218 p.

48) Saiz Cidoncha, Carlos, Historia de la piratería en América española, Madrid, San Martín, 1985, 395 p.

49) Santiago Cruz, Francisco, Los piratas del Golfo de México, México, Jus, 1962, 180 p.

50) Simón, fray Pedro, Noticias Históricas de Venezuela, tomo II, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1963, 340 p.

51) Sombart, Werner, El burgués, trad. Ma. Pilar Lorenzo, Madrid, Alianza, 1972, 371 p.

52) Sosa, J. B. y E. J. Arce, Compendio de Historia de Panamá, Panamá, Universitaria, 1977, 322 p.

53) Zea, Leopoldo, El descubrimiento de América y su impacto en la Historia, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 214 p.

54) Zuberbühler de Hueyo, Elena, Una monarquía milenaria. Reyes de Inglaterra, Buenos Aires, Sudamericana, 1974, 222 p.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	I
I. MARCO HISTÓRICO DE LA PIRATERÍA Y DE LA ÉPOCA ISABELINA	1
1.1 Antecedentes generales de la piratería en el Mar del Norte y en el Canal de la Mancha	1
1.2 La dinastía Tudor y su importancia en la consolidación de la monarquía nacional en Inglaterra. La Reforma religiosa	14
1.3 El mercantilismo (1a. fase) como fuente de enriquecimiento	38
II EL PERIODO DE AJUSTE DE LA ÉPOCA ISABELINA (1558-1568)	53
2.1 Política exterior e interior del reinado de Isabel I. Concepto de nación	53
2.2 John Hawkins y el contrabando como reto al monopolio español en América	63
2.3 La utilización del corso como arma económica y política en la época isabelina. Seguimiento de las incursiones corsarias francesas de la primera mitad del siglo XVI	71

III. DIFERENCIAS ENTRE PIRATAS Y CORSARIOS.	
LOS CORSOPIRATAS	80
IV. LA ACTIVIDAD CORSARIA INGLESA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA	87
4.1 Relaciones político-religiosas entre España e Inglaterra hasta 1585. Los primeros actos corsopiratas dentro de este periodo	87
4.2 Francis Drake. Sus primeras incursiones al Caribe y la importancia de su viaje de circunnavegación	98
4.3 Los fracasos colonizadores de Gilbert y Raleigh	110
4.4 Drake y la toma de Santo Domingo y Cartagena de Indias	118
4.5 Rompimiento total de la paz entre España e Inglaterra. La Armada Invencible	127
4.6 El inicio de la guerra de los corsarios. La incursión al Caribe de Richard Hawkins	139
V EL OCASO DE LOS "PERROS DEL MAR" Y DEL PERIODO ISABELINO	150
5.1 El último crucero de verano a gran escala: la expedición al Caribe de Hawkins y Drake	150

5.2 La búsqueda de "El Dorado"	160
5.3 Cruceros de verano a menor escala y el estancamiento de la lucha entre España e Inglaterra. El restablecimiento del contrabando	169
5.4 Muerte de Isabel I. Jacobo I y la firma de paz con España. Consolidación del sistema colonial	177
CONCLUSIONES	191
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	205
ÍNDICE GENERAL	210